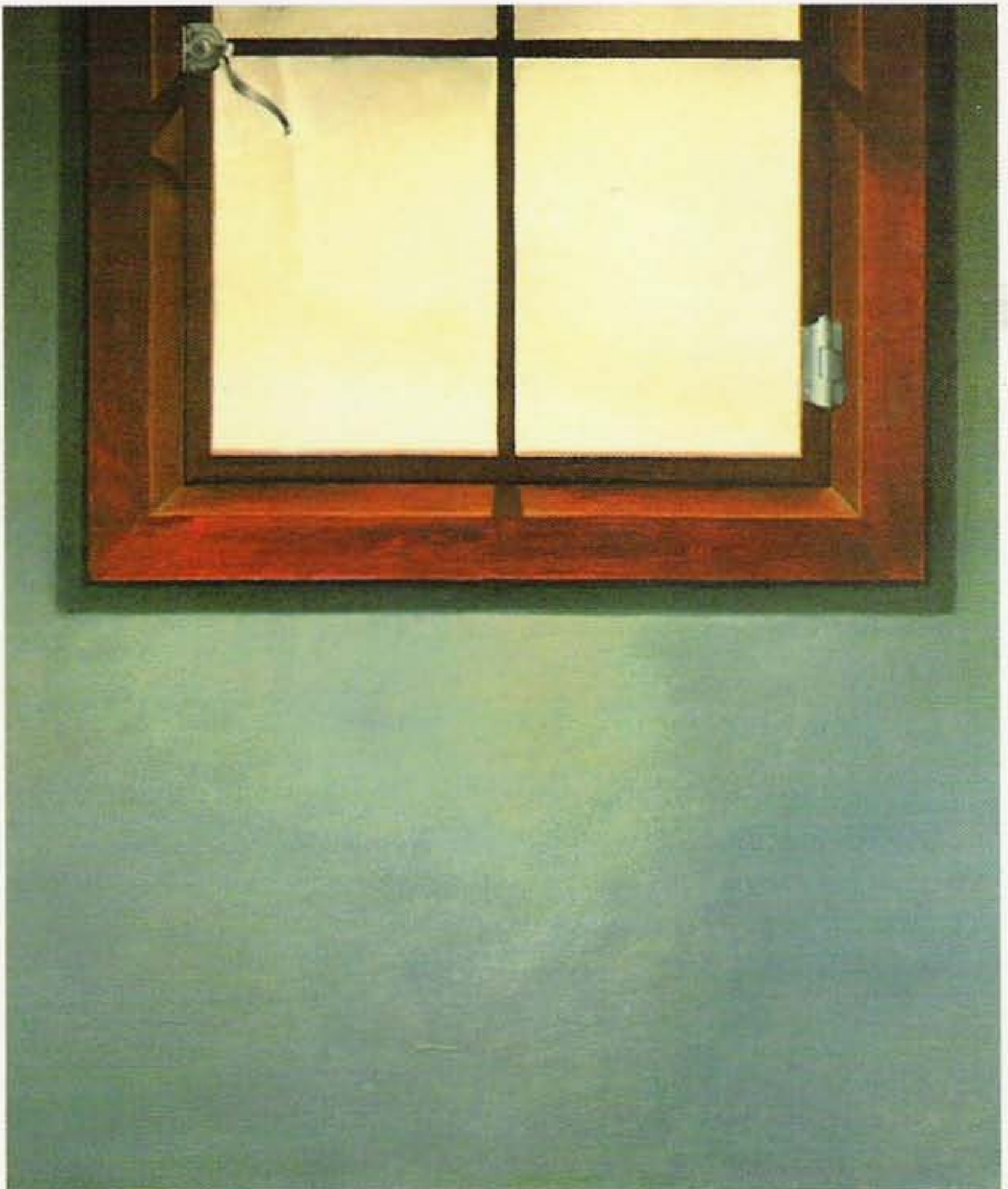


Seix Barral Biblioteca Breve



**Juan José Saer**

Nadie nada nunca



**Juan José Saer**

Nadie nada nunca

Diseño de colección:  
Josep Bagá Associats

© 1994, Juan José Saer

Derechos exclusivos de edición en castellano  
reservados para Latinoamérica

© 1994,2000, Editorial Planeta Argentina SAIC/Seix Barral  
Independencia 1668, 1100 Buenos Aires  
Grupo Planeta

Segunda edición en esta colección noviembre de 2000

ISBN 950 – 731 – 291 9

Hecho el depósito que indica la ley 11 723  
Impreso en la Argentina

*A Noé Jitrik*

*Ils avaient donne au jour le nom de torture;  
et inversement la torture, c'etait le jour*

MARCEL SCHWOB

*...ha sido, es y será un fuego vivo, incesante,  
que se enciende y se apaga sin desmesura...*

HERACLITO, 30

I. No hay, al principio, nada. Nada. El río liso, dorado, sin una sola arruga, y detrás, baja, polvorienta, en pleno sol, su barranca cayendo suave, medio comida por el agua, la isla. El Gato se retira de la ventana, que queda vacía, y busca, de sobre las baldosas coloradas, los cigarrillos y los fósforos. Acucillado enciende un cigarrillo, y, sin sacudirlo, entre el tumulto de humo de la primera bocanada, deja caer el fósforo que, al tocar las baldosas, de un modo súbito, se apaga. Vuelve a acodarse en la ventana: ahora ve al Ladeado, montado precario en el bayo amarillo, con las piernas cruzadas sobre el lomo para no mojarse los pantalones. El agua se arremolina contra el pecho del caballo. Va emergiendo, gradual, del agua, como con sacudones levísimos, discontinuos, hasta que las patas finas tocan la orilla.

Va cortando, sobre la tabla, sin apuro, rodajas de salami. Cuando ha cubierto casi toda la superficie del plato blanco de rodajas rojizas, lo pone en el centro de la mesa junto al pan y los vasos. Saca de la heladera una botella de vino tinto llena todavía hasta la mitad y la deja entre los dos vasos. Sin moverse en lo más mínimo, sin ni siquiera pestañear, el Ladeado está observándolo cuando se sienta. Para darle coraje, el Gato se sirve una rodaja de salami. El Ladeado se decide por fin, y con dos dedos en los que aparecerá, debido a la grasa, un brillo ligero, se sirve la primera. La pela, con lentitud y cuidado y se la lleva a la boca. El bayo amarillo busca, instintivo, la sombra, sin ninguna inquietud. Tasca, de entre las viejas cajas de batería y los viejos neumáticos medio podridos, el pasto alto. Los dos tambores de aceite, oxidados, acanalados, reciben, recalentándose, el sol de la siesta, uno vertical, el otro acostado, aplastando los yuyos, reseándolos. Mascando las últimas rodajas de salami, cada uno con su vaso en la mano, el Gato y el Ladeado miran al bayo amarillo desde la sombra tibia y pegajosa de la galería.

– Pierdan cuidado, que aquí nadie lo va tocar – dice el Gato.

– Sí, don Gato – dice el Ladeado.

El piso duro y frío de baldosas coloradas lo hace estremecer cuando apoya en él la espalda desnuda. Deja los cigarrillos y los fósforos sobre su pecho. Mira el cielorraso. No piensa en nada. Su piel entibia casi en seguida las baldosas. Cierra los ojos y respira lento, inmóvil, haciendo crujir ligeramente el celofán del paquete de cigarrillos depositado sobre su pecho. Llega, hasta sus oídos, sin estridencias, el rumor de febrero, el mes irreal, concentrado, como en un grumo, en la siesta. Se incorpora, apoyándose sobre el antebrazo, y los cigarrillos y los fósforos saltan de su pecho, uno a cada lado de su cuerpo, chocando contra las baldosas coloradas. Se incorpora todavía un poco más y queda sentado, mirando a su alrededor. Están la mesa y las sillas, las paredes blancas, el rectángulo de la ventana por el que la luz de la siesta, indirecta y ardiente, llena la habitación de una luminosidad mitigada. Contra la pared está el cenicero, de barro cocido, y entre su cuerpo y la pared, en

desorden, las alpargatas. Y sobre el cenicero, negra, inmóvil, adherida al barro ahumado, súbita, la araña.

Aunque la punta de la alpargata casi la toca, sigue inmóvil, como si fuese un dibujo negro, una mancha Rorschach estampada en la cara exterior del cenicero. Pero es demasiado gorda para dar esa ilusión. Y emite, porque está viva, algo, un fluido, una corriente, que permite, incluso sin haberla visto, saber que está ahí. Cuando la alpargata la toca retrocede un momento – parece como que va a retroceder pero no hace más que poner en movimiento las patas traseras– y después salta hacia un costado, despegándose del cenicero. No ha terminado de tocar el suelo que ya la planta de la alpargata, que el Gato blande, la aplasta contra la baldosa colorada. El centro del cuerpo negro se ha convertido en una masa viscosa, pero las patas continúan moviéndose, rápidas. El Gato, la alpargata en alto dispuesto a dejarla caer por segunda vez, permanece inmóvil: de la masa viscosa ha comenzado a salir, después de un momento de confusión, un puñado de arañitas idénticas, réplicas reducidas de la que agoniza, que se dispersan, despavoridas, por la habitación. En la cara del Gato se abre camino una sonrisa perpleja, maravillada, y después de un segundo de vacilación, la alpargata vuelve a golpear contra la baldosa, resonando. Ahora la mancha ha quedado inmóvil y definitiva, adherida a la baldosa colorada. El Gato mira a su alrededor: de las recién nacidas, producto de la rápida multiplicación que acaba de operarse, ni rastro.

El bayo amarillo tasca tranquilo, entre los eucaliptos del fondo. Cuando el Gato sale a la galería, alza la cabeza y lo contempla, sin dejar de masticar. Sobre su pelo amarillento se imprimen las manchas del sol, más claras, que atraviesan el follaje. Su mirada parece pasar a través del cuerpo del Gato para fijarse más allá, en un punto impreciso, pero es en realidad al Gato a quien mira. Ahora se desentienden uno del otro y mientras el bayo amarillo continúa tascando, el Gato se aproxima al borde de la galería, sobre el que se imprime una franja de sol, y mira el espacio abierto más acá de los árboles del fondo, el espacio sembrado de baterías dispersas y medio enterradas, y de neumáticos podridos, manchados de barro reseco. Los dos tambores de aceite, uno en posición vertical, el otro acostado, aplastando los yuyos, se carcomen en la intemperie. En el fondo, tranquilo, el bayo amarillo estira su largo cuello hacia el pasto. Todo lo demás está inmóvil.

Va dejando atrás la casa, los árboles, y ahora camina sobre la arena tibia. En la playita hay algunos papeles arrugados, paquetes de cigarrillos vacíos y retorcidos, basura. A unos treinta metros en dirección al montecito, el bañero conversa con un hombre vestido con una camisa blanca, un pantalón oscuro y un sombrero de paja. Están refugiados bajo un árbol. El Gato los mira, de un modo fugaz, por el rabillo del ojo, sin girar la cabeza, para no saludar. Corridos por la siesta, los bañistas volverán al atardecer. Una franja húmeda y barrosa, en la que las huellas del bayo

amarillo son todavía visibles, separa la playa seca del agua. Sobre esa franja húmeda, el Gato alza la cabeza y contempla la isla: chata, compacta, la vegetación polvorienta y la barranca rojiza, irregular, que baja al agua. Casi cincuenta metros separan las dos orillas.

El agua ciñe los tobillos del Gato.

El agua tibia corre sobre su cuerpo. Se jabona con vigor la cabeza, las axilas, el culo, los genitales, los pies. Después deja que la lluvia tibia barra el jabón, ayudándola con las manos. Queda un momento ciego, inmóvil, percibiendo el rumor del agua que choca contra su cabeza y baja en chorros gruesos por su cuerpo. No piensa nada. Denso, opaco, macizo, durante un minuto, hasta que estira la mano y cierra la canilla. Sigue todavía inmóvil, con los ojos cerrados, unos segundos más. Gotas caen de un modo cada vez más espaciado, desde su cuerpo, resonando contra el piso de la bañera.

No quiere anochecer. En la penumbra azul eléctrico, estacionaria, se oye el zumbido monótono de mosquitos. En el fondo, bajo los árboles altos, achatados y negros cuyo follaje está lleno de manchas azules que cintilan, el bayo amarillo se mueve, impreciso: un gran cuerpo amarillento cambiando de tanto en tanto de posición. Su cola se alza y se sacude, desplegándose y volviendo a caer. Más acá están el espacio sin árboles, sembrado de baterías semienterradas y de neumáticos podridos, y los tambores de aceite: comidos por el óxido, acanalados, uno vertical y el otro acostado. El Gato toma un largo trago de vino blanco, haciendo tintinear el hielo en el interior del vaso y después deja el vaso sobre el asiento de paja de la silla. Cuando se reclina otra vez, su espalda desnuda, toda sudada, se pega a la lona anaranjada, áspera, del sillón. El aire azul, estacionario, no parece querer cambiar, liso, transparente, como de vidrio. El Gato estira la mano hacia el vaso de vino blanco y lo vacía de un trago. De la botella que está en el piso, entre el sillón y la silla, lo vuelve a llenar. Suda y suda.

No bien se estira en la cama, en la oscuridad, desnudo, la sábana está empapada. El punto rojo de la espiral, sobre la mesa de luz, junto al ventilador que zumba monótono, brilla atenuado, sin parpadeos. Ahora ve un poco mejor en la oscuridad. El resplandor blanco de las paredes, de la sábana, la silueta de la silla, el rectángulo de la ventana lleno de la oscuridad carcomida de los árboles. El Gato se mueve pesado, aturdido, en la cama, haciéndola chirriar. Además de húmeda, la sábana está tibia, y a cada movimiento de su cuerpo se forman en ella unos pliegues gruesos y achatados que se incrustan en su piel. Girando en semicírculo, el ventilador le envía, periódico y regular, ráfagas débiles de aire fresco que no alcanzan a borrar, sin embargo, el ahogo, el aturdimiento.

Está parado, cuando se despierta, o cuando comienza, más bien, a



despertarse, al lado de la cama. La sábana, las paredes blancas, relumbran en la oscuridad, y el zumbido del ventilador continúa, monótono. El espiral se ha consumido entero. Está saliendo, despertando, de un horror difuso, espeso, y cuando advierte que ya está casi despierto, desnudo, parado al lado de la cama, el horror envía, todavía, como el ventilador, ráfagas. Vuelve a echarse, boca abajo. La cara aplastada contra la almohada húmeda mira, en línea oblicua, la ventana: las mismas manchas negras de los árboles carcomidas por la penumbra exangüe. Las mismas: ¿las mismas que qué o que cuándo? Cierra el ojo, oyendo el ventilador y, súbito, desgarrando, más que el silencio, la oscuridad, y no demasiado lejos, un gallo.

El motor de la bomba trabaja al sol. El sol sube. El Gato abre la canilla y pone bajo el chorro el balde de plástico rojo, cuya cara exterior deja transparentar los reflejos luminosos, como nervaduras, del agua que va llenándolo. Cuando el balde está casi lleno el Gato cierra la canilla y deja el motor en marcha para que busque, en el fondo, encarnizado, y contra el sol, más frescura.

Sosteniendo el balde rojo por la manija en arco, con la mano derecha, el Gato gira, dando la espalda al motor que zumba, con ritmos complejos, en el sol: la mano derecha va ligeramente hacia adelante, la mano izquierda hacia atrás, de modo que los brazos están separados del cuerpo, en línea oblicua, las piernas separadas, la planta del pie derecho apoyada entera en el suelo, adelante, el pie izquierdo apoyado en la punta, los dedos amontonados y doblados, la sombra proyectándose sobre la tierra apisonada en la que no crece una sola mata de pasto.

El pie izquierdo va en el aire, la mano que sostiene el balde ligeramente hacia atrás, la izquierda hacia adelante, el pie izquierdo alzándose ligeramente de modo que tiende a arquearse y a quedar apoyado en la punta, todo el cuerpo inclinado hacia la derecha por el peso del balde colorado.

Los dos golpes en la puerta de calle suenan suaves, casi inaudibles, en el momento en que el Gato se yergue después de haber dejado el balde de plástico, lleno de agua fresca, frente al bayo amarillo cuyos músculos, moviéndose con un ritmo complejo y múltiple a lo largo de todo su cuerpo muestran, más que la cabeza, que permanece inmóvil simulando no haber escuchado los golpes, una ligera excitación.

El Ladeado disemina forraje frente al bayo amarillo, que pasa del pasto al forraje sin ninguna violencia, mascando con parsimonia. El Gato recoge el balde vacío y se encamina hacia el zumbido del motor. Cuando abre la canilla, un chorro blanco retumba en el interior del balde, que rebalsa en seguida: un penacho blanquecino, láminas de agua transparente que se derraman por los bordes y gotas que parten en todas direcciones destellando fugaces en la luz de mediodía. El

Ladeado mira comer al bayo amarillo. El Gato deposita el balde colorado entre el forraje disperso en el suelo, reducido ahora por los espesos y casi continuos bocados del caballo.

II. No hay, al principio, nada. Nada. El río liso, dorado, sin una sola arruga, y detrás, baja, polvorienta, en pleno sol, su barranca cayendo suave, medio comida por el agua, la isla. Y al asomarme a la ventana, fumando, veo, en el medio del río, viniendo en dirección a la casa, al Ladeado, la cabeza hundida entre los hombros torcidos, sobre el bayo amarillo. El chorro de humo que dejó escapar se disuelve despacio poniendo, entre el río soleado y yo, entre el jinete que avanza dejando atrás el centro del río y la ventana protegida por la sombra, una bruma grisácea, delgadísima, que no acaba nunca de disiparse. El bayo amarillo sale del agua, atraviesa la playa desierta, las patas finas enredadas en su propia sombra, y después de andar un trecho sobre la extensión de pasto ralo y amarillento que separa la casa de la playa, se detiene a tres o cuatro metros de la ventana. El Ladeado me mira un momento sin hablar mientras el bayo amarillo sacude, despacio, la cabeza. Después saluda. Su tío Layo, dice, me pide que le guarde por unos días el bayo amarillo en el fondo de la casa.

Le hago, con la cabeza, una seña para que dé la vuelta y entre por atrás.

Voy atravesando, despacio, las habitaciones frescas, embaldosadas de colorado, entre las paredes blancas, atravesando el hueco de las puertas pintadas de negro, y cuando llego a la galería del fondo, sobre la que el sol golpea, tiro, hacia el centro del patio trasero, lo que queda del cigarrillo. Montado sobre el bayo amarillo, el Ladeado espera sin impaciencia del otro lado del portón.

Ahora baja del caballo, bien en el fondo, bajo los eucaliptos, y lo desembaraza, trabajoso, de silla y riendas. Las perforaciones de luz que atraviesan la fronda manchan, moviéndose cuando ellos se mueven, hombre y caballo. Todo el suelo está sembrado de círculos de luz.

Saco, de la heladera, el salamín, el pan de la bolsa. El Ladeado sigue, mientras habla, mis movimientos.

— Antenoche mataron otro más en Santa Rosa — dice —. Ya van nueve.

— Diez — digo yo —. Anoche mataron uno aquí en Rincón.

— Es pura maldad — dice el Ladeado.

Sobre la tabla que está en el fogón corto, despacio — y con cuidado, la primera tajada de salamín.

Volverá, dice antes de partir, todos los días, a traerle alimento. Los ojos,

reunidos cerca de la nariz, las cejas juntas, el aire sombrío, y, sobre todo, la cabeza entera hundida entre los hombros retorcidos, vuelta desde la galería hacia el caballo que tasca tranquilo atestiguan su aprensión: que no aparezca, súbita, silenciosa, la mano con la pistola y que no apoye el caño, con suavidad, en la cabeza del caballo. Que no retumbe la explosión.

Cuando la suela de la alpargata ha golpeado, rápida, a la araña, he visto salir, en todas direcciones, una docena de arañitas despavoridas, que han desaparecido. Ahora la alpargata vuelve a golpear. Queda una mancha negruzca, viscosa, en la baldosa colorada. Las arañitas han encontrado, seguro, refugio bajo los muebles, o en las juntas abiertas entre las baldosas coloradas y la pared blanca. Queda la mancha negruzca, viscosa: ya no es araña ni nada. Es una mancha, viscosa, achatada, negruzca, que puede significar, para el que no sabe, cualquier cosa: en sí, ya no es prácticamente nada.

En el silencio de la siesta, hirviente, desde bajo los árboles atravesados, a esta hora, de luz, desde su propio silencio, habiendo dejado, por un momento, distraído, de tascar, retraído, serio, circunspecto, el bayo amarillo me contempla.

El agua, tibia, color caramelo, me ciñe los tobillos.

Ahora el agua me ciñe, inmóvil, tibia, las rodillas.

La isla enfrente, con su barranca suave, la vegetación enana y sus flores irrisorias, todo desierto, polvoriento y calcinado, y el agua tibia, oscura, que ahora me ciñe el pecho.

La masa confusa, tibia, es amarillenta, llena de nervaduras luminosas; hay, puede presumirse, un exterior desde el que esa luz llega. Deja escapar un murmullo profundo, asordinado, múltiple, diseminado alrededor y que permite entrever, por la presencia constante, su extensión. Pequeñas convulsiones semisólidas se levantan, por momentos, del fondo, y quedan durante largo rato en suspensión, como si las partículas que las componen estuviesen sometidas a leyes nuevas y rigurosas. Todo parece estar, todo el tiempo, en movimiento y expansión, pero de un modo entrecortado, sin apuro ni violencia. La masa es como elástica, apretada; avanzo, por decirlo así, con dificultad. Y cuando irrumpo, ruidoso, con un estruendo líquido, en la superficie, veo, bajo los árboles, a unos metros de la casa, más allá de la franja amarilla de la playa, al bañero y al hombre de camisa blanca y sombrero de paja que conversan, aunque a esta distancia no puedo escuchar sus voces. Mueven, en la siesta silenciosa, los brazos, las cabezas.

Una treintena de bañistas, dispersos en la playa y el agua, llena de gritos y voces el aire calcinado. Permanecen inmóviles, o se agitan, o andan, en la luz

declinante. Los que están en el río hacen resonar, con sus brazadas y su pataleos, formando en la superficie tumultos blancos, el agua. Los cuerpos rayan, con su ir y venir, el espacio que se abre entre la casa y la isla. El río, ligeramente violado, corre entre la arena amarillenta y el verde ahora desteñido de la isla. Todos los bañistas se mantienen en la proximidad de esta orilla. Sin embargo, uno de ellos, que se ha aventurado hacia la otra y que ha estado desplazándose bajo el agua, emerge súbito cerca de la isla. Su cuerpo bronceado sale entero del agua y comienza a trepar, inclinado, pisando con cautela, la barranca. Se para rígido en el borde, las manos apoyadas en las caderas, y mira hacia la playa. Alza los brazos haciendo grandes señales, incomprensibles, ahora. Se lleva las manos a la boca, ahora, para usarlas como bocina, y grita, ahora, hacia la playa.

Al cerrar la puerta, oigo todavía sus gritos y los de una mujer, de este lado del río, que le responde. Están la habitación blanca, el piso de baldosas coloradas y detrás de mí, y en frente de mí, del otro lado de la habitación, las puertas negras. El murmullo que manda la playa, y por encima del cual se elevan, por momentos, gritos agudos, es continuo. Atravieso, despacio, la habitación: la pierna izquierda, la derecha, la izquierda, la derecha, la izquierda ahora, la derecha ahora, abro la puerta negra ahora, y entro en la segunda habitación. La primera habitación queda atrás. Cierro ahora detrás de mí la puerta negra.

Detrás de mí está la puerta negra, y a mi derecha, en la pared lateral, otra puerta negra. También hay una puerta negra enfrente, en la pared blanca, más allá del espacio vacío y del piso cubierto de baldosas coloradas. Girando hacia la puerta lateral, la izquierda, la derecha, la izquierda ahora, la derecha ahora, abro la puerta negra que dejo, detrás de mí, después de atravesar el hueco, entreabierta. El rumor de la playa continúa, ahora más apagado: ningún grito modifica su intensidad.

Estoy desnudo. El short blanco reposa, hecho un montón húmedo, en el suelo: durante unos segundos no hago nada.

Ahora la lluvia tibia corre, con un murmullo monótono, sobre mi cuerpo, barriendo, de a poco, el jabón. Estoy con los ojos cerrados, sin pensar en nada, sin recordar nada, en la lluvia tibia, ayudando, con las manos, a sacar el jabón al agua: sin pensar en nada y sin recordar nada, en una oscuridad que no llena otra cosa que el rumor del agua.

Dos tambores de aceite, uno vertical, el otro acostado, y adelante y atrás, semienterradas en el pasto, dispersas en el patio trasero, viejas cajas de batería y cubiertas podridas, y en el fondo el bayo amarillo cintilando en la primera penumbra azul atravesada por el zumbido continuo de los mosquitos y el canto de un millón de cigarras. Y eso es todo. Bajo los árboles, el caballo sacude una y otra

vez la cola o la cabeza tratando de espantar, sin conseguirlo, los mosquitos que han de estar arremolinándose a su alrededor. Creo ver venir, desde la penumbra, hacia mí, la mirada, más espesa, aunque menos visible, que el aire azul, del caballo. Sale por los ojos, de ese cuerpo caliente, de pelo y sangre, que se sacude y que palpita, material. Atraviesa, blanda, el aire azul, sin dejar en él ningún rastro, y llega hasta mí. Ahora nos estamos mirando, inmóviles, él con la cabeza ligeramente alzada, ligeramente puesta de costado, yo ligeramente incorporado en el sillón de lona anaranjada, la mano que sostiene el vaso de vino ligeramente alzada a mitad de camino hacia la boca, el aire azul ahora ligeramente negro. Apoyo la espalda desnuda en la lona áspera del sillón y tomo vino blanco del vaso helado hasta vaciarlo. Lo vuelvo a llenar y deposito, sobre el asiento de la silla de paja, al lado del vaso y de la taza llena de cubitos de hielo, la botella casi vacía que se mantiene precaria sobre la superficie irregular del asiento. Nos miramos: él con la cabeza ligeramente alzada, ligeramente puesta de costado, el cuerpo ligeramente en tensión, yo ligeramente apoyado contra la tela áspera del sillón, los dedos de las manos ligeramente separados y las manos ligeramente elevadas, los codos apoyados en la madera del sillón, en el aire atravesado, o lleno más bien, del zumbido de un millón de mosquitos y del chirrido monótono de un millón de cigarras. La casa entera está en penumbra. Algunas voces, fatigadas, se demoran todavía en la playa. Alzo el vaso de vino blanco de sobre el asiento de paja y lo vuelvo a dejar, después de haber tomado un trago corto. Saco un pedazo de hielo de la taza blanca y lo dejo caer, tintineando, en el vaso. Me paro. Ahora estamos mirándonos, él, el cuerpo amarillo horizontal a la galería, más allá de los tambores de aceite, de las manchas negruzcas de las cubiertas podridas llenas de barro, de las baterías semienterradas entre el pasto reseco, bajo los árboles, la cabeza vuelta hacia mí, yo avanzando desde el sillón hasta el borde de la galería, parándome sobre la franja de cemento que separa las baldosas coloradas del piso de tierra. Más tibia, o más blanda, más bien, que el aire ennegrecido, nos tiene, material en el espacio, inmóviles. Ligeramente, la cabeza alzada ligeramente, se sacude ahora, el cuerpo cálido lleno de latidos, de palpitaciones, de sangre, se mueve un poco ahora, ligeramente, el cuerpo que había estado ligeramente inmóvil, se sacude otra vez, ahora, en el aire negro. Voy dejando atrás la franja de cemento, los tambores, las baterías y las cubiertas manchadas de barro seco semienterradas entre el pasto y, más lejos, el sillón de lona anaranjada, la taza llena de cubitos de hielo, el vaso de vino. Estoy en el interior de un círculo que emana, más cálido, continuo, del bayo amarillo. Durante medio minuto, o más, no nos movemos: y ahora oscilo, aproximándome, con los brazos abiertos, flexionados, los dedos separados, buscando el modo, la manera, mientras el bayo comienza a sacudirse, inquieto, hasta que por fin ahora salto y me cuelgo de su cuello, tirando hacia abajo, sintiendo el cuerpo del caballo que se sacude, las patas que repican contra el suelo de tierra, dos o tres relinchos débiles que se elevan por encima del zumbido de los mosquitos y del estridor de las cigarras. Luchamos por un momento, en equilibrio, mi cuerpo entero, colgado del cuello, tirando hacia abajo, los músculos del bayo, en

tensión extrema, esforzándose hacia arriba, el pataleo inquieto y el cerebro confuso todavía sin entender, el cerebro que recibe un murmullo de órdenes o de proyectos inacabados, rápidos, sin dirección. El pelo húmedo, caliente, se pega a mi mejilla y puedo sentir, no únicamente su respiración, sino también su aliento. No cedemos: tensos, en el abrazo, el cuello sudoroso haciendo fuerza hacia arriba, los brazos entrecruzados alrededor que tiran hacia abajo, las patas libres repicando contra el suelo de tierra, las piernas firmes medio flexionadas. Ahora, jadeando, tosiendo, abandonando el gran cuerpo amarillento que todavía se mueve, inquieto y sin comprender, salto hacia atrás.

Toda la casa está en la oscuridad. Veo, encima de los árboles del fondo, bajo los cuales la forma amarillenta mastica sin descanso, medio veladas por el vapor tibio que el calor de la noche pone en movimiento, rojizas, las estrellas. No hay, por el momento, en el patio ni en las inmediaciones, ningún ruido, pero de todo el horizonte llega, circular, un coro ralo de ranas, las que ha dejado la seca y que han sin duda de estar apiñándose en los últimos restos de agua exangüe de los alrededores. Es discontinuo, quebrado, como si las vocecitas debiesen, una y otra vez, tratar de sacar, desde dentro, un nuevo grito. Y la ilusión de continuidad que da, por momentos, el coro circular, no pareciera provenir de otra cosa que del error, o de la aceptación sin examen, a que induce la distancia. No sopla ningún viento. Los árboles, grisáceos, decaídos, están inmóviles. La forma amarillenta produce, al arrancar el pasto con los dientes, unos sonidos duros, estirados, secos, indescriptibles. Me levanto del sillón y atravesando el marco de la puerta enciendo la luz de la habitación contigua a la galería. Un trapezoide amarillo se proyecta desde el cuarto a la galería, sobre las baldosas coloradas, sobre la silla de paja cuya sombra alargada se imprime en medio de la luz, hacia el borde de cemento y el patio de tierra. Mi propia sombra se inclina ahora sobre la silla: el vaso, la botella, están vacíos. La taza blanca no contiene más que agua, todavía fresca. Vuelvo a la habitación y apago la luz. Cegado unos segundos por la claridad que se ha extinguido no veo, en todo el exterior negro, más que la lona naranja del sillón y la taza blanca, sobre la silla: fosforecen o emiten, más bien, en la negrura, un nimbo, o un resplandor que contamina la oscuridad en torno de ellas.

Tomatis me dice, riéndose, de un lugar clandestino donde se juega a la ruleta. Ha venido a casa a caballo: está vestido con ropa de montar, botas, bretches, y tiene hasta una fustita en la mano y un casquete en la cabeza. Yo encuentro su vestimenta un poco ridícula y se lo digo: me responde que en la sala de juego hay que mostrar que se es gente de *cualidad*. Dice *cualidad* y no *calidad*, y yo pienso que ha empleado ese término inusual como si estuviese hablando de un modo refinado ante los empleados de la casa de juego para impresionarlos. Aunque, sin duda, dice, ya nos conocen. Le respondo que él tiene necesidad de tanto despliegue *vestimientario* (cuando pronuncio la palabra Tomatis se echa a reír de la incorrección que cometo y sacudiendo la cabeza repite dos veces *vestimientario*,

*vestimientario!*) porque su origen social es dudoso, pero que en cambio a mí todo el mundo me conoce: nuestra familia, ya se sabe, desciende del fundador de la ciudad. "Vamos, vamos, si nadie ignora que tu *papito* fue carnicero", dice Tomatis. La hilaridad alcanza en ese momento gran intensidad. Después nos preguntamos cómo haremos para ir hasta la sala de juego. Tomatis pretende que vayamos los dos en su caballo; la idea me parece absurda y un tanto maliciosa: se ve bien que quiere, de algún modo, humillarme o ponerme en ridículo, porque es evidente que será él quien llevará las riendas. Rechazo entonces su propuesta. Por fin decidimos que él irá en su caballo y que yo montaré el bayo amarillo. Cuando salimos al patio – es todavía de día – comprobamos que el bayo está en celo y no es recomendable, por lo tanto, usarlo como cabalgadura. La enorme verga del bayo, roja y húmeda, en plena erección, orina un chorro amarillo, espumoso, que rebota contra la tierra. Tomatis dice con voz grave que los caballos no soportan jinete cuando están en celo, que se vuelven salvajes y que él conoce dos o tres casos de jinetes matados por caballos en celo, y después agrega, muy emocionado y haciendo gestos un poco teatrales, que no únicamente por miedo sino también por respeto no deben montarse los caballos en celo, que los caballos en celo simbolizan la vida. Dice que en la religión de los antiguos *dromitas* el caballo en celo era el objeto principal del culto y que San Enrico Imperatore cuenta haber visto, en Dromidia, una manada entera de caballos arrodillados, cerca de una laguna, al crepúsculo, rindiendo culto a dos o tres caballos en celo. Después decidimos que irá cada uno por su lado: yo invocaré su nombre para entrar. Como la sala de juego no abrirá hasta mucho más tarde, le digo que pasaré antes por la ciudad a hacer una serie de diligencias y a ver a mi madre. Finalmente, atravieso el río en canoa. El viaje es angustioso, y tengo todo el tiempo una fuerte sensación de inseguridad, en primer lugar porque la canoa es demasiado chica, en segundo lugar porque debo ir parado ya que no cuento más que con un solo remo que apenas si sé manejar, y en tercer lugar porque, o bien debido a mi torpeza o bien al hecho de que el agua, aunque yo no lo advierta, está muy agitada, lo cierto es que la canoa oscila de un modo continuo y bastante violento. En la ciudad cometo dos o tres torpezas: primero, cuando voy a la carnicería, advierto que me he metido en una carnicería donde venden únicamente carne de caballo: me doy cuenta (por suerte el carnicero no está) porque los grandes costillares expuestos en los ganchos son amarillentos y transparentes. Cuando salgo, deduzco que he cometido el error un poco a causa de la conversación mantenida un rato antes con Tomatis. Después, vagabundeo por la ciudad. Todo el mundo comenta la muerte de los caballos en la costa. Un artículo en el diario *La Región* afirma que el número de víctimas es once. Pienso entonces que la noche anterior han debido exterminar otro sin que yo lo sepa. Junto con el artículo hay una fotografía, borrosa, que no alcanzo a distinguir muy bien. Bajo la fotografía hay una leyenda: San Enrico Imperatore. Me doy cuenta de que Tomatis ha sacado toda su supuesta erudición sobre el culto de los caballos del artículo de *La Región*. O tal vez ha sido él mismo quien lo escribió. En la ciudad se nota que el despliegue policial para atrapar al asesino de caballos es muy grande: a cada

momento parten contingentes hacia el camino de la costa. Me pregunto, cruzándome con uno de esos contingentes, si pasarán por la casa. De todos modos, la encontrarán cerrada. Para mostrar, por las dudas, mi inocencia –segundo error– le digo a un oficial que encuentro en el bar de la galería que trate de avisar de que no vale la pena ir a casa, si es que piensan pasar para interrogarme, como supongo que han de hacer con todos los habitantes de la zona, porque yo pasaré dos o tres días en la ciudad y la casa de Rincón estará vacía. Me he atrevido a dirigirle la palabra al oficial porque es un conocido de mamá. El oficial considera, a juzgar por su expresión, que he cometido no sé qué infracción: "Déjese de *chiquilinadas*, amigo", me dice. La palabra *chiquilinadas*, particularmente, me llena de perplejidad. ¿El oficial considera como una *chiquilinada* el hecho de haber abandonado la casa de Rincón –a causa del bayo amarillo–, o bien el de haberle dirigido la palabra para advertírselo? Después se pone a conversar con dos o tres hombres que toman cerveza en grandes vasos transparentes: la cerveza amarilla está coronada, en la superficie, por una capa de espuma blanca. Como de vez en cuando me dirigen miradas más o menos discretas tengo la impresión, no muy agradable, de que hablan de mí. Tengo el deseo, dos o tres veces, de decirle algo al oficial, recordarle el respeto que le debe a mi madre, pero al fin de cuentas me digo que no vale la pena porque, de todos modos, mi madre no debe sentir por él mucha consideración, ya que no se trata más que de un simple oficial de policía. Cuando llego a casa, compruebo que mamá está acostada; otra de sus manías: ha vendido el aparato de televisión, ha hecho arreglar un viejo aparato de radio –un aparato que debe tener por lo menos treinta años– y ha decidido pasarse el tiempo en la cama, escuchando la radio. El aparato produce unas descargas terribles, de modo que al hombre que habla apenas si se le entiende lo que dice. Mamá tiene sobre la mesa de luz una carta de Pichón: "tu hermano está inquieto por las noticias sobre los caballos que le llegan a Francia", dice mamá. Recoge la carta y me la extiende: cuando la agarro, me doy cuenta de que a causa de la penumbra que hay en la habitación se ha debido equivocar y me ha dado, en lugar de la carta de Pichón, la cuenta de la luz: debe dos mil pesos más cien pesos. Con su habitual orgullo, mamá se enfurece cuando le digo –tercer error– que puedo, si quiere, darle la suma necesaria para pagar la luz. Después me voy a vagabundear otra vez por el centro. Ahora que ha oscurecido, hay mucha menos gente en las calles. En el bar de la galería intento encender, sin conseguirlo, varias veces, un cigarrillo a medio consumir que he debido haber guardado un rato antes en el bolsillo. Inútil: la llama, apenas toca la punta del cigarrillo, se apaga. Como ya es tarde, una empleada empieza a baldear. Tira, sobre el piso, un balde de agua jabonosa que me moja la punta de los zapatos. Estoy por protestar, pero después me doy cuenta de que no queda, en el bar, ningún otro cliente más que yo, de modo que prefiero callarme la boca para que me dejen terminar tranquilo mi cerveza: *mientras no me digan nada* – , pienso, *no me muevo de aquí*. Pero la cerveza es tibia, de consistencia gomosa, turbia, un poco salada. Es pura espuma. Dejo el vaso sin terminar. En la puerta de la casa de juego –que está bastante oscura– me



encuentro con Elisa. Tomatis le ha dado la dirección. Elisa quiere impedirme entrar porque tiene el presentimiento de que voy a perder. Me recomienda sobre todo que no juegue el número tres. Yo le hago notar que su recomendación es ambigua: ¿me está queriendo decir que no juegue *el* número tres, como si yo tuviese un número tres para perder, alguna cosa designada con el número tres, o bien que no juegue *al* número tres, es decir que no haga ninguna apuesta a ese número? Le hago la objeción riéndome, con un aire afectado, pero ella continúa seria y preocupada. "¿Te da miedo de que me quede sin número tres?", le digo, malicioso, sin dejarle entender que estoy pensando en que Freud designa con el número tres los órganos genitales, y después, poniéndole la mano en la vagina por encima del vestido sedoso que lleva puesto, le digo, riendo: "El número tres es para el bosquecito". Pero Elisa no abandona su expresión de tristeza y preocupación. Como temo haber adoptado una actitud demasiado grosera, aunque Elisa no pareciera siquiera haberme escuchado, le digo, poniéndole esta vez la mano, con ternura ostentosa, en la cabeza: "No, tonta si era nomás por bromear". El *nomás* puesto antes del verbo me hace sentir un poco ridículo: suena falsamente acriollado. Por fin entramos juntos en la casa de juego que, como puede percibirse de inmediato, es también prostíbulo. Entre las mujeres que se asoman a las puertas de las habitaciones frente a las que vamos pasando, veo dos o tres conocidas. De algunas habitaciones sale una luz roja; de otras, una verde. La vestimenta de las mujeres indica sin lugar a dudas su profesión. Un hombre que lee el diario —abierto en la hoja que trae la fotografía borrosa de San Enrico Imperatore— nos indica una escalera de caracol que sube a la sala de juego. Hago pasar delante a Elisa, para ver cómo se mueven sus nalgas, apretadas en la seda blanca, mientras sube. Para disimular comento: "Estas escaleras enroscadas son lamentables". No sé por qué he empleado la palabra *lamentables*. Me suena, cuando la pronuncio, fuera de lugar. En la sala de juego no hay casi nadie: todavía no han empezado. Tengo la impresión de estar en la única sala iluminada de una gran construcción oscura. Me siento en la cabecera de la mesa y espero. Hay un empleado en la otra punta, junto a la ruleta. No sé si estamos solos o si hay alguien más en el salón. El techo es muy bajo. En la pared lateral, en lugar de ventana, hay un ojo de buey. "Decoración náutica", pienso, pero ya comienzo a estar intranquilo. El empleado hace una especie de saludo militar, con la bolita de la ruleta en la mano, y dice "Partida". Yo no sé si interpretar eso en el sentido de que va a jugarse una partida, de si es el comienzo (la partida) de la partida, o de si se trata lisa y llanamente de que estamos por partir. En lugar de fichas tengo ante mí, entre las manos, un montón de pedacitos de carne cruda. Siento la carne fría y pegajosa, blanduzca, entre las manos. En el momento en que la ruleta comienza a girar, el salón entero se sacude y veo, por el ojo de buey, la línea negra del horizonte iluminada por la luz de la luna que comienza a subir y bajar, de un modo violento. Me doy cuenta de que estoy en un barco, en medio de la noche, en alta mar, y que una tormenta lo sacude, y lo hará sin duda darse vuelta y hundirse de un momento a otro. Entonces comprendo que se trata de un sueño: he soñado que la sala de juego se convertía

de pronto en transatlántico. Estoy echado en la cama, bocarriba, en la oscuridad, contra la sábana húmeda oyendo, de un modo vago, el zumbido del ventilador, Paso revista al sueño: he recibido la visita de Tomatis en traje de montar, he vagado por la ciudad, he visto a Elisa y a mi madre, he llegado por fin a la casa de juego que era al mismo tiempo un prostíbulo. En lugar de fichas, se jugaban pedacitos de carne cruda. De pronto, toda la sala se puso a temblar y me di cuenta de que estaba en un barco, en plena noche y en plena tormenta. Creo que he estado también en una carnicería: sí, una carnicería donde no vendían más que carne de caballo. Ahora estoy echado en la cama, contra la sábana húmeda, oyendo el zumbido del ventilador. Pienso en el artículo que he leído hace unos días en *La Región*, sobre San Enrico Imperatore, en el que se menciona que San Enrico Imperatore vio también, en Dromidia, copular un caballo con una araña y salir después, del cuerpo de la araña, un montón de arañitas. La manera en que copulaban el caballo con la araña, decía el artículo de *La Región*, era la siguiente: la araña se adhería al pene del caballo con sus patas y succionaba, con la boca, el esperma: idéntico sistema al que utilizan las chinches para absorber la sangre de los mamíferos. Después de la eyaculación, la araña se dejaba caer, gorda, llena y si en ese momento se la aplastaba, salían de su cuerpo un montón de arañitas. Si no supiese que estoy despierto, la copulación de la araña con el caballo me parecería absurda: pero estoy bien despierto. Estoy bien despierto, echado boca arriba, contra la sábana húmeda, oyendo de un modo vago el zumbido del ventilador. El artículo de *La Región*, ¿qué día apareció? ¿Dónde lo leí? ¿Y cuándo? No: estoy en la cama acabando de despertar, pensando en el retrato borroso de San Enrico Imperatore, echado de espaldas contra la sábana húmeda, oyendo de un modo vago el zumbido del ventilador y *soñando*. Soñando que estoy en la cama acabando de despertar, pensando en el retrato borroso de San Enrico Imperatore, echado de espaldas contra la sábana húmeda y oyendo de un modo vago el zumbido del ventilador. Pego, como para arrancarme del sueño, un salto.

III. Está parado, cuando se despierta, o cuando empieza, más bien, a despertarse, al lado de la cama. La sábana, las paredes blancas, relumbran en la oscuridad y el zumbido del ventilador continúa, monótono. Está saliendo, despertando, de un horror difuso, espeso, ignorado, y cuando advierte que ya está casi despierto, desnudo, parado al lado de la cama, el horror envía, todavía, como el ventilador, ráfagas. Vuelve a echarse, boca abajo. La cara aplastada contra la almohada húmeda mira, en línea oblicua, la ventana: las mismas manchas negras de los árboles carcomidos por la penumbra exangüe. Las mismas: ¿las mismas que qué, o que cuándo? Cierra el ojo, oyendo el ventilador y, súbito, desgarrando, más que el silencio, la oscuridad, y no demasiado lejos, un gallo.

La luz matinal entra en la pieza como con un estridor ligero. Y llegan, vagos, incomprensibles por momentos, apagados, intermitentes, desde la playa, los gritos

de los bañistas. El Gato abre los ojos: la fronda del árbol que intercepta la ventana está acribillada de luz solar. Y en medio de las hojas, en los intervalos que se abren a veces entre rama y rama, hay también, aparte de las manchas amarillas que se proyectan en las hojas y en las ramas, un resplandor blanquecino, impreciso, del que se diría que es un último estado de la luz, diseminándose en medio de la más grande incandescencia, antes de desintegrarse por completo.

El sillón de lona anaranjada, la silla de paja con el vaso, la botella vacía, la taza blanca llena de agua entibiada, se recalientan al sol. En el agua de la taza flota una mariposa nocturna de color pardo, ahogada. Y en el patio, más allá de los tambores de aceite oxidados, acanalados, uno vertical, el otro horizontal acostado en el suelo, más allá del espacio sembrado de baterías y viejas cubiertas semipodridas, semienterradas entre los yuyos, manchadas de barro reseco, el bayo amarillo, inmóvil bajo los árboles, alertado por la aparición del Gato cuya sombra se proyecta contra la pared blanca de la galería, entre la puerta de la habitación y la puerta de la cocina cubierta por la cortina de lona azul, deja, durante unos segundos, de masticar.

Va acercándose, a paso lento, hacia el cuerpo torcido del Ladeado que, de espaldas, mira comer al bayo amarillo. Lleva el balde colorado lleno de agua en la mano derecha, y el movimiento de su marcha sacude el agua del balde, de modo que los reflejos luminosos que se transparentan en la superficie exterior del plástico colorado se mueven sin parar, cambiando de forma e incluso de lugar en la superficie colorada que los deja ver como una pantalla y, por el borde del balde, dos o tres veces, antes de que lo deposite en el suelo entre el Ladeado y el caballo, el agua salta y salpica la tierra y el pasto. El bayo amarillo ataca el segundo balde de agua con la misma avidez que el primero. Contemplándolo, el Ladeado respira, ruidoso.

Esta tarde, o mañana, le dice, lo iré a varear. Él volverá el lunes a la mañana. Los ojos, reunidos cerca de la nariz, la mirada errabunda, la frente encogida y arrugada, la sombra torcida mezclada a los listones de sombra que proyecta sobre el patio de tierra el portón trasero, un solo pensamiento parece mariposear en él: que no aparezca, súbita, silenciosa, la mano con la pistola, y que no apoye el caño, despacio, en la sien inocente. Que no retumbe la explosión.

El bañero se pasea, con su pantalón de baño y su casquete blanco en la cabeza, entre los bañistas echados boca arriba o de vientre sobre toallas de colores vivos extendidas en la arena. El cuerpo voluminoso, tostado, del bañero, va sorteando los cuerpos extendidos, los canastos, los bolsos, los montones de ropa acomodados con cuidado en el suelo. El bañero observa también los cuerpos que chapotean en el agua cerca de la orilla. Más allá, en el medio del río, la canoa verde del Ladeado se aleja río abajo. A cada golpe de los remos la canoa, que parece

inmóvil, sale por un momento de su inmovilidad para caer otra vez, casi instantáneamente, en ella. No se sabe por qué esa sucesión entrecortada da, por momentos, una ilusión de continuidad. El Gato sigue, desde la ventana, con la mirada, las detenciones bruscas de la canoa seguida cada una de un brusco recomenzar.

El bañero observa también los cuerpos que chapotean en el agua, cerca de la orilla: dos bañistas penetran corriendo en el río, y una mujer joven, rubia, tostada, con una bikini celeste, viene, chorreando agua, en dirección contraria, hacia la playa. Alguien se desplaza, un poco más lejos, horizontal a la playa, río arriba, levantando un tumulto líquido, blancuzco, con sus pataleos y sus brazadas. Tres chicos chiquitos juegan sentados en el agua, bien a la orilla, mientras que otros dos, varones, de una docena de años, se persiguen, entrando y saliendo del agua, corriendo y gambeteando: el que va adelante lleva, entre las manos, una pelota de goma multicolor.

Alejándose río abajo, con sacudidas bruscas, la canoa verde, en el medio de la cual el Ladeado se inclina con ritmo regular, hacia adelante y hacia atrás, va dejando sobre la superficie color caramelo una estela cuyos bordes, que se ensanchan, son visibles incluso desde la ventana. A cada golpe de los remos la forma verde, alargada, elegante, pasa imperceptible, y de un modo casi instantáneo, del movimiento a la inmovilidad, dejando entrever, por momentos, por encima de su continuidad ilusoria, las detenciones bruscas, no únicamente de la canoa, sino también del cuerpo y de los remos que tocan el agua a los costados de la popa, vienen por debajo de la superficie hacia adelante, reaparecen creando dos tumultos blanquecinos a los costados de la proa, y vuelven por el aire hacia la popa para caer otra vez en el agua y recomenzar.

El que va adelante lleva, entre las manos, la pelota de goma multicolor: el que lo viene persiguiendo penetra en el agua y sus pies levantan, al chocar contra ella, un tumulto blanquecino. La distancia que lo separa del que lleva la pelota es, en todo momento, idéntica. El que va adelante ha abandonado la táctica de los virajes, de las gambetas, de los falsos cambios de dirección y corre, como el otro, adelante, a dos o tres metros de distancia, por el agua, horizontal a la playa. El que va detrás no avanza, por decir así, ni un milímetro: durante la persecución, inmutable, la misma extensión los separa, la misma porción de aire vacío, más allá de la cual, porque se han alejado un poco del espacio destinado a los bañistas, está el río liso, dorado o caramelo, sin una sola arruga, y detrás, baja, polvorienta, en pleno sol, su barranca cayendo suave, medio comida, la isla.

La mujer de la bikini celeste sale del agua y cuando sus pies tocan el borde de la playa se detiene y comienza a sacudirse y retorcerse el cabello mojado. Gotas de agua que bajan por su piel tostada brillan fragmentarias al sol. Por detrás, a varios

metros de la costa, pasa, horizontal a la orilla, el hombre que se desplaza río arriba, en dirección contraria a la que lleva, en el centro del río, la canoa. Los dos bañistas que van corriendo hacia la parte profunda, cuando el agua está llegándoles ya a los muslos, comienzan a avanzar con dificultad creciente, a causa de la resistencia del agua, cada vez más profunda, hasta que por fin se dejan caer: todo el aire soleado se llena de gotas que se levantan y destellan durante una fracción de segundo, antes de volver a caer, y el estruendo de los cuerpos al chocar contra el agua retumba en toda la playa.

La isla baja, polvorienta, en pleno sol, su barranca rojiza cayendo suave, medio comida por el agua, está inmóvil, sin que ni siquiera pájaros, mariposas, se levanten de entre los árboles enanos a los que ninguna brisa sacude, de entre las flores rojas, amarillas, blancas, desperdigadas entre las ramas y entre la maleza que se calcinan a la luz de febrero, el mes irreal, sin que en la orilla irregular se perciban, en ningún momento, las sacudidas suaves de la estela que va dejando la canoa verde al avanzar, con enviones bruscos, en el medio del agua, río arriba, dejando atrás los bordes visibles de la estela que van separándose imperceptibles y que rayan el agua caramelo sobre la que la luz caliente destella múltiple y arbitraria.

El que va adelante salta de un modo brusco hacia el costado, de tal manera que su perseguidor, llevado por la inercia de la carrera, continúa todavía un par de metros en línea recta antes de reaccionar. Pero el que lleva la pelota ha doblado, gracias a su acción inesperada, la distancia que llevaba. Sale rápido del agua y avanza, por entre los cuerpos tendidos sobre las grandes toallas de colores vivos, por entre los bolsos y los canastos y los montones de ropa acomodados con prolijidad, en dirección contraria al río. Su perseguidor lo imita pero con menos pericia y agilidad, de modo que la distancia que los separa aumenta todavía más. El perseguidor es incluso interceptado sin querer por el bañero, que se desplaza entre los bañistas observando la playa, el agua, los bañistas, la canoa, la isla. De vez en cuando echa incluso una mirada rápida en dirección a la ventana desde la que el Gato se encuentra contemplando la escena. El Gato sigue con la mirada al chico que viene corriendo desde la playa en dirección al espacio vacío, cubierto de pasto ralo, grisáceo y calcinado, que separa la casa blanca de la playa. Su perseguidor lo sigue desde lejos. Ya no lo alcanzará. Cuando ha llegado al espacio vacío, más acá de la playa, el que viene adelante se para de golpe, arroja al aire, ante sí, la pelota, y antes de que vuelva a tocar la tierra la pateo, hacia arriba, con la punta del pie, tan fuerte que cae sentado sobre el pasto ralo a causa del esfuerzo. La pelota sale, recta, disparada hacia arriba.

La esfera multicolor está en el aire, inmóvil, suspendida contra el cielo azul, habiendo alcanzado el punto máximo, tensa, en el extremo, contra la inmensa cúpula azul, vacía, y la cabeza del Gato, echada un poco hacia atrás, que ha

seguido el movimiento vertical desde la ventana, está también fija, inerte, los ojos entrecerrados por el esfuerzo, la boca abierta, los codos apoyados contra el marco de la ventana y los antebrazos colgando afuera, las manos como muertas, con los dedos encogidos y separados pendiendo hacia abajo. La esfera multicolor está en el aire, inmóvil, suspendida contra el cielo azul. En el aire. Inmóvil. Suspendida. Contra el cielo azul.

De los destellos que se arremolinan alrededor del disco solar, y que obligan a bajar la mirada de modo tal que los ojos adivinan, más que ver, esa zona de incandescencia, se desprende una especie de polvo blanquecino, o una luz polvorienta, delgadísima, en flotación, que va diseminándose, lenta, por el aire y el cielo: hora irreal del mes del delirio, y las gotas de sudor, gruesas como cuentas de vidrio, van marcando de estelas tortuosas, anchas, la cara y el torso del Gato, cuya sombra, en el patio trasero, no es más que un montoncito informe bajo sus pies enalpargatados que pisan el mosaico colorado de la galería: está inmóvil, con los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás y los brazos abiertos, expuestos al sol. Por la posición de su cuerpo parece como sometido o como desafiante a esa luz ardua que lo trabaja. A un costado están el sillón de lona anaranjada, la silla sobre cuyo asiento de paja reposan la botella vacía, el vaso vacío, la taza blanca llena hasta la mitad de un agua casi tibia en la que flota una mariposa nocturna ahogada. Y más allá del espacio sembrado de baterías viejas y de cubiertas semipodridas que emergen de entre los yuyos resecaos y calcinados, más allá de los tambores de aceite oxidados y acanalados, más allá incluso del balde colorado y del forraje disperso en el suelo, bajo los eucaliptos, defendiéndose como puede del calor bajo la sombra acribillada de perforaciones luminosas, el bayo amarillo tasca tranquilo: la gran boca se mueve sin parar, de modo tal que el hocico blanco y negro muestra su revés rosa y los grandes dientes blancos que trituran, parsimoniosos, su alimento. El Gato se endereza, irguiendo la cabeza, cerrando los brazos contra el costado del cuerpo y abriendo los ojos. Hay un silencio muy grande que rodea la casa, e incluso la región. Si alguna voz se alzara en medio del silencio hirviente en el que no hay ni siquiera susurros o crujidos, ni siquiera el estridor mismo del calor ni los chirridos de la rueda lenta del mediodía, llegaría hasta ahí como acolchada, como exangüe. Los ojos del Gato se entrecierran de nuevo, y su cuerpo entero se inmoviliza otra vez tratando, infructuoso, de escuchar: no se oye nada, ningún chirrido: la rueda, cuya carga está en este momento, o mejor, ahora, en un estado de pasividad que no es ni siquiera una espera, porque el puente con lo que se podría alcanzar está cortado, no se mueve para nada, de ningún modo, en ningún sentido. Está inerte, tan ancha como larga, y llena de cosas sin vida que se calcinan en la luz coagulada, o que son como restos, sin temperatura propia, de cosas ya ardidas y calcinadas. Asentadas, constantes, suspendidas, las cosas que son la rueda yacen, en una dimensión fantasmal ahora

y ahora, aproximándose, desembarazándose de a poco de los estratos de distancia que lo acolchan cada vez menos, que van dejándolo libre a medida que avanza, ensanchándose, y volviéndose más complejo y más fuerte, el ruido de un motor de automóvil que saca al Gato, de un modo gradual, de su especie de sueño.

Más allá de las listas verticales del portón de madera, y más allá de la vereda desierta, envuelto todavía en la nube de polvo blanquecino que ha levantado al llegar, el coche negro, del que no es visible más que la parte trasera ya que se ha detenido un poco más adelante del portón, inclinado a causa de la ligera convexidad de la calle de tierra, emite todavía las vibraciones de la carrocería que parece detenerse un segundo después que el motor. Detrás, la larga nube horizontal de polvo blanquecino, diseminada en el aire soleado, flota, semiopaca, lenta, interceptando la visión de los árboles que se marchitan imperceptibles más allá de la calle de tierra. La delgada mancha blanquecina, diseminándose, rota despacio, expandiéndose, sin caer.

—¿Así que ya es sábado? — dice el Gato.

—Sábado, sí. Efectivamente.

El vestido de lino blanco, enterizo, llega hasta la mitad de los muslos y deja también descubiertos los hombros; toda la carne visible está bronceada. Elisa sostiene su bolso de paja con las dos manos contra el vientre, cubriendo el pubis con él. El pie izquierdo avanzando ligeramente, se apoya sobre la punta de modo que el talón se mantiene en el aire. Dos tiras de cuero, partiendo de una argolla de bronce colocada a la altura del empeine, anudan la sandalia, después de dar dos o tres vueltas sobre el tobillo, a la parte baja de la pantorrilla. El Gato fija los ojos en la argolla de bronce.

—Sábado, ya — dice.

—Sí, sábado — dice Elisa.

El Gato sacude la cabeza despacio.

—Sábado — dice.

La ciudad está desierta: no se ve, al atardecer, cuando por lo general está lleno, ni un alma en el centro. De mañana, cerca del mediodía, incluso un sábado, los pocos negocios que no han cerrado están, a pesar de la frescura relativa que irradian sus umbrales, vacíos. El asfalto azul de las calles se funde al sol. Nadie ocupa las mesas de los bares. Si por casualidad la siesta sorprende a alguno caminando por una calle de barrio, sin árboles, en pleno sol, lejos del río y sin ninguna parada de colectivos cerca, la sensación de irrealidad es tan grande que la luz, sobre las veredas blancas, empieza a fluir rápida, a despedazarse y chisporrotear. Se oye hasta el rumor de la luz. Del mercado central se expande un tufo ligero de putrefacción. Cuando dos desconocidos se cruzan, por casualidad, en una calle vacía, los ojos, que se encuentran un momento en un intercambio confuso y desolado, recomienzan a errabundear en seguida o se clavan en las baldosas grises y no se vuelven a levantar. No se puede sostener la mirada, A

veces, al anochecer, pueden percibirse, desde alguna ventana, los ojos velados de una mujer madura que, el mate ya frío en la mano, el cuerpo abundante y blando, los cabellos grises, contempla la calle desierta desde la penumbra. Los ojos sobre todo: el resto aparece como fundido con la penumbra. Únicamente de noche la gente sale a la vereda: porque el interior de las casas se ha recalentado tanto durante el día que no hay forma, ni tiempo, durante la noche, de volverlo a refrescar; antes de que el aire de la noche lo consiga, el sol del amanecer se pondrá a recalentarlo otra vez. Ponen el televisor en el zaguán y se sientan todos en la vereda, mirando hacia el interior de la casa. Una jarra de limonada o un porrón de cerveza van pasando de mano en mano. A lo largo de cuerdas enteras, la misma luz acerada de los televisores titila desde cada zaguán y las mismas voces y los mismos ruidos, artificiales y llenos de ecos, llenan el aire. Las siluetas de los espectadores, pétreas, se nimban por momentos de azul a la luz de los televisores. También los cines están vacíos. En algunos, dos o tres veces, la función ha debido suspenderse por falta de público. Únicamente razones de fuerza mayor, enfermedad o trabajo, inducen a la gente a salir a ciertas horas: sobre todo las horas próximas a mediodía. Muchos se preguntan, bromeando (pero ya se sabe lo que las bromas pueden llegar a significar), si no se trata lisa y llanamente del fin del mundo. Aquí Elisa eleva la mirada, sonriendo y dejando suspendido en el aire, a medio camino hacia la boca, el tenedor con la rodaja de tomate de la que cae, sobre el plato, una gota de aceite. El Gato observa la caída de la gota de aceite sin dejar de masticar, apoyado contra el respaldo de la silla. Sus cubiertos están apoyados contra el borde del plato blanco en el que las rodajas de tomate yacen empapadas de aceite amarillento. Alrededor de las semillas que se han desprendido de las rodajas se forman unos círculos dorados y brillantes. El Gato se inclina hacia su vaso de vino blanco; gotas de agua helada chorrean por las paredes del vaso. Las cejas ligeramente levantadas, la sonrisa desleída, el tenedor a medio camino entre el plato y la boca, Elisa lo mira levantar el vaso y llevárselo a la boca. Tomatis, continúa Elisa, es de esa opinión. Tomatis y su socio vitalicio, Horacio Barco, argumentaban, dos o tres noches atrás, en el bar de la galería, que el escepticismo ante la posibilidad del fin del mundo se basa exclusivamente en el concepto de experiencia; porque no hubo fin del mundo hasta ayer, ni hasta esta mañana, no lo habrá en este momento, ni mañana a la mañana. Las calles hierven a la hora de la siesta; y las casas, desamparadas, en el sol, se resecan. Quedan el agua, los árboles: última fuente, en apariencia, de vida. Pero los árboles ya casi no resisten tampoco, ya amarillean o se doblegan, y el agua se enturbia, se vuelve densa, pesada, huele. En la gran esfera blanca del día, llameante, la ciudad se consume, se agosta, crujiendo sin embargo crepitar. ¿Volverá, por fin, como antes, el otoño? En los ojos de la gente que se cruza en la calle puede leerse, incierta, esa pregunta. Fugaz: porque es difícil, en la ciudad, cuando se cruza un desconocido, no desviar la mirada. Los ojos, que se buscan, sin embargo, para encontrar un alivio en la incertidumbre común, resbalan rápidos, hacia abajo, para volver a clavarse en la vereda. No es ni por timidez ni por vergüenza, sino por simple pudor, por no



exponer el viejo miedo, como un cuerpo desnudo, a la mirada de los otros. Ayer al atardecer, por ejemplo, al acompañar a la estación de ómnibus a Héctor y a los chicos, había visto por primera vez después de varios días mucha gente reunida, como si todos se hubiesen apresurado a viajar para ponerse a salvo de ese clima de inminencia. Y después de haberlos dejado en el ómnibus de Mar del Plata, había salido caminando en dirección al coche. Al atardecer, ya se sabe, la fiebre sube. Verde, rojiza, la atmósfera, caliente, está contaminada de algo incierto, indefinible. Aquí Elisa hace silencio, corta un pedazo de pan, lo incrusta por el lado de la corteza en el tenedor y lo pasa, imprimiéndole un movimiento circular, por el plato blanco para que se empape de aceite: las semillas doradas se aglutinan alrededor del pan, arrastradas por la succión que, como una esponja, el pan opera sobre el jugo brillante. El pedazo de pan recorre, llevado por la mano que empuña firme el tenedor, la superficie entera del plato excepción hecha del reborde. Cuando Elisa lo retira para llevárselo a la boca, el plato queda vacío, brillante, con algunas semillas dispersas envueltas en un círculo gelatinoso y brillante. La cocina está en una semipenumbra bastante fresca. Ninguna brisa mueve la cortina de lona azul que la separa de la galería. Atravesada por el sol, la cortina proyecta sobre las baldosas coloradas una sombra azul llena de nervaduras transparentes. El Gato contempla, sin dejar de masticar, los labios abultados en los que el aceite ha dejado su rastro, la cara de bronce sobre la que el sudor ha comenzado a resquebrajar la sombra negra alrededor de los ojos, el cabello negro estirado hacia atrás, el cuello de bronce, lustroso como toda la piel visible, que emerge, igual que el hombro y los brazos, del vestido blanco inmaculado y rígido. El pedazo de pan llega a la boca que se abre, aspirándolo: de inmediato, al mismo tiempo que el tenedor baja y se apoya tintineando en el borde del plato, los músculos de la cara de bronce comienzan a moverse al ritmo de la masticación. Elisa abre un poco los ojos y adelanta la cabeza en el momento de tragar. Ayer a la siesta, sin ir más lejos, cuando estaba cruzando la calle desierta, en la esquina del Mercado Central... Pero no; no. Vuelve a callarse. Ante la expectativa del Gato, baja los ojos y los clava en el plato vacío. En medio del silencio, el Gato recoge los cigarrillos, se pone uno entre los labios y lo enciende, volviendo a dejar los fósforos sobre la mesa. Sacude varias veces el fósforo hasta que la llama se apaga. Un chorro de humo, recto, cilíndrico, de punta turbulenta, sale disparado hacia Elisa que alza los ojos, los clava en los del Gato durante una fracción de segundo y en seguida, sacudiendo al mismo tiempo los hombros y la cabeza, emite una sonrisa turbia y pudorosa.

– Deberías afeitarte – dice la voz de Elisa.

El Gato se pasa la mano por las mejillas, sonrío un poco y entreabre los ojos. Hace, como respuesta, un gesto rápido con los labios, consistente en fruncirlos un poco y hacerlos sobresalir. La galería está como impregnada del calor de la siesta. Las dos perezosas de lona anaranjada, puestas una frente a la otra, se encuentran sin embargo al abrigo del sol. Los cuerpos están aplastados contra la lona y como la inclinación de las perezosas es demasiado grande, deben incorporarse un poco si

se quieren mirar. La cabeza de Elisa permanece ligeramente erguida; la del Gato continúa aplastada contra la lona. El ruedo del vestido blanco se ha retirado hasta casi el nacimiento de los muslos de bronce. En la rodilla derecha una lastimadura superficial, un raspón, ha dejado una serie de cascaritas oscuras y reseca. Elisa vuelve a apoyar la cabeza contra la lona de la perezosa y cierra otra vez los ojos. Sus manos, cruzadas a la altura del vientre, reposan plácidas. El Gato se incorpora y observa durante un momento las piernas de bronce. Se levanta y va a arrodillarse junto al vestido blanco. Después, de un modo brusco, aplasta la cabeza contra los muslos y comienza a lamerlos. Sin abrir los ojos, Elisa apoya una de sus manos sobre la cabeza del Gato.

–No. Todavía no. Todavía no – dice.

Cuando la brasa del cigarrillo se aplasta contra el plato blanco, lleno todavía de rastros de aceite, produce un sonido ínfimo, audible sin embargo en el silencio que envuelve la cocina y la casa. Elisa se levanta y comienza a recoger los platos y los cubiertos. El Gato, sin soltar el cigarrillo apagado, y conservando la actitud que ha adoptado en el momento de apagarlo, la contempla. Elisa recoge el plato con el cigarrillo apagado, retira los cubiertos, y coloca el plato sobre los otros platos sucios; recoge los cubiertos sucios de sobre la mesa y los pone sobre el plato. Encima del mantel cuadriculado blanco y azul, lleno de migas y de pedacitos de pan, no quedan más que los vasos, la panera vacía y la botella de vino blanco con un resto de vino. Cuando Elisa se dirige hacia la pileta para depositar en ella los platos y los cubiertos el Gato vacía la botella sirviendo el vino amarillo en su propio vaso y en seguida, poniéndose de pie, levanta el vaso lleno y lo toma entero, de un solo trago. Elisa se da vuelta y se queda mirándolo, desde el fogón: la mesa con el mantel cuadriculado, blanco y azul, el espacio vacío entre la mesa y el fogón en el que la silla vacía de Elisa está ligeramente apartada de la mesa, separan los dos cuerpos, el del Gato con el vaso vacío en la mano a medio camino entre la boca y la mesa, el de Elisa apoyado contra el fogón, los brazos separados de los flancos para no rozar con los dedos sucios el vestido blanco que ahora está atravesado por varias arrugas horizontales, rectas y rígidas, a la altura del vientre. El Gato recoge de sobre la mesa el segundo vaso y la botella vacía y rodeando la mesa con paso lento y negligente los deposita sobre el fogón. Elisa continúa mirando el punto más allá de la mesa en el que el Gato ha estado parado junto a su silla, en la misma dirección de la cortina de lona azul cuyo centro aparece ligeramente inflado por una mancha luminosa. Girando despacio, hasta quedar frente al perfil inmóvil de Elisa, el Gato inclina la cabeza. Su lengua rosada, chata, ancha, emerge de entre sus labios rodeados de la barba rubia de por lo menos una semana a medida que el Gato inclina la cabeza. En el momento exacto en que la lengua toca la piel bronceada del hombro y da una rápida lamida, Elisa da un paso brusco hacia el costado.

–Todavía no – dice.

El Gato ha vuelto a guardar la lengua, cerrando la boca. Está sin embargo

todavía inmóvil, con la cabeza baja, como si apoyara el mentón contra un cuerpo invisible. La luminosidad que atraviesa débil la tela azul de la cortina se disemina en la cocina en la que las paredes blancas resplandecen de un modo atenuado, de manera tal que la penumbra se confunde, paradójica, con esa claridad difusa. Por un momento no pasa, o pareciera no pasar, nada: no hay más que los dos cuerpos inmóviles y la penumbra paradójica que bien mirada puede ser incluso amarillenta.

– Vayamos a sentarnos en la galería – dice Elisa. La voz queda resonando un momento después de haber impulsado al Gato a darse vuelta rápido y a comenzar a marchar, sin decir palabra, hacia la puerta negra que separa la cocina del resto de la casa. De la habitación contigua retira, de contra la pared, una perezosa plegada y después de ponérsela bajo el brazo recorre en sentido contrario la habitación y atraviesa el hueco de la puerta desembocando en la cocina, para comprobar que Elisa ha desaparecido y que la cortina de lona azul que da a la galería está todavía moviéndose ya que Elisa la ha apartado para salir. El Gato despliega, frente a la que ocupa Elisa, y no sin trabajo, la segunda perezosa de lona anaranjada y se sienta en ella. Elisa está mirando al bayo amarillo que sacude la cabeza en el fondo, bajo los árboles.

– ¿Y te parece que acá está seguro? – dice negligente.

– Es posible – dice el Gato.

– Yo por mi parte no creo que esté más seguro aquí que en la isla – dice Elisa.

– Es posible también – dice el Gato.

Elisa sacude varias veces la cabeza.

– En una palabra, te da exactamente lo mismo – dice.

– No es imposible tampoco – dice el Gato.

– Entiendo, entiendo – dice Elisa.

Por toda respuesta, el Gato saca la lengua y la mueve, pasándosela por el labio superior, varias veces, de un modo obsceno. Elisa sonríe, se encoge de hombros, y cerrando los ojos apoya la cabeza contra la lona anaranjada. Sus brazos reposan sobre los apoyabrazos rectos, de madera cruda, de la perezosa. El Gato la contempla durante un momento y adopta una posición semejante. No sopla ningún viento, y ningún ruido llega hasta la galería: la siesta entera es un solo bloque transparente, mineral, compacto y cálido en el que cada cosa, esculpida en el interior, es a la vez próxima e inalcanzable. Cada cosa, densa y quieta, en su lugar, en el bloque, no más accesible a los dedos que un barco en el interior de una botella. Sin abrir los ojos, sin que el resto de su cuerpo sufra la más mínima alteración, el Gato retira la mano derecha del apoyabrazos de madera cruda y se rasca rápido el pecho, a la altura del vello rubio ralo que crece entre las tetillas. La mano baja otra vez y queda entrecerrada, la palma hacia arriba, sobre el muslo derecho.

– Deberías afeitarte – dice la voz de Elisa.

La mano derecha se eleva otra vez. El Gato se la pasa por las mejillas. Sonríe,

plácido, entreabriendo los ojos. Hace un gesto rápido con los labios, consistente en fruncirlos un poco y hacerlos sobresalir. La cabeza de Elisa, ligeramente erguida, vuelve a apoyarse contra la lona anaranjada. El ruedo del vestido blanco, que se ha retirado hasta casi el nacimiento de los muslos, deja entrever, entre las piernas, el calzón negro ceñido contra el pubis. Las manos de bronce reposan, una sobre la otra, a la altura del vientre, contra el vestido blanco. Elisa cierra los ojos. Sin dejar de mirar las piernas entreabiertas, el Gato se incorpora, permanece inmóvil durante un momento, y por fin se levanta y va a arrodillarse junto a Elisa. Aplasta, de un modo brusco, la cabeza contra los muslos de bronce y comienza a lamerlos. Sin abrir los ojos, Elisa apoya su mano sobre la cabeza del Gato.

–No. Todavía no. Todavía no – dice.

El Gato se para y vuelve a su perezosa, dejándose caer en ella. Por la galería en la que la sombra no enfría el aire, pasa, rápido, algo, que la borra, por un momento, y que vuelve a ponerla, casi al mismo tiempo, otra vez, en su lugar.

Elisa está echada en la cama, boca arriba, desnuda: la cabeza apoyada en la almohada chata, la mano derecha, con los dedos separados, cubriendo blanda el ombligo, la mano izquierda, que muestra la palma, sobre la frente. Las tetas, diseminadas por el pecho hacia los costados y hacia atrás, por la posición horizontal del cuerpo, se muestran tan bronceadas como el resto, excepción hecha de una franja que va desde la parte inferior de las caderas hasta el nacimiento de los muslos y en cuyo centro exacto se encuentra ubicado el triángulo negro del pubis. La pierna derecha está estirada sobre el borde de la cama, de modo tal que la nalga izquierda se encuentra prácticamente en el aire y es el pie izquierdo, apoyado en el suelo, el que contribuye a sostener el cuerpo sobre la cama. Todo el cuerpo –aparte de la estrecha franja blancuzca– tiene el tinte amarillo rojizo del bronce lustroso. La posición obliga a Elisa a mantener las piernas entreabiertas. Desabrochándose el short blanco –lleno de una suciedad que lo agrisa– y dejándolo deslizarse hacia abajo, por las piernas, desembarazándose de él, pisándolo con el pie derecho primero y retirando el izquierdo, realizando de inmediato la misma operación con el otro pie, en la otra punta de la cama, el Gato, cuyo cuerpo conserva también, como el de Elisa, una franja, más ancha, del piel blanquecina, observa el vértice que forman, en el fondo, las piernas separadas: una hendidura rojiza. Los pelos negros dejan lugar a una zona estrechísima en la que el tajo vertical muestra, entre dos protuberancias, fugazmente, su revés. Pliegues y pliegues, superpuestos, postigos elásticos de ventanas puestas, unas detrás de otras, en el largo corredor rojizo. Pliegues, y pliegues, y después otros pliegues, y más pliegues todavía, parece pensar el Gato, al comenzar a caminar, sin apuro, hacia la cama. Y así al infinito.

IV. Para salir del sueño en el que estoy, por decir así, enredado, debo hacer fuerza

con todo mi cuerpo, porque es todo mi cuerpo el que está enredado en él. De este modo me despierto, parado al lado de la cama. Por un momento no comprendo nada. Todo el cuerpo está todavía, en muchos sentidos, impregnado del sueño, que fue así: echado en la cama, acabando de despertar, pienso en el retrato borroso de San Enrico Imperatore que he visto, borroso, en el sueño, de espaldas contra la sábana húmeda, oyendo de un modo vago el sonido del ventilador y sueño, al mismo tiempo que lo pienso, estoy echado en la cama, acabando de despertar, pensando en el retrato borroso de San Enrico Imperatore que he visto, borroso, en el sueño, de espaldas contra la sábana húmeda y oyendo de un modo vago el zumbido del ventilador. He tenido que tirar muy fuerte, y muchas veces, hacia afuera, para poder salir e incluso así, todavía, ahora que estoy parado, en la penumbra, oyendo el sonido vago del ventilador, me tiemblan todavía las piernas, entorpecidas, todavía, de sueño, o por el sueño, y me golpea, todavía, ligeramente, el corazón. Me tiro, otra vez, boca abajo, en la cama, aplastando la cara contra la sábana húmeda. Y llega, de pronto, la mañana: el cielorraso, arriba, por un efecto inesperado, manchado de sol. La sábana, retorcida, húmeda, grisácea, me castiga la espalda. También de la vigilia me veo obligado, con un esfuerzo imperceptible, a desembarazarme y paso, parado otra vez sobre las baldosas coloradas, a un estado intermedio, ambiguo, donde todo no es más accesible a la yema de los dedos que un barco en el interior de una botella. Las yemas tocan, a lo sumo, el vidrio pulido sin saber de antemano que estaba ahí y reciben, en lugar de la rugosidad esperada, una lisura insípida, uniforme. El olor del café que preparo, sin apuro, en la cocina, me saca, al principio, de ese delirio sordo, pero también él, después de unos minutos, se instala y pierde fuerza. Los gritos y las voces de los bañistas, que llegan intermitentes, no modifican, ni siquiera por un momento, ni una sola vez, nada de nada. El fluir de la cosa sin nombre en el interior de la cual deambulo es, aunque transparente, lento y espeso. Los ojos no tienen nada que mirar. Y con la taza de café en la mano, la taza blanca que humea, voy atravesando desde la cocina las puertas negras, a lo largo de la casa ligeramente más fresca, todavía, que el exterior, y llego por fin a la habitación del frente y abriendo la ventana me pongo a contemplar la playita en la que una treintena de bañistas se expone al sol. Hay hombres, niños, mujeres. Algunos están estirados sobre toallas multicolores, bocarriba o bocabajo, oíros sentados, otros entran o salen, corriendo o caminando, del río, otros se desplazan en el agua horizontales a la orilla, formando penachos blancos en el río color caramelo. El gordo con su casquete blanco, con el pito reglamentario que cuelga de un hilo alrededor de su cuello, se mantiene alejado de los bañistas, más acá de la arena amarilla, en la proximidad de las dos parrillas de cemento, sentado bajo un árbol. Me hace un saludo leve con la mano y respondo con un sacudimiento de cabeza. La muchedumbre reducida de la playa, ante mí, a pesar de los cuerpos tostados que se mueven y palpitan, e incluso se tuercen y se contorsionan por momentos, a pesar del tumulto líquido que levantan, con sus panzazos, del agua, a pesar de las voces y de los gritos y las risas que suenan y resuenan como para mostrar bien que ellos son en este momento la vida y ninguna

otra cosa aparte de ellos lo es, no me son, sin embargo, al ojo, y al oído, y a las yemas de los dedos, tan accesibles como debieran. Y es ahora, ahora mismo, que veo la canoa verde venir río arriba y comenzar a cortar en diagonal para aproximarse a esta orilla. Toca la costa río abajo más allá de la playa, más allá incluso del gordo cuya *cabeza* encasquetada gira hacia la canoa en el momento en que el Ladeado, después de haber dejado caer los remos en el interior de la canoa, se pone de pie lento y trabajoso, el cuerpo retorcido como una raíz y los brazos separados ayudándolo a mantener el equilibrio. Ahora está viniendo hacia la casa, cargando sobre el hombro izquierdo los dos fardos de forraje, cúbicos, que lo inclinan hacia la derecha, hacia la tierra. La camisa caqui descolorida, el sombrero de paja de ala redonda, el pantalón descolorido y demasiado ancho que deja descubiertos los tobillos como si hubiese pertenecido a alguien que, no obstante ser más viejo hubiese sido más chico que él, o como si se lo hubiesen comprado antes de pegar el estirón de los quince años, las alpargatas rotas, y sobre todo el cuerpo torcido, la cabeza hundida, contra la que ahora hacen presión, sobre el hombro izquierdo, los dos fardos de forraje, le dan ese aire de marioneta empecinada en avanzar, con pasos tan pesados, tan vacilantes, tan lentos, que lo obligan a visibles contorsiones no únicamente del cuerpo y de las piernas, sino también del brazo derecho que cuelga a un costado, que se diría que el medio en el que intenta progresar no es el aire sino un elemento más espeso, más denso, trabajando contra sus esfuerzos y no de su lado. Voy al portón, a recibirlo. Ahora tengo ante mí, a cincuenta centímetros de mis ojos, su cara oscura y sudorosa y escucho, leves, sus jadeos. Por encima de mi cabeza, mientras pronuncia su lento "Buenos días", mira, ansioso, hacia el fondo, en dirección al bayo amarillo. Lo alivio de su carga. No por haberse desembarazado de ella su cuerpo asume una posición normal: al contrario, pareciera que la inclinación obligada por el peso del forraje le hubiese dado, transitoria, una posición más natural que desaparece cuando lo descargo de los fardos. Llevando uno en cada mano, sorteando las cubiertas semipodridas y las baterías diseminadas en el patio, pasando junto a los tambores de aceite acanalados y oxidados, me dirijo hacia el bayo amarillo. El caballo reconoce de inmediato la presencia del Ladeado, que se detiene junto a él y comienza a palmearlo y a acariciarle la nariz. Mientras lo palmea, sus ojos, recorriendo el cuerpo palpitante, amarillento, se reúnen junto a la nariz y muestran su idea fija: que no aparezca, súbita, silenciosa, la mano con la pistola y que no apoye el caño, despacio, en la cabeza. Que no retumbe la explosión. Después desatamos los fardos y los diseminamos en el suelo, alrededor del bayo amarillo, que comienza a comer. Las copas de los árboles, perforadas de luz, dejan pasar, sobre nuestros cuerpos atareados, muchas manchas luminosas que se proyectan también en el suelo y sobre el pelo amarillento del caballo. Dos veces lleno de agua fresca el balde colorado, mientras el motor de la bomba brama en el sol. El Ladeado limpia el suelo alrededor del caballo, sacando sus excrementos y amontonando el forraje demasiado disperso como para que el bayo amarillo se digne atacarlo. Después le doy de comer en la cocina: una lata de picadillo, queso y

galletitas de agua que hacemos pasar con un vaso de vino con soda. Se lleva, antes de irse, en una bolsita de plástico transparente que saco del armario, en el dormitorio, el hielo de una cubetera.

— Esta tarde o mañana lo iré a varezar — le digo.

Aprueba, con la cabeza. Volverá pasado mañana. Lo acompaño hasta el portón, incluso hasta la vereda desierta de la calle irregular, en declive, de tierra, que conduce a la playa y por la que comienza a descender en dirección a la canoa. Desde donde estoy parado, en la vereda sin árboles, vacía, puedo ver, hacia el fondo de la calle, cuatro o cinco automóviles puestos a la sombra, pero el espacio abierto sobre el que la calle termina no comprende ni la playa, río arriba, ni, río abajo, el lugar en el que él ha dejado la canoa. Es un espacio abierto entre los árboles de las dos veredas cuyas copas se juntan por encima de la calle dejando ver, como al final de un corredor, y más allá de la fronda perforada de manchas luminosas que se estampan sobre la vereda y la calle, una porción de cielo azul, y un fragmento de río, vacío, detrás del cual puede verse, su barranca cayendo suave, medio comida, la vegetación enana e intrincada, polvorienta, como inmóvil y sin vida, la isla. Los gritos y las voces de los bañistas llegan hasta la vereda desierta. El cuerpo torcido que marcha sin, en apariencia, avanzar, hacia la zona de sombra que separa la vereda desierta de la playa y el río, hacia los coches vacíos estacionados en completo desorden sobre las cunetas, queda un momento en mi memoria mientras me dirijo hacia el fondo, sorteando los tambores de aceite acanalados y llenos de óxido, las cubiertas viejas manchadas de barro reseco y las baterías diseminadas y medio enterradas entre el pasto calcinado. Sigue ahí: mascando parsimonioso, desconfiado, moviendo ahora, que me ve llegar, más lento las mandíbulas de las que cuelgan unos hilos de baba blanquecina. Más lento, hasta que las detiene: la inferior desplazada ligeramente hacia la derecha, la superior hacia la izquierda, de modo que no quedan superpuestas del todo y la boca permanece entreabierta mostrando los grandes dientes blanquísimos y las encías de un rosa azulado. Espeso, opaco, sin significación, empeñado en ser, y prolongándola por la boca, la vida. Por un momento no pasa nada: la mirada, únicamente, que nos tiene clavados a cada uno en su lugar y en seguida él, que ha permanecido inmóvil y un poco de perfil como si hubiese estado hecho de un humo denso, amarillento, se pone otra vez, despacio, a masticar, de modo tal que la mandíbula inferior pasa de la derecha a la izquierda y de la izquierda a la derecha, sin que en ningún momento la mandíbula superior quede exactamente superpuesta a ella. Es como si estuviese masticando su propia desconfianza y como si fuese, no el amasijo verdoso y macerado con su propia saliva, sino mi presencia inquietante, enemiga, lo que estuviese tratando de tragar. La rienda que le rodea el cuello y que lo tiene atado al árbol se estira ahora, y queda tensa, cuando da un salto rápido hacia el costado: las manchas luminosas que se proyectan sobre su cuerpo amarillo humo se mueven un poco, cambian, cuando lo hace. Está todavía moviéndose, en mí, cuando, dejando atrás el espacio sembrado de baterías y de cubiertas, atravieso la galería, pasando junto al sillón anaranjado y a la silla sobre

la que reposan el vaso, la botella, y la taza blanca, y entro en la casa sacudiendo la cortina de lona azul que separa la puerta de la cocina de la galería soleada. La casa está ligeramente más fresca que el exterior. No está, aunque estoy en ella, de ningún modo más próxima que cuando estaba en la vereda desierta viéndolo caminar vacilante hacia la zona de sombra o que cuando miraba, en el fondo del patio, entre los árboles, la mancha amarillo humo sacudirse y poner la cinta de cuero que la ata al árbol en tensión. Las paredes blancas, las puertas negras, el piso colorado y los pocos muebles pegados a las paredes, la mesa grande, rodeada de sillas con asiento de paja, del cuarto principal, la cómoda a un costado, las camas en las tres habitaciones, los roperos, la mesa de luz con el ventilador detenido, la bibliotecita, la heladera, todo, mientras deambulo sin fin preciso por la casa, pareciera estar acabando de salir, de emerger, trabajoso, de algo negro, sin forma, innominado. Por fin veo el cenicero de barro cocido, en el suelo, en la pieza principal, y me acuclillo. A su lado, sobre las baldosas coloradas, está estampada la mancha negra. También ella acaba de salir, recién venida, de lo negro, o es como un rastro que lo negro, por una de sus grietas, ha dejado pasar. No tiene historia. Es una mancha negruzca sobre una baldosa colorada, junto a un cenicero de barro cocido, en una habitación blanca, en este instante en que fluye una luz particular. Me incorporo: sé que están desapareciendo, a pesar de su tranquilidad, sé que estamos hundiéndonos, imperceptibles, para renacer, en un intervalo que sería ridículo llamar tiempo porque sé que no tiene nombre y no podría responder a ninguno. Salgo, salimos, del hundimiento impensable, como de un pantano. Y mis piernas, trabajosas, la izquierda, la derecha, la izquierda ahora, la derecha ahora, a través de las puertas negras me llevan, como si hubiese alguna razón, a la ventana del frente que da, ahora puedo verlo, a la playa. El gordo se pasea, con su pantalón de baño y su casquete blanco en la cabeza, entre los bañistas echados bocarriba o de vientre sobre toallas multicolores extendidas en la arena. El cuerpo voluminoso, tostado, del bañero, va sorteando los cuerpos extendidos, los canastos, los bolsos, los montones de ropa acomodados con prolijidad en el suelo. El bañero observa también los cuerpos que chapotean en el agua, cerca de la orilla. Más allá, en el medio del río, la canoa verde del Ladeado se aleja río abajo. A cada golpe de los remos, la canoa, que parece inmóvil, sale por un momento de su inmovilidad, para caer otra vez, casi instantáneamente, en ella. Dos bañistas penetran corriendo en el río y una mujer joven, rubia, tostada, con una bikini celeste, viene, chorreando agua, en dirección contraria, hacia la playa. Alguien se desplaza un poco más lejos, río arriba, horizontal a la playa, levantando un tumulto líquido, blancuzco, con sus pataleos y sus brazadas. Tres chicos chiquitos juegan sentados en el agua, bien a la orilla, mientras que otros dos, de una docena de años, se persiguen, entrando y saliendo del agua, corriendo y gambeteando: el que va adelante lleva entre las manos una gran pelota de goma, multicolor. El que lo viene persiguiendo penetra en el agua y sus pies levantan, al chocar contra ella, un tumulto blanquecino. El que va adelante ha abandonado la táctica de los virajes, de las gambetas y de los falsos cambios de dirección y corre, como el otro, a dos o tres metros de distancia,



por el agua, horizontal a la playa. Después salta brusco hacia el costado, de modo que su perseguidor, llevado por la inercia de la carrera, continúa todavía un par de metros en línea recta antes de reaccionar. Pero el que lleva la pelota ha doblado, por medio de su acción inesperada, la ventaja que llevaba. Sale rápido del agua y avanza por entre los cuerpos tendidos sobre las toallas de colores vivos, por entre los bolsos, las canastas y los montones de ropa ordenados, en dirección contraria al río. Su perseguidor hace lo mismo, pero con menos pericia y agilidad, de modo que la distancia que los separa aumenta todavía más. El perseguidor es incluso interceptado de un modo involuntario por el bañero que se desplaza entre los bañistas, observando alternadamente la playa, el agua, los bañistas, la isla; de vez en cuando echa incluso una mirada en mi dirección, por encima del chico que viene corriendo hacia la ventana en línea recta desde el agua. Va atravesando la playa, y cuando llega el espacio vacío, cubierto de pasto ralo y ceniciento, que separa la playa de la casa se para de golpe. Su perseguidor ya no lo alcanzará, aunque continúa corriendo. El que ha llegado primero arroja al aire, frente a sí, la pelota, y antes de que vuelva a tocar tierra la pateo, hacia arriba, con la punta del pie, tan fuerte que pierde el equilibrio y cae sentado sobre el pasto a causa del esfuerzo. Su perseguidor se deja caer sobre él y se revuelcan, luchando, en el pasto. La pelota multicolor rebota junto a ellos, vuelve a picar contra el suelo, y después empieza a rodar rápida hacia la playa, deteniéndose junto a los pies de la mujer rubia, en bikini celeste, que se está secando, parada junto a sus bolsos, con una toalla blanca. Salgo de la ventana: traigo conmigo, todavía, mientras empiezo a recorrer la habitación hacia la puerta negra, el espacio vacío frente a la casa, la playa amarillenta, los dos chicos revolcándose sobre el pasto ralo, los bañistas estirados sobre las toallas de todos colores, entrando o saliendo del agua, el bañero con su casquete blanco, el río liso, brillante, color caramelo, sin una sola arruga, y detrás, su barranca cayendo suave, la vegetación polvorienta, medio comida, la isla. Atravieso el hueco que deja, abierta de par en par, la puerta negra, y entro en la habitación principal. Abro el cajón de la cómoda. En el interior, bajo los papeles, los lápices, el sacacorchos, mis dedos tropiezan, sin querer, con el revólver. La caja de balas, de la que faltan algunas, abierta, ha dejado caer dos o tres que están diseminadas en el fondo del cajón. Cierro de nuevo el cajón.

Cerré de nuevo el cajón y fui a echarme en la cama. Quedé bocarriba, la cabeza apoyada sobre las manos superpuestas contra la almohada, los codos a los costados de la cabeza plegados en ángulo agudo. Ninguna luz se proyectaba sobre el cielorraso, en la altura, pero la habitación contra cuya ventana los árboles de la vereda dejaban colgar, inmóviles, sus ramas espesas, estaba envuelta en una luminosidad verdosa que era esa especie de penumbra. Después me adormecí, despertándome casi de inmediato. Me pareció por lo menos que había sido casi de inmediato, pero cuando me levanté comprendí que mi sueño de mediodía había sido un poco más largo porque algo, imposible de definir, mostraba que había transcurrido cierto tiempo. Una hora quizás, o media, tal vez, o cuarenta y cinco

minutos, u hora y cuarto, u hora y media quizás. Salí a la galería y me paré un momento al sol, hasta que llegó el coche negro. Así supe que era sábado. Ayudé a Elisa a bajar las dos grandes cajas de cartón llenas de sobres blancos, la guía telefónica, y los alimentos para el fin de semana. Entre los sobres estaba el libro que Pichón mandó de Francia. El trabajo para la agencia consistía esta vez en lo siguiente: copiando la guía telefónica por orden alfabético, yo debía escribir las direcciones en los sobres blancos y devolverlos después a la agencia. Ellos se encargarían de meter algo adentro y de distribuir los sobres por correo. La vez anterior, yo debía plegar en cuatro una hoja impresa con la publicidad de un supermercado y meterla en los sobres, y ellos se habían encargado de escribir la dirección en los sobres y de mandarlos. Dejamos la caja con los sobres en la habitación principal y nos sentamos a comer. Elisa preparó despacio una ensalada de tomates sobre el fogón; yo aprovechaba, a cada momento, para pegarme contra ella, de modo de ponerla en movimiento, de hacerla empezar a sentir, pero ella me empujaba con suavidad, como siempre, sin decir ni que sí ni que no, sino únicamente: "No llegó todavía el momento". A la hora de la siesta nos sentamos en la galería, donde ya no daba el sol, y otra vez ella me dijo: "No ha llegado el momento todavía". Nos quedamos sin hablar mucho tiempo, cada uno en su perezosa, hasta que ella misma, parándose y alisando con las manos a la altura del vientre su vestido blanco, me dijo, entrecerrando los ojos y sin volver la cabeza hacia mí: "Creo que el momento ya llegó". La seguí al dormitorio. Ella se echó en la cama, desnuda, boca arriba, y me esperó. "Ya vas a ver, ya vas a ver cómo ahora", le dije yo, "ya vas a ver cómo ahora te voy a hacer, para que veas." Me eché sobre ella. Me había parecido que iba a poder, esta tarde, tocar, aunque más no hubiese sido por una vez sola, y durante un momento, fondo, pero no toqué nada. Ahí estábamos moviéndonos, quejándonos, suspirando, uno dentro del otro, como siempre —para eso nos encontrábamos cada vez que podíamos— y cuando terminamos, jadeando, echado uno sobre el otro, aplastados, como deshechos, no habíamos avanzado mucho, no: estábamos igual que al principio y el punto máximo que habíamos alcanzado estaba infinitamente más cerca del comienzo que del fin. Nos quedamos echados uno al lado del otro, fumando. Después me paré, me puse el short, fui a tomar un vaso de agua a la cocina, y al volver me quedé mirándola desde el pie de la cama: estaba echada boca arriba, desnuda, la cabeza apoyada en la almohada chata, la mano derecha, con los dedos separados, cubriendo blanda el ombligo, la mano izquierda sobre la frente, mostrando la palma. Las tetas, diseminadas por el pecho hacia los costados y hacia atrás, por la posición horizontal, se mostraban tan bronceadas como el resto del cuerpo, excepción hecha de una franja que iba desde la parte baja de las caderas hasta el nacimiento de los muslos, en cuyo centro exacto se encontraba ubicado el triángulo negro del pubis. La pierna derecha estaba estirada sobre el borde de la cama, de modo tal que la nalga izquierda se encontraba casi en el aire y era el pie izquierdo, apoyado en el suelo, el que contribuía a sostener el cuerpo en la cama. Todo el cuerpo, aparte de la estrecha franja blancuzca, tenía el tinte amarillo rojizo del

bronce lustroso. La posición la obligaba a mantener las piernas entreabiertas: el vértice que formaban en el fondo las piernas separadas mostraban una hendidura rojiza. Los pelos negros dejaban lugar a una zona estrechísima en la que el tajo vertical mostraba, entre dos protuberancias rugosas, su revés. Pliegues y pliegues, superpuestos, postigos elásticos de ventanas puestas unas detrás de otras en el largo corredor rojizo. Pliegues, y pliegues, y después otros pliegues, y más pliegues todavía. Y así al infinito. "Ya vas a ver, ya vas a ver cómo ahora", volví a decirle, "ya vas a ver cómo ahora te voy a hacer, para que veas." Pero nada, de nuevo: los mismos gemidos, la misma convulsión común, sin llegar a ninguna parte, de modo que cuando estuvimos acostados uno al lado del otro, otra vez, fumando, sin hablar, no habíamos como quien dice avanzado nada. Después Elisa se levantó y preparó una jarra de limonada. Andábamos desnudos por la casa, errabundeando, cada uno con su vaso de limonada que volvía a llenar de la jarra que descansaba sobre el mantel cuadriculado blanco y azul, lleno todavía de las migas ya endurecidas del almuerzo. Por fin me volví a poner el short, ensillé el bayo amarillo, y lo fui a vrear. La desconfianza con que vio que me aproximaba se volvió furia, e incluso espanto, cuando me puse a ensillarlo y sobre todo cuando lo monté. Salimos sin embargo despacio, con un trote nervioso. Después galopamos por la orilla del agua, río abajo, dejando atrás la casa blanca, la playa en la que los bañistas se daban el remojón del atardecer; íbamos hacia el gran fondo rojo del cielo, donde más allá de los montecitos, de las islas, del agua y de los pueblos se levanta, desierta, ardiente, la ciudad. El bayo amarillo se estremecía entre mis piernas, y el aire, por primera vez después de muchos días me golpeaba, cálido, en la cara. Íbamos veloces por esa tierra muda sin otro fin preciso que el de acecharnos uno al otro y medirnos, en guerra sorda. Y cuando volvíamos, al galope primero, al trote lento después, ya más próximos de la casa, los bañistas se detenían y daban vuelta la cabeza para vernos llegar. Entramos en el patio trasero, enloquecidos por los mosquitos, palpitantes y sudorosos. Desmonté y lo liberé de la silla. Y ahora que salgo a la galería, recién bañado, recién afeitado, con el vaso de vino blanco en la mano, hacia Elisa que, mientras toma, sentada en la perezosa de lona anaranjada me sonrío vacua, con los ojos, por encima de su propio vaso, me doy cuenta de que, desde la penumbra azul, más densa que en el resto del patio, acumulada bajo los eucaliptos, mancha amarilla móvil y constante, dejando por un momento de masticar, lento, parsimonioso, de perfil, me contempla.

V. No hay, al principio, nada. Nada. El río liso, dorado, sin una sola arruga y detrás, más allá de la playa amarilla, con sus ventanas y sus puertas negras, el techo de tejas reverberando al sol, la casa blanca. Sofrenando el bayo amarillo un momento en la cima de la barranca, el Ladeado mira, sin parpadear, durante un momento, en dirección a la casa: la parte izquierda está sumida bajo los árboles coposos de la calle que baja, en declive, hacia el río. El resto refulge al sol. Una

figura humana, sentada al pie de un árbol, al final de la playa, cerca de las parrillas, es, aunque está inmóvil, el único vestigio de vida en la luz mineral. El Ladeado la ve un segundo después de haber aparecido sobre la barranca, saliendo de entre los árboles de la isla, y de haber contemplado sin parpadear, más allá del río liso, dorado, sin una sola arruga, la casa blanca.

Las patas delanteras del bayo amarillo tocan el agua, y la sombra de jinete y caballo, achicada por la siesta, se proyecta, tenue, en el río. El aire es ligeramente más fresco que en lo alto de la barranca. Imperceptible, una ondita come y humedece la orilla. El olor del agua, súbito, sube hasta la nariz del Ladeado.

Desde las patas del bayo amarillo sube un tumulto acuático, y el río convulsionado por el conjunto animal que avanza, lento, manda un ruido continuo y salpicaduras que destellan fugaces al sol y se estrellan, por momentos, contra la cara del Ladeado, que recoge las piernas sobre las ancas del caballo y queda casi como arrodillado sobre el lomo. Del otro lado del río, más allá de la playa, en la casa blanca, el torso desnudo del Gato aparece enmarcado por una de las ventanas. El frente blanco de la casa refulge en el sol cegador.

Cuando pasa cerca de él, dejando atrás la playa, el hombre gordo, con un casquete blanco en la cabeza, sentado bajo un árbol, cerca de las parrillas, lo saluda con una inclinación de cabeza. El Ladeado lo imita sin desviar la cabeza, mirando siempre en dirección a la ventana en la que el Gato fuma, en silencio.

Alguien se ha puesto, desde hace tiempo, a matar caballos. Llega de noche, aprovechando la oscuridad, cuando todo el mundo duerme, y le pega al animal un tiro en la cabeza. Va por el campo, por las islas, hoy en un punto de la costa, mañana en otro, asesinando inocentes. Es, según el Ladeado, pura maldad. Y ya van nueve.

—Diez— dice el Gato—. Anoche mataron otro en Rincón.

El Ladeado se lleva a la boca la feta oval de salami, llena de incrustaciones blancas de grasa. Mastica lento, con la boca entreabierta. Los ojos, reunidos cerca de la nariz, no miran nada aunque ven la cara atenta, lustrosa, las mejillas cubiertas de barba rojiza de por lo menos una semana, del Gato cuyos músculos, incluso los de las sienes, se mueven en todos los sentidos, debido a la violencia con que mastica sus propias rodajas de salami.

El Ladeado se lleva a la boca una segunda feta de salami, oval, llena de incrustaciones blancas de grasa. Mastica lento, con la boca entreabierta. La carne enjuta, de gusto fuerte, si bien opone una ligera resistencia a sus dientes meticulosos, cede en seguida y va convirtiéndose, en su boca, en una pasta blancuzca en la que persisten sin embargo algunos filamentos coriáceos. Por fin traga. Detrás del Gato, que mastica también lento y continuo en la cocina, la cortina

de lona azul deja transparentar unas nervaduras luminosas que nimban el contorno de su cabeza. El Ladeado alza su vaso de vino tinto, toma un trago, y lo vuelve a depositar sobre el mantel a cuadros blancos y azules. Una gota de vino, que se ha deslizado por la pared exterior del vaso, cae sobre el mantel, en uno de los cuadros blancos, y deja una mancha violácea, irregular. El Ladeado y el Gato la observan, durante unos segundos.

Río arriba, la canoa verde, a sacudidas imperceptibles comienza, de un modo débil primero, y más nítido a partir de cierto momento, a cortar el agua en diagonal y a aproximarse a la orilla: va dejando una estela superficial, lisa, y más luminosa que la gran superficie lisa, luminosa, color caramelo.

Ha estado viniendo en línea recta, río arriba, por el centro del río, ha, de un modo imperceptible primero, en la extensión luminosa, desviado su lenta trayectoria, y ahora avanza, el remero de espaldas a su meta, inclinándose rítmico hacia adelante y hacia atrás, de un modo oblicuo, rígida, la estela que va dejando doblada en un codo suave, en el sol, hacia la orilla.

Los fardos de forraje puestos uno encima del otro y sobre el hombro izquierdo, hacen presión contra la parte izquierda de su cara, contra la oreja y la quijada, y el forraje hace picar y arder un poco su piel. Pero no pesan demasiado, o si pesan, el Ladeado, viendo bailotear frente a él, en el sol, la fachada blanca y, asomado a la ventana, el torso del Gato, quemado por el sol, y del otro lado los árboles coposos que entrecruzan por encima de la calle sus ramas y forman un corto túnel de sombra más allá del cual reverbera de nuevo el sol, viendo, en la luz matinal, bailotear el conjunto al ritmo de sus propios pasos, piensa en muchas cosas a la vez salvo en la carga que lleva, en muchas cosas a la vez y sobre todo en que no se haya, la noche anterior, levantado, despacio, la mano con la pistola, en que no se haya apoyado, con suavidad, en la cabeza amarillenta, en que no haya retumbado, súbita, llegando incluso hasta las islas, la explosión.

No: está todavía ahí: alternando inquietud y tranquilidad, sacudiendo de vez en cuando la cola, las orejas paradas, las grandes fosas nasales negras que resoplan, alerta ahora que sabe que él está ahí, cediendo los fardos de forraje. Cuando el Gato se inclina a recogerlos el Ladeado puede ver incluso sus patas, las perforaciones luminosas del follaje polvoriento que le manchan el lomo.

Detrás, en alguna parte, el motor de la bomba zumba en el sol: es un ruido monótono, de poleas, de lata, y llena, por encima de los gritos de los bañistas ardiente, la mañana. El Ladeado siente, al palmear el caballo, el pelo cálido, sobre los músculos múltiples y en tensión, y el reconocimiento, mezcla de confianza y abandono, que el cuerpo entero del animal le concede. Después de lanzar un suspiro inconsciente y prolongado, el Ladeado continúa diseminando forraje a los

pies del bayo amarillo.

No conviene dejarlo demasiado tiempo inactivo ahí, bajo los árboles, en el patio trasero. Puede ponerse demasiado nervioso: enloquecer. Ningún animal soporta el aislamiento y la inactividad. El cerebro comienza a flotar a la deriva, los músculos se aflojan. Empiezan a dar vueltas en círculo, sin principio ni fin, sin una meta precisa. Es mucho mejor salir de tanto en tanto a campo abierto, correr, en línea recta, hacia algo, avanzar rápido, empleando la mayor fuerza posible, llegar. Por eso dice: esta tarde, o mañana, lo iré a varear. El Ladeado, llevando en la mano derecha la bolsita de plástico transparente llena de cubitos de hielo, entra en la sombra de los árboles, espesa, casi sin filtraciones de luz, y su propia sombra, que había estado amontonada a sus pies en la vereda de tierra endurecida, se borra.

Hacia adelante ahora; y ahora hacia atrás. Hacia adelante. Ahora. Ahora hacia atrás. Otra vez, ahora, hacia adelante. Ahora otra vez hacia atrás. ¿Otra vez? Remando, río abajo, el cuerpo retorcido del Ladeado se balancea rítmico: cuando los remos, emergiendo del agua, en la proximidad de la proa, vienen por el aire hacia atrás, a la altura de la borda, el Ladeado se inclina hacia adelante, y cuando los remos, penetrando en el agua color caramelo vienen, debajo del agua, trabajosos, hacia adelante, el cuerpo del Ladeado todo en tensión por el esfuerzo se inclina, rígido, hacia atrás. De a saltos imperceptibles, la casa blanca, sobre cuya fachada lateral caen las ramas espesas, medio ocultándola, los bañistas, con trajes de baño de todos colores, que evolucionan en la reducida playa en declive, se alejan. El conjunto, bajo el cielo azul liso y el chisporroteo amarillo del sol que sube todavía, se reduce, de modo discontinuo, a cada golpe de los remos, el conjunto en el que cada cosa va achicándose, contrayéndose, sin perder, sin embargo, ni proporción en el todo ni nitidez.

Ni un solo ruido se escucha en el pueblo. Las últimas luces eléctricas, los faroles en los ranchos de las afueras, ya se han, desde hace mucho rato, poco a poco, apagado. No quedan más que las luces débiles del alumbrado público, en las esquinas, inmóviles, porque ni la más mínima brisa sacude la noche. En cada cruce de calles un círculo débil de claridad alumbra el centro de la calle y roza las cuatro esquinas: todo el resto duerme sumido en una oscuridad cerrada que los árboles enormes, que sobrepasan en altura a las casas y que se levantan interminables, en el borde de las veredas, vuelven todavía más espesa. Ningún sonido: ni de hombre ni de animal. De golpe, en la oscuridad, algo, una sombra, se mueve. Es una sombra un poco más densa, recortándose confusa en la negrura, en una calle próxima a la plaza en la que la pared de la iglesia, alta, proyecta incluso una sombra adicional. Una sombra móvil, a diferencia de lo que sucede con el resto de las sombras en esa noche pegajosa en la que no se mueve nada. Va llenando, a medida que se desplaza, los intersticios, manchas, agujeros de luz que interfieren de tanto en tanto la sombra espesa que forman los árboles y las casas en la mitad

de la cuadra; los llena y en seguida, desplazándose, los vuelve a vaciar. Ningún sonido acompaña ese desplazamiento. Al llegar a la esquina, donde el círculo de luz del alumbrado público corta en dos la vereda, la sombra se detiene un momento, se pega a la pared, confundiendo con ella, y desaparece. Todo está otra vez inmóvil: está el círculo de luz que ilumina el centro de la calle y corta el ángulo recto que forman las veredas en las cuatro esquinas, quebrándose en las alcantarillas y en las cunetas; están los árboles inmensos de la plaza, la iglesia en sombra, los globos de alumbrado dispersos en la plaza que apenas si iluminan fragmentos vagos de los árboles; están las hojas negras, duras, que resaltan en los contornos negros de los árboles recortados contra el cielo en que el vaho de la humedad vela las estrellas. La noche entera está como a la expectativa, vigilando. Durante un tiempo incalculable, segundos, minutos, horas, un tiempo cuya duración es al fin de cuentas secundaria o imposible de medir ya que los intersticios que la cortan — si la cortan intersticios — no responden a ninguna clase de escala o de medida, en el pueblo dormido y desierto no pasa nada, a no ser la interrupción imperceptible y el recomienzo imperceptible que ningún oído humano, aun concentrando al máximo su atención, hubiese podido, siquiera vagamente, escuchar. Durante un buen rato no pasa nada: y después, despacio, elástica, la sombra se despega de la pared próxima a la esquina y se aventura a la luz: es un hombre, sin ningún rasgo definido, un hombre en el que todo es vaguedad y cautela, lo que aparece en la línea nítida que separa la zona iluminada por la lámpara del alumbrado público y la sombra. El hombre cruza la calle y llega a la plaza, dando pasos larguísimos que no producen, sobre la tierra arenosa, ningún ruido. Parece vacilar un momento, estudiando la dirección que debe tomar o calculando, mejor, el itinerario en el que se verá menos expuesto a la indiscreción de la luz, y por fin comienza a cruzar la plaza en diagonal: sus pasos son largos, regulares, rítmicos, decididos, y la actitud general de su persona oscila entre el deseo evidente de pasar desapercibido y un aire de falsa naturalidad destinado a eliminar la sospecha de un eventual curioso. Está cruzando la plaza en diagonal, está cruzando la plaza en diagonal, más o menos visible entre las luces débiles y las zonas de sombra, a paso regular. Está cruzando la plaza en diagonal, está cruzando la plaza en diagonal, más o menos visible entre las luces débiles y las zonas de sombra, a paso regular. Ahora lo ve llegar a la esquina opuesta de la plaza, dar un salto rápido por encima de la alcantarilla, cruzar la calle, y volver a desaparecer entre las sombras de la calle lateral. Ahora lo ve llegando a la casa blanca. De la casa no viene ningún ruido. Las ventanas abiertas a la madrugada ardiente no dejan pasar ninguna luz; y la casa está como ahogada, como aplastada entre los árboles inmensos y negros de la vereda. Ahora ve a la figura borrosa abriendo, en completo silencio, el portón, y colándose, sin hacer el menor ruido, en el patio; y ve, del otro lado del patio, hacia el fondo, hacia los árboles, la mancha amarillenta que comienza a moverse inquieta. La figura del hombre, borrosa, confusa, mientras avanza, va llevándose la mano al bolsillo del pantalón y saca rápido, con un movimiento decidido, la pistola. Ahora está casi junto al animal que se mueve,

indeciso. La mano, despacio, levanta la pistola, apuntando hacia la cabeza del bayo:

no. No: no es posible; inclinándose hacia adelante, mientras rema, el Ladeado sacude la cabeza. No: no es posible; no ha de elevarse, desde la oscuridad, la mano con la pistola ni ha de resonar, alterando la noche, la explosión. El sol refulge río arriba, y al echarse hacia atrás con todos los músculos en tensión, llevando hacia adelante los remos por debajo del agua, el Ladeado ve la casa blanca, medio tapada ya por los árboles, y los bañistas que evolucionan, reducidos ahora por la distancia, en la playa amarilla o en el borde del agua.

A causa de la tormenta, que ennegrece la mañana, el río está como acerado y tan tranquilo, que la estela que ha venido dejando la canoa verde permanece, inmutable, en su lugar, mostrando la trayectoria de la canoa. Puede decirse que no sopla la menor brisa: los árboles, un poco más verdes, un poco más inmóviles, que medio sumergen la casa, parecen también más densos y más espesos en el aire ennegrecido. En el cielo bajo nubes gris humo se acumulan formando cadenas interminables de reborde grueso, como puntillas de acero. Únicamente el gordo, el bañero, está parado en la playa, cerca del agua, los brazos cruzados sobre el pecho desnudo, la cabeza descubierta mostrando la calva tostada. Se ha vuelto ahora en su dirección y lo mira bajar de la canoa. Un refucilo empalidece, durante una fracción de segundo, la mañana negra en la que la tormenta ha parecido poner al azar, aquí y allá, después de días y días, un poco de realidad.

Uno en cada mano, los fardos de forraje se equilibran y le permiten avanzar rígido, los brazos un poco separados del cuerpo y las manos aferradas a la intersección del alambre con que los fardos vienen atados. Un refucilo, prolongado, verdoso, empalidece, momentáneo, el paisaje como un mal efecto de iluminación teatral.

La casa parece desierta, vacía: las ventanas abiertas dejan ver la penumbra interior. El Ladeado gira la cabeza en dirección al gordo, que se ha vuelto ahora hacia él, siempre en la orilla del agua, para contemplarlo atravesar el espacio que separa la canoa verde, anclada un poco más allá de la playa, río abajo, de la casa blanca.

Vuelta hacia la izquierda, la cabeza del Ladeado cuya mirada encuentra la del bañero, se eleva ligeramente: el sombrero de paja de ala redonda ajustado al contorno del cráneo, se inclina, obedeciendo al movimiento de la cabeza, rígido, hacia atrás.

Al mismo tiempo que vuelve a girar en dirección opuesta, volviendo a estar otra vez de frente a la casa blanca, la cabeza del Ladeado baja otra vez de modo



que el sombrero de paja recupera su posición horizontal.

Apenas si ha entrevisto, al girar de nuevo la cabeza, el gesto con que el gordo ha respondido a su saludo: consistió en retirar la mano del pecho, alzarla hasta la altura del hombro, con los dedos separados y la palma vuelta hacia el exterior y sacudirla un momento, sin energía, en esa posición: un fogonazo pálido se enciende y se apaga.

En la mañana ennegrecida por la inminencia del agua, la fachada blanca emite un resplandor apagado: a medida que va acercándose, con los dos fardos de forraje, uno en cada mano, sostenidos en la intersección del alambre, mientras va dejando atrás la canoa verde anclada en la orilla, habiendo vuelto, como saludo, por un instante la cabeza en dirección al bañero que ha de estar todavía contemplándolo desde el borde del agua con los brazos cruzados sobre el pecho desnudo, el Ladeado empieza a distinguir los huecos vacíos de las ventanas, que dejan entrever la penumbra pálida del interior. Sus alpargatas rotas chasquean rítmicas sobre la arena reseca. Ninguna sombra lo sigue o lo precede. El cuerpo, que se recorta nítido en el aire sombrío y transparente, avanza rígido, equilibrado entre los dos fardos de forraje que se balancean de un modo imperceptible a los costados, aproximándose a la casa blanca sobre cuya fachada lateral se entrecruzan, enormes, las ramas de los árboles. Pero la cabeza, enfundada en el sombrero de paja de ala redonda, está hundida entre los hombros torcidos: sin joroba, el cuerpo tiene sin embargo una forma extraña desde la mitad del pecho para arriba. Es como si el busto imperfecto hubiese pertenecido a otro cuerpo, a otro hombre, y hubiese sido acoplado, apresuradamente y sin coincidir del todo con él, al cuerpo del Ladeado. Y va avanzando despacio, sosteniendo los fardos de forraje, uno en cada mano, los dos a la misma altura, como si el nivel de los hombros se compensara por la desigualdad de los brazos y también por la de las mangas de la camisa descolorida. Se mueve lento, regular, exterior, en el aire ennegrecido, toda su figura nimbada de una cintilación gris contra el cielo bajo, color humo. Un refucilo empalidece, durante una fracción de segundo, el aire oscuro. De alguna parte, dos pájaros, persiguiéndose con enviones irregulares, siempre a la misma distancia como si fuesen las partes fijas de un conjunto inmodificable y se desplazaran por obra de un mecanismo único, cruzan el cielo frente a la mirada del Ladeado que los sigue en su trayectoria, y van a hundirse en los árboles que se inclinan sobre la pared lateral de la casa blanca, desapareciendo entre las hojas. Al avanzar, el cuerpo del Ladeado va dejando vacío, y cada vez más extenso, el espacio que separa su cuerpo de la canoa verde, el espacio vacío lleno de una luz pesada y uniforme y de una transparencia acuosa. El espacio que separa su cuerpo de la canoa va estirándose, de un modo gradual: exterior a la exterioridad quieta del conjunto, opaco y rugoso, formando parte de las masas rugosas y opacas —árboles, el bañero, parrillas, la canoa, la casa blanca— diseminadas como al azar y sin orden entre el cielo bajo, color humo, y la tierra

amarillenta, en el aire transparente, como por milagro, el cuerpo del Ladeado, a cada movimiento, no queda impreso en ese aire, multiplicándose al infinito en una infinitud de poses inmóviles, a lodo lo largo de su trayectoria. Ahora la hierba rala, ligeramente erecta por la inminencia del agua, chasquea bajo las alpargatas rotas y la extensión que separa al Ladeado de la casa es de un verde pálido que contrasta con el amarillo ceniciento de la playa. Un trueno, el eco de sonido del fogonazo de luz pálida que ha iluminado unos segundos antes el aire ennegrecido, hace estremecerse, por un instante, el espacio entero: un temblor ligero hace vibrar, durante una fracción de segundo, las pupilas del Ladeado que aumenta, con decisión, la rapidez de su marcha: bajo los árboles, el coche negro, puesto casi de punta contra la cuneta, y oblicuo a causa de la inclinación de la calle abovedada, aumenta poco a poco de volumen, de un modo discontinuo, a medida que el Ladeado se aproxima a la casa. Ahora las alpargatas chasquean sobre la vereda dura y el Ladeado, bajo las enormes copas de los árboles que oscurecen el aire, pasa junto a las dos ventanas negras que se abren en la pared lateral de la casa blanca. Un refucilo empalidece, durante una fracción de segundo, el aire. El Ladeado pasa junto al coche negro y lo deja atrás: cuando desemboca, rígido, exterior, a paso regular, en el portón, un trueno empieza, remoto, a bajar.

VI. Va entrando, despacio, como en un pantano, en la mujer de bronce, que lo recibe con un silencio reconcentrado, los ojos cerrados, la boca entreabierta, el labio superior encogido dejando ver cuatro dientes opacos, la cavidad de la boca envuelta en una penumbra rojiza. Su boca se pega a los labios entreabiertos. Las manos, que buscan primero las tetas espesas, blandas, se deslizan a los costados y se reúnen en la espalda sudorosa, se tocan un momento y bajan hasta las nalgas, apoderándose de ellas: las manos oprimen y apelonan la carne blanda, incitando al cuerpo de la mujer a arquearse de modo tal que ya no se apoya sobre la cama — aparte de la cabeza que reposa sobre la almohada aplastada por el beso inmóvil — más que por los omóplatos y por la planta de los pies: el resto está en el aire, en tensión, sosteniendo el cuerpo del Gato que, como en un pantano, ha entrado en ella.

El ritmo se ha hecho ahora regular: la parte superior de los cuerpos, de la cintura para arriba, está inmóvil, la cara del Gato aplastada contra el hombro izquierdo de Elisa, la de Elisa emergiendo por sobre el hombro izquierdo del Gato, los ojos cerrados, la piel a la que el sudor da un lustre uniforme, los pechos y los vientres aplastados unos contra otros, la cama acompañando con un crujido rítmico el movimiento regular que los cuerpos ejecutan de la cintura para abajo: el del Gato de arriba abajo y de abajo arriba, entrando y saliendo, entrando y saliendo, la mujer un movimiento circular de su abdomen que acompaña y complementa el movimiento del Gato, cuyas nalgas se hundén y sobresalen,

dándole la complejidad de un sistema de poleas y de pistones combinados donde un ligero desnivel de recurrencia no sólo no desentona sino que contribuye a aportar cierta complejidad armónica al conjunto.

Los quejidos de la mujer, cuya frecuencia se prolonga y cuya intensidad va en aumento, resuenan sobre el fondo monótono de los jadeos del Gato hasta que, de golpe, el movimiento circular de vientre de la mujer y el movimiento vertical de vaivén de las nalgas del Gato, durante unos segundos, se detienen, antes del coletazo final, un violento sacudimiento de caderas que se repite tres, cuatro, cinco veces, acompañado de una serie de gritos, de lamentos, de obscenidades, de suspiros, de exclamaciones que llenan el aire lívido de la pieza.

De rodillas, el Gato hunde el mentón entre las piernas separadas de Elisa, entre los pelos negros del pubis. Elisa, parada a un costado de la cama, tiene el cuerpo rígido e inclinado un poco hacia atrás, de modo que es su vientre lo que sobresale, en tanto que la espalda de bronce está como oblicua respecto de su cintura. Sus hombros se sacuden tal vez porque sus manos acarician la cabeza del Gato, hundida entre sus muslos y, por la posición de su cuerpo, sus brazos se estiran al máximo para poder tocar el cabello rubio.

Sobre la cama, Elisa, en cuatro patas, la cara casi tocando la pared, las manos apoyadas sobre la almohada, espera, sin impaciencia, que el Gato, que avanza hacia ella, de rodillas, desde la otra punta de la cama, comience a separar, con manos sudorosas, sus nalgas que presentan en la parte inferior una franja blancuzca horizontal, único contraste en su cuerpo de bronce. Cuando, después de una búsqueda trabajosa, el Gato entra por fin en ella, Elisa emite un quejido ronco, profundo, prolongado, y va dejándose caer, boca abajo, despacio, hasta quedar extendida sobre la cama, con el Gato adherido a ella como una limadura de hierro a la superficie de un imán.

En la jarra transparente, llena de agua hasta un poco más arriba de la mitad, Elisa va dejando caer, sin apuro, cucharadas de azúcar molida que saca de la azucarera blanca. Cuando la revuelve con la cuchara, con movimientos vigorosos, el agua se enturbia y después, a medida que va dejando de sacudirse, mientras Elisa corta los tres limones en cuatro pedazos, recupera algo de su transparencia original. Después es la caída de los limones lo que vuelve a agitarla. Por fin Elisa saca hielo de la heladera, deja caer varios cubitos en el interior de la jarra, y se pone a revolver con movimientos enérgicos la mezcla. El Gato recoge, de sobre el fogón, la cubetera, la llena de agua, y la vuelve a guardar en la heladera. No se oye, en toda la casa, más que el tintineo de la cuchara, el ruido del agua derramándose sobre la cubetera, la puerta de la heladera al abrirse y al cerrarse, el murmullo casi imperceptible de los pies desnudos deslizándose sobre las baldosas coloradas.

Con la media tarde, los bañistas han vuelto a venir: han ido llegando de a pie, los del pueblo mismo, o en coche, los que vienen de la ciudad. Han ido extendiendo sus toallas multicolores sobre la arena, depositando junto a las vestimentas y a los bolsos amontonados, los cigarrillos, los fósforos, la merienda, los potes de crema y los frascos de bronceador. Se habían refugiado, para evitar el calor insoportable de la siesta, en habitaciones oscuras, defendidas del sol por cortinas gruesas de lona azul, roja, anaranjada, por toldos a rayas verdes y blancas, anchas. Algunos se aventuran despacio hasta la orilla y contemplan, más allá del río liso, color caramelo, la vegetación de la isla, enana y polvorienta, salpicada aquí y allá de grandes flores calcinadas. Otros apenas si se dan el tiempo necesario para desvestirse que ya corren al agua y entran en ella levantando un tumulto de ruidos acuáticos y de salpicaduras. El gordo, con su cabeza encasquetada de blanco se pasea atento, aburrido, entre los cuerpos extendidos. El Gato alza su vaso de limonada, toma un largo trago, y se aleja de la ventana en dirección a la cocina: está completamente desnudo pero, visto de fuera, desde la playa, su aspecto no varía en absoluto ya que la parte inferior de su cuerpo, desde la cintura para abajo, no es visible desde allí.

De sobre el mantel a cuadros blancos y azules sembrado de las migas ya endurecidas del almuerzo, el Gato recoge la jarra de limonada y vuelve a llenar su vaso. Un pedacito de hielo, del que la forma cúbica se ha atenuado bastante, pasa tintineando de la jarra al vaso. Con el vaso en la mano, el Gato se dirige hacia la cortina de lona azul que separa la cocina de la galería y la recoge un poco con la mano libre, para mirar el patio trasero: el respaldo de uno de los sillones de lona anaranjada, los tambores de aceite acanalados y oxidados, un fragmento del suelo sembrado de baterías y de cubiertas semienterradas y podridas, manchadas de barro reseco y, más allá, en el fondo, bajo los árboles, el bayo amarillo que, justo en el momento en que el Gato separa la cortina, estornuda con un violento sacudimiento de cabeza. El Gato suelta la cortina que queda temblando, áspera y rígida.

Por alguna razón inexplicable, Elisa se ha puesto en la muñeca izquierda su reloj pulsera, más inexplicable todavía en la medida en que no lo llevaba puesto al llegar de la ciudad, y que ahora se halla desnuda, sentada en la cama, la espalda apoyada contra la almohada hecha una pelota, entre la espalda y la pared, y un cigarrillo que humea entre el índice y el medio de su mano derecha. Sobre la mesa de luz, junto al ventilador detenido, reposa su vaso vacío. Al verlo entrar, Elisa alza la mirada del libro que sostiene en su mano izquierda y murmura:

— ¿Me servirías un poco más de limonada?

Cierra el libro y lo deja sobre la mesa de luz: es el que Pichón ha mandado de Francia. Elisa sacude la ceniza de su cigarrillo sobre el platito que contiene los restos del espiral. Sin decir palabra, el Gato deja su propio vaso sobre la mesa de luz y recoge el vaso vacío. Como la ventana que da a la vereda está cerrada, el aire

de la pieza es pesado y está como mezclado a un olor indefinible. Todo está envuelto en una penumbra amarillenta.

—¿Te arde todavía? —dice el Gato.

Elisa sonríe y sacude la cabeza. Recoge el vaso lleno de limonada y toma un trago largo, y después lo vuelve a dejar sobre la mesa de luz. El vaso, que contiene todavía un poco de limonada, reposa ahora exactamente en el mismo lugar que ocupaba el vaso vacío y que el Gato está llevando ahora en dirección a la cocina.

De sobre el mantel a cuadros blancos y azules sembrado de las migas ya endurecidas del almuerzo, el Gato recoge la jarra de limonada y llena el vaso vacío de Elisa. Dos pedacitos de hielo pasan tintineando de la jarra al vaso. El Gato vuelve a depositar la jarra, ya casi vacía, sobre la mesa. Las paredes de la jarra están atravesadas de gotas frías y el vidrio aparece empañado en la proximidad de la base. A través del vidrio pueden verse los pedazos de limón, amontonados en el fondo, cuya pulpa ya no es más que una serie de filamentos exangües e incoloros. Dejando el vaso lleno sobre la mesa, el Gato se dirige hacia la cortina de lona azul rígida, y con el dorso de los dedos estirados la separa un poco del marco negro para observar por la abertura el patio trasero; la luz del exterior ilumina su cara comida por la barba rojiza. Afuera están la perezosa de lona anaranjada, los tambores de aceite acanalados y oxidados, el suelo sembrado de cubiertas y de baterías medio enterradas entre el pasto reseco, el bayo amarillo que mastica forraje, en el fondo, bajo los árboles.

Al darse vuelta, después de soltar la cortina de lona azul que queda sacudiéndose a sus espaldas, el Gato ve a Elisa desembocar en la cocina viniendo, desnuda, descalza, y con el vaso en la mano, desde el dormitorio. Con un movimiento de cabeza, el Gato señala en dirección al patio trasero. Como si no lo hubiese visto, Elisa continúa caminando hacia la mesa. Ahora avanzan los dos, desde los extremos opuestos de la habitación a la mesa cubierta con el mantel a cuadros azules y blancos sobre el que reposa, junto al vaso lleno y entre las migas ya endurecidas del almuerzo, la jarra de limonada.

—Qué sed —dice el Gato, viendo a Elisa servirse su tercer vaso de limonada. Elisa vuelve a depositar la jarra vacía sobre el mantel a cuadros blancos y azules: en su vaso, lleno hasta un poco más arriba de la mitad, el líquido grisáceo se agita todavía, atravesado de fragmentos de pulpa de limón y de granos de azúcar mal disueltos que giran y se sacuden en el centro de un torbellino minúsculo.

Las dos palabras, que quedan resonando extrañamente en la cocina, y que han sonado nítidas acompañando el ruido del líquido al caer en el vaso, no obtienen ninguna respuesta. Es por contraste con su sonido ronco, repentino, que se advierte que, durante unos segundos, no viene ningún ruido ni ninguna voz de la playa.

Están uno a cada lado de la mesa, desnudos, el Gato de espaldas a la cortina de lona azul en la que se transparenta todavía, aunque más débil, la luz de la tarde, Elisa de espaldas a la puerta negra que conduce a las habitaciones interiores, inclinándose hacia el vaso lleno hasta la mitad de limonada, sin prestar atención a la sonrisa vacilante del Gato, la resonancia extraña de cuyas palabras va desapareciendo, gradual, del aire amarillento, del oído, y por fin de la memoria.

Cuando la mano toca el vaso, los dedos se aferran al vidrio frío, y lo levantan, inclinándolo, en dirección a la boca, mientras la cabeza se echa ligeramente hacia atrás. El cuerpo, desnudo, de bronce lustroso, junto a la mesa, se sacude imperceptible cuando el vaso toca los labios entreabiertos y la mano que lo aferra comienza a vaciarlo en la boca: un complicado movimiento de músculos atestigua el paso del líquido agrídulce por la garganta en tensión.

El vaso está ahora horizontal, casi vacío, la cabeza echada hacia atrás, el pelo negro y liso, suelto y corto, tocando la espalda de bronce y el Gato, que ha estado inmóvil, mirando la garganta de Elisa estremecerse al paso del líquido, gira de un modo brusco y, dirigiéndose hacia la cortina de lona azul que transparenta todavía la luz amarillenta, la separa un poco del marco negro con el dorso de la mano izquierda para observar el exterior: la perezosa de lona anaranjada, los tambores de aceite acanalados y oxidados, el espacio sembrado de cubiertas y de baterías viejas semienterradas entre los yuyos calcinados y, más allá, en el fondo, el bayo amarillo cuyo largo cuello se estira hacia la tierra buscando algo que tascar.

Cuando retira la mano y vuelve a girar, la cortina de lona azul queda sacudiéndose a sus espaldas del mismo modo que las nervaduras luminosas que se proyectan a sus pies, sobre las baldosas coloradas. Sus pies desnudos pisan el reflejo en movimiento, que se imprime de un modo fugaz sobre ellos, y después lo dejan atrás mientras Elisa, que ha enderezado la cabeza, estira ahora la mano con el vaso vacío para dejarlo sobre el mantel a cuadros blancos y azules.

Un grito llega, súbito, de la playa, quebrando, discontinuo, saliendo de su nada sin buscar, en apariencia, un destino preciso, emisión neutra de voz que alguien saca de lo negro no por decir algo sino por ver cómo, de a sacudones, entrecortada, vacilante, la voz nace.

Al verlo llegar con los enseres el bayo amarillo, sin sublevarse, se intranquiliza. Ligeros movimientos de cabeza, como si estuviese espantando insectos inexistentes, la cola inmóvil que traiciona su expectación y la mirada que se fija en cualquier punto del espacio menos en la figura humana que se aproxima trayendo en la mano los enseres de montar, dejan entrever que desde que el Gato ha salido de la casa calzándose las alpargatas sobre la marcha, ha recogido montura y riendas de bajo los árboles y ha comenzado a marchar hacia él haciendo

crujir el cuero y tintinear las argollas metálicas de las riendas, el bayo amarillo se ha puesto a la defensiva y por un momento no hace nada, como no sea desconfiar. Su aura es no únicamente, como lo comprueba el Gato al entrar en ella, más cálida todavía que el resto del aire y con un olor particular al que no son ajenos el pasto triturado y la bosta fresca, sino también más espesa y emana, como de a ráfagas, una hostilidad confusa.

No sin encabritarse, el bayo amarillo ha cedido por Un, dejándose ensillar. Recibiendo la montura con movimientos rápidos de cabeza y con sacudidas violentas de todo el cuerpo, no atina sino a retroceder, cuando lo monta, dos o tres pasos nerviosos, flexionando un poco las patas traseras y poniendo el lomo ligeramente en declive hacia atrás. Se endereza otra vez y obedece, descontento, a las riendas, empezando a caminar a paso corto, medio de costado sacudiendo una y otra vez la cabeza y sacando pecho como si quisiese frenar, de ese modo, un choque inesperado. Deja atrás el portón, atraviesa la vereda, pasa junto al coche negro cubierto de polvo blanquecino y estacionado casi en punta contra la cuneta, bajo los árboles, y empieza a bajar por la calle abovedada y en sombra en dirección al río.

La playita que se desplegaba a su izquierda, agitada por los bañistas del atardecer, no es ahora más que un recuerdo nuevo que baja a su memoria y un ruido de voces, risas y chapoteos que suena atrás y que va debilitándose a medida que el bayo amarillo trota por la orilla del agua hacia el horizonte casi anaranjado y verdoso detrás de los árboles enanos dispersos sobre la tierra amarillenta.

La sombra azul de jinete y caballo, alargada, los sigue rápida, deslizándose sobre la tierra arenosa llena de cráteres blandos que se desmoronan al golpe fugaz de los vasos. Con los pies encajados en los estribos, las piernas del Gato flanquean el vientre del caballo y su espalda se mantiene rígida, sacudida por el trote regular que le produce estremecimientos bruscos a lo largo de todo el cuerpo. Con rápidos y repetidos golpes de talón en los flancos y aflojando un poco las riendas, el Gato incita al animal al galope. El bayo amarillo cambia el ritmo de su carrera de un modo brusco, como si hubiese pasado, no a otra velocidad, sino a una nueva dimensión de la que el galope no es más que una pantalla que oculta, a diferencia del trote donde cada detalle es más visible, el esfuerzo infinito de cada movimiento gracias al cual cada detalle y el conjunto entero cambian, infinitesimales y bruscos, en el espacio, de lugar.

Con el cuello estirado hacia el agua, los vasos delanteros hundidos en el río, el bayo amarillo calma su sed, ruidoso, mientras el Gato, inclinado hacia adelante, sosteniendo con una mano las riendas flojas, acaricia con la otra sus crines cenicientas. El cielo liso, que va enrojando despacio, le da al agua, al reflejarse en ella, un tinte violáceo. Sin un ruido, liso, el río corre, lento, y la lengua rosa del

caballo quiebra la superficie con pericia y medida. El Gato alza la cabeza y contempla el espacio a su alrededor; no hay nada, nada. El río liso, sin una sola arruga, la arena amarilla, y del otro lado, en la luz del crepúsculo que comienzan a enturbiar los mosquitos y que la proximidad de la noche no refresca, vacía, la vegetación enana enmarañada al borde del agua, dos sauces llorones inclinados con su ramaje que cuelga blando hacia el río, la barranca amarilla que baja hacia la costa en un declive imperceptible, medio comida por el agua, la isla.

VII. Es la tierra, y el aire, y el fuego, y el agua. Y las viejas baterías, y las viejas cubiertas, y los tambores de aceite, también. Enceguecen. Ese animal que me contempla, parsimonioso, desde el fondo, ahora que salgo a la galería, recién bañado, recién afeitado, con el vaso de vino blanco en la mano, hacia Elisa, que me sonrío de un modo vacío, desde la perezosa, mientras toma, es sin duda un poco más real que yo, un poco más denso — y sin duda lo sabe. Hay una calma inmensa: desde la playa, en la luz azul, plagada de mosquitos y de un estridor de cigarras, ya no llega, o casi, a esta hora, ninguna voz: los pocos ruidos, los gritos apagados, se demoran en el anochecer lento y sin viento, atenuados por un silencio que es más fuerte que todas las voces y que todos los ruidos. Enceguecen, porque no ocultan nada. La mirada rebota, vuelve a fijarse, y vuelve a rebotar, en el espacio de febrero, en el mes irreal, que adviene para poner, como una cifra del tiempo entero, en el tapete, la evidencia. No cosas, sino grumos, nudos fugaces que se deshacen, o van deshaciéndose a medida que se entrelazan y que se vuelven, de inmediato, en un abrir, por decir así, y cerrar de ojos, a entrelazar. Me bajé del caballo, lo até a un aroma, y me interné entre los árboles enanos que brotan de la tierra amarillenta. El suelo arenoso, lleno de cráteres blandos que se desmoronaban a la presión de mis alpargatas, iba, a medida que me alejaba del agua, cubriéndose de pasto ralo, hasta que me interné en la maleza: me llegaba por lo menos hasta las rodillas. Iba chasqueando bajo mis pies. No se escuchaba ningún otro ruido aparte del chasquido de mis pasos entre la maleza que, cuando yo me paraba, se paraba a su vez no sin antes resonar y repercutir todavía unos segundos más en la memoria antes de que el silencio volviese a hacerse por completo. Cada chasquido de mis alpargatas contra las hojas calcinadas, saliendo de la nada, se ponía a vibrar y a resonar por un momento para volver a hundirse, entre cesuras sin medida, otra vez, antes de volver a renacer, en la nada. Caminando, despacio, parándome por momentos, dejé atrás la maleza apretada y desemboqué en un campo de espartillo; entre cada mata, alta, de un verde oscuro, las hojas afiladas y estrechas y tan largas que crecían un poco hacia arriba y después se doblaban hacia la tierra, el suelo blanquecino, menos arenoso y más firme que en la proximidad del agua, parecía relumbrar en la última luz de la tarde o reverberar todavía al calor acumulado del día o del verano entero. El campo estaba frente a mí: las matas espesas, oscuras, de hojas afiladas, que ya no echaban sombra, separadas entre sí por dos o tres metros



de espacio vacío, distribuidas al azar aunque dando la impresión de un orden ilusorio, la tierra blanca endurecida por la luz persistente de febrero, así hasta el horizonte, por encima el cielo lívido, indefinido, y detrás la máquina de la memoria triturando el chasquido reciente de mis pasos contra la maleza calcinada y haciéndolo bajar hacia el fondo. Durante unos segundos no pasó nada: la mirada, que rebotaba al azar contra las matas oscuras, cuyas hojas, afiladas como cuchillos, estaban como nimbadas por un resplandor tenue, no encontraba, en el gran espacio abierto, un punto preciso en el que fijarse, iba y venía, rebotando, pasando de las matas oscuras a la tierra blanquecina, de la tierra blanquecina al cielo lívido, del cielo lívido otra vez a las matas altas y oscuras. No había nada que denunciase, nada detrás, delante, más arriba, que pudiese haber, en otra dimensión, o entre las cosas mismas, un invisible del que pudiese esperarse, alguna vez, la manifestación. El viejo infinito no era ahora más que una yuxtaposición indefinida de cosas de la que no me era posible percibir más que unas pocas a la vez —y no había secuela alguna a esa percepción, como no fuese en la memoria engañosa. De esa tierra desnuda y calcinada no saqué otra lección. Y de ese modo volví sobre mis pasos, monté el bayo amarillo y regresamos en dirección a la casa: al galope primero, al trote un poco más tarde, alejándonos del cielo violeta y de las orillas desiertas, bajo la mirada de los últimos bañistas al final, cuando, llegando del campo por la orilla del agua, desviamos un poco antes de alcanzar la playa para subir por la calle abovedada y entrar en el patio trasero, en medio de una nube de mosquitos y del canto de las cigarras. El patio estaba desierto; no había, en la galería, más que las perezosas de lona anaranjada, vacías, y más al fondo, entre las dos puertas negras —la de la cocina cubierta por la cortina de lona azul—, la silla de madera cruda y asiento de paja contra la pared blanca. Desensillé sudoroso; el bayo amarillo no se dignaba ni siquiera jadear. Lo liberé de silla y riendas, le traje un poco de forraje, y le acaricié varias veces el cuello y la nariz: gestos exteriores destinados a desterrar, más de mí que de él, el malestar confuso, los atisbos de celos o de odio. Después me arranqué, como pude, de su aura, hecha de un olor fuerte y de tibieza. Crucé el patio sembrado de baterías y de cubiertas, subí a la galería, entré en la casa. La cocina estaba vacía, pero del cuarto de baño llegaba el ruido de una canilla abierta: Elisa, otra vez con su vestido blanco, se peinaba el pelo mojado y me sonrió, distraída, a través del espejo. Puse la mano, con suavidad, sobre su brazo desnudo: la mano que trabajaba con el peine el cabello negro bajó y se detuvo contra la pileta blanca del baño. Quedamos un momento inmóviles, mirándonos a través del espejo; el contacto de mi mano contra su brazo desnudo, del que se desprendían todavía la frescura y la humedad de la ducha reciente no era, sin embargo, desde el punto de vista de una experiencia posible, más revelador que el que hubiese podido obtener estirando la mano y tocando el espejo en el lugar de su superficie en el que el brazo de Elisa se reflejaba. Lisa o rugosa, mineral o carnal, el resultado no era más claro ni la penetración más profunda; en algún punto, el horizonte del contacto se volvía, cualquiera fuese el objeto que tocara, liso, uniforme, y sin mayor significación. Elisa sacudió el brazo y siguió peinándose, y entonces me di vuelta y

salí del baño. En la habitación principal me acuclillé un momento junto a las cajas de cartón y hundí una mano entre los sobres blancos que las sacudidas del transporte en el coche habían puesto en desorden. Retiré la guía telefónica de entre los sobres, le eché una ojeada rápida y la dejé sobre la mesa. Abrí el cajón de la cómoda; separando los papeles, el sacacorchos, el revólver, las balas salidas de la caja cuadrada de cartón que rodaban en el fondo del cajón mientras mi mano hurgaba, retiré dos o tres biromes, y cubriendo otra vez el revólver y las balas con las hojas de papel, cerré el cajón. En el dorso de un sobre probé, sin sentarme, las biromes: escribían. Saqué un montón de sobres de la caja de cartón y los puse sobre la mesa. Me senté a trabajar. Copié el nombre y la dirección del primer abonado en el primer sobre. Cuando estaba copiando el séptimo, Elisa salió del cuarto de baño, atravesó la habitación, y se sentó frente a mí, del otro lado de la mesa. Pero en seguida se volvió a parar; dijo que no quedaba casi vino blanco frío, y que iba a poner dos o tres botellas en la heladera. También yo me paré: dejé la birome sobre la guía telefónica, abierta en la letra A, y fui al baño y me afeité. Fui viendo, en el espejo, cómo la maquineta de afeitar se llevaba con la espuma blanca, mi barba rojiza de una semana, y cómo iba quedando la piel lisa, curtida, casi cobriza, en el lugar en el que antes había estado la barba. Antes de darme una ducha pasé por la cocina. Elisa, junto al fogón, destapaba con el sacacorchos una botella de vino blanco. Retiró el corcho del tirabuzón y lo dejó sobre el fogón. Cuando atravesé de nuevo la habitación principal, en dirección al cuarto de baño, observé que el cajón de la cómoda estaba entreabierto y lo cerré. Bajo la ducha no pensé, durante unos segundos, nada: que el agua cayera, envolviéndome en su rumor espeso, del que no se podía decir que estuviese interfiriendo mensaje alguno. Por fin cerré la ducha, me sequé, volví a mirarme en el espejo pensando que después de todo, eso, tan nítido, que el espejo me mandaba era, sin duda, yo, yo mismo, y poniéndome el short, calzándome las alpargatas pasé por la habitación principal en dirección a la cocina, sintiendo el aire, el anochecer, otra vez, más caliente que mi piel de la que la frescura del baño se evaporaba dejando únicamente la humedad. En la cocina me serví un vaso de vino blanco, le eché un cubito de hielo, y después volví a guardar la botella en la heladera. Me llegaba, desde el fondo, desde las inmediaciones, desde la costa entera, el canto de las cigarras. Enderecé hacia la galería. Atravesando la cocina iluminada, antes de llegar, antes incluso de haber tocado la cortina de lona azul que separaba la cocina de la galería y que, inmóvil y rígida, impedía recibir la más mínima impresión del exterior, vi la galería de baldosas coloridas con las perezosas anaranjadas, los tambores de aceite, el patio sembrado de viejas baterías y de cubiertas semipodridas entre los yuyos resecos y sobre todo, al fondo bajo los eucaliptos, sacudiendo sin parar la cola y la cabeza para espantar los mosquitos que debían, seguro, estar hostigándolo, el gran cuerpo amarillento y palpitante, más denso que yo, más sólido, más inmerso en la vida. Atravesé la cortina de lona azul, salí a la galería con el vaso frío en la mano, y ahora sonrío a Elisa que, a su vez, sentada en la perezosa, mientras toma un trago de vino, me sonrío por encima del vaso, de un modo vacuo. El bayo amarillo ha

quedado, durante una fracción de segundo, inmóvil, al verme llegar, y ahora comienza a sacudir otra vez la cola y la cabeza, contemplándome. Hay una calma inmensa: desde la playa, en la luz azul, plagada de mosquitos y de un estridor de cigarras, ya no llega, o casi, a esta hora, ninguna voz; los pocos ruidos, los gritos apagados, se demoran en el anochecer lento y sin viento, atenuados por un silencio que es más fuerte que todas las voces y que todos los ruidos. La mirada rebota, vuelve a fijarse, y vuelve a rebotar, en el espacio azul de febrero, el mes irreal que adviene para poner, como una cifra del tiempo entero, en el tapete, la evidencia.

—¿Hasta dónde fuiste? — dice Elisa.

—No muy lejos. Por la costa — digo yo.

Elisa sacude la cabeza y se queda en silencio, pensativa.

—Y me interné en el campo, un poco, a pie —digo. Elisa hace un gesto consistente en sacudir los hombros de un modo violento al mismo tiempo que la cabeza, apretar los dientes y aspirar de ese modo, produciendo una especie de chistido prolongado y húmedo: con esa actitud muestra su repugnancia y su terror. El campo, dice, y sobre todo de día, a la luz del sol, le produce pánico. Siempre tiene la impresión de que entre los yuyos se oculta *algo, algo* que no espera otra cosa que la llegada de algún caminante para ponerse en evidencia.

—¿Algo? — digo yo—. ¿Cómo algo? ¿Algo que qué? Algo, sí, dice Elisa: algo que se aparezca, súbito, algo vivo, o muerto, entre los yuyos, o a la distancia, en la luz del sol; y sobre todo, algo en estado de descomposición; eso abunda en el campo, ¿no?, dice Elisa. En el campo, entre los yuyos, muchas cosas, ¿eh?, ¿no?, víboras incluso, huesos, alimañas de todas clases y, sobre todo, ¿no?, sobre todo, carroñas, cuerpos en descomposición, de los que sube, de golpe, un rumor. Como si *algo*, no sé, dice, *algo* hubiese subido a la superficie desde las profundidades de la tierra.

Mi sonrisa incrédula la hace encogerse de hombros, y haciendo silencio, toma un trago largo de vino blanco. Se queda mirando el vacío, con los ojos muy abiertos, el labio superior oculto por el inferior, que se abulta sobresaliendo un poco y mostrando su reborde interior de un rojo profundo. Un mosquito se asienta sobre su frente, alza vuelo y se vuelve a asentar en su mejilla, inmovilizándose en ella. Transcurre una fracción de segundo; de repente, la mano libre de Elisa, que reposa sobre el apoyabrazos de la perezosa se eleva, abierta, y golpea, con la palma, la mejilla. Demasiado tarde: el mosquito, no se sabe cómo, ni cuándo, ha levantado vuelo otra vez, una fracción de segundo antes de que la mano llegue a la mejilla, desapareciendo. La mano de Elisa vuelve a bajar. Todas las cosas son ya negras, recortadas, de un modo nítido, contra el aire azul oscuro, uniforme, en el que nada destella ni se mueve, a no ser la forma amarillenta de la que emana un resplandor opaco, como de herrumbre, y de la que se adivinan, entre los movimientos esporádicos, cautelosos, los ojos húmedos, casi lilas, que se fijan una y otra vez en el punto de la galería en el que estoy parado, vuelto hacia Elisa. Tomo un trago de vino: el líquido helado, ácido, de un amarillo verdoso, va

desapareciendo del vaso a medida que pasa por mi garganta, hasta que desaparece del todo; inclino el vaso un poco más sobre mis labios y el pedacito de hielo que quedaba en el fondo viene resbalando por el vidrio frío y pasa a la boca por entre mis labios entreabiertos. Retiro el vaso de la boca y me quedo chupando el pedacito de hielo, haciéndolo pasar, con la lengua, de un lado a otro de la boca, chocar contra los dientes, reaparecer un momento, apretado con los dientes, por los labios entreabiertos. Lo escupo, por fin, ahora, hacia el patio de tierra. ¿Y de dónde viene, le pregunto a Elisa, sin mirarla, vuelto hacia el patio de tierra, de dónde viene ese miedo a encontrar, en el campo, precisamente en el campo, esos cuerpos olvidados que se deshacen a la intemperie? No sabe. No sabe, dice, pero es así. Ya empieza a ser difícil discernir, de un modo nítido, en la penumbra, sus gestos. Veo todavía sus facciones y, sobre todo, el vestido blanco de tela cruda que, en el aire azul que ya negrea, emite una especie de fosforescencia. Nuestras voces suenan ahora por sobre un murmullo vago, intermitente, que manda el pueblo en el anochecer, un murmullo en el que resaltan el zumbido de los mosquitos que vuelan, obstinados, a nuestro alrededor, y el estridor de las cigarras, más constante y más fuerte, pero que distrae menos la atención debido sin duda a su persistencia monótona. No sabe, dice Elisa. No sabe, pero es así. Si un asesino, argumenta, quisiera desembarazarse de un cuerpo, ¿adonde se le ocurriría hacerlo desaparecer? En el campo.

—O en el río —digo yo—. Dos buenos bloques de cemento, uno en cada pie, y hasta la vista.

Elisa no parece haber escuchado mi sugerencia: no, para ella, es el campo, entre los yuyos, el lugar indicado. Explica sus razones con minucia obsesiva. El hombre de la ciudad enterrará la evidencia en el campo, de noche, entre los yuyos, creyendo de ese modo librarse para siempre de ella —hacia atrás, hacia el fondo de la tierra, que es el lugar en el que reposa, ya lo sabemos, el pasado. Al otro día, sin embargo, continúa Elisa haciendo girar ahora su vaso con la palma de las manos, el vestido blanco que relumbra y la cara apenas discernible en la penumbra creciente y sudorosa, al otro día, no va que vienen los perros de las inmediaciones, descubren la tierra removida y comienzan a escarbar hasta que sacan, a la luz del día, la evidencia. No, si ella lo sabe bien: más vale no aventurarse por el campo, para que no sea a una a quien le toque, en nombre de todos, anoticiarse del horror. Elisa hace silencio. Ahora la penumbra es completa y del pueblo llega, aunque atenuado, un rumor que es como un relente de fiebre. No ha de ver, desde donde está sentada, mi sonrisa incrédula ni mis sacudimientos de cabeza. El vaso vacío se me entibia en la mano. ¿Nos servimos un poco más de vino? Sí. Elisa me extiende su vaso vacío, que distingo apenas, ya que me doy cuenta de su gesto a causa de los crujidos de la perezosa y del monosílabo súbito con que responde a mi proposición, dicho con la voz ligeramente agitada de quien efectúa un movimiento brusco en el momento de hablar. Mis dedos rozan los suyos al agarrar el vaso tibio. Entro en la cocina. Cuando enciendo la luz y abro la puerta de la heladera, inclinándome para sacar la botella, acomodada vertical en el estante más bajo de la

pared interior de la puerta, la voz de Elisa suena a mis espaldas. Me incorporo, con la botella en la mano, y cierro la puerta, dándome vuelta y poniéndome a contemplar a Elisa que está parada contra la cortina de lona azul; el vestido blanco y quebradizo, lleno de arrugas horizontales a la altura del vientre, resalta, de un modo más intenso que la piel bronceada, lisa y sudorosa, y que el cabello negro, contra el fondo azul de la cortina. Che, Gato, ha dicho su voz. Ha sonado extraña, como si hubiese sido proferida después de una larga vacilación, o como si estuviese antecediendo a una pregunta postergada durante mucho tiempo, o a un discurso lleno de resoluciones y de argumentos madurados después de una larga meditación. Pero ahora que con la botella fría en la mano, parado junto a la heladera, la observo, a la expectativa e interrogándola con la mirada, Elisa, inmóvil a su vez contra el fondo inmóvil de la cortina azul, baja la cabeza y murmura: no, nada. Nada. Sirvo entonces vino blanco en los vasos, llenándolos hasta la mitad y después saco hielo de la taza blanca llena de cubitos que Elisa ha guardado en la heladera, y lo dejo caer en el interior de los vasos. Cuando me doy vuelta, con un vaso en cada mano, Elisa ha desaparecido de la cocina: la cortina de lona azul ha quedado sacudiéndose entre el marco negro de la puerta. Al atravesarlo, a mi vez, encuentro a Elisa parada en el borde de la galería, mirando hacia el fondo del patio que está envuelto en una penumbra espesa y ya negra. Mis ojos, habituados a la luz de la cocina, no distinguen nada – o casi nada – en la negrura homogénea del fondo del patio; pero la luz, proveniente de la cocina, que la cortina azul deja pasar, ilumina un poco el contorno de los objetos y, sobre todo, una porción trapezoidal del piso de baldosas coloradas. Es sobre esa porción iluminada donde estoy parado cuando extiendo a Elisa su vaso de vino blanco. Elisa se da vuelta y lo agarra y va a sentarse en una de las perezosas. Yo ocupo la otra. Tomamos, durante un momento, sin dirigirnos la palabra, tragos de vino blanco. De vez en cuando, se oye el hielo tintinear. Con la oscuridad los mosquitos han vuelto a asentarse, aunque todavía zumban algunos a nuestro alrededor. Movimientos pesados, confusos, el murmullo casi metálico de su cola que se sacude de vez en cuando, llegan desde el punto de la oscuridad, bajo los árboles ya invisibles, en donde tasca, incansable, el bayo amarillo. Lo que yo no entiendo, me escucho decir, es su miedo al campo, cuando tantas veces la he visto entrar, lo más tranquila, en el río, incluso de noche. En esa agua negra cuyo contacto mismo es tan temible o donde dos por tres se siente la presencia de cosas vivas que rozan la piel, que pican, y que incluso muerden. Esa agua negra, repito, en la que se avanza a ciegas. Y sin embargo, no, con el agua, me responde, ningún problema. Ningún problema.

– Es que cada uno – me escucho decir – busca a su modo, y encuentra, una cosa particular que impregna después con su propia magia. ¿No te parece?

La luz – escasa – que viene de la cocina toca ligeramente el perfil de Elisa: uno de los lados de su nariz y una parte del pómulo y la mejilla del mismo lado brillan un poco. Cuando mueve la cabeza haciendo un gesto distraído, aunque afirmativo, la luz se desplaza en su cara varias veces, iluminando, de un modo

fugaz, la sien, la parte visible de la oreja y el cabello negro que la recubre. Ahora apoya la cabeza, que queda inmóvil contra la lona del sillón, y la mancha de luz se estampa sobre el vestido blanco, a la altura del pecho. Y bueno, ahí está, con el agua, de día o de noche, repite, ningún problema. Se da una bofetada súbita —tal vez infructuosa— para aplastar algún mosquito que ha de haberse asentado en su mejilla. Se oye el motor de un coche que se pone en marcha detrás, bajo los árboles, en la cuneta de la calle abovedada; uno de los últimos bañistas, seguro, que ha de haberse demorado en la playa, adormecido en el anochecer, o tal vez en la isla, de la que ha debido venir braceando despacio por el agua ennegrecida. Húmedo, tibio, el aire —o, mejor, yo mismo— oscuro se estremece con el ronquido brusco con que el motor arranca y que se convierte, casi en seguida, en un ronroneo monótono del que llega, a la galería en penumbra, la imagen de una continuidad ilusoria. Prestando atención puedo percibir, a pesar de todo, la cesura infinitesimal que interrumpe, regular, la línea de sonido. Ahora el coche ha de estar maniobrando para dar la vuelta y ponerse en dirección al centro del pueblo y, más lejos, al camino de asfalto que lleva a la ciudad: los cambios continuos de intensidad en la marcha del motor y el murmullo de las ruedas que muerden y se deslizan sobre el polvo de la calle dejan llegar, hasta la galería, el progreso de las maniobras. La luz de los faros que atraviesa, de golpe, más allá del portón, una nube de polvo blanquecino de cuyas partículas, gracias a la claridad intensa que la hiende, puede verse, entre las sombras fugaces que las entrecruzan, la rotación lenta, deja ver que el coche se ha puesto por fin de culata al río y que ahora, como lo muestra el movimiento rápido de luces y sombras en el interior de la gran nube de polvo blanquecino, avanza por la calle abovedada en dirección al centro del pueblo y, más allá, al camino de asfalto que lleva a la ciudad. El coche pasa ante el portón, lo deja atrás, y veo, por entre el cerco de ligustros que separa el fondo del patio de la vereda, los dos puntos rojos de las luces traseras que van desplazándose rígidos en el aire otra vez negro. Ahora no queda más que el ruido del motor, que se debilita poco a poco: alejándose, gradual, permite todavía percibir, de vez en cuando, la disminución de velocidad, las aceleradas, los cambios de marcha, las frenadas, que le imponen los accidentes de su trayecto. Ahora es un rumor casi inaudible. Y ahora, por fin, ya no se sabe si el rumor que se cree percibir es el último filamento, exangüe, de sonido que manda, desde un punto ya inimaginable, el motor, o bien la repercusión apagada del ronroneo en la memoria. Ahora hay otra vez un silencio completo del que el estridor de las cigarras no parece ser la interrupción sino más bien, dada su monotonía y su uniformidad, una dimensión diferente y que le es propia. Y de golpe, otra vez, Elisa se da una bofetada, infructuosa, quizás, en la mejilla. Tomamos, en la penumbra, casi al mismo tiempo, tragos cortos de vino, sin hablar. Elisa suspira; alza la mano como para darse una tercera bofetada, pero la mano se detiene antes de llegar a la mejilla y comienza a sacudirse, con fuerza, a la altura de la cara. Elisa se para, sin dejar de sacudir la mano libre ante su cara. Al pararse, ha hecho crujir la perezosa y ahora la luz que la cortina de lona azul deja pasar de la cocina viene a chocar contra su pie —

calzado con la sandalia en la que las tiras de cuero que se enroscan en la pantorrilla mantienen tirante sobre el empeine la argolla de bronce—, contra el costado de su pantorrilla, y contra el ruedo de su vestido blanco que le llega hasta la mitad de los muslos. Un rayo de luz que se cuele por el resquicio que separa la cortina de lona del marco negro de la puerta viene a tocar, a su vez, su perfil confuso, haciendo resaltar la nariz, que emite como un brillo en la punta, y sobre todo los labios gruesos, espesos, cerrados, que se fruncen un poco y se mueven ligeramente, sin separarse. Elisa permanece una fracción de segundo en esa actitud, hasta que efectúa un movimiento curioso, consistente en sacudir el cuerpo entero, y sobre todo los hombros como si, de un modo anacrónico, o paradójico, más bien, hubiese recibido, en el anochecer ardiente, una brisa helada, y después, de un modo brusco, cruza el espacio exiguo que la separa de la cortina de lona azul y, apartándola con la misma mano que sostiene el vaso, entra en la cocina recibiendo contra su cuerpo, durante unos segundos, el choque de la luz que viene desde la cocina a la galería y que la cortina, al regresar a su posición inicial, sin dejar de sacudirse, vuelve a interceptar. Lo que sigue es un estado extraño, sin nombre, en el que el presente, *que es tan ancho como largo es el tiempo entero*, parece haber subido, no se sabe de dónde, a la superficie de no se sabe qué, y en el que lo que era yo, que no era en sí, de ningún modo, gran cosa, sabe ahora que está aquí, en el presente, lo sabe, sin poder sin embargo ir más lejos en su saber y sin haber buscado, en la fracción de segundo previa a ese estado, bajo ningún concepto, entreverlo. Ahora pasa; y ahora, en la oscuridad, los ruidos, los murmullos, el canto de las cigarras, el ladrido de un perro en la otra punta del pueblo, comienzan, de un modo gradual, a desempastarse, a separarse, construyendo, en la masa compacta y negra de la noche, niveles, dimensiones, alturas, distancias diferentes, una estructura de ruidos que producen, en la negrura uniforme, un espacio frágil, precario, cuya distribución en la negrura cambia de un modo continuo de forma, de duración, y hasta se diría, por decirlo de algún modo, de lugar. Pero ahora ya pasó: es como si una onda errabunda, una imagen fosforescente de muchos colores combinados de un modo armonioso, se hubiese reflejado, al pasar, durante unos instantes, en mí, y hubiese continuado, después, dejándome en ese otro estado más firme, más permanente, en el que todo se presenta, a la yema de los dedos, con la misma accesibilidad que un barco en el interior de una botella. De esa somnolencia me sacan, después de unos minutos, los ruidos que vienen de la cocina. Cuando dejo atrás la cortina de lona azul, que continúa sacudiéndose y que ha de estar dejando pasar, sobre el piso de la galería, rayas de luz movediza, encuentro a Elisa atareada sobre el fogón: con el cuchillo de cocina corta, de un gran pedazo de carne cruda, pedacitos que va dejando caer en el interior de un plato hondo. Las tiritas de carne van acumulándose en el fondo del plato. Elisa, que me ha dirigido, al oírme entrar, una sonrisa rápida, sin interrumpir su tarea, ha vuelto a bajar la cabeza para vigilar sus movimientos mientras corta, del bloque de carne cuyo tamaño disminuye de modo gradual, las tiritas de un grosor más o menos regular. El cuchillo va descubriendo las

profundidades rojizas de la carne, atravesadas de una filigrana de nervios y de grasa, hasta que la hoja metálica golpea, y deja ver, la superficie convexa y brillante de un hueso blanco.

VIII. No hay, al principio, nada. Nada. De un lado el río liso, dorado, sin una sola arruga, la isla con su barranca que cae, en declive lento, hacia el agua, la vegetación enana y polvorienta, del otro las dos ventanas y la puerta negra, el techo de tejas, la casa blanca, y en el medio la extensión vacía de la playa amarilla, en declive casi imperceptible hacia el río, sobre la que la luz solar, como una enorme combustión amarilla atravesada de filamentos blancos, fluye, rebota y reverbera.

Sentado en el suelo, la espalda desnuda apoyada contra el árbol, el bañero lee, en el silencio total de la siesta, la revista de historietas que se apoya sobre sus muslos en declive como sobre un atril. Cuando endereza la cabeza, su mirada, en vez de clavarse en algún objeto preciso, parece más bien diluirse, desvanecerse en el espacio vacío de la playa que se cierra, a lo lejos, en una muralla enana y cenicienta de árboles de los que sobresalen dos sauces llorones que se inclinan hacia el río; ese gesto, mecánico, sonambúlico, se repite de vez en cuando, dura unos pocos segundos y, una vez realizado, la cabeza se inclina otra vez y la mirada continúa recorriendo los cuadros yuxtapuestos y rellenos con imágenes de colores. Cuando llega al último cuadro de la página de la derecha, el bañero da vuelta la hoja y fija su mirada en el cuadro superior de la nueva página; sin retirar un segundo la vista de los cuadros de colores se rasca, de un modo mecánico, el pelo ralo y entrecano del pecho, entre las tetillas abultadas y flácidas, junto al pito reglamentario de metal que cuelga del hilo negruzco alrededor de su cuello, y después deja caer la mano en el suelo, el dorso abandonado sobre la gramilla escasa y cenicienta. El árbol bajo el que se ha sentado para protegerse del sol de la siesta, deja pasar, por entre su fronda exangüe y blanquecina, manchas luminosas que se estampan todo a su alrededor en el suelo, sobre las imágenes de colores de la revista de historietas y sobre su cuerpo inmóvil, estremecido apenas, de un modo regular, por la casi imperceptible respiración.

La sustancia de que esa luz está hecha —la luz que fluye y rebota contra el espacio desierto del río y la playa, contra el gran semicírculo de árboles que cerca, inmóvil, la playa, contra la casa blanca— da la impresión de ser, aunque árida, transparente, y parece llenar todo el aire de un chisporroteo amarillo y blanco, diseminado de tal modo que el cielo mismo, en el que no se divisa una sola nube, empalidece por el contraste de esa luz, el cielo en el que el sol, que los ojos no soportan, deja entrever una superficie llameante que se mueve y cambia como si fuese un organismo vivo, llenando de destellos todo el cielo a su alrededor.



El bañero, pasando de una imagen a otra va llenando, con su memoria, las cesuras, sin ver la luz ardiente que fluye sobre la extensión amarilla de la playa ni, del otro lado del río liso, dorado, sin una sola arruga, en la cima de la barranca, el jinete que acaba de aparecer viniendo desde el interior de la isla, y que ha sofrenado un momento su caballo, buscando con la mirada, sin duda, en el agua color caramelo, el vado por donde ha de cruzar.

Ahora lo ve: ha entrado en el agua, en la otra orilla; el caballo tantea, cauteloso, adaptándose sin apuro y sin sorpresa al cambio de elemento, al agua que ha de arremolinarse, tibia, contra sus patas delanteras.

La revista está abierta en el suelo, junto al tronco del árbol. Los colores vivos con que están pintados los dibujos en el interior de los recuadros resaltan a la sombra del árbol, y la luz que se cuele por entre las hojas y se proyecta sobre las figuras impresas, de un modo fragmentario, parece desteñir un poco los colores. El bañero se ha puesto de pie para observar mejor al jinete que ha elevado las piernas cruzándolas sobre el lomo del caballo al que, ya casi en el centro del río, por el vado, el agua le llega a medio costillar. Caballo y jinete parecen conocer de memoria ese pasaje al que la seca de meses ha vuelto todavía más accesible. El bañero sabe que para llegar a la otra orilla sin atravesar la parte profunda, para poder continuar haciendo pie sin obligar al caballo a nadar y al jinete a echarse al agua y agarrarse de su cola deberán, no seguir en línea recta de una orilla a la otra, sino desviar ligeramente en diagonal río arriba, de modo de seguir la línea del vado. La expresión de ligera expectativa va dejando paso, en la cara del bañero, a una sonrisa vaga, como ligeramente maravillada, cuando comprueba que la trayectoria del caballo se ha desviado un poco río arriba y que la línea de agua que ceñía sus costillas ha comenzado, de un modo imperceptible, a bajar.

Las patas finas del caballo tocan la orilla haciendo que todo el cuerpo, de un modo imperceptible, y durante una fracción de segundo, marcando de ese modo el paso de un elemento a otro, cambie como de ritmo de marcha, vacile, se estremezca; y las gotas, los cuajarones de agua que revolotean alrededor de sus patas o se desprenden de su cuerpo, brillan fugaces en el aire, como si se pararan de golpe y continuaran en seguida, antes de caer sobre la arena y desaparecer.

El bañero que ve ahora al caballo detenido a unos pocos metros de la casa blanca, se ha vuelto a sentar. La revista de historietas sigue en el suelo, a su lado, abierta, recibiendo, de igual modo que el cuerpo tostado del bañero, la sombra perforada del árbol, cuya copa polvorienta, en el sol de la siesta, muestra sus hojas grisáceas y achicharradas que, sin desprenderse, crujen de tanto en tanto, como las hojas secas de otoño o como la madera en el fuego. Desde donde el bañero está sentado, las ventanas se adivinan pero no dejar ver el interior de la casa: de modo que es la vista del jinete, detenido a pocos metros de la casa, la mirada fija en una

de las ventanas y los movimientos que realiza con la cabeza, lo que hace deducir al bañero que el Gato Garay ha de estar asomado a una de las ventanas y que es él sin duda el interlocutor invisible del jinete montado en el caballo amarillento.

No puede decirse, piensa el bañero, que sea jorobado. Nada de eso. Pero la cabeza, carajo, la cabeza, con su sombrero de paja, parece incrustada entre los hombros desparejos como si hubiese recibido un mazazo bien calculado de modo de hacerla hundir entre los hombros sin partirla en mil pedazos ni hacerla desaparecer del todo en las profundidades de la caja torácica y no lo bastante bien calculado, por otra parte, como para evitar el desnivel de los hombros, ya que el izquierdo es mucho más bajo que el derecho, de tal manera que la cabeza se ladea un poco hacia la izquierda, rígida. Aparte de eso, el bañero no ha podido percibir otra cosa de irregular en el cuerpo largo, magro, cubierto por una camisa y un pantalón de color indefinible, pero deduce que el desnivel de los hombros ha de traer como consecuencia una desigualdad notoria en la extensión de los brazos, o más bien, una diferencia en cuanto a la altura que alcanzan cuando los deja colgar a lo largo del cuerpo, a menos que el izquierdo sea cinco centímetros más corto que el otro. Ha de tener, piensa el bañero, quince, dieciséis años, y ha de estar viniendo desde las islas. Ha de haber venido cruzando islas y vados, ha de haber hecho una o dos horas de trote para llegar hasta la casa blanca ante la que ahora está parado, en el sol de la siesta, moviendo la cabeza en dirección al interlocutor invisible asomado, sin duda, al recuadro negro de la ventana: jinete y caballo, y sombra de jinete y caballo, a los pies, sobre el pasto ralo y ceniciento, en el sol de la siesta que vela el aire entero con un polvo destellante y blanquecino.

Al paso, el caballo amarillo, sin dejar de mantener, sin embargo, la cabeza enhiesta, el jinete rígido aunque dando la impresión de una precariedad intensa, comienzan a subir el declive de la calle arbolada, hasta que se internan en la sombra de los árboles, volviéndose durante unos pocos segundos como más intensos antes de desaparecer.

Ahora en el gran espacio abierto no hay más nada, Úl bañero está estirando la mano, sin seguir con la mirada su ademán, hacia la revista de historietas abierta junto a él, en el suelo. La mano palpa dos o tres veces, aproximándose a la revista, el suelo arenoso, pero la mirada sigue fija en el gran espacio abierto y vacío en el que la resolana que reverbera de un modo particular contra la fachada de la casa blanca, contra el techo de tejas, pone unas rayas amarillas y blancas que parecen escindir al infinito el espacio entero. El sol arriba, enturbiando, de un modo paradójico, más que haciéndolo relucir, el cielo, y después, hacia abajo, la gran extensión vacía, hasta el semicírculo de árboles en el medio del cual está como incrustada la casa blanca, el río liso, dorado o caramelo, sin una sola arruga, la isla baja, polvorienta, el espacio amarillo de la playa, parecen atravesados por esas rayas blancas y amarillas, verticales, oblicuas, que cambian de un modo continuo

de extensión, de ubicación en el conjunto, de lugar, una imagen resquebrajada o descompuesta, más bien, en infinitos fragmentos, no como un rompecabezas sino más bien como una estampa móvil, que va construyéndose o destruyéndose, sucesivamente o a la vez, ante la mirada que percibe, sin hacerlas conscientes o sin comprender del todo, continuas, las modificaciones.

La mano toca ahora, por fin, la revista abierta a un costado, en el suelo y, recogiénola, comienza a elevarla hacia los muslos gruesos, tostados, en declive, que han de servir de atril. El rumor de las hojas, los crujidos del papel, se suman, por momentos, a los crujidos intermitentes de la fronda grisácea y achicharrada. Aunque no llega, ni mucho menos, a preguntárselo, y aunque las palabras tengan, en la cuestión, poco o nada que ver, cuando el bañero deposita por fin la revista sobre los muslos en declive e inclina la cabeza hacia los recuadros que rebalsan casi de imágenes de colores, algo en la atmósfera inmóvil y caliente deja entrever la duda de si realmente, en puntos sucesivos del amplio espacio abierto y destellante, unos minutos antes, jinete y caballo han estado licuándolo, de un modo gradual, con sus carnaduras compactas, o bien si esos volúmenes móviles que ya se esfuman tic la atención, en la que son sustituidos por las imágenes de i olores, no son otra cosa que una ilusión de la memoria, y nunca ha habido nada, nadie, en el gran espacio vacío y precario que, incansable, deteriora la luz.

El primer caballo, un azulejo, lo habían encontrado en la isla, hacía como ocho meses. Formaba parte de una tropilla bastante numerosa de la que era dueño un hombre de la ciudad, un tal doctor Croce, que la mandaba a pastorear a la isla con el encargado de su propiedad en Rincón Norte. El encargado lo encontró por casualidad, entre unos pastos, y como ya hacía por lo menos quince días que estaba tirado ahí, muerto, los cuervos, las hormigas y los bichos de la isla lo habían puesto a la miseria; casi no quedaba nada de la carnadura y el encargado, que lo reconoció por los restos del pelo adheridos todavía al esqueleto, no se dio cuenta de lo que había pasado hasta que un tiempo después, cuando el asesino empezó a actuar más seguido, volvió al lugar donde ya casi blanqueaba la osamenta y comprobó que el azulejo tenía también su orificio en la sien. El había pensado al principio que se trataba de un accidente o de una enfermedad fulminante que, en dos o tres días, había volteado al animal, pero cuando volvió a la isla y se acuclilló para observar la osamenta, vio patente al agujero en el cráneo y ya no le quedó ninguna duda. Mandó avisar a su patrón. Para ese entonces toda la costa ya estaba un poco alborotada. La segunda víctima había sido otro azulejo, siempre en la zona de Rincón, pero esta vez no en la isla, sino en un campito entre Rincón y Colastiné, del otro lado del camino, para ser exactos atrás de La Toma. Era uno de los dos o tres caballos del Coco, el carnicero, el más joven de todos los que tenía, casi un potrillo, que estaba preparando para hacerlo correr. Hacía meses que ese animal llevaba una vida regalada: comía únicamente maíz, y el Coco le tenía más consideración que a su propia familia. De vez en cuando lo mandaba pastorear a

ese campito para que el encierro en el potrero no lo aburriera y porque el encierro además los pone muy nerviosos a los caballos. Ahora bien, para un potrillo no hay cosa peor que esa nerviosidad: se asusta de nada, no hay modo de hacerle entrar en la cabeza tal o cual cosa. Por eso el Coco lo mandaba pastorear de vez en cuando en el campito, con los otros caballos, a unos quinientos metros detrás de la carnicería. Ahí fue donde lo encontró una mañana, casi justo un mes después que el encargado de la tropilla de Croce había encontrado el primer azulejo en la isla. Era un domingo y el Coco lo había largado el sábado a la tarde para que el azulejo se calmara un poco los nervios antes del entrenamiento. Los otros caballos miraban la cosa de lejos, y parecía como que no se querían acercar. Estaban asustados. Durante un buen rato, y eso que eran animales mansos, no querían que nadie se les aproximara. Quizás el asesino los había maltratado un poco. Imposible saberlo: lo único cierto era que estaban asustados, aterrorizados más bien, como si hubiesen visto algo esa noche, algo inesperado, terrible, que los hubiese sacado para siempre de su inocencia. Con el azulejo del Coco, las cosas se complicaron. Se pensó en seguida en una venganza. Unos días antes el Coco había sacado a patadas, del almacén con despacho de bebidas que había abierto al lado de la carnicería, a Videla, porque al parecer Videla estaba en copas y no se cansaba de repetir a quien lo quisiera oír que él lo conocía al Coco desde chico y que el Coco, que no había sido nunca nada, había hecho plata robando a los pobres con las libretas de fiado y aprovechándose de los malos tiempos para obligarlos a malvender sus campos y sus animales. Algo de verdad había en todo eso y, al fin de cuentas, al Coco se le había ido un poco la mano tratándolo a Videla como lo trató, sobre todo si se tiene en cuenta que Videla es un pobre hombre, mucho mayor que el Coco, y que no podía ni estarse parado de borracho. El Coco no hizo denuncia ni nada, sino que se fue derecho del campito al rancho de Videla y lo empezó a maltratar para sacarle la confesión. Pero Videla negaba y negaba. Si tal como acababa de decírselo el Coco habían matado al azulejo con una arma de fuego, ¿de dónde iba a sacar él, Videla, que no tenía dónde caerse muerto, un arma de fuego, y cómo podía saber que el caballo estaba en el campito si todo el mundo sabía muy bien que la mayor parte del tiempo los animales se quedaban en el potrero, detrás de la carnicería? Por otra parte él, Videla, había estado hasta muy tarde en el boliche de Fochi, frente a La Beba, en Colastiné Norte. El menor de los Lázaro lo había traído en moto hasta el rancho, en la madrugada, porque él ya no podía ni caminar. Eso era exacto; el menor de los Lázaro lo atestiguó: había dejado a Videla en la puerta de su rancho alrededor de las dos de la mañana, en un estado tal de ebriedad que le parecía dudoso que hubiese podido ir caminando hasta el campito para pegarle un tiro al caballo y volver después en plena madrugada hasta su rancho. De ida y vuelta, había más de cuatro kilómetros. El Coco abandonó por fin el careo, si bien las sospechas no se le fueron del todo hasta que, unos diez días más tarde, un tercer caballo, un cuatralvo, apareció con un tiro en la cabeza cerca de Cayastá. Esta vez, el asesino se había ensañado. No contento de pegarle el tiro, después de muerto lo había tajeado por todas partes con una cuchilla, sacándole las vísceras afuera. El

cuatralvo había sido el único animal que tenía un pobre viejo, un criollo que vivía cerca de Cayastá. Casi le saltaron las lágrimas cuando fue a hacer la denuncia. Según él, y al parecer era verdad, porque se trataba de un hombre muy pobre pero muy respetado, que había trabajado hasta hacía muy poco en el matadero del pueblo y que vivía de su pensión, no podía tratarse de una venganza porque que él supiese nadie por esos lados había tenido nunca el más mínimo problema con él. El asesino había matado al caballo en un potrero que se encontraba a unos pocos metros de la casa, durante la madrugada. Como el viejo era muy sordo y a esa hora dormía —su mujer pasaba la noche en el rancho de una hermana enferma— no había oído nada y recién descubrió el cuerpo del caballo a la mañana siguiente, cuando se disponía a ensillarlo para ir al pueblo, justamente a cobrar su pensión. En lugar de eso, debió ir a pie hasta Cayastá a hacer la denuncia. El comisario de Cayastá, un tal Lorenzo, ni siquiera se molestó en ir a ver al animal; le hizo tomar declaración al viejo por un sumariante y clausuró el caso. Pero esa misma noche, otro caballo fue asesinado, esta vez en la Vuelta del Dorado, es decir, a mitad de camino entre Santa Rosa y Cayastá. Dos caballos en veinticuatro horas ya era demasiado y empezaron a correr rumores por toda la costa. Se murmuraban las cosas más absurdas: que había una peste que los caballos transmitían y que no quería decirse nada para no alarmar a la población, que era una serie de actos criminales que la misma policía realizaba como pretexto para meter en la cárcel a algunos habitantes de la región que no estaban de acuerdo con el gobierno, e incluso que había un grupo de revolucionarios que hacía maniobras en los campos de la costa y que mataba a los caballos por accidente. Otros rumores decían que alguien había matado un caballo en La Toma para vengarse de su propietario, y que después se había visto en la obligación de matar los otros dos con el único objeto de alejar las sospechas de su persona. Teniendo en cuenta la distancia que había entre los distintos puntos en que se habían cometido los crímenes, mucha gente afirmaba que el asesino, para desplazarse, tenía sin lugar a dudas que valerse de un auto. Pero esa opinión no se justificaba. Si bien La Toma, por hallarse ubicada entre Rincón y Colastiné, se encuentra bastante lejos de Cayastá (unos cincuenta kilómetros), la distancia que existe entre Cayastá y la Vuelta del Dorado es lo bastante corta como para poder cometer los dos crímenes en el mismo día sin necesidad de recurrir a un automóvil. Si por casualidad el asesino vivía en algún punto más o menos a mitad de camino entre los dos lugares, las posibilidades de desplazamiento eran relativamente fáciles. Podía hacerse en carro, a caballo, en bicicleta, en moto, e incluso en canoa, por el río. La distancia existente entre La Toma y Cayastá no contaba para nada, porque el asesino había tenido diez días para desplazarse de un lugar al otro. Fue cuando el cuatralvo del viejo del matadero apareció asesinado y empezaron a correr todos esos rumores, que el encargado de la tropilla del doctor Croce decidió volver a examinar la osamenta que blanqueaba en la isla. Descubrió en el cráneo los orificios de entrada y de salida de la bala y en seguida nomás mandó avisar a su patrón que vivía en la ciudad y se vino al día siguiente para la costa. Ya no había ninguna duda: de algún

punto de la costa, alguien salía de noche, por alguna razón, a matar caballos, y ya a los últimos no se conformaba con quitarles la vida sino que, con una especie de ensañamiento, los tajeaba salvajemente hasta sacarles las vísceras afuera. Al cuarto caballo, al ruano de la Vuelta del Dorado, por ejemplo, lo había casi decapitado después de pegarle el tiro, y el cuerpo del animal había sido tajeado por todas partes. El dueño del caballo, el gringo Ha—roldo, un acopiador de cueros, vino a Santa Rosa y habló por teléfono a la ciudad —a un hermano que trabajaba en la Jefatura, según parece. A eso de las dos de la tarde llegó una camioneta de la ciudad, con cuatro policías de civil. Sacaron fotos del animal, anduvieron haciendo pesquisas entre los vecinos y se quedaron hasta tarde la noche comiendo un asado en el patio del acopiadero, a la luz de los faroles, y escuchando a uno de los peones del gringo Haroldo que tocaba el acordeón. Nunca más volvieron a venir. Nunca. Ni siquiera una semana más tarde, cuando, una mañana, dos caballos aparecieron despedazados en el mismo potrero, en Colastiné Norte. Eran dos viejos caballos de tiro, dos percherones cenicientos que parecían gemelos, llenos de achaques, que le servían a su dueño, un chacarero, para transportar la alverja o los melones del campo al galpón, en tiempos de cosecha. El chacarero era el viejo Lázaro, el padre, justamente, del muchacho que había estado tomando unas copas en el bar de Fochi, frente a La Beba, con Videla, la noche en que mataron al azulejo del Coco. Dos caballos de un solo saque, la misma noche: el viejo Lázaro fue a parar al hospital, y casi lo entierran con sus percherones. Lo que llamó la atención esa vuelta fue que el asesino hubiese cometido ese crimen mucho más abajo en la costa que los dos últimos. Los tres hijos de Lázaro empezaron a hacer averiguaciones por su propia cuenta, yendo y viniendo por toda la costa y se turnaban para montar guardia de noche en el potrero, porque los mejores caballos —siempre de tiro, pero jóvenes y sanos, que tiraban la chata hasta la ciudad—estaban todavía ahí y se habían salvado porque la noche del crimen habían ido justamente a librar una carga de alverjas al Mercado de Abasto. Dos o tres días después de haber sido dado de alta en el hospital, el viejo Lázaro recibió la visita del Coco y del gringo Haroldo que venían a proponerle formar una especie de comisión de damnificados y hacer una petición al gobierno para que mandara una patrulla de vigilancia. También por esos días empezó a recorrer la costa un auto amarillo, con dos periodistas de *La Región* que iban de un rancho a otro haciendo preguntas a los pobladores y tomando notas en una libretita. Esa semana salieron en el diario dos artículos sobre la cuestión. La gente los leía y los comentaba y decía que había muchos errores, que tal o cual cosa faltaba a la verdad, que tal otra estaba deformada y que, por ejemplo, no se hacía ninguna mención del tercer caballo que habían matado, el cuatralvo del viejo de Cayastá. En lo que sí tenían razón los artículos era en que no parecía haber nada en común entre los propietarios de los diferentes caballos, y que si el asesino quería hacer algún mal, no era a los propietarios a quienes quería hacérselos sino a los propios caballos. Que la cosa era contra los caballos y no contra los propietarios saltaba a la vista por la manera como el hombre se ensañaba con los pobres animales después de haberles pegado

el tiro. Si hubiese querido causarles algún perjuicio a los propietarios, el tiro hubiese bastado: pero esos tajos salvajes que se ponía a hacerles a los despojos probaban a las claras que el asesino tenía algo contra los caballos. Otra cosa que traían los artículos, y que mucha gente en la costa ya se venía preguntando, era de ver si el asesino era uno solo o si en cambio se trataba de varios, o si el o los asesinos obraban por impulso o con premeditación. Ciertos detalles podían dar a entender que obraba por impulso: por ejemplo, que hubiese matado los percherones llenos de achaques del viejo Lázarfo cuando, si hubiese querido realmente perjudicarlo, los dos caballos jóvenes que estaban esa noche en la ciudad hubiesen convenido mejor a sus propósitos. Pero otros detalles podían dejar sospechar también la premeditación: por ejemplo, ¿era pura casualidad que el asesino hubiese operado en Cayastá justo la noche en que el viejo, que era sordo, se había quedado solo en el rancho porque su mujer había tenido que ir a pasar la noche en el rancho de una parienta enferma? ¿Y cómo por ejemplo el asesino podía saber que el azulejo del Coco estaba esa noche en el potrero si no hubiese sabido de antemano que una vez por semana el Coco lo sacaba del galpón para que al potrillo se le calmasen un poco los nervios? Al ruano lo había ultimado justo una noche en que como por casualidad no había nadie en el acopiadero. En todo caso, se trataba de una persona que conocía muy bien las idas y venidas de la gente de la costa, que estaba al tanto de los pasos que daba cada uno, y que debía también entender mucho de caballos, para poder acercárseles como lo hacía y pegarles casi a quemarropa o incluso a quemarropa un tiro en la sien. En una palabra, los artículos del diario no decían lo que la gente de la costa venía preguntándose desde hacía tiempo: si el hombre preparaba, despacio y con cuidado, cada asesinato, o si en medio de la noche, en forma inesperada, estuviese donde estuviese, le agarraba el deseo de salir por esos campos con un arma en la mano y pegarles tiros en la cabeza a los caballos. En cuanto a la patrulla que terminaron mandando de la ciudad, era un jeep colorado que durante el día daba algunas vueltas por el campo pero de noche, cuando hubiese sido realmente necesario, se lo veía estacionado de culata bajo el letrero luminoso de "La Arboleda", el motel de Giménez, donde había coperas y a veces algún que otro varieté. De todos modos, la patrulla sirvió para algo, porque por lo menos durante dos meses el asesino no volvió a operar. Al principio, todo el mundo esperaba, de un momento a otro, descubrir al amanecer nuevos caballos mutilados en cualquier punto de la costa. Pero como la primera semana no pasó nada, ni la segunda tampoco, a la tercera la vigilancia disminuyó. De la ciudad mandaban la patrulla —el jeep colorado— un día sí un día no. Los dueños de los caballos que al principio montaban guardia toda la noche cerca de los potreros, a la tercera o cuarta semana empezaron a acostarse cada vez más temprano, hasta que al cabo de un mes ya dejaban otra vez toda la noche solos a los caballos. El miedo desapareció, de los hombres por lo menos, ya que los caballos seguían nerviosos y un extraño apenas si se les podía acercar. La prueba de esa nerviosidad la dio un domingo un caballo de Helvecia — uno de los más mansos, y que por esa razón su dueño, un árabe que tenía un

almacén de ramos generales, se lo había prestado a unos amigos de su hijo, que estudiaba en la ciudad y que había invitado a pasar el domingo en el campo a sus compañeros de estudios. La primera que lo montó, una muchacha, apenas si pudo mantenerse sobre el caballo. Nervioso desde que la sintió encima, el animal se desbocó apenas la muchacha lo largó al trote y empezando a corcovear la tiró por fin contra un árbol. Tuvieron que llevarla de urgencia a un sanatorio de la ciudad, y murió esa misma noche. (Cualquiera que entendiese un poco de caballos se podía dar cuenta; el estado de esos animales saltaba a la vista. Se encabritaban fácil; buscaban de morder a sus jinetes, y rara vez se dejaban montar por extraños. Y la gente parecía no darse cuenta de que la causa de todo eso eran los crímenes y que los caballos olían en el aire que algo se tramaba en la oscuridad contra ellos. Por eso cuando al cabo de un mes de que no pasara nada la vigilancia aflojó, los únicos que seguían estando a la expectativa y no muy convencidos de que el peligro había pasado, eran los caballos. Cualquiera que se hubiese puesto a observar aunque más no sea un poco a los caballos se hubiese dado cuenta de que los animales sabían que algo se venía preparando. Desde fines de mayo, que era cuando el azulejo del doctor Croce había sido descubierto en la maleza de la isla, comido por los chimangos y las hormigas, los caballos parecían saber en toda la costa un poco más que los hombres. A los percherones de Lázaro los habían matado a mediados de julio. En los dos meses que siguieron, en medio de heladas y temporales, no pasó nada: y la verdad es que no era fácil quedarse al sereno toda la noche vigilando los potreros mientras caían las heladas de julio y agosto, que llenaban el campo de escarcha, o cuando esos temporales de lluvia fina que duraban una semana y durante los cuales el campo y los ríos estaban desiertos y la gente se acurrucaba alrededor de los braseros adentro de los ranchos. Fue a mediados de septiembre, el dieciséis, para ser más exactos, la noche del quince al dieciséis, cuando ya casi no se hablaba más de la cuestión en la costa, que otro caballo, un doradillo, apareció muerto en un campo de Rincón, con un tiro en la cabeza y el cuerpo lleno de tajos. Ese mismo día salió un artículo en el diario que traía hasta la foto del caballo. El dueño era un hombre de la ciudad que tenía una casa de fin de semana en Rincón, cerca de aquí de la playa. Cuando estaba en la ciudad, largaba a su caballo a pastorear en un campo del otro lado del camino. Era en ese campo donde el asesino le había pegado el tiro, tajeándolo después por todas partes. El hombre vino ese mismo día de la ciudad y a su auto azul se lo vio ir primero al campo en el que habían encontrado al caballo, pasar después a la casa de fin de semana que está a dos o tres cuadras de aquí de la playa, y detenerse por fin durante un largo rato frente a la comisaría. Se vio a un agente salir por la puerta del frente y volver a entrar por atrás, por el portón de tejido que daba a la calle siguiente, trayendo tres o cuatro botellas de cerveza. El auto azul último modelo estuvo parado frente a las alcantarillas de la comisaría cerca de dos horas. Por fin el hombre salió acompañado del Caballo Leyva, el comisario. Se dieron la mano y el hombre subió al auto y se fue para la ciudad. El Caballo se quedó parado en la vereda, mirando al auto levantar un chorro de polvo blanquecino que iba



elevándose desde las ruedas traseras. Se quedó un largo rato en la puerta, como pensativo. Después mandó sacar el jeep y sentándose al lado del agente que manejaba, empezó a recorrer los ranchos de la costa, interrogando a la gente. A dos o tres les pegó una zamarreada. A uno de los Salas —el hijo de Jesús— que según dice se quiso desacatar, le puso un ojo negro y se lo trajo para la comisaría. Al parecer le encontraron un revólver entre el catre y el colchón, y una caja de balas de la que faltaba por lo menos una docena. Lo tuvieron tres o cuatro días en la comisaría de Rincón y después, una noche, parece, lo sacaron y se lo llevaron a la ciudad. Uno que lo vio de casualidad cuando lo sacaban por la puerta de atrás dice que en esos tres o cuatro días lo habían puesto a la miseria y que según parece Salas había confesado. Pero esos rumores no convencían a nadie. Por una parte si bien Salas era un hombre raro que vivía solo en su rancho de la costa y que prácticamente no se codeaba con nadie, ni siquiera con su familia que era bastante numero —vi, nunca había tenido ningún problema con sus vecinos, y aunque la gente murmuraba que tenía un cable pelado nadie podía quejarse de que Salas le hubiese faltado una sola vez, y por la otra el hecho de que alguien hubiese confesado durante un interrogatorio con el Caballo Leyva no probaba nada, porque todo el mundo sabía que el Caballo era un especialista en la cuestión, ya que se decía que de vez en cuando le traían de la ciudad —de noche y en secreto— algún revolucionario para que el Caballo lo hiciera cantar. De todas maneras durante un mes la cosa quedó así: que el loco Salas era al parecer el autor de todos esos crímenes y que como había vuelto a confesar todo otra vez en la ciudad lo habían pasado de la Jefatura a Las Flores. Los damnificados por el asesinato de caballos, menos Lázaro y el viejo de Cayastá, le hicieron un regalo al comisario —por lo menos eso era lo que se decía en toda la costa. Y en *La Región* había salido otro artículo donde se decía que Salas era el presunto asesino. Decía así: "el presunto asesino". No se daba ninguna seguridad. Esa reserva era sin duda debida al hecho de que todo el mundo conocía bien la reputación del Caballo, pero como era el protegido de los políticos no se podían negar directamente ni los métodos ni los resultados de la investigación. El Caballo se paseaba orgulloso por la costa con su jeep colorado, o si hacía buen tiempo se sentaba después de la siesta en una silla de paja en la puerta de la comisaría y se hacía cebar mate con un agente. A veces mandaba otro agente al matadero, a la mañana bien temprano, y se hacía regalar las achuras que salían humeantes del vientre de los animales, para hacérselas asar en el fondo del patio a mediodía, bajo los árboles, mientras leía una revista de historietas o escuchaba una radio a transistores en su despacho. Y se decía también que de vez en cuando, de noche, llegaba algún coche particular a la comisaría del que sacaban a empujones a algún hombre esposado para que el Caballo, con sus métodos especiales, lo hiciera hablar. Como una madrugada se oyeron, al parecer, unos gritos súbitos en el pueblo, la gente decía por lo bajo al día siguiente que un revolucionario que habían traído de la ciudad había gritado dos o tres veces cuando lo sacaron del auto para hacerlo entrar en la comisaría. De todas maneras, cuando el Caballo arrestó a Salas y lo mandó a la ciudad, la cuestión de los caballos

no se reprodujo, durante cierto tiempo, tres meses por lo menos. Había varias posibilidades: o bien Salas era verdaderamente el asesino de caballos y de ese modo con su detención ningún otro crimen podía producirse, o bien Salas era inocente y el asesino aprovechaba de su detención para no seguir matando caballos de modo de reforzar las sospechas contra Salas, o incluso el verdadero asesino, por prudencia o por miedo de caer entre las manos del comisario, hubiese decidido esperar un tiempo, cosa de que la vigilancia fuese menos rigurosa, antes de volver a actuar. Esta última posibilidad demostró ser la que estaba más cerca de lo cierto: porque alrededor de tres meses después del último crimen, la noche de Navidad, otro caballo fue asesinado: el zaino del propio Leyva, en el que salía a pasearse a veces por el pueblo, cuando estaba fuera de servicio, y que guardaba en el patio de atrás de la comisaría para alimentarlo a costa de la comuna. El asesino había aprovechado el tumulto de Nochebuena, con la música, los petardos y los borrachos, y sobre todo con el incendio de la biblioteca comunal, del que hasta el momento no se podía decir si había sido intencional o producto de un accidente. La Nochebuena, pasadas las doce, la gente que salía de la misa del gallo vio del otro lado de la plaza que por las dos ventanitas que dan a la vereda salían dos chorros de humo y chispas y llamas de la biblioteca comunal. Alguien fue corriendo a avisar a la comisaría, y quince minutos más tarde casi todo el pueblo estaba en la plaza, frente a la biblioteca, ayudando a los agentes —se había llamado por teléfono a los bomberos de la ciudad, que habían llegado justo cuando el incendio ya estaba casi controlado— o bien mirando las llamas que salían por las ventanas. No quedó lo que se dice nada de la biblioteca, que era una piecita llena de libros acomodados sobre estantes que cubrían dos paredes enteras. Las causas del incendio no quedaron muy claras: podía tratarse de un cortocircuito o de un accidente causado por algún petardo o buscapié, o, por lo que se descubrió más tarde, de un acto criminal. Porque cuando los agentes volvieron a la comisaría, a eso de las dos y media de la mañana, encontraron al zaino del Caballo muerto y todo tajeado en el medio del patio. El Caballo se había vuelto derecho a su casa desde la biblioteca, sin pasar por la comisaría, y sobre el pucho uno de sus hombres le fue a avisar. Todo el mundo tenía como fiebre esa noche, por el vino o la sidra, tal vez, o a causa del incendio, la cosa es que cuando el Caballo llegó a la comisaría estaba llena de gente —el patio sobre todo— y que los que no se habían atrevido a entrar, de miedo tal vez a que el Caballo en un ataque de furia los dejara a todos adentro, miraban al animal muerto en el patio desde la vereda. El Caballo no esperó hasta el otro día, no, para empezar sus pesquisas. En seguida nomás se levantó de junto al caballo, donde había puesto una rodilla en tierra para examinar de más cerca los estragos que el asesino había hecho con un arma blanca en el animal, y dándose vuelta empezó a semblantear a los presentes tratando de ver si el asesino estaba entre nosotros. Durante varios minutos nadie pestañeó, cosa de no hacer el menor gesto que pudiera despertar las sospechas del Caballo. Todos estábamos inmóviles en el patio mal iluminado sobre la tierra manchada por la sangre del zaino al que se le divisaban las tripas verdosas medio salidas por uno de

los tajos. Después el Caballo salió a la vereda y empezó a mirar uno por uno a los que no se habían atrevido a entrar: tenía las manos manchadas de sangre y llevaba los brazos separados del cuerpo para que las manos no rozaran la camisa o el pantalón, y alrededor de la cintura la cartuchera y el revólver sobre la cadera derecha. Como al parecer no descubrió ningún sospechoso entre los presentes, mandó de un grito sacar el jeep a uno de los agentes, y en ese momento los que estábamos en el patio o en la vereda aprovechamos para alejarnos lo más pronto posible de la comisaría. Diez minutos más tarde no se veía un alma por las calles pero uno podía oír, desde la cama, el motor del jeep colorado que recorría el pueblo de una punta a la otra y que a veces se paraba frente a alguna casa sin que el motor dejara de andar. Cada uno debía estar pensando más o menos lo mismo en su cama: que ahora quedaba probado sin ninguna duda que el hijo de Jesús Salas era inocente, o de lo contrario que la posibilidad de que hubiese más de un asesino de caballos, barajada durante meses por la gente, se estaba mostrando cierta. También existía la posibilidad de que hubiese no dos, sino muchos asesinos, que esa manía de matar caballos se hubiese convertido en una especie de epidemia y que cada uno de nosotros, por una razón u otra, se hubiese puesto a matar caballos hasta no dejar uno solo vivo en toda la costa. El vecino de años, el padre o el hermano, el amigo de la infancia, se volvieron de golpe sospechosos. Hubo varios incidentes: un pescador le saltó encima con un cuchillo una noche a su propio hijo, que volvía de un baile y que, como había acompañado a una muchacha a la salida, entró a su casa por el potrero, que estaba ubicado en los fondos, en vez de hacerlo por el frente como de costumbre. Los dos salieron heridos de la confusión, el hijo con un tajo en la cadera que casi le perfora el bazo, y el padre con dos o tres golpes en la cara que lo mandaron al hospital. Flotaba un ambiente de desconfianza general. En el boliche, por ejemplo, nadie se miraba de frente, ni nadie hablaba tampoco de caballos. Y si por casualidad el jeep colorado pasaba frente a la puerta del almacén donde los hombres se reunían a mediodía, después del trabajo, o al atardecer, para tomar una cerveza o un vermut con amargo, nadie volvía a abrir la boca durante un buen rato y lo más probable era que unos minutos más tarde, con un pretexto cualquiera, todo el mundo se hubiese vuelto ya para su casa dejando otra vez desierto el mostrador del almacén. Otra cosa que empezó a menudear fueron las denuncias anónimas y a veces hasta directas. Dos por tres se veía salir a toda velocidad el jeep colorado y volver a la comisaría con algún detenido al que ponían en libertad algunas horas más tarde. A partir de Navidad, y durante por lo menos una semana, el jeep iba y venía sin descanso, por toda la costa, con el Caballo Leyva sentado al lado del agente que manejaba. Si alguno se le atravesaba cuando lo iba a interrogar, se lo traía a la comisaría con cualquier pretexto y lo dejaba adentro dos o tres días. Lo mejor, después de Navidad, era pasar lo más desapercibido posible. La del zaino, el Caballo se veía bien que no la perdonaba. Matándole al animal no solamente le habían hecho un perjuicio enorme desde el punto de vista financiero y sentimental, porque estaba más orgulloso de ese caballo que de sus hijos, sino que también lo

habían puesto en ridículo ante las autoridades de la ciudad, porque con el nuevo crimen la culpabilidad de Salas aparecía dudosa y el juez iba a tener que abrir el caso otra vez. El día de Navidad se vio también al auto amarillo de *La Región* atravesar el pueblo a la hora de la siesta y detenerse después frente a la comisaría. Al día siguiente, el veintiséis, porque el día de Navidad no hay diario, apareció otro artículo que terminaba diciendo, sin insistir mucho por las dudas, que la "persona detenida con anterioridad", es decir el hijo de Jesús Salas, debería tal vez ser puesta en libertad provisoria hasta tanto las pruebas en su contra no fuesen más convincentes, que el nuevo "acto criminal", es decir el hecho de que hubiesen amasijado al zaino del comisario, "arrojaba serias dudas sobre su presunta culpabilidad". Como quiera que fuese, Salas no salió hasta el veintisiete de enero, con tanta mala suerte que dos noches más tarde apareció muerto otro caballo en Santa Rosa, un lunarejo de tiro cuyo dueño, un panadero, lo sabía usar para el reparto de pan. Cuando el Caballo se enteró del nuevo crimen, salió a toda velocidad en el jeep colorado, en dirección de Santa Rosa. Fue directo a lo del panadero, que no había querido hacer la denuncia porque según él toda la historia de los caballos era pura política, y después de examinar al lunarejo tendido en el suelo, muerto y con las tripas afuera, se puso a interrogar a su dueño, según anduvo contando después el repartidor: que si había visto algún sospechoso rondando la panadería, que si en esos días algún extraño había aparecido por el pueblo, que si tenía presente alguna persona que pudiese guardarle rencor por alguna razón, y que si no sabía que negarse a hacer la denuncia de un hecho criminal de tanta gravedad podía traerle enormes consecuencias. Antes de volver a Rincón el Caballo pasó por la comisaría de Santa Rosa y mantuvo una entrevista de cinco minutos con el comisario. Cuando llegó de vuelta al pueblo, a eso de las cinco de la tarde, se encontró en la comisaría con el hijo de Jesús Salas, que al enterarse de que se había cometido un nuevo crimen se presentó espontáneamente detenido. El Caballo apenas si le prestó atención: para descargarse un poco, sin embargo, lo mandó esperar en el patio hasta las ocho o nueve de la noche y recién después lo soltó. Como Salas no estaba en situación de protestar, se quedó en el molde y se aguantó las dos o tres horas de amansadora, sin contar el tiempo que había estado esperando en la comisaría hasta que el Caballo llegó de vuelta de Santa Rosa. Con el lunarejo no hubo pesquisa que valga: si el asesino hubiese sido de polvo, de humo, no hubiese dejado menos rastros. A un agente que por hacer una broma comentó al día siguiente del asesinato de Santa Rosa que tal vez no había asesino sino que los caballos se suicidaban, Leiva le hizo entregar el armamento y lo arrestó por cuarenta y ocho horas. Al menos eso era lo que se comentaba en el pueblo. La agitación y la desconfianza aumentaron, más todavía que después de Navidad. Se hablaba de que iban a secuestrar las armas, de que no era difícil que interviniese el ejército o que mandaran un destacamento delegado de la Jefatura para que se instalara en la costa. Las vecinales de Helvecia, de Santa Rosa, de Cayastá y de Rincón publicaron comunicados. La verdad es que se vieron muchos coches colorados recorriendo la región después de veintisiete. Una

mañana, hacía tres días de eso, él estaba en su casa lo más tranquilo cuando oyó golpear a la puerta y al salir a abrir se encontró con dos policías de civil que venían de la ciudad y que lo interrogaron cerca de dos horas. Le habían hecho un montón de preguntas, mirándolo fijo, y hasta le habían dado dos o tres empujoncitos. Pero él no sabía nada: él volvía siempre del criadero a su rancho sin ni siquiera pasar por el boliche a tomar una copa con los amigos los últimos días. Los policías de la ciudad se hablaban entre ellos cada vez que él contestaba a una pregunta, para decidir si consideraban lo que él acababa de decir como verdadero o como falso. Insistían mucho con lo de los forasteros. Querían saber a toda costa si había visto personas extrañas, personas que no fuesen de la zona, mostrándose por el pueblo en auto o a pie. El no había visto a nadie. Al fin, como a eso de las doce, los dos pesquisas se habían ido. Eso había sido el martes a la mañana, en que justo no había ido al criadero porque iba haber ese día una inspección y él no estaba declarado al Departamento de Trabajo. Martes a la noche, entonces, miércoles a la noche y, paf, jueves a la noche otro caballo que amasijan. ¿Se daba cuenta? Era por eso que esa mañana todo había estado un poco alborotado en el pueblo: el jeep colorado iba y venía de una punta a la otra y el dueño del caballo

Al advertir que el bañero ha elevado un poco la cabeza mirando en dirección a la casa blanca que se alza a sus espaldas, el hombre interrumpe su relato durante unos segundos, pero cuando sus ojos se encuentran fugaces con los de bañero, que ha vuelto a dirigirlos hacia los suyos, como para mostrarle que su atención está de nuevo disponible, el hombre sigue hablando y moviendo la cabeza de modo tal que las coladuras de luz que deja pasar el tejido de paja de su sombrero se proyectan, moviéndose sin parar, sobre su cara enjuta y socarrada.

Es que el bañero ha visto, más allá de la cabeza de su interlocutor protegida por el sombrero de paja, salir, como de la pared frontal misma de la casa blanca, ya que la puerta, debido a la posición de la casa, no es casi visible, a su único habitante, vestido únicamente con un short de color indefinible y ahora, mientras su interlocutor retoma su relato, lo ve avanzar, lento y displicente, la cabeza gacha, el cuerpo tostado por el sol de todo el verano, atravesando la playa desierta, hacia el agua.

...el dueño del caballo, en una mañana, había atravesado tres veces el pueblo a pie, yendo y viniendo a la comisaría. Se lo acababan de contar en el boliche a mediodía, al salir del criadero. El caballo de la noche anterior era un caballo blanco, el más hermoso animal de la región, que no tenía ni tres años, un animal que estaban preparando para el hipódromo de Las Flores. Igual que a los otros, lo habían dejado a la miseria, y al parecer la cosa se complicaba mucho porque el animal estaba asegurado. ¡Y pensar que él lo había visto el día antes nomás, a la tardecita, cuando lo traían de vuelta de varearlo, atravesando al trote corto las calles del pueblo desde el campo! Unas horas más tarde, el animal estaba tirado en

el patio, con un tiro en la cabeza y todas las tripas afuera: el dueño, decían, así parece, había despedido al cuidador, y además le había dado unos golpes. El cuidador se fue para su casa con la cara y la camisa llenas de sangre. Todo eso había ocurrido en el pueblo desde la noche anterior. No, si él lo venía diciendo, si él se lo decía siempre a su señora: desde un tiempo atrás, todo estaba mal encaminado. En la costa entera, de noche, hombres salían armados de un revólver y de una cuchilla a matar caballos, y nadie que tuviese un caballo podía dormir tranquilo en la costa, y aun sin caballos no se podía dormir, porque era posible también que la persona que dormía en la cama con uno, o en la pieza de al lado, estuviese levantándose a la madrugada sin hacer ruido para salir por los campos con el cuchillo y la pistola.

La piel tostada, el cabello rubio como ceniciento, la cabeza gacha, el Gato va atravesando, en línea recta, la playa desierta en dirección al agua, dejando tras de sí el espacio, que ha llenado un momento con su cuerpo, vacío otra vez, y mientras escucha el largo monólogo de su interlocutor, el bañero cree percibir, durante una fracción de segundo, repetida al infinito, en el espacio comprendido entre la fachada blanca y el punto en el que ahora se encuentra el cuerpo del Gato, la imagen de ese cuerpo en cada una de las posiciones de marcha que ha adoptado durante el trayecto recorrido.

Mientras el Gato avanza hacia el agua —el espacio que lo separa de la orilla va reduciéndose de un modo gradual— en la luz destellante, el bañero, que por cortesía hacia su interlocutor debe, para probar la atención que presta a su relato, mirarlo casi continuamente a los ojos, trata de tanto en tanto de alcanzar su mirada para saludarlo, de modo que sus ojeadas furtivas hacia el Gato, lanzadas a cada distracción de su interlocutor, le muestran al Gato cada vez más cerca de la orilla sin que le haya sido posible ver su desplazamiento, de modo tal que a la descomposición visionaria del cuerpo del Gato en todos los movimientos de la marcha, se agrega ahora la ilusión de un progreso por saltos discontinuos que acortan bruscos la distancia que separa al Gato de la orilla.

El hombre ha dejado de hablar y escruta en la cara del bañero los efectos de su largo relato: su propia cara refleja la ansiedad del narrador que, ya vacío de su relato, indaga en la expresión del oyente si el destino de sus palabras ha sido aproximadamente el buscado, y si los gestos del otro corroboran la eficacia de su narración. Los ojos abiertos, un poco en sombra bajo el ala del sombrero de paja, recorren la cara redonda del bañero que trata de componer una expresión apaciguadora. Sí, en efecto, parece querer decir la expresión del bañero: en efecto toda esta historia de caballos es aproximadamente como usted la acaba de contar, es más o menos de ese modo como han debido suceder las cosas que tienen, por otra parte, de un modo general, el sentido que usted, con su relato, les ha dado. Y el bañero, dejando a la disposición del narrador su expresión de aquiescencia, gira

los ojos para mirar, furtivo, por el rabillo, al Gato que se ha detenido junto a la orilla y, con las manos apoyadas en la cintura y los codos separados del cuerpo, ha levantado la cabeza y observa, en el silencio de la siesta, el centro del río.

También el hombre de sombrero de paja y camisa blanca ha vuelto la cabeza, del mismo modo que el bañero, cuya expresión de aquiescencia se ha transformado en una ausencia total de expresión y ambos dirigen la mirada hacia el hombre rubio que va internándose de a poco, sin hacer ningún ruido, en el agua: desaparecen los tobillos, las rodillas, gran parte de los muslos y ahora, de golpe, el cuerpo ha tomado envión emergiendo primero hacia arriba e inclinándose después en dirección a la superficie, y se sumerge con violencia en el río, produciendo, en el silencio soleado de la siesta, un estruendo líquido y un tumulto de gotas que se desprenden un momento de la masa líquida, brillan fugaces en el aire, y vuelven a caer.

Bajo la sombra polvorienta del árbol que los protege de la luz de febrero, el mes irreal, los dos hombres miran al río, en el que ondas concéntricas van ensanchándose, ensanchándose hacia las orillas, hasta que, de un modo violento, la cabeza del Gato emerge a la superficie vacía chorreando agua, la nuca hacia la playa y la cara frente a la isla baja, polvorienta, calcinada.

La cabeza vuelve a desaparecer bajo el agua y en su ausencia nuevas ondas concéntricas van ensanchándose cada vez con mayor rapidez hacia las orillas todavía estremecidas por las primeras.

Esta historia de caballos ha alterado toda la costa, dice el hombre del sombrero de paja. Al hablar sacude la cabeza y las manchitas de sol que se cuelan por entre la fronda calcinada y por entre los intersticios del sombrero se mueven sobre la cara estricta y socarrada, y sobre la camisa blanca. Ha de haber, responde el bañero, mucho de política en todo eso. El hombre del sombrero de paja sacude la *cabeza*. mientras el bañero intenta repetir, sin conseguirlo, su afirmación. No, dice el hombre del sombrero de paja, es como una peste que se apodera de los hombres y que mata, por interpósita persona, a los caballos. Cuando está diciendo "por interpósita persona", a varios metros de distancia, en el río, la cabeza del Gato emerge a la superficie, sacudiéndose y chorreando agua, la cara en dirección a la playita desierta esta vez, a los dos hombres que conversan bajo el árbol, a la casa blanca.

El bañero ha percibido su indecisión al verlo salir del río, chorreando agua, agitando con los pies ágiles, aunque lentos, el agua color caramelo, los brazos estirados a lo largo del cuerpo. Al verlo venir hacia ellos, observa sutilmente, y casi al mismo tiempo, el bañero, el hombre del sombrero de paja ha quedado inmóvil, rígido, en una actitud ceremoniosa, característica del hombre de campo ante la

desenvoltura legendaria del ciudadano. Pero el bañero sabe, sin embargo, que la conversación será convencional, que el Gato, que se ha abstenido de saludar al pasar en dirección al agua, se ha visto en la obligación, al salir de ella, de aproximarse e intercambiar algunas palabras con las dos únicas personas visibles en toda la playa.

Se para a dos metros de distancia, al exterior de la mancha de sombra tenue, llena de perforaciones luminosas, que proyecta el árbol sobre la arena blanquecina, sobre la gramilla rala y cenicienta. El pelo, un remolino liso pegado al cráneo y a las sienes, deja caer todavía, sobre los hombros, por el cuello y la frente, gotas de agua. El vello ralo y rubio del pecho está aplastado contra la piel. A la barba rubia de varios días la ha como oscurecido el chapuzón. Ha saludado antes de detenerse alzando un poco la mano derecha, hasta la altura del pecho, y dejándola caer en seguida. El bañero y el hombre del sombrero de paja responden al unísono, la voz del bañero un poco más grave que la del hombre ensombrerado que ha parecido, en cambio, más servicial. La respuesta a dúo, y los movimientos corteses que la han acompañado parecen despertar en él, observa el bañero, cierta sorpresa mezclada de confusión. Durante unos segundos el diálogo obligado después de los saludos tarda en recomenzar. Versa sobre la sequía, sobre los grandes calores, sobre el caballo blanco que sabía de vez en cuando bordear la orilla con su trote nervioso y que habían descubierto en un patio del pueblo esa mañana, lleno de tajos, con las tripas verdosas afuera y un tiro en la cabeza. Después deriva al tema de los bañistas: aparecen a media mañana, los corre la siesta, y a la tardecita se vuelven a mostrar. Por fin languidece, se entrecorta, y ya no puede recomenzar. Los tres hombres quedan en silencio, con los ojos demasiado abiertos y una sonrisa entre confusa y cortés que suplanta al diálogo imposible. Las voces, que han sido proferidas de un modo casi confidencial, excepción hecha de la del hombre del sombrero de paja, que es un poco más aguda que las otras, quedan como resonando en el aire, menos como voces que como sonidos a los que el aire pesado, pegajoso, opusiese una resistencia desmedida impidiendo su alejamiento y su extinción.

Ahora que el Gato y el hombre del sombrero de paja han desaparecido, uno como aspirado por la fachada de la casa blanca, el otro ascendiendo a paso lento, casi penoso, el declive suave que conduce a la vereda protegida por la sombra espesa de los árboles, el bañero se ha vuelto a sentar, recogiendo casi al mismo tiempo la revista de historietas que reposaba junto al tronco del árbol y apoyándola sobre los muslos en declive que le sirven de atril.

Durante varios minutos, absorto por la lectura, el bañero que, visto desde lejos, hubiese dado la impresión de ser un hombre adormecido o de piedra, se desentiende por completo de la realidad que lo rodea y permanece con las piernas plegadas, la cabeza inclinada hacia adelante, los ojos recorriendo plácidos las



imágenes de colores. Después alza la cabeza y permanece durante uno o dos minutos con la vista fija en el vacío, sin ningún pensamiento preciso, sin siquiera el recuerdo abigarrado de la lectura reciente ni ningún otro recuerdo más antiguo, sustituyéndose a las imágenes de colores en el centro claro de su conciencia. Su cuerpo, fofo y laxo, como si estuviese hecho de arena o algodón, no parece menos abandonado o caído, más bien, en ese vacío. Ni siquiera pestañea: los ojos, abiertos, que no ven nada, no parecen reflejar tampoco ningún pensamiento. Está completamente vacío, y sus facultades, en suspensión, o sin ninguna tensión, más bien, parecen haberlo dejado en ese olvido: como una marioneta de la que yacen, en el suelo, brazos y piernas, inmóvil y enredada en todos sus hilos. Después el bañero se sacude, como sobresaltándose, se yergue, y apoya la espalda y la cabeza encasquetada contra el tronco del árbol. Las manos reposan contra las imágenes de colores de la revista de historietas puesta sobre los muslos en declive, gruesos, que le sirven de atril.

De su memoria viene, sin razón aparente, un recuerdo: en la época en que era todavía campeón provincial de permanencia en el agua, quince años atrás, el bañero estaba en el río después de setenta y seis horas. El conocía ese río; y los riachos y los arroyos que venían de otras partes a volcarse en él, o que salían de él, trazaban una serie de curvas caprichosas, formando islas en el medio, y volvían a entrar en la corriente poderosa. Después de setenta y seis horas, él estaba en esa corriente, no en uno de los brazos, sino en el centro mismo del gran río, desde donde apenas si se divisaban las orillas. Flotando, derivando, en el agua profunda, color caramelo, en el amanecer de octubre, sin otra cosa a su alrededor que el agua vista a ras de la superficie, a la que no asomaba más que su cabeza un poco adormecida por la corriente. Esas setenta y seis horas eran apenas el comienzo de su raid; era su tercer amanecer en el agua. Había visto, sobre el agua en movimiento, el sol verdoso y la luna roja, día tras día, mostrarse en el horizonte, subir despacio en el cielo, ir declinando poco a poco y desaparecer. El bañero hacía la plancha plácido de cara al sol o al cielo estrellado. Sabía que en las orillas los curiosos debían estar poniéndose en puntas de pie para tratar de divisarlo en medio del agua, cuya corriente, a la que no oponía ninguna resistencia pero a la que no ayudaba tampoco con sus esfuerzos para no cansarse demasiado, lo iba haciendo derivar, como a un tronco, río abajo; a veces una canoa, cargada con dos o tres simpatizantes, se aproximaba cortando el río en diagonal y se detenía a unos pocos metros, unos minutos, el tiempo necesario como para que sus tripulantes profiriesen algunas palabras de aliento a las que él respondía con sonrisas vagas y con expresiones indecisas, evitando hablar para ahorrar energías. Después veía alejarse la canoa con la misma sonrisa penosa, como la de un enfermo o la de un inválido, has —la que la comían las orillas. La lancha de control evolucionaba en los alrededores y de vez en cuando, por la borda, se inclinaba hacia él la cabeza cubierta por una gorra o un sombrero, de uno de los organizadores o de algún periodista: dos o tres veces había sido su propia mujer que, sonriendo, le mostraba

a alguno de sus chicos. El respondía a todo con sus gestos imprecisos, sus sonrisas vagas. Era cuando lo dejaban solo, cuando nadie se aproximaba, que se sentía mejor: dejándose adormecer, arrastrar despacio por la corriente, de cara al cielo, el bañero, sin embargo entregarse a un sueño determinado, veía desfilar en su mente muchas imágenes precisas, bien recortadas, que iban y venían y que no parecían tener mucha relación entre sí. Y el agua pegada a su cuerpo, olvidada, arremolinándose alrededor, en movimiento continuo, cambiando, siempre a ras de los ojos, ligeramente escarolada, bajando hacia el sur y llevándolo, como jugando, con ella. De eso hacía setenta y seis horas: ahora, en el río desierto, amanecía. La lancha de control, que lo había acompañado toda la noche, se había alejado por un momento hacia la orilla, de modo que estaba solo, viendo el sol, o un segmento, más bien, rojizo, abrirse paso por entre la vegetación de las islas, manchando el cielo a su alrededor. Todavía había estrellas, pero ya apenas si se divisaban. La somnolencia del bañero se debía menos al cansancio que al vaivén continuo del agua que lo mecía. El sol que subía empezó, de un modo súbito, sin que el bañero hubiese tenido tiempo de percibir la transición, a reflejarse en el agua: una línea de puntos móviles, cobrizos, quebradizos, que se ponían a bailotear ante los ojos del bañero, cambiando de tamaño, de tinte, de lugar. A veces formaban una línea, vacilante, a la que sacudía una ondulación imperceptible, pero casi de inmediato la línea se cortaba, convirtiéndose en ese número impreciso de puntos bailoteantes. El bañero tenía los ojos fijos en ellos. Los veía como desde un poco más acá de la retina, o de la atención, o de la conciencia, en un estado que no era del todo el de la vigilia ni tenía tampoco nada que ver con el sueño, pero incluso si hubiese tenido la idea de desviar la mirada y ponerse a pensar en otra cosa, lo que no ocurrió, le hubiese sido sin duda necesario un esfuerzo mucho más grande que el requerido para una decisión semejante en una situación corriente. Sin duda también el agua lo iba llevando, plácida, hacia el sur. Pero también se llevaba al reflejo, de manera que la distancia que los separaba se mantenía constante, del mismo modo que su ángulo de visión, lo que daba la ilusión de una inmovilidad perfecta, semejante a la del pájaro que entra en el aura de la serpiente y que se queda como clavado en el suelo viéndola bailotear. Sin moverse, sin siquiera pestañear, el bañero contemplaba la raya viéndola pasar de lo uno a lo múltiple y de lo múltiple a lo uno, de un milésimo de segundo a otro, sin dejar de moverse continua en ese movimiento ondulatorio que se transformaba en una especie de torbellino de titilaciones cuando la raya se cortaba, y que lo adormecía. Y en un determinado momento —el bañero en su recuerdo no podía decir cuándo—, la raya no se volvió a unir: a la luz del recuerdo, se podía racionalizar que el sol, que el bañero había dejado de ver, había sin duda subido un poco más en el cielo modificando de ese modo su reflejo en el agua, lo cual podía muy bien ser la hipótesis correcta, ya que le parecía recordar que por encima de su cabeza el cielo había empalidecido y las estrellas ya no eran visibles. Lo cierto es que todo a su alrededor la superficie del agua se transformó en una serie de puntos luminosos, de número indefinido y quizás infinito, muy próximos unos de otros pero que no se tocaban entre sí como

lo probaba el hecho de que a pesar de sus continuas titilaciones podía verse entre uno y otro una línea negra, delgadísima. Hasta donde su vista pudiera alcanzar, es decir, todo el horizonte visible, la superficie que lo rodeaba, en la que ya no era posible distinguir el agua de las orillas, parecía haberse pulverizado y la infinitud de partículas que se sacudían ante sus ojos no poseían entre ellas la menor cohesión. Hubiese podido comparar lo que veía a un vestido cubierto de lentejuelas, si no le hubiese parecido recordar que las lentejuelas aparecen cosidas y como encimadas unas a otras casi con la misma disposición que las escamas en el cuerpo de un pescado. Esos puntos luminosos, por el contrario, no formaban ningún cuerpo, sino que eran una infinitud de cuerpos minúsculos, como un cielo estrellado, con la diferencia de que el vacío negro entre los puntos luminosos era una rayita delgadísima, apenas visible, o más bien una finísima circunferencia negra, porque la profusión de puntos luminosos que lo rodeaban transformaba el espacio negro que los envolvía en una circunferencia. De ese espacio precario emergía, tiesa e inmóvil, la cabeza del bañero, que flotaba rígida y en plano inclinado y que aparecía rodeada de esos puntos luminosos, algunos de los cuales titilaban incluso entre sus cabellos o sobre su barba de tres días. El bañero, que había pasado casi literalmente su vida en el agua, no había visto nunca nada semejante. Y, de golpe, en ese amanecer de octubre, su universo conocido perdía cohesión, pulverizándose, transformándose en un torbellino de corpúsculos sin forma, y tal vez sin fondo, donde ya no era tan fácil buscar un punto en el cual hacer pie, como uno podía hacerlo cuando estaba en el agua. Sentía menos terror que extrañeza —y sobre todo repulsión, de modo que trataba de mantenerse lo más rígido posible, para evitar todo contacto con esa sustancia última y sin significado en la que el mundo se había convertido. No se oía ningún ruido, o si había algo, un rumor, un susurro, palpitaciones, o un tintineo casi inaudible tal vez que dejara entrever que esos corpúsculos se entrechocaban, el bañero no lo escuchaba, absorto como estaba en la contemplación y en las conclusiones que podía sacar del espectáculo que se presentaba ante sus ojos. El motor de la lancha de control, que ronroneaba apagado en el amanecer, no lo sacó tampoco de su contemplación y viéndola aproximarse, cortar la superficie con su proa blanca — toda contaminada también de puntos luminosos— el bañero se preguntaba cómo diablos podía progresar en ese medio inconexo, cambiante, precario, que flotaba a la deriva en el vacío. Sin dar muestras de pánico, sin precipitación, sacó el brazo a la superficie y lo estiró hacia la lancha, haciendo con la mano movimientos imprecisos para indicar que lo alzarán, pero mientras lo iban subiendo, con correas que le habían pasado por las axilas y que iban tirando desde la lancha, el bañero se mantenía todavía rígido, silencioso, y sus ojos seguían clavados en esa luz pulverizada que constituía todo el horizonte visible. De la lancha lo habían llevado a una clínica, porque parecía haber perdido completamente el habla. Los médicos atribuyeron su estado a una fatiga desmesurada —la verdad es que el entrenamiento había sido intenso y el bañero ya no estaba en su primera juventud— pero el bañero, que se limitaba a hablar muy poco y a valerse más bien

de ademanes y gestos para comunicarse con los demás, sabía muy bien en su fuero interno que no estaba exhausto ni nada, sino que lo que había visto era difícil de explicar y que por eso prefería quedarse callado y como adormecido. Le costó semanas, meses, habituarse otra vez a la realidad de todos los días, la de antes de su inmersión, a ver un cuerpo, una cara, un lugar cualquiera, como una entidad constituida y no como una serie infinita de puntos en suspensión, sin otra relación entre sí que la de dos o tres leyes mecánicas y rudimentarias. Así era como había perdido su título de campeón provincial de permanencia en el agua. Primero le habían dado una pensión, y después, un poco para entretenerse y otro poco para mejorar sus entradas a fin de mes, había pedido el cargo de bañero —cuando, después de años, la fiebre estaba casi olvidada y la extrañeza se había convertido en él en una especie de segunda naturaleza, inconsciente, sólida e incurable.

Ese recuerdo, en el que ya casi no pensaba, había reaparecido en fases sucesivas: primero, como en un relámpago, sin ser todavía recuerdo, sino únicamente un llamado de la memoria que le hacía saber que estaba acordándose de algo sin saber exactamente de qué: después, en una segunda ráfaga, había recordado toda una serie de elementos secundarios a los que no podía individualizar porque carecía del recuerdo principal; en seguida, después de un momento en el que había quedado otra vez como vacío, la memoria había dejado subir el recuerdo, nítido y neutro, un recuerdo entre tantos otros que sube a la conciencia sin que nada, en apariencia, lo haya llamado, como una diapositiva que se proyecta sobre una pared blanca, de un modo mecánico, y después se borra, y por último, el recuerdo se había apoderado de él, durante varios minutos, encerrándolo en sí mismo, aislándolo del mundo exterior, acaparándolo y produciendo en su cuerpo una serie de transformaciones, ya que durante el momento en que recordaba había tenido los ojos muy abiertos, los labios pegados uno contra el otro y ligeramente prominentes, las manos abandonadas y blandas a los costados del cuerpo, en el suelo, con las palmas hacia arriba, medio encogidas sobre el pasto ralo y grisáceo, la cadena de la asociación interrumpida y viendo de un modo tan nítido emerger su cabeza de entre esa luz pulverizada, que durante una fracción de segundo tuvo como una impresión de desdoblamiento ya que se creyó contemplándose a sí mismo desde la borda de la lancha de control.

A lo lejos, del otro lado de la playa, los dos sauces se inclinan hacia el agua; no hay nada, nada; el río liso, sin una sola arruga, color caramelo, con, sobre una orilla, la isla baja, polvorienta, y sobre la otra, más allá de la playa amarilla en la pendiente suave de la que es la culminación, la casa blanca. El bañero lo entrevé todo, rápido, cuando alza, distraído, la cabeza, mientras da vuelta la hoja de la revista de historietas en colores que se apoya sobre sus muslos en declive, como en un atril.

Para distraerse un poco más que para hacer valer su autoridad, el bañero se

pasea entre ellos: han venido llegando, en grupos de a dos o tres, se han sacado la ropa, debajo de la cual traían los trajes de baño, y se han sentado o estirado sobre la arena o sobre toallas de colores. Algunos llegaban ya en traje de baño, los cigarrillos, los fósforos y algún frasco de bronceador en la mano, o en un bolso de paja. Los que vienen desde la ciudad han dejado sus coches en la cuneta de la calle arbolada que desemboca en la playa. Ahora, en que han de ser más de las siete, son casi una treintena. El bañero deberá juntar, mal que bien, cuando se retiren, la basura que dejarán. Dos o tres chicos juegan en la orilla, cavando la arena húmeda. La luz que declina y que viene, como desde una hoguera, desde detrás del pueblo o, más bien, desde la ciudad, se cuele, casi horizontal, por entre los árboles, nimbando las hojas de una aureola cintilante. El agua es violácea. Los bañistas que entran y salen de ella, corriendo, levantan penachos blanquecinos que se tornasolan, fugaces, y vuelven a entrar en la corriente. Tiradas en el suelo, las mujeres, con los ojos cerrados, respiran apenas. Los hombres, sentados junto a ellas, fuman y miran, en silencio, a su alrededor. Pero hay también las voces, los gritos, las risas, proferidos no se sabe bien por quién, que al elevarse parecen chocar varias veces contra una materia que se les resiste antes de mitigarse y desaparecer. La orilla se agita con el ir y venir de los bañistas que, al salir del agua, van dejando huellas húmedas que se perlan en unas bolitas blandas de arena ennegrecida, aglutinadas en la humedad que parecen ir sembrando los pies. Al salir del río, los cuerpos chorrean agua y aunque no sopla la más mínima brisa, cinco minutos más tarde están secos como si nunca hubiesen entrado en el agua, excepción hecha de los cabellos que van despegándose despacio del cráneo y que el contacto con el agua ha oscurecido y alisado un poco. Las mujeres acostadas boca abajo apoyan el mentón o la mejilla sobre las manos encimadas, y como sus tetas se aplastan contra las toallas de colores, puede vérselas aparecer un poco por los costados del corpiño, más blancas que el resto de la piel, junto a las axilas, en tanto que, debido a la posición del cuerpo, las cinturas se arquean y las nalgas se vuelven más redondas, más compactas y más prominentes. Las que están boca arriba dejan ver el ombligo en el centro del vientre y una ligerísima línea de vello que desciende hacia el pubis perdiéndose bajo el calzón de la bikini triangular que cubre el monte de Venus. Los hombres muestran, bajo sus mallas ajustadas, la protuberancia de los genitales amontonados por la presión del tejido elástico. Los que tienen la piel blanca se distinguen de inmediato de los otros: o bien se han abstenido de venir a la playa desde el comienzo del veraneo, o bien el sol no prende en sus pieles lechosas. La piel de la mayor parte de los bañistas, sin embargo, va del color té, o cognac, más bien, al marrón oscuro. A veces puede verse, en el bajo vientre, una línea blanca que recorre todo el perímetro del cuerpo y que sugiere el color de la parte protegida del sol por los trajes de baño. La arena va llenándose de marcas, de huellas, de agujeros, de montículos, de papeles arrugados, de paquetes de cigarrillos vacíos o de carozos de duraznos, de cigarrillos enteramente consumidos de los que no queda más que el filtro, de frascos de bronceador vacíos. Un ruido acuático casi continuo, que cambia de tanto

en tanto de intensidad, producido por los cuerpos que se zambullen o que entran y salen corriendo del agua, acompaña las voces y los gritos que se entremezclan en el espacio reducido de la playa. Un hombre joven, bronceado, con una malla color azul eléctrico, pasa junto al bañero y se interna en el agua, corriendo. El bañero lo observa: el agua va cubriéndole los tobillos, las rodillas, los muslos, y su carrera, contra el agua resistente, va haciéndose cada vez más lenta, más pesada. Por fin, cuando el agua está casi llegándole a la cintura, se zambulle y desaparece en el río. Durante casi un minuto no hay otro rastro de él que la superficie del agua alterada por la zambullida hasta que, en la proximidad del centro del río, la cabeza vuelve a aparecer, de un modo violento, como enceguecida, sacudiéndose y chorreando agua. Por un momento, el bañista parece derivar sin dirección, hasta que vuelve a zambullirse y desaparecer. Un intervalo semejante al primero, en el que no pasa nada ni se ve nada, antecede a la reaparición de su cabeza, brusca otra vez, cerca de la orilla opuesta. El bañero, que se había detenido un momento para observarlo, continúa su paseo, caminando despacio entre los bañistas sentados o estirados sobre la arena. Dirigiendo, de un modo rápido, su mirada hacia la casa blanca, ve al Gato parado en la puerta apoyado contra el marco, mirando en dirección al río. El bañista, en ese momento, ha salido del río y está trepando, como con dificultad, la barranca. Cuando está arriba, apoya las manos en las caderas y, sacando pecho, se pone a contemplar la playa. La luz horizontal ilumina la parte superior de su cuerpo mientras que las piernas están como hundidas en la penumbra que parece ir subiendo, como un vapor azul, desde la tierra. El bañista se pone, para hacer bocina, las manos estiradas y de canto, con las yemas que se tocan por encima del arco de la nariz, alrededor de la boca, y comienza a llamar a alguien que está en esta orilla, con una voz que es sin duda poderosa en las inmediaciones de donde es proferida, pero que llega a la playita ya debilitada.

IX. No tiene, dice el Gato, al probar la carne, ni sal ni sentido. Elisa sacude la cabeza, sonriendo, y lo contempla: la misma sonrisa desganada, apática, los ojos entrecerrados que la miran como desde detrás de una cortina de humo, las mejillas rasuradas que emiten por momentos destellos metálicos.

Ni sal ni sentido, repite el Gato, mirándola fijo a los ojos con esa expresión de la que no se sabe si es burla de sí mismo, de los otros, o un automatismo facial, ajeno a toda clase de sentimiento o emoción, del que ni siquiera es consciente. El ruido de un auto que ha de venir avanzando lento, por las calles arenosas, en dirección a la playa, modifica la expresión del Gato, cuyos ojos giran hacia un costado, paradójicos, y se inmovilizan, del mismo modo que su cuerpo entero, la mano que sostiene el tenedor detenida a mitad de camino entre la boca y el plato lleno de pedacitos de carne sobre los que se distinguen aquí y allá unas manchas verdes de perejil.

Adivinan, sin prestar atención, mientras siguen comiendo, sin hablar, por sobre el tintineo de los cubiertos contra los platos de loza blanca, y por el ruido del motor, el recorrido del auto: ha bajado sin duda de la carretera de asfalto que lleva a la ciudad, viniendo, por la calle principal, a la plaza, ha bordeado la plaza, ha doblado a la izquierda alejándose de ella y del centro del pueblo, de la iglesia, y ha venido viniendo, por las calles oscuras, en dirección a la playa — ahora pasa por la calle arbolada, bordeando la vereda de los ligustros, y su conductor, al ver sin duda a la luz de los faros el coche negro estacionado en la cuneta ha continuado un poco, descendiendo el declive y estacionando en la entrada de la playa.

En el silencio que sucede, el ruido del motor, que ya se ha apagado, parece continuar resonando todavía, en el aire negro del exterior, o en el oído, o, mejor, incluso, en la memoria, hasta que desaparece del todo, como si hubiese ido hundiéndose, gradual, entre los pliegues de una sustancia porosa, negra y sin límites.

Después de ese eco demorado del ruido del motor no se oye más nada, ni siquiera el tintineo de los cubiertos contra los platos de loza blanca de los que van disminuyendo los pedacitos de carne frita que llevan adheridas hojitas de perejil, porque durante un momento el Gato y Elisa se quedan inmóviles, aferrando los tenedores, la cabeza inclinada hacia los platos que los ojos recorren, se diría, sin ver.

Desde la playa negra viene, en dos tiempos, el ruido de las puertas del coche, al abrirse y al cerrarse, un poco más alto que las voces y las risas de un hombre y de una mujer que han de estar sin duda avanzando por la playa, buscando sin duda algún lugar para sentarse, o tal vez con la intención de entrar en el agua.

Inmóvil, aferrando el tenedor, la cabeza inclinada hacia el plato que sus ojos recorren, se diría, sin ver, el Gato se representa la pareja que sale del coche, el hombre por la puerta del volante, la mujer por la del otro lado, las caras vueltas hacia el agua, en la playa negra, hasta que la imagen se borra y el tenedor baja hacia el plato.

También Elisa, al oír el ruido de las puertas y de las voces, se ha representado, durante una fracción de segundo, a la pareja que ha de estar avanzando, con pasos trabajosos, por la arena en declive, hacia la playa, y mientras la escena se forma en su imaginación su mirada se fija en la cara del Gato en la que una expresión vaga, fugaz, consecuencia tal vez de la atención que ha prestado a los ruidos de la playa, se refleja y se borra al mismo tiempo que su mano izquierda encamina el tenedor hacia el plato en el que brillan los pedacitos de carne frita salpicados de perejil.

En la cocina iluminada, el Gato y Elisa están terminando de comer inclinados sobre sus platos: el tintineo de los cubiertos contra la loza de los platos, los crujidos de las sillas de paja, el chorro del vino blanco cayendo, con un rumor líquido, en los vasos, resuenan en el recinto en el que el piso de mosaicos colorados brilla y en el que las paredes blancas y el mantel cuadriculado blanco y azul reverberan. Ahora no viene desde afuera, desde la playa, ninguna risa o rumor, pero una y otra vez, aunque ya han transcurrido varios minutos desde que el ruido que la ha provocado se produjera, la representación de la pareja saliendo del coche, el hombre por la puerta del volante, la mujer por la del otro lado, de cara al agua, sube, como recuerdo ahora, en la cabeza del Gato.

Para Elisa, que está recogiendo los platos mientras el Gato enciende un cigarrillo, balanceándose sobre la silla de paja, con las piernas estiradas hacia adelante que desaparecen bajo la mesa cortadas en la mitad de los muslos por el borde recto del mantel cuadriculado, la imagen que vuelve a su memoria difiere, a pesar de los elementos comunes, de la del Gato: la pareja avanza, en la oscuridad, con pasos trabajosos, por la arena, hacia la orilla del agua. Ahora la cocina está vacía. Los platos, la fuente, la sartén, los cubiertos, se amontonan en la piletta. Elisa, que ha terminado de juntar la mesa, acaba de desaparecer de la cocina apartando la cortina de lona azul que separa la cocina de la galería. Su voz llega desde la galería y repercute en la cocina vacía. La del Gato responde. No, no quiere café, dice la voz del Gato. Lo que quisiera, más bien, continúa la voz que llega desde la galería hasta la cocina iluminada y desierta, es un gran vaso de vino blanco, porque esa sed que lo acosa, dice, irónica, la voz, no quiere parar. Un gran vaso. Grande así, dice la voz, a la que ha acompañado, sin duda, un ademán invisible en la penumbra de la galería. Elisa vuelve a entrar en la cocina y, sorteando las mesas y las sillas que yacen, mudas, en el centro del recinto, se dirige a la heladera. El cuerpo de bronce, cubierto en su mayor parte por el vestido blanco de lino rígido va recorriendo, lento, el espacio que separa la cortina de lona azul de la heladera, empotrada entre la pared blanca y el fogón de mosaicos colorados. El cuerpo pasa, exterior, por el espacio iluminado. No se diría, desde afuera, hasta tal punto la carne parece firme y serena, la cabeza sólida y compacta, la mirada uniforme y sin expresión, que por dentro una muchedumbre de imágenes, de latidos, de pulsaciones lo atraviesan, continuos, como una piedra que cuando se la da vuelta deja ver el grumo efervescente de un hormiguero.

La presencia del bayo amarillo parece llenar, blanda y difusa, todo el patio trasero; la cola, por momentos, se sacude, metálica, y los vasos golpean de tanto en tanto contra la tierra, produciendo un sonido blando como el cuerpo, que retumba apagado en la penumbra. Como no sopla la más mínima brisa, los árboles del fondo no delatan su presencia más que por la negrura más densa de sus copas recortadas contra el aire negro. Con el vaso de vino blanco en la mano el Gato se ha parado, mirando hacia el fondo del patio, en la zona de la galería iluminada apenas



por el resplandor que viene de la cocina y que se cuele por los bordes de la cortina azul. Elisa se ha sentado en una de las perezosas y mira, como el Gato, hacia el fondo del patio.

Por más que preste atención, con la mirada vuelta hacia el patio en el que la presencia del bayo amarillo flota como un relente, como un efluvio o un olor, no le llega, desde la playa, ningún sonido, ningún signo de vida, salvo las imágenes obstinadas, dos o tres, siempre las mismas, con que se representa a la pareja imaginaria atravesando, hacia el agua, el espacio vacío y negro.

El ruido del motor aproximándose y maniobrando al desembocar en la playa, las voces y las risas del hombre y la mujer, las puertas al abrirse y al cerrarse: considerando, con serenidad, la pobreza del material, es posible, sin extravagancia, preguntarse si hay razón de esperar todavía, de la playa, algún signo de vida. Desde algún punto de la noche ha parecido, en algún momento, venir, hasta el oído, una serie de ruidos producidos al parecer por un auto que se aproximaba desde el centro del pueblo y que se detenía por fin en la entrada de la playa, por un hombre y una mujer que bajaban golpeando las puertas y dejando oír sus voces y sus risas discretas: el recuerdo de esos ruidos es más firme y más nítido que la convicción de que de verdad han llegado, a través de la neblina, alguna vez, hasta el oído, el recuerdo de los ruidos, sin los ruidos, que flota ahora en silencio en la memoria del Gato y que, ahora, se borra otra vez

Han permanecido un buen rato en la galería, fumando en la oscuridad y tomando de vez en cuando tragos de vino blanco. Las puntas rojas de los cigarrillos subían y bajaban de la boca y se hacían más intensas a cada chupada, mientras las voces, esporádicas, se entrecruzaban en el aire negro y se iban esfumando despacio. Los sillones crujián cuando los cuerpos sudorosos se removían, aplastados contra la lona anaranjada que vista desde muy cerca parecía emitir una fosforescencia ligera. Elisa ha hecho, en el curso de la conversación, alusión a un episodio de la víspera: al atardecer, cuando volvía de dejar a Héctor y a los chicos en el ómnibus de Mar del Plata, había ido caminando desde la estación hasta una calle desierta, sin árboles, en la que había dejado estacionado el coche negro. No había cruzado casi nadie en las dos o tres cuadras que había recorrido a pie desde la estación hasta el coche: casi nadie, y, sin embargo, no eran más de las siete y el sol estaba todavía alto. Al llegar al coche negro, había tenido la sensación de que..., ha dicho Elisa, en la galería apenas iluminada por la luz escasa que se cuele desde la cocina por los bordes de la cortina azul y que cae sobre las baldosas coloradas justo en el espacio vacío que separa los dos sillones. Y después, de un modo brusco, se ha interrumpido diciendo que no, que no valía la pena. El Gato no ha parecido notar la interrupción, y se ha limitado a vaciar su vaso de vino de un solo trago y a depositarlo en el suelo, junto al sillón, produciendo un sonido seco y corto. Se han, un poco más tarde, puesto de pie y avanzando, con dificultad, en la

oscuridad, entre las viejas baterías y las cubiertas podridas, se han ido aproximando al bayo amarillo viendo, con mayor nitidez a medida que se aproximaban, el resplandor apagado que emitía el pelo amarillento del caballo. Elisa lo ha palmeado en el cuello con suavidad, mientras el Gato, manteniéndose a distancia, observaba en voz alta que la inmovilidad total del caballo, semejante a la de un hombre pegado contra la pared de un túnel mientras pasa a su lado una locomotora a toda velocidad, era un signo de miedo y desconfianza. No había parecido moverse, en efecto, ni un solo músculo del caballo, mientras se habían ido aproximando ni durante los minutos en que estuvieron a su lado. Pero cuando se pusieron a caminar de vuelta hacia la casa, entre los yuyos reseco que chasqueaban en la oscuridad, habían comenzado a oír, otra vez, los sacudimientos metálicos de la cola y el ruido de los vasos chocando contra la tierra, como si todo el cuerpo amarillento se hubiese distendido cuando los extraños se alejaban. Han entrado en la casa, dejando atrás el patio y la galería y apagando la luz de la cocina al pasar hacia las habitaciones interiores. En la habitación principal, mientras oía orinar a Elisa en el cuarto de baño, el Gato, de pie junto a la mesa grande, se ha puesto a hojear la guía telefónica y a barajar, con aire distraído, los primeros sobres escritos. Después ha pasado a la habitación contigua y, sin encender la luz, se ha puesto a mirar por la ventana abierta en dirección a la playa oscura: deben transcurrir todavía uno o dos minutos antes de que pueda empezar a distinguir, en la gran masa negra, formas confusas de espesor diverso, cada una con su intensidad de negrura particular, hasta que empiezan a ser reconocibles la extensión grisácea de la playa, el río como una lámina de metal negro que emite aquí y allá unos reflejos débiles, los árboles enanos de la isla como un telón sin profundidad cuyo borde superior tortuoso pretendiera representar la silueta de una hilera de árboles recortada en una gran plancha de madera terciada pintada de negro. El Gato ha buscado en vano signos de la presencia de la pareja en la parte visible de la playa, si es cierto que han oído, mientras comían, el ruido del motor viniendo desde el centro del pueblo y quizá desde el camino de asfalto y maniobrando después en la entrada de la playa, y después el ruido de las puertas al abrirse y al cerrarse, y las voces y las risas del hombre y la mujer, la fuente de esos ruidos parecía en ese momento aniquilada. Pero desde la ventana la entrada de la playa no es visible, y una gran extensión, en la parte de las parrillas y entre los árboles ralos, no puede verse desde ahí. El Gato ha abierto la puerta que da sobre la playa y ha salido afuera, dejándola entreabierta detrás suyo. Avanzando unos pasos sobre el suelo arenoso ha podido divisar, en la entrada de la playa, inclinado desde la cima de la calle aterraplenada hacia el declive que conduce a la extensión de arena, un gran coche blanco que se recorta nítido en la oscuridad. Pero por más que ha tratado de escrutar la oscuridad no ha visto el menor rastro de sus ocupantes.

Justo en el momento en que entra al dormitorio para buscar el libro que Pichón le ha mandado de Francia, Elisa, que ha estirado con prolijidad la sábana y

acomodado la almohada en la cabecera, está sacándose, por la *cabeza*, el vestido blanco. Sus tetas de bronce se sacuden pesadas, al ritmo de sus movimientos. Elisa acomoda con cuidado el vestido, lo dobla en dos y lo cuelga del respaldar de la cama. Las tiras de las sandalias que mantienen tensas las argollas de bronce apoyadas en el empeine se anudan en las pantorrillas después de entrecruzarse varias veces y la bombacha negra, exigua y transparente, deja ver un triángulo de negrura más intenso y protuberante entre las piernas. Cuando Elisa se da vuelta para colgar el vestido en el respaldar de la cama, el Gato observa que las nalgas blanquecinas escapan por debajo del elástico de la bombacha, que no alcanza a contenerlas del todo: dos franjas de carne espesa que forman un pliegue contra la parte superior de los muslos. Y cuando se inclina un poco, desplegando el vestido en el respaldar, el Gato ve que la tela transparente de la bombacha se estira, tensa, sobre la franja vertical que separa las nalgas: por un efecto extraño, la tela, que a causa de la tensión pierde negrura y se vuelve todavía más transparente, parece contener una especie de niebla difusa, color pizarra, que estuviese subiendo del desfiladero negro. Apoyando su vientre contra las nalgas ligeramente salientes por la inclinación de Elisa, y recogiendo en las palmas de las manos ahuecadas las tetas colgantes, el Gato murmura dos o tres palabras en el oído de Elisa que sacude la cabeza, riendo. Después el Gato se dirige a la mesa de luz, diciendo: "Como la de un caballo, sí", y recoge el libro. Cuando se da vuelta para salir de la habitación se detiene: en la sábana blanca que Elisa acaba de estirar pueden verse, en el centro de la cama, una casi pegada a la otra, como dos círculos de un diámetro no mayor al de una moneda de diez centavos, dos manchitas de sangre.

X. No hay, al principio, nada. Nada. Las calles mudas, desiertas, cocinándose al sol y arriba, mustio, cenciento, sin una sola nube, lleno de astillas ardientes, el cielo.

Sobre los techos de las casas de una o dos plantas brillan, como incandescentes, las antenas de televisión. Los toldos de los comercios, rayados, anaranjados, azules, verdes, a lunares, protegen, esporádicos, tramos de las veredas. Pero su sombra es escasa, y como en el centro casi no hay árboles, y como es demasiado temprano —la una y media, a más tardar— las hileras de casas, rectas, que se interrumpen a cada bocacalle, no proyectan, sobre las veredas, más que una franja de sombra estrecha. De los zaguanes en penumbra no viene, a través de las puertas entornadas, ninguna frescura. La tierra se acumula en los umbrales de los negocios cerrados por vacaciones y, en el piso de mosaicos, en el interior, puede verse diseminada la correspondencia de una quincena, que el cartero ha ido deslizado día tras día por debajo de la puerta. Incluso los bares están vacíos: en el interior en penumbra, aparte de uno que otro mozo, del barman, del lavacopas, es raro ver algún cliente sentado a una mesa o acodado en el mostrador. Las aspas de los viejos ventiladores negros que cuelgan de los techos

giran sin descanso, del mismo modo que las de los más modernos, de pie, ubicados en los rincones estratégicos que mandan, trazando semicírculos periódicos, ráfagas débiles de aire tibio. Ropa blanca se seca en las azoteas: contra las grandes sábanas extendidas el sol reverbera, enceguedor. En los parques, la luz de febrero marchita los árboles; la fronda es grisácea, achicharrada, reseca. El silencio inusual se acrecienta a la hora de la siesta. Detrás de las ventanas y de las puertas entornadas, cerradas, vestidos con ropas livianas, los habitantes de la ciudad roncan inmóviles en sus camas o se pasean dejando oír un bisbiseo suave de chinelas, por las habitaciones en penumbra que ni los ventiladores ni los aparatos de aire acondicionado de las casas burguesas logran refrescar del todo. Expuesta al sol de febrero, el mes irreal, la ciudad se calcina, abandonada. Al llegar a la esquina del mercado, Elisa se queda parada un momento en el borde de la vereda. Ha hecho cinco o seis cuadras a pie: el borde de su labio superior está lleno de gotitas de sudor del mismo modo que su frente en la que la capa delgada de maquillaje que la protege se ha agrietado un poco. De su bolso de paja, Elisa saca un pañuelo apelotonado y lo oprime varias veces, con suavidad, contra diferentes partes de su cara: la frente, el labio superior, las sienes, las mejillas. Con los ojos entrecerrados, los labios entreabiertos y los dientes apretados, una mano apoyada sobre la otra a la altura del vientre, Elisa observa la calle recta, larga, que se extiende ante ella. Aparte de algunos coches estacionados, no hay nadie, nada, en toda su extensión. Después de un minuto de inmovilidad debida menos a la vacilación que al aturdimiento, Elisa baja del cordón a la calle y empieza a atravesarla. En la mitad, el taco de su zapato se hunde en el asfalto ablandado por el calor. El zapato queda clavado, vacío, en el asfalto, y el cuerpo de Elisa sale disparado hacia adelante con los brazos extendidos que buscan apoyo, precedido por el bolso de paja que llega antes al suelo y cuyo contenido comienza a desparramarse incluso en el aire. Son las rodillas las que tocan el asfalto antes que nada, y después las palmas de las manos, de modo que Elisa, sin haber terminado todavía de entender, está ahora en cuatro patas en medio de la calle desierta, descalza, porque la violencia de la caída ha hecho salirse del pie el segundo zapato, perdido entre los objetos que se han escapado del bolso de paja: los lentes negros, uno de cuyos vidrios se ha rajado, el monedero, llaves, lápices de maquillaje y dos o tres pedazos de algodón. Las rodillas y las palmas de las manos se pegan al asfalto hirviente. Elisa siente el golpeteo violento de sus sienes, y su mirada turbia inspecciona los alrededores. Por suerte, la calle sigue vacía. Pero allá lejos, en la mitad de la cuadra, un hombre ha salido al balcón y la observa, inmóvil. Elisa, desplazándose en cuatro patas, comienza a recoger los objetos dispersos y a meterlos en el bolso. Después saca, tironeándolo, el zapato hundido en el asfalto viscoso y se lo calza. Antes de ganar la vereda mira, con disimulo, hacia la mitad de la cuadra. El hombre del balcón ya ha desaparecido.

Los rumores de la estación de ómnibus quedan atrás. En el coche negro, detenido en la calle desierta, recibe en plena cara el reflejo rojizo del sol poniente

que rebota en el retrovisor. Desviando la mirada, Elisa modifica la posición del retrovisor y pone el motor en marcha. Aunque el sol ha comenzado a bajar desde hacía varias horas —son más de las siete— el calor no ha disminuido y Elisa siente el vestido amarillo, áspero y sedoso al mismo tiempo, pegado a la espalda, entre los omóplatos. Y el aturdimiento, del que esperaba, hacia mediodía, que desaparecería con la caída del sol, no ha hecho más que aumentar. Su mente se ha transformado en una especie de piedra opaca, compacta, de la que no salen ni entran pensamientos, y que parece no poder establecer ninguna relación con ese exterior brumoso y ardiente que llena todo el horizonte visible. Ya a la hora de la siesta, al querer cruzar la calle en la esquina del mercado, se había encontrado de pronto, y sin darse mucha cuenta de lo que estaba pasando, en cuatro patas en medio de la calle, descalza, entre los objetos que se habían salido de su bolso y que estaban dispersos a su alrededor en el suelo. Hasta sus lentes negros se habían roto; y le había costado trabajo desenterrar el zapato, hundido casi hasta el talón en la brea blanda y pegajosa. Y, sabiendo que Héctor y los chicos la necesitaban sin duda para ultimar los preparativos del viaje, había estado vagabundeando por la ciudad hasta casi las seis. Había algo en esa ciudad desierta, achatada bajo el sol, que la hacía dar vueltas en redondo el día entero sin buscar nada preciso, del centro a los arrabales y de los arrabales al centro, hasta que la piedra de la mente se volvía densa y opaca y todo lo exterior se empastaba, sin que sin embargo por dentro se hubiese abierto paso la más mínima claridad. El coche arranca, y las dos hileras de casas de una o dos plantas, a las que no protege ni un solo árbol, comienzan a desfilar hacia atrás. Ahora mismo debería, piensa Elisa, debería, sin duda, volverse a su casa, darse un baño, descansar, pero algo, no sabe qué, una fuerza la hace doblar en sentido contrario al de su casa, avanzar sin vacilación por la calle desierta, hacia el sur, y parar el coche en la orilla del parque. No ha venido buscando nada preciso: ni una persona, ni un paisaje, nada. Ha estacionado en la orilla del Parque Sur y ahora contempla, o trata de contemplar, más bien, más allá de los jacarandaes y de los palos borrachos, casi violácea por la luz declinante, la laguna. Un hombre y una mujer, sentados en un banco bajo los árboles, de espaldas al agua, se distraen un momento de su conversación para contemplarla sin interés. Pero no hay nada tampoco, ningún signo en el agua violácea, en la autopista que pasa, por encima de la maleza, del otro lado de la laguna, ni en los palos borrachos cuyas flores rosas, amarillentas o blancas parecen aplastadas por el aire incandescente. La pareja vuelve a su conversación desganada. Elisa arranca. Deja atrás el parque, el sur de la ciudad, el centro, la calle en que vive, y después vuelve a efectuar casi el mismo recorrido en sentido inverso, hasta que empieza a bordear por segunda vez el Parque Sur, los jacarandaes y los palos borrachos, las flores amarillentas, rosas y blancas, que empiezan ya a cintilar en la penumbra azul del anochecer. Con la caída del sol, la gente empieza a aventurarse a la calle. Ya pueden verse, aquí y allá, parejas que se pasean del brazo, familias que han salido a tomar mate en la vereda, sentándose en círculo o apoyando el respaldar de las sillas contra la pared, a los costados de la puerta de calle. El resplandor acerado de

las pantallas de televisión comienza a titilar en la mayoría de las casas, a través de las ventanas y de las puertas, abiertas de par en par, y el sonido de las series norteamericanas, hecho de chirridos de cubiertas, de vidrios rotos, de música melosa y de ráfagas de ametralladoras, sube al mismo tiempo de miles y miles de aparatos, llenando el aire caliente y ennegrecido de estremecimientos sonoros. Elisa deja atrás por segunda vez el Parque Sur y atravesando el centro un poco más frecuentado a causa del anochecer, y dejándolo también atrás, estaciona por fin ante la puerta de su casa. El interior está oscuro y caldeado. Elisa se desnuda en la oscuridad del dormitorio y después abre, una por una, las ventanas que dan al fondo. Recién cuando llega al cuarto de baño enciende la luz. Mientras el agua va llenando la bañera, Elisa orina sentada en el inodoro con las piernas separadas, el codo izquierdo apoyado en el muslo y la mejilla con la palma de la mano. Cuando la bañera se llena hasta la mitad, Elisa entra en el agua. El agua le llega hasta el pecho, de modo que las tetas de bronce flotan, medio sumergidas. Con los ojos cerrados, la espalda y la cabeza apoyadas en el declive de la bañera, Elisa trata de salir de su aturdimiento, de aligerar la piedra compacta que ocupa el lugar de su mente, atravesada de tanto en tanto por imágenes que vienen solas y que no parecen pertenecer a nadie, que no evocan nada, que no vienen mezcladas con ninguna emoción ni con ningún sentimiento y que no parecen tener tampoco ningún significado, como recuerdos que perteneciesen a otros y estuviesen flotando en su cabeza por equivocación. Por fin se deja deslizar y sumerge la cabeza en el agua. Durante unos segundos, en el cuarto de baño iluminado persiste, en medio del silencio, el eco de los ruidos acuáticos que ha producido el cuerpo de bronce al sumergirse entero en el agua. Y cuando la cabeza vuelve a salir, el pelo pegado a las sienes y a la nuca, chorreando agua, los ojos cerrados y apretados parecen tener más vida que cuando miraban, abiertos y fijos, el cielorraso. Cuando sale de la bañera, Elisa se pone una salida de baño verde, se calza unas chinelas y comienza a secarse el pelo mientras contempla, en la oscuridad de la sala, la televisión. Un hombre vestido de frac, cuyas partes claras — las manos, la cara, la pechera de la camisa, el instrumento — parecen engarzadas en la oscuridad, toca una melodía en una larga flauta plateada. En el lugar de los ojos tiene dos círculos de sombra. Cuando la música termina, la flauta baja a la altura del pecho, la cabeza se adelanta un poco de manera tal que la sombra de los ojos se borra, y en la boca fina, casi sin labios, aparece una semisonrisa. El hombre comienza a alzar despacio la flauta y, justo cuando está por tocar los labios, el instrumento se desintegra, pulverizándose, transformándose en una nubecita de un polvo plateado que cintila y que va volviéndose cada vez más tenue hasta desaparecer por completo. El ilusionista se inclina, sobrio y rígido, cuando se encienden las luces del estudio y un ruido de aplausos entusiastas — sin duda pregrabados — recompensa su número. Después, en las informaciones locales, hablan de un caballo blanco que han matado la noche antes en Rincón. Pasan un comunicado de la Sociedad Protectora de Animales y el comentarista comienza a dar detalles del acontecimiento. Elisa deja el secador sobre la mesa y encendiendo

la luz se pone a buscar el diario de la tarde que ha recogido al entrar —el diariero lo ha deslizado, como todas las noches, por debajo de la puerta— y que ha dejado, sin siquiera echar una mirada a los titulares de la primera página, en algún lugar de la casa. Lo encuentra sobre la mesa de la cocina. En la sección policial hay un artículo, breve, sobre el caballo blanco: es el décimo que han matado en la costa en unos pocos meses. Más que la muerte del caballo, es la mención de Rincón lo que ha despertado el interés de Elisa, como si la evocación de un lugar conocido acordara, por fin, un poco la realidad a su pensamiento. Pero apenas deja el diario, abierto sobre la mesa de la cocina, y se encamina a apagar la televisión que llena de un resplandor azulado la sala en penumbra, Rincón se esfuma de su pensamiento como un sueño ajeno y no quedan más que la sala en penumbra, el cuerpo húmedo para el que hasta la salida del baño es a su modo una prisión, y los pedazos de impresiones y sensaciones remotas como recuerdos que no hay forma de hacer encajar unas en otras para que formen un dibujo claro y definido. Elisa se siente de golpe en el presente, en ese presente y no en otro, rodeada de objetos inertes que están tan en el presente, o tan presentes, como ella misma, como si el conjunto, cuyas fronteras son imprecisas, acabara de brotar entero de una zona negra, del mismo modo que una rampa circular en la que hay una escenografía y actores sube del sótano al centro del escenario iluminado. Hasta que después de unos segundos de extrañamiento, en los que no pasa nada, salvo la exterioridad contra la que la comprensión rebota, el recuerdo, que parecía atascado en el umbral de la zona iluminada, como un actor al que un contratiempo inesperado impide avanzar dejando por un momento el escenario vacío, vuelve a fluir trayendo consigo cosas conocidas que van desfilando unas tras otras tan ordenadas y tranquilizadoras como las imágenes de un programa de televisión.

Bien temprano, la claridad se cuela horizontal por las rendijas de la persiana agrisando la penumbra tibia y dando al cuerpo de bronce, desnudo, contraído por el sueño, una luminosidad particular. Sobre el rectángulo blanco de la cama, sin almohada, sin sábana de arriba, Elisa duerme de costado, de modo tal que por la posición de su cuerpo, la cadera se comba, las nalgas resaltan, la cintura se hunde y la línea de la espalda sube recta hacia la nuca. El pulgar de la mano derecha desaparece entre los labios que lo ciñen, y de vez en cuando se oye, en el cuarto silencioso al que ninguno de los ruidos habituales del alba perturba, el sonido intermitente de las chupadas que Elisa da de tanto en tanto al pulgar. La mano libre cuelga fuera de la cama. La silueta del cuerpo desnudo se duplica, a todo lo largo, por una línea luminosa que es el resplandor de la luz matinal que se cuela por las rendijas de la persiana y que viene a pegar contra el contorno saliente del cuerpo de bronce. Los cabellos revueltos caen sobre los ojos, de modo que todo lo que queda de vivo en el cuerpo de Elisa son los labios, la boca que emite esos chirridos húmedos cuando chupa, periódica, el pulgar. Más abajo de la línea de claridad que lo nimba, el cuerpo de bronce va como sumergiéndose en zonas de penumbra cada vez más densas, como si fuese una mancha espesa que resalta

contra el rectángulo blanco sobre el que está echado, y que alcanza su paroxismo de negrura en la línea de sombra que separa las dos nalgas redondas y que se prolonga, volviéndose más áspera y accidentada, como una protuberancia rugosa y alargada en la corteza de un árbol, hacia la entrepierna que ocultan los muslos plácidos, apretados. Un carro pasa cerca, en la calle, y el ruido de las patas del caballo contra el asfalto y el estrépito de las ruedas modifican por un momento el silencio de la pieza, haciendo estremecerse al cuerpo dormido que, cuando el sonido se aleja en una dirección imprecisa, recupera su inmovilidad.

Elisa sale jovial de la ducha, canturreando. Retira de su cabeza el gorro de plástico que protegía sus cabellos y, envolviéndose en una gran toalla a franjas verdes y blancas, comienza a secarse con suavidad, oprimiendo la toalla con la palma de la mano contra la piel para que el tejido poroso absorba la humedad y echando hacia atrás la cabeza, de modo tal que la piel de su cuello se pone tensa y sus ojos se entrecierran. Pero cuando sale del cuarto de baño, dejando atrás el vapor tibio que empaña el espejo, la cabeza pierde su tensión y se inclina hacia adelante con el mentón clavado contra el pecho por encima de las tetas que bailotean lentas como consecuencia de la marcha que sacude al cuerpo entero.

La argolla de bronce, pegada a la parte superior del empeine, queda fija contra la carne cuando Elisa termina de entrecruzar las tiras de cuero alrededor de los tobillos y las asegura con un doble nudo en la pantorrilla. El vestido blanco, rígido, almidonado, de tela cruda, le llega hasta la mitad de los muslos y relumbra en la semipenumbra de la habitación. El sol exterior, que ya ha de estar alto —son casi las nueve—, se deja adivinar por las rayas horizontales de luz blanca que dejan pasar las persianas cerradas. Elisa verifica, de pie junto a la mesa de la sala, el contenido de su bolso de paja: las monedas, las llaves, los lentes negros, uno de cuyos vidrios se ha rajado como consecuencia de la caída, la tarde anterior, en la esquina del mercado, lápices de maquillaje, dos o tres pedazos de algodón. Elisa agrega, recogiéndola de sobre un sillón, su bikini. Sus movimientos lentos, desganados, son la única cosa viva en la habitación agrisada e inerte, pero la vida que poseen parece frágil, exangüe, sin esperanza. Elisa se dirige hacia la puerta de calle pero a mitad de camino se para, vacila un momento y después vuelve y se sienta junto a la mesa, dejando el bolso de paja en el suelo, a sus pies, apoyado contra la pata de la silla. Con la cabeza gacha, la cara sin expresión, Elisa permanece inmóvil durante varios minutos. Por dentro no pasa nada. La hilera de imágenes, de representaciones, la cadena de postales que fluye en lo negro, natural, se ha atascado en alguna parte y ahora en el punto en el que en general se hace vivida no hay nada, no pasa nada, ni siquiera la negrura o la conciencia de la negrura; hay apenas un vacío incoloro al que ni siquiera la palabra hueco puede aplicársele, porque un hueco sugiere una forma y de la mente de Elisa toda forma está excluida. Durante unos minutos ninguna decisión, aunque más no fuese la de desplazar unos milímetros la mano sobre la mesa, puede ponerse en marcha desde



ese vacío incoloro.

En la calle sin árboles, la luz matinal reverbera contra las fachadas blancas o grises de las casas de una o dos plantas, contra las baldosas grises y contra el asfalto azulado. Enfrente una mujer baldea, tardía, la vereda. Echa agua jabonosa sobre las baldosas y después la barre hacia el cordón. El chasquido rítmico de la escoba contra las baldosas mojadas es el único ruido que resuena en la calle vacía y el agua que oscurece ese fragmento de vereda extingue su reverbero y lo hace contrastar con el resto de la calle recta y desierta que se extiende hasta el horizonte, inmersa en la luz caliente que no da tregua a la mirada. Después de— vacilar un momento, reponiéndose del choque con ese resplandor crudo, Elisa cierra la puerta de calle detrás suyo y se dirige hacia el coche negro estacionado junto al cordón de la vereda. La mujer que barre se detiene un momento, mira en dirección a Elisa y, después de unos segundos, como si hubiese tardado en decidir, o en recordar sus deberes de buena vecina, saluda sacudiendo la cabeza. Elisa responde con un ademán rápido, sin sonreír, y entra en el coche. El interior del auto está tan caliente que Elisa baja los vidrios de las ventanillas, abre las puertas delanteras de par en par y vuelve a salir a la vereda, esperando que el calor insoportable se disipe un poco. Después de unos minutos de espera bajo el sol, en la vereda, vuelve a entrar en el auto y cerrando las puertas pone en marcha el motor. En el centro del rectángulo de la ventanilla, la mujer que baldeaba la vereda y que ha quedado inmóvil, apoyada en el palo de la escoba, parece el personaje de una fotografía que representa una escena familiar. Cuando el coche arranca y comienza a rodar hacia la próxima bocacalle, la imagen de la mujer desaparece de la ventanilla para reaparecer, unos segundos más tarde, de un modo brusco, en el retrovisor.

Al bajar de la vereda a la calle, en la siesta desierta, el taco de su zapato se había hundido en el asfalto, que el calor convertía en una pasta blanduzca y pegajosa. Todo se había producido en una fracción de segundo: había avanzado dos o tres pasos sobre el asfalto blando y de golpe se había encontrado en cuatro patas, gateando en medio de la calle, en la esquina del mercado, entre los objetos que habían salido violentos de su bolso de paja y que estaban sembrados en el suelo a su alrededor. Un hombre miraba desde un balcón, a mitad de cuadra. Ella había comenzado a desplazarse en cuatro patas, para juntar las cosas y volverlas a meter en el bolso: uno de los vidrios de los anteojos negros se había rajado como consecuencia de la caída. El vestido amarillo, sedoso y áspero al mismo tiempo, tenía dos o tres manchitas negras, dos o tres raspones, al costado del muslo derecho. Y al alzar la cabeza, después de haber juntado sus cosas y haberse puesto de pie, había podido comprobar que el hombre que miraba desde allá arriba, desde el balcón, había desaparecido.

Sequía y caballos es lo único de lo que se habla en el mercado. Pero el gran recinto que ocupa toda una manzana está menos animado que de costumbre, y

menos concurrido. Algunos puestos están cerrados. La carne cruda cuelga de los ganchos por sobre los mostradores de las carnicerías. Se ven riñones, corazones, tripas que penden en ovillo. Sobre el mármol de los mostradores pueden verse, acomodados de a pares, testículos de toro. Costillares recubiertos de grasa se exhiben enteros o divididos en tiras. Hay recipientes de metal que desbordan de carne despedazada y en algunos puestos pueden verse medias reses enteras, enormes, que todavía no han sido fraccionadas. A todo lo largo de los puestos corre una acequia diminuta, recta, que sirve para desagotar el agua de la limpieza cotidiana. En su fondo se estanca un hilito sanguinolento. De algunos pedazos de carne colgada gotea, regular, una sangre oscura. Cabezas despellejadas pero enteras, de vaca, de cordero, de cerdo, clavan unos ojos ciegos y uniformes en los clientes que se aproximan a los mostradores. De toda esa carne, que es sin duda fresca, emana un tufo ligero que llena la nariz de Elisa cuando, cargada de paquetes, sale por la puerta principal y comienza a caminar hacia el coche negro, estacionado en la próxima cuadra. Elisa atraviesa la bocacalle: la misma que ha atravesado en sentido inverso un rato antes, al venir del auto al mercado y la misma, por otra parte, en la que, el día anterior, cuando se disponía a atravesarla en el mismo sentido que ahora, sin saber cómo, debido a que el lazo de su zapato había quedado clavado en el asfalto hirviente, se había encontrado de golpe en cuatro patas en medio de la calle, recogiendo uno a uno los objetos que se hablan salido del bolso de paja, dispersos a su alrededor.

Simone, el encargado de la Agencia, charla con la secretaria. Tema: los caballos. A su modo de ver, toda la historia de los caballos no es más que una cortina de humo. Se trata, según Simone, de una maniobra del gobierno destinada a justificar desplazamientos misteriosos del ejército y de la policía. Ha debido haber, sin duda, caballos muertos, por accidente, o en el curso de algún tiroteo, pero toda esa campaña de los diarios, de la radio y de la televisión, según la cual desde hace meses, y en forma periódica, un asesino de caballos sale de noche a matar, movido por una fuerza irresistible, como Peter Lorre en "El vampiro negro", le parece, de más está decirlo, un poco novelesca.

—Y sin embargo, es así —dice Elisa, saboreando el café que la secretaria ha preparado para los tres en la cocinita del fondo, sin dejar de intervenir, durante sus idas y venidas, en la conversación.

Es así, dice Elisa. Encima del espeso bigote negro y de la nariz ganchuda, los ojitos de Simone siguen con interés su razonamiento, del mismo modo que los de la secretaria, que se inmovilizan por sobre la tacita blanca inclinada entre sus labios.

—O *puede* ser así —rectifica Elisa—. No hay ninguna razón para descartar de antemano la posibilidad.

Flaco, la cara oscura y nudosa, el pelo escarolado corto y achatado en la cabeza, la garganta semejante a una raíz gruesa, emergiendo del cuello abierto de su camisa celeste, Simone niega moviendo la cabeza con un gesto paradójico de

asentimiento: no hay, en efecto, ninguna razón para negar a priori la posibilidad, pero ya la policía había detenido a un sospechoso, a un chivo emisario, y se había visto obligada a largarlo un tiempo después, porque si bien el tipo llenaba todas las características requeridas para pagar los platos rotos, en el Tribunal se habían mostrado bastante escépticos y no habían tomado la cosa demasiado en serio. Dos o tres días atrás, por otra parte, Tomatis, que había venido a tomar un café a la oficina, le había dicho que la cosa era oscura y que nadie, ni en el ejército ni en la policía ni en el diario ni en el Tribunal, estaba en condiciones de dar una visión aproximativa de los hechos. Todos eran rumores de fuente desconocida.

—Nadie niega —dice Elisa—. Pero no hay ninguna razón para descartar de antemano la posibilidad de que alguien decida un buen día, sin causa aparente, agarrar un revólver y salir por el campo a matar caballos.

Simone asiente, sin convicción. A pesar del aire acondicionado que refresca el recinto, la piel de su cara oscura, llena de nudos, brilla sudorosa, a causa sin duda de la taza de café que acaba de ingerir. La oficina está como envuelta en el silencio de la mañana. Los ruidos, las voces, los ademanes, se entrecruzan nítidos y secos en el aire fresco de la habitación. La ventana, que da a una terraza de baldosas color ladrillo descoloridas por la intemperie, deja entrar una claridad atenuada por la sombra del edificio que se extiende hasta el parapeto de la casa vecina. Pero una porción de cielo azul es visible desde la oficina. Parece un cielo en disgregación. Lo azul se desvanece carcomido por una infinitud de puntitos blancos o de manchitas destellantes, como una taza de loza azul recubierta fragmentariamente de ceniza, y medio calcinada, después de un incendio.

Simone termina de acomodar, en el asiento trasero, junto a la que contiene los alimentos, la caja llena de sobres. Elisa lo observa desde bajo la sombra de la casa de dos plan—las que protege, sin refrescarla, la vereda.

—Listo —dice Simone, incorporándose y cerrando con un golpe la puerta trasera—. Y decíle que cuando se cure de su agorafobia, a ver si se viene a tomar un cafecito a la oficina.

—Es cierto. Ya casi ni sale —dice Elisa.

—Si el mundo se desmoronara, a él no se le movería un pelo —dice Simone.

Su bigote espeso y como metálico raspa las mejillas de Elisa cuando intercambian dos besos rápidos y convencionales. Elisa entra en el coche. La cara nudosa de Simone aparece por el hueco de la ventanilla: "Y por favor, que termine los sobres a tiempo". Elisa asiente, y la cara de Simone desaparece.

En la luz de las doce, la ciudad vacía, de cuyo centro el coche va alejándose, destella bajo la cúpula incandescente del cielo de un celeste agrisado contra el que no se ve una sola nube en todo el horizonte visible. En cada esquina, el coche negro disminuye la velocidad, y acelera después de atravesar cada bocacalle. De vez en cuando, alguna figura humana se divisa en las veredas, en los umbrales de las

casas, detrás del volante de un automóvil o bajo el toldo de un bar. Las casas de una o dos plantas que se recalientan al sol van desplazándose hacia atrás, en dos hileras rectas, a los costados de Elisa. Por fin el coche negro llega al bulevar y dobla en dirección al puente colgante. Los árboles del paseo central forman, por sobre la vereda, una sombra espesa pero las hojas, demasiado mustias, no destellan. En la punta del bulevar los árboles terminan, bruscos. Hay la doble lanza de la barrera, a franjas anchas, blancas y coloradas, apuntando oblicua hacia el cielo, las vías paralelas sobre las que el coche disminuye la velocidad y, enfrente, el bulevar que se ensancha y sube en declive hacia el puente, dejando, a la izquierda, los estudios locales de televisión, un edificio chato y moderno antecedido por un espacio de césped amarillento. El coche entra en el puente, aminorando, y la plataforma de tabloncitos retumba apagada. Las dos grúas amarillas que se levantan cerca de la orilla opuesta están inmóviles y la estructura del nuevo puente carretero, hecha de varillas de hierro que emergen de grandes bloques de cemento sobre pilares inconclusos, se levanta, inacabada, en medio de la laguna, avanzando hacia la ciudad; ningún obrero es visible en las inmediaciones. La gran extensión de la laguna aparece disminuida por la sequía, y las orillas se prolongan, irregulares, hacia el medio ordinario del agua: lejos, en dirección a Guadalupe, más allá de los pilares ya sin plataforma del viejo puente ferroviario, las orillas amarillas cubiertas de un pasto ralo y grisáceo casi se tocan. Olor a pescado muerto, a río salvaje, entra por las ventanillas abiertas, anegando el olfato de Elisa, mientras el coche rueda hacia la salida del puente. Una lancha blanca, lenta, desemboca en la laguna, emergiendo del riacho que separa el puente en construcción de las instalaciones del Yacht Club, cuyo techo de tejas alcanza a verse, fragmentario, entre las copas de los árboles que lo protegen del sol. La lancha blanca va dejando sobre el riacho una estela cuyos bordes van separándose en la superficie del agua caramelo, hacia las orillas opuestas, haciendo ondular, cuando llegan, las hileras de embarcaciones –canoas, lanchas, incluso yates– ancladas de punta contra los bordes de tierra arenosa. Debido a la diferencia de peso, de tamaño, de categoría, las embarcaciones se sacuden con una intensidad y con un ritmo diferentes, como si la causa que las ha puesto en movimiento fuese distinta para cada una, o como si cada una flotase en un medio particular, estanco, mostrando de ese modo la continuidad ilusoria del agua. El coche negro sale por fin de la estructura negra de cables suspendidos, hierro y maderamen, y acelera al desembocar en la cinta azul del asfalto, a la derecha de la línea blanca que la separa en dos mitades y que va siguiendo, dócil, el trazado del camino. A medida que el coche avanza –no se ve un solo vehículo en el horizonte– la línea blanca, que parece venir hacia Elisa a una velocidad uniforme, como si fuese el suelo, el paisaje desolado, lo que se desplazara, y no el coche negro, pasa por momentos a la derecha, a la izquierda, o se mantiene, la mayor parte del tiempo, justo entre las dos ruedas delanteras, deslizándose rápida y constante bajo el vértice exacto del capot, como si una fuerza poderosa la estuviese enrollando en algún punto situado detrás del coche negro. El desplazamiento es tan uniforme que el coche negro parece inmóvil sobre una cinta

sin fin que estuviese corriendo en sentido contrario. En las dos llanuras que se extienden a los costados del camino los pajonales resecos, grisáceos, de altura regular, acentúan, a causa de su monotonía, la impresión de inmovilidad. A la derecha del coche llega por fin La Guardia, con sus hornos de ladrillos en las afueras, sus techos de tejas atenuadas por el polvo, sus fachadas amarillentas relumbrando al sol, y su calle principal, de tierra, que sale desde el camino recta, abovedada y ancha, y se pierde en el campo, en dirección al río, bordeada de dos hileras ralas de casas y de ranchos. No se divisa un alma en el pueblo: el sol en el cénit ha empujado a sus habitantes al interior de las casas o, tal vez, bajo la sombra de los árboles en los patios traseros. Al llegar al control caminero, donde el camino se bifurca, Elisa aminora, pero los únicos dos policías visibles, en el interior de la construcción sucinta que les sirve de oficina y de refugio, ni siquiera le prestan atención. El coche negro vuelve a acelerar. Los pies de Elisa, ceñidos por las tiras de cuero de las sandalias cuya argolla de bronce se aplasta contra el empeine, hacen funcionar, de un modo mecánico, los pedales, y el vestido blanco, recogido hasta el vientre, deja ver los muslos de bronce en los que los músculos trabajan siguiendo el movimiento de los pies y de las pantorrillas. En la línea recta que va del control a La Toma, y que pasa frente al motel de la Arboleda, en Colastiné Norte, donde le suben recuerdos fugaces y confusos, indeterminados, semejantes a los de un animal, Elisa maneja como adormecida, con la cabeza erguida y los ojos entrecerrados fijos en un punto impreciso, constante, situado en alguna parte en el aire incandescente, entre el horizonte y el capot. Hacia el horizonte, la resolana crea espejismos de agua como si el camino —del que la línea blanca que lo dividía en dos ha desaparecido, brusca, en el control caminero— se hundiese un poco, recubierto por una pátina inmóvil y luminosa sobre la que flotan una serie de líneas transparentes verticales y ondulantes que parecen materializar el aire. Con las primeras curvas que anteceden, durante varios kilómetros, la entrada a Rincón, el camino se hace más íntimo, menos desolado, lleno de quintas que emergen de entre los árboles, de huertas y de jardines mantenidos a duras penas a fuerza de riego, e incluso de ombúes enormes que entrecruzan sus copas por encima del camino formando un túnel corto de sombra. Pero la impresión fugaz de frescura termina de golpe, como ha aparecido: el coche negro emerge a una recta desamparada, sin árboles, que se cocina al sol. A unos quinientos metros, adelante, a la derecha, está Rincón, del que se alcanzan a divisar los primeros ranchos de las afueras. A la izquierda, justo enfrente de la calle de tierra que conduce hacia el centro del pueblo y hacia la costa, hay una estación de servicio, desierta. Elisa aminora, doblando, y comienza a descender el declive que lleva del camino asfaltado a la calle de tierra. Cuando la alcanza, acelerando otra vez un poco, comienza a elevarse, de entre las ruedas traseras, un chorro denso de polvo amarillento que se ensancha a medida que gana altura y que remata en un remolino. Dos hileras de laureles rosa bordean la calle, pero las hojas y las flores rosadas están agrisadas por el polvo que se acumula sobre ellas. Un chico cruza la plaza en diagonal, lento, roto, balanceando una botella de vino tinto en una

mano y un sifón en la otra, bajo los palos borrachos y los naranjos raleados por el calor que proyectan sin embargo fragmentos de sombra tenue sobre el pasto amarillento. Al ver el coche negro se detiene dos o tres segundos observándolo, y después sigue su camino, pasando entre un globo blanco de alumbrado, en equilibrio sobre una columna, y el busto de San Martín apoyado sobre un pilar oblongo cuya blancura ha sido atenuada por la intemperie. Otra mirada lenta, larga y pensativa, sigue al coche negro cuando pasa frente a la comisaría: un agente en mangas de camisa con un pañuelo blanco atado alrededor del cuello para absorber el sudor, está parado en la vereda alta, de ladrillos, de la comisaría, a la que se accede desde la calle arenosa por una escalinata de ladrillo. Las veredas altas, construidas a menudo en el centro del pueblo para prevenir las inundaciones, parecen doblemente inútiles a causa de la seca. El agente se ha dado vuelta para contemplar el auto que se aleja despacio, envuelto en la nube de polvo amarillento, y su expresión pesada, trabajosa, de bestia embrutecida por el calor, va formándose con movimientos faciales tan lentos e inconexos, tan desarticulados que más que una expresión propiamente dicha parecen una serie de muecas sin sentido, sin ninguna relación con alguna hipotética fuente interna que les diera origen. Hacia la playa, en las afueras, las veredas de todo tipo desaparecen. No hay ni cunetas. Hay, únicamente, la cinta recta, amarillenta, de bordes irregulares perdidos entre yuyos polvorientos separados de los patios delanteros por algún senderito invisible y por tejidos de alambre; alguna casa antigua de ladrillos sin revocar o casas modernas, prolijas y arboladas, de fin de semana, rompen la monotonía de la calle. Elisa dobla y ve, hacia el fondo de la calle, a unos ciento cincuenta metros adelante, los grandes árboles que forman una techumbre densa sobre la calle abovedada y la vereda de tierra. Por el hueco que dejan los árboles, al final del túnel de sombra, se ve una porción de cielo azul, pero no el río. El chorro de polvo se convierte en una nube que cubre literalmente al coche negro, cuando Elisa frena, en declive hacia la vereda, frente al portón trasero de la casa blanca.

—Sábado, ya —dice el Gato, que ha salido a la vereda, en short y descalzo, y que mira ahora su sandalia —la argolla de bronce— como si fuese la única porción de su persona que le interesara. Tostado por el sol de todo el verano, su cuerpo, casi sin vello, aparte de algunos pelos rubios en el pecho y en las piernas, resalta contra los listones verticales, pintados de verde, del portón de madera. Elisa pasa a través de su brazo desnudo, dejándolo colgado del hombro izquierdo, el bolso de paja que ha mantenido hasta hace unos segundos contra su vientre, aferrado con las dos manos.

—Sí, sábado —dice.

El Gato sacude la cabeza despacio.

—Sábado —dice.

Se aproxima y le da un beso rápido en los labios. La barba de varios días, rojiza, araña un poco las mejillas de Elisa. El Gato hace un movimiento de cabeza hacia el auto y juntando las yemas de los dedos sacude la mano varias veces a la

altura de la boca, hacia sus labios entreabiertos, acompañando su ademán de una mirada interrogativa, para saber si Elisa ha traído algo de comer.

– Hay de todo – dice Elisa, sonriendo y dirigiéndose hacia el coche negro. El Gato señala las dos cajas de cartón acomodadas en el asiento trasero.

– ¿Más simonías?

– Sí. Los sobres y la guía telefónica – dice Elisa,

– ¿Y el libro de Pichón? – dice el Gato.

– Está entre los sobres.

– Muuuuy bien – dice el Gato, parodiando la entonación de un maestro de escuela que estuviese dirigiéndose a un alumno que ha repetido de un modo correcto su lección.

Lo que va en la heladera – carne, legumbres, frutas a la heladera; el resto queda en la caja de cartón, en un rincón de la cocina, detrás de la puerta que da a la galería: Elisa y el Gato acomodan los alimentos, se sirven un vaso de vino blanco y salen a la galería. El contraste entre la penumbra de la cocina y la luz cruda del exterior los hace parpadear. Más allá de la galería están los tambores de aceite, oxidados y acanalados, uno vertical, el otro acostado, y después vienen las balerías viejas, semienterradas, y las cubiertas podridas, manchadas de barro seco, que yacen entre los yuyos resecos, exangües; y en el fondo, bajo los eucaliptos, en la parte de terreno limpia de pasto – que el Gato y Tomatis, observa Elisa, se habían puesto a desbrozar inexplicablemente una mañana, interrumpiendo su trabajo con la misma brusquedad con que lo habían comenzado, de modo tal que al revés de todos los patios traseros del universo, la parte del fondo estaba limpia y la parte delantera invadida por la maleza – manchado por las perforaciones de luz que se cuelean entre las hojas, el bayo amarillo, que los contempla, y del que únicamente la cola se mueve, con un ritmo regular y acompasado.

– Don Layo me lo mandó para protegerlo del asesino – dice el Gato –. Pero tengo la impresión de que él preferiría que lo protejan de mí. No me puede ni ver.

Avanzan hacia el fondo. Los yuyos altos, que chasquean, castigan un poco las pantorrillas de Elisa; el Gato se le adelanta un par de metros, mirando fijo hacia el caballo. Elisa lo sigue negligente, y cuando el Gato se detiene a dos o tres metros del animal, Elisa se detiene a su vez, toma un trago de vino, y recomenzando su marcha llega junto al Gato y se vuelve a parar. El bayo amarillo está de cara a ellos, enfrente, plantado con esa asimetría propia de los caballos: las patas, torcidas en las articulaciones, demasiado flacas en relación con el volumen del cuerpo, ligeramente zambo, y la cabeza, sobre todo, debido al cuello largo, que da la impresión de venir mal colocada en relación con el resto del cuerpo, un poco al costado, de modo que es la paleta y la curva del abdomen, que oculta el cuarto trasero, lo que la cabeza deja ver. Entre las orejas separadas cae un flequillo de crin, más claro que el resto del cuerpo. El bayo amarillo, ante la proximidad de sus visitantes, se ha puesto rígido, inmóvil; únicamente la cola lo traiciona: de vez en cuando, como un péndulo, aparece, atrás, desplegada, del mismo color que las crines que caen en flequillo entre las orejas, y vuelve a desaparecer para reaparecer

unos segundos más tarde del lado opuesto.

En el silencio de la una, bajo los árboles, el bayo amarillo, al que Elisa y el Gato, desde dos metros de distancia, contemplan inmóviles, está inmóvil, las orejas enhiestas y separadas por el flequillo de crin más clara que el resto del pelo, las fosas nasales negras, los ojos que bizquean un poco, la cabeza ligeramente al costado, dando de ese modo la impresión de venir mal colocada en relación con el resto del cuerpo. La cola, más clara, como el flequillo de crin, que el resto del cuerpo, con un chasquido metálico, lo traiciona, apareciendo, desplegada, a la derecha del cuerpo y volviendo a desaparecer.

De un modo brusco, el Gato se lleva su vaso de vino blanco a los labios y lo vacía de un trago, sin dejar de mirar, mientras toma, en dirección al bayo amarillo, que los contempla inmóvil. También Elisa está inmóvil. Un chasquido leve, como de granos de arena minúscula frotándose entre sí, fugaz, se deja oír, y la cola del caballo, que ha aparecido, desplegándose, hace unos segundos, por la derecha del cuerpo, volviendo, de un modo instantáneo, a desaparecer, aparece, ahora, desplegada, por el costado izquierdo del cuerpo, y vuelve, instantánea, a desaparecer.

Una torcaza se pone a cantar. La cola del bayo amarillo, que se ha desplegado, hace unos segundos, por el lado izquierdo del cuerpo, produciendo un chasquido leve, metálico, ha vuelto, de un modo casi instantáneo, a desaparecer. Elisa alza la cabeza hacia la copa de los eucaliptos, buscando al pájaro, que ha de haberse asentado entre las hojas, dispuesto a sestear. Pero las ramas, altas, de los eucaliptos, en (re las que se divisan, aquí y allá, manchas de sol, parecen desiertas. El arrullo grave, profundo, de la torcaza, se oye una vez, y Elisa, que ha comenzado a bajar la cabeza, vuelve a elevarla de un modo brusco, y a pasear su mirada en todas direcciones, entre las hojas, tratando de descubrir el punto desde el que le llega el canto de pájaro invisible.

La cola del caballo, más clara, como el flequillo de crin, que el resto del pelo amarillento, ha vuelto a desaparecer entre los cuartos traseros, después de haber aparecido, desplegada, con un chasquido metálico, por el lado izquierdo del cuerpo. Es lo único que se mueve del cuerpo compacto, asimétrico, que irradia un aura de tibieza, un olor único, del que no son ajenos sin duda su propia bosta y el forraje diseminados en el suelo, y que es más intenso que el de los eucaliptos, entre cuyas ramas, invisible, una torcaza ha arrullado por segunda vez.

Con el vaso vacío en la mano, el Gato mira fijo al bayo amarillo. Bajo la protuberancia de la frente, de la que parte la doble línea huesuda del conducto nasal, los ojos del caballo le sostienen la mirada. El cuerpo amarillento, del que se percibe la tensión, se mantiene en una perfecta inmovilidad ya que el alerta en el



que se ha puesto al verlos aproximarse parece controlar hasta el más mínimo latido. Únicamente la cola, con cierta regularidad, se sacude, como un péndulo, y reaparece ahora, después de haber aparecido por el costado derecho de los cuartos traseros, por el costado izquierdo, desplegándose con un chasquito metálico, apagado. Una torcaza se pone a cantar entre las ramas de los eucaliptos, en algún punto invisible por encima de sus cabezas, en el silencio de la una, y después de unos segundos de interrupción, en el momento en que Elisa, que ha alzado la cabeza para tratar de descubrir al pájaro entre las hojas, comienza a bajarla hacia el caballo, vuelve a emitir un arrullo tibio, grave, desde el punto invisible entre las hojas en el que se ha instalado a sestear.

– No me puede ni ver. Fíjate cómo me mira – dice el Gato.

Elisa que, con la cabeza elevada, escruta las ramas de los árboles, buscando el sitio desde el que han venido los arrullos de la torcaza, abandona su búsqueda y observa al caballo.

– Me da lástima – dice.

– ¿A pesar del vergón que tiene, el muy hijo de puta? – dice el Gato.

Elisa se inclina hacia un costado y deja caer la cabeza sobre el hombro derecho para mirar, entre las patas traseras del caballo, la bolsa negra de los genitales.

– No noto nada de particular – dice enderezándose.

– No has de estar entre las yeguas de su predilección – dice el Gato.

Elisa se da vuelta en dirección a la casa, de un modo lento, con desdén.

– Paranoico – dice –, y guarango por añadidura.

...y guarango – dice – por añadidura.

El Gato la retiene, agarrándola por el brazo, atrayéndola hacia sí, y haciéndola trastabillar. Elisa se deja caer, riendo, contra el cuerpo del Gato; debido a la violencia de su movimiento, un poco de vino blanco se escapa del vaso y cae al suelo, donde es absorbido de inmediato por la tierra reseca, dejando una manchita húmeda. El Gato, que ha pegado su cuerpo contra la espalda y las nalgas de Elisa, pasa las manos por debajo de sus axilas y comienza a acariciarle las tetas por sobre el vestido blanco: la palma de la mano derecha y el dorso de la izquierda, en la que tiene el vaso vacío, refriegan con violencia calculada las dos protuberancias carnosas. El bayo amarillo se agita y empieza a recular: sus vasos chasquean al golpetear contra la tierra, la cola se sacude con violencia, y la cabeza empieza a subir y bajar, a moverse de izquierda a derecha, de modo tal que el aura tibia se agita y recula con cada reculón del cuerpo amarillento.

Por tercera vez, después de diez segundos de intervalo, la torcaza deja oír su arrullo grave, blando, gutural, desde el punto impreciso entre las ramas de los árboles en el que se ha posado, sin duda, a sestear.

Cuando, con la misma brusquedad con que ha comenzado, la violencia de las caricias del Gato se apacigua, el bayo amarillo, que ha empezado a sacudirse y recular se inmoviliza, fijando su mirada en la pareja que se ha inmovilizado a su vez, abandonándose al abrazo un instante brevísimo, durante el cual, abrupta, y después de diez segundos de intervalo, la torcaza deja oír su arrullo por tercera vez. El arrullo resuena en el silencio soleado, caliente, de la una, cuando el chasquido de las patas del caballo contra la tierra arenosa apenas si ha terminado de esfumarse por completo del aire espeso. El canto peculiar, gutural, tibio y blando de la torcaza, de una duración no mayor que la de uno o dos segundos, ha parecido estar, durante su breve manifestación, en la punta misma del tiempo, como si hubiese sido la sola fuerza, debilísima, que ha sacado al universo entero de su inercia mineral, poniéndolo otra vez en marcha después de un hiato indefinido de detención general, de naufragio periódico.

Por alguna razón imposible de desentrañar, comenta Elisa, el Gato y Tomatis se habían puesto a desbrozar una mañana el sector del fondo del patio trasero, abriendo también un sendero en dirección al motor, del otro lado de la casa, y dejando toda la parte delantera cubierta de esos yuyos salvajes y resecos, sin siquiera haberse tomado el trabajo de juntar las baterías semienterradas, las cubiertas podridas y manchadas de barro seco, los tambores de aceite acanalados y oxidados, que eran los vestigios del período fasto de la familia Garay, de la época anterior a la muerte de Garay padre – anterior a la partida de Pichón –, en la que todavía podían darse el lujo de un automóvil. Cualquiera persona normal, continúa Elisa, mientras avanzan entre la maleza hacia la galería en la que yace al sol la perezosa de lona anaranjada, cualquier otro ser humano que no hubiese sido ni el Gato ni Tomatis, hubiese comenzado por juntar primero las baterías, las cubiertas y los tambores para ponerse después a cortar los yuyos desde el borde de la galería hacia el fondo del patio. Inexacto, dice el Gato, en el momento justo en el que sus alpargatas descoloridas se posan en las baldosas coloradas de la galería: Elisa, que le lleva una ligera ventaja, gana de un par de trancos decididos la cortina azul. Inexacto: los vestigios de la era técnica – las cubiertas, las baterías, los tambores oxidados – debían ser considerados como un añadido legítimo al paisaje, con el mismo derecho que, por ejemplo, los eucaliptos, que habían sido plantados por la mano del hombre. Ninguna razón, dice el Gato, siguiendo a Elisa en la cocina, por lo tanto, para retirarlos, y en cuanto al supuesto orden natural que según Elisa el resto de la humanidad pretendía decretar que debía tenerse en cuenta para la limpieza de un patio, saltaba a la vista que se trataba de una pretensión absurda. Como el espacio era infinito, no empezaba en ninguna parte; cada uno de los puntos que lo componían eran equivalentes. Empezar en un punto cualquiera significaba no limpiar, detrás de sí, un espacio infinito, y hallarse ante la perspectiva de tener que desbrozar, ante sí, otro espacio infinito, o, mejor dicho, la parte infinita del mismo espacio infinito que comenzaba en el filo de la azada. El Gato deposita el vaso vacío sobre el mantel a cuadros blancos y azules: estaba

claro, entonces, que el punto en el que se comenzaba a limpiar, o en el que se abandonaba el trabajo, eran indiferentes. Se estaba siempre condenado a no limpiar más que un fragmento, y a dejar, de todas maneras, cualquiera fuese el punto en que se empezara y en que se terminara y cualquiera fuese también la extensión del terreno desbrozado, un espacio infinito cubierto de maleza, cualquiera fuese la dirección en la que dirigiese la mirada.

El mundo estaba fuera de él, dentro de un gran diamante, y no existía ninguna abertura que le permitiese entrar; había que resignarse a tocar con los dedos la pared lisa, había dicho el Gato, en el momento en que se sentaban a la mesa, y comenzaban a servirse, en los platos blancos, sobre el mantel a cuadros blancos y azules, rodajas de los tomates que Elisa había cortado y preparado con sal, aceite y vinagre en el fogón de baldosas coloradas. Después se había puesto a comer en silencio. Ella, en cambio, había dicho Elisa, había momentos en que parecía flotar; no había ni mundo externo, ni mundo interior; no había nada. Pero era únicamente por momentos. Después se había puesto a describir, con voz monótona, abstraída, la ciudad: no se veía, al atardecer, cuando por lo general sabía estar lleno, un alma en el centro. De mañana, cerca de mediodía, incluso un sábado, los pocos negocios que no habían cerrado estaban, a pesar de la frescura relativa que irradiaban sus umbrales, vacíos. El asfalto azul de las calles se fundía al sol. Podía oírse hasta el rumor de la luz.

En la otra perezosa, a la que ha vuelto a sentarse hace unos momentos, el Gato dormita, con los ojos cerrados y las manos apoyadas una sobre la otra en la coronilla de la cabeza. Su cara brilla sudorosa. Elisa manda miradas lentas de reconocimiento hacia ese silencio soleado, caliente, que se abre entre ella y el fondo de eucaliptos, bajo cuya sombra atravesada de rayos solares el bayo amarillo vegeta tranquilo. El espacio abierto, rectangular, más largo que ancho, bordeado de ligustros polvorientos, bajo el cielo calcinado, se presenta ante sus ojos con tanta nitidez que durante unos segundos le parece percibir en su dimensión justa cada uno de los tallos de cada uno de los arbustos resecos, de altura irregular, de entre los que emergen, diseminadas, las baterías y las cubiertas semipodridas y manchadas de barro seco, cada una de las escaras de óxido que se acumulan en la superficie acanalada de los tambores de aceite. Y la dimensión justa de sí misma, además; como si ella misma no fuese más que un tabique transparente, a través del cual otra mirada, no la suya, estuviese mirando ese paisaje inerte del que también su propia transparencia forma parte. Durante varios segundos su mirada fija, sin parpadeos, permanece clavada en el centro vacío del espacio abierto, hasta que, de golpe, como si se hubiese formado, espontánea, del vacío mismo, una mariposa se pone a revolotear en el patio trasero, entre la punta de los yuyos y el cielo, a baja altura, indecisa, las alas negras y palpitantes atravesadas de franjas amarillas. Ahora la mirada de Elisa se concentra en la mariposa que comienza a girar en redondo, subiendo y bajando, agitando sin parar las alas rayadas de amarillo en un

espacio del que parece haberse apropiado y que no tiene más de cuatro o cinco metros de diámetro. Sin dejar de aletear, baja a veces hasta las puntas más elevadas de los yuyos, rozándolas al pasar o revoloteando una fracción de segundo a su alrededor, y después se eleva de golpe, en línea recta o girando al mismo tiempo que sube, llenando el aire vacío, en el que sus alas rayadas de amarillo destellan por momentos, de un diseño intrincado de líneas rectas, curvas, verticales, oblicuas, espiraladas, horizontales, de modo tal que la apariencia homogénea del vacío en el que evoluciona va desmantelándose, gradual, hasta transformarse en una infinitud de fragmentos imaginarios, como si el cuerpecito palpitante en el que toda la vida del universo pareciera haberse concentrado, fuese hendiéndose, con el filo de su ser, el aire translúcido. Elisa sigue las evoluciones continuas de la mariposa; su mirada se abandona a ese laberinto geométrico, y durante varios segundos hasta la sensación de su propia transparencia desaparece, como si de golpe se hubiese puesto ella misma a girar en el aire vacío o como si la mariposa hubiese concentrado en ella no únicamente todo lo exterior, sino también lo interno de Elisa diseminado ahora y sin conciencia de su nueva condición en el cuerpecito blando y aterciopelado y en las alas estremecidas y rayadas de amarillo.

Desnuda, Elisa avanza un poco sobre la cama, en cuatro patas, hacia la cabecera, mirando por encima de su hombro, atenta a los movimientos del Gato que la sigue desplazándose con las rodillas y sosteniendo en la palma de la mano derecha, entrecerrada, su pene erecto, rojizo; la cama se sacude un poco, como consecuencia del movimiento de los cuerpos que buscan una posición cómoda para aparearse. El ventilador, sobre la mesa de luz, barre en semicírculo, periódico, el aire caldeado, en la semipenumbra diurna de la habitación. Cuando el Gato, pegándose a sus nalgas, después de hurgar con los dedos y con la punta de su pene los pliegues de su sexo, la penetra por fin, de un modo brusco, Elisa emite un quejido y, manteniéndose en equilibrio difícil durante una fracción de segundo, retira las manos de sobre la almohada y adhiere las palmas a la pared blanca, rugosa, por encima y a los costados de su cabeza, con los dedos separados. Su frente roza la pared blanca. El Gato va entrando y saliendo de su cuerpo, con movimientos regulares que cambian de ritmo, de velocidad, de profundidad, de modo tal que por momentos el pene entra hasta el fondo, con un empuje lento y calculado, volviendo a salir con la misma lentitud, y por momentos Elisa siente una serie de sacudidas breves que se expanden como en ondas concéntricas por todo su cuerpo, estremeciendo al pasar, como las ondas de un río las plantas acuáticas y los detritus que flotan en la superficie, todos sus músculos. Por momentos, la cabeza rojiza toca un punto crucial, en alguna parte, en el fondo, una especie de nudo que lanza radiaciones circulares y concéntricas que van llegando, a través de los órganos, de los tejidos, de los nervios, de los huesos y de los músculos, hasta la piel, y como las primeras no han terminado de expandirse que la cabeza roja ya está tocando el punto otra vez, nuevas radiaciones se superponen a las primeras, de modo tal que su desplazamiento sin fin se instala en la mente y

en el cuerpo de Elisa, eliminando todo pensamiento. A su alrededor, el universo entero parece aniquilado, remoto; del hombre que está entrando y saliendo, rítmico, de su cuerpo, de quien hasta hace unos momentos sentía patente el órgano largo, duro y húmedo, no subiste más que una masa vaga, borrosa, que toca de vez en cuando el punto estremecedor. A medida que aumentan la frecuencia y la intensidad de las radiaciones, que van superponiéndose, cada vez más numerosas, más rápidas, más profundas, Elisa va elevando la cabeza, con los ojos cerrados, y abriendo cada vez más la boca, saca por fin la lengua, recta, tensa, rojiza, que empieza a humedecer sus propios labios y a vibrar, en punta, rígida, en el aire, entre las comisuras, hasta que se pone a lamer la pared blanca. Al mismo tiempo, sus caderas se ponen en movimiento, de un modo lento primero, con un balanceo de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, hasta que un nuevo movimiento, circular, se agrega al primero, de modo tal que la esfera compacta de sus nalgas, sacudida por el ritmo complejo de sus movimientos, transmite sus sacudimientos al cuerpo desnudo montado sobre ella. Con el orgasmo, los cuerpos alcanzan el límite de tensión, que dura unos segundos, hasta que, abandonándose, sin perder rigidez, se dejan caer, estirado uno sobre el otro en la sábana blanca, duros y superpuestos uno al otro como dos tablones de madera.

Minuciosa, casi con bondad, prepara una jarra de limonada. La tarde va pasando despacio, imperceptible, y cuando en el fondo de la jarra no queda más que un sedimento turbio, y pedazos de limones exangües, el Gato, que ha estado espiando, de tanto en tanto, al caballo desde la cocina, por la hendidura que dejan la cortina de lona azul y el marco negro de la puerta, decide ir a varearlo en el atardecer, saliendo por la costa y dejando atrás la casa blanca y la playa a la que han vuelto a acudir los bañistas cuyos gritos, voces y chapaleos, le llegan nítidos y remotos, sin lograr, sin embargo, atraer su atención mientras deambula, desnuda por la casa, o contempla, echada en la cama, la penumbra que se concentra en el techo del dormitorio. Durante unos minutos se adormece, con un sueño rápido, superficial, que más que un sueño es una especie de incertidumbre un poco más aguda que lo ordinario acerca de su estado —acerca de la vigilia engañosa y del sueño turbador— y del que despierta, o al que deja atrás, más bien, con la boca pastosa y un poco embrutecida. Después se pone la malla de dos piezas, exigua, de una tela elástica de un naranja vivo atravesado de rayas oblicuas, negras, se saca el reloj pulsera dejándolo sobre la mesa de luz, apaga el ventilador, y atravesando una tras otra las habitaciones blancas con las aberturas pintadas de negro, muebles escasos y piso de baldosas coloradas, sale a la playa por la puerta delantera. Los bañistas se abandonan en la luz declinante: el río liso, sin una sola arruga, va volviéndose violáceo con el atardecer, y enfrente, en la orilla, la isla baja y polvorienta está inmóvil y desierta. Su barranca, en declive suave, termina en un borde rojizo que el agua carcome. Elisa atraviesa la playa, sorteando lenta los bañistas sentados en la arena o sobre toallas de colores, y se detiene en la orilla: el bañero, como una especie de ser subacuático, ciego y pesado, emerge del río, a diez

o doce metros de la orilla, mostrando primero el lomo brillante alrededor del cual el agua se arremolina, y sacando en seguida la cabeza, brusco, sacudiéndola con violencia lenta para liberarse del agua. A medida que avanza hacia la orilla su cuerpo emerge, gradual, del agua: los hombros, el pecho, el abdomen tenso y redondo, el pantaloncito de baño pegado a las piernas relativamente flacas en relación con el volumen del cuerpo, las rodillas pétreas. Un pito pende de su pecho, asegurado alrededor del cuello por un hilo negruzco. Chorreando agua, el bañero pasa a su lado y la saluda con deferencia. Elisa contempla sus pies, bronceados como el resto del cuerpo; al caminar sobre la franja de arena húmeda que bordea la playa, dejan ver las plantas blancas que imprimen huellas anchas e irreconocibles, casi inhumanas. Elisa permanece inmóvil en la orilla, aspirando el olor peculiar del agua, salvaje, a detritus, a plantas acuáticas, a barro y a pescado. El estruendo que producen los cuerpos al sumergirse, las voces, los gritos, los pataleos de los chicos en el borde del agua, parecen resonar lejos, como si Elisa estuviese en otra parte, en penumbras todavía, y los oyese venir, filtrándose a través de las paredes, de los cuartos vacíos y del aire o, mejor incluso, como si encerrada en una habitación, en la oscuridad, a miles de kilómetros de allí, estuviese únicamente imaginándolos. Cuando se zambulle y empieza a evolucionar bajo el agua, los ruidos se desvanecen de su oído pero persisten todavía en la memoria, un poco más nítidos, le da la impresión, que cuando estaba escuchándolos parada en el borde de la playa, e incluso un poco más nítidos que el rumor subacuático que la envuelve mientras permanece en el fondo. El chapuzón la ha despejado un poco, y al salir del agua y ponerse a caminar entre los bañistas dispersos sobre la arena, el aire tibio se adhiere a su piel, como si el crepúsculo, a pesar de haber disminuido su incandescencia, lo hubiese vuelto un poco más pegajoso. Bajo la ducha fría se siente todavía mejor: como si el agua fuese abriendo, poco a poco, un telón en su mente, dejando ver un decorado minucioso, bien iluminado, de comedia burguesa; todos los objetos son nítidos, con sus siluetas recortadas limpias en el espacio, reconocibles en tanto que tales, definidos en sus funciones y puestos en el lugar exacto que les corresponde. Cuando su mente se vacía otra vez, no hay ni peso, ni opacidad, ni angustia. Es apenas el intervalo natural entre decorado y decorado, como el ramalazo negro que separa, sobre una pared blanca, la proyección de dos diapositivas de colores. Mientras se va secando en el cuarto de baño le vienen recuerdos, pensamientos, representaciones precisas de personas y de objetos familiares que ocupan, en el mundo, un lugar natural del que Elisa no duda ni un segundo que sea el justo y el verdadero. La nitidez fácil del mundo le produce una euforia breve, que se manifiesta con el vigor con que se va frotando, minuciosa, el cuerpo desnudo con la toalla verde. De pronto, un recuerdo permanece, se ahonda, ocupa todo el horizonte visible, y Elisa va recuperando, uno a uno, sus detalles, va situándolo en el museo de su pasado, toda vuelta hacia él, acompañando su evocación, que se le ha presentado porque sí, sin ninguna razón aparente, de los movimientos vigorosos que imprime a la toalla verde sobre su piel húmeda, color de bronce. No es ni siquiera consciente de estar

recordándolo. Va adentrándose en él como en una ciénaga, y a medida que se hunde, no percibe tampoco que su recuerdo no tiene fondo, que podría ir agregando, si se lo propusiese, y si la memoria se pusiese de su lado, detalles al infinito. Después atraviesa, descalza, en puntas de pie, las habitaciones blancas y se viste en el dormitorio. Frente al espejo del baño, mientras va cepillándose, despacio, el pelo negro mojado, el recuerdo la abandona. Una sucesión de imágenes, semejantes a las de un entresueño, ocupa su lugar. Está en eso –cepillándose el pelo mojado, mientras las gotas de agua resbalan por sus mejillas y por su cuello, en el cuarto del baño al que llegan los ruidos remotos de la playa a pesar de todo tan próxima – cuando llega el Gato, sudoroso, respirando fuerte, con ese aire afiebrado de la gente que vuelve del campo, y su expresión reconcentrada, ni indiferente ni hostil sino más bien distante, errática. El Gato sale del baño con la brusquedad con que ha entrado. Cuando Elisa termina de peinarse y abandona a su vez el baño, lo encuentra copiando nombres y direcciones de la guía telefónica en los sobres blancos. "Me pregunto qué carajos piensan mandar adentro", murmura el Gato, oyéndola entrar, sin interrumpir su trabajo. Elisa se sienta frente a él, del otro lado de la mesa y permanece inmóvil diez segundos: después se vuelve a parar. Realiza, maquinal, dos o tres trabajos domésticos, y después, volviendo a atravesar la habitación en la que el Gato escribe, inclinado hacia los sobres y la guía telefónica, se dirige hacia la habitación del frente y, abriendo la ventana de par en par y acodándose en el marco, se pone a contemplar la playa. Muchos bañistas ya se han retirado. De un modo inconsciente, ha estado sin duda escuchándolos pasar en dirección al pueblo o a la ciudad, a pie o en auto, por la ventana del dormitorio o desde el cuarto de baño, cuyo ventanuco, alto, se abre a la galería, pero que, del mismo modo que el dormitorio, está construido sobre la fachada lateral que da sobre la vereda. Los que quedan, seis o siete incluido el bañero que será sin duda el último en retirarse, evolucionan lentos por la playa, ennegrecidos, y sus siluetas, paradójicas, se recortan más nítidas en la luz descompuesta. El crepúsculo ha transformado el espacio visible en cuatro franjas sin profundidad, de colores diferentes: arriba, la franja ancha, verdosa, del cielo, contra la que se recorta la filigrana negra de la vegetación de la isla, entre cuyas perforaciones intrincadas reaparecen las manchas verdes del cielo; la franja violeta del agua, que viene después de la de la vegetación y que esta llena de manchitas de brillo liso que conservan su tonalidad violácea, y por último la arena azul, que anuncia la noche, y sobre la que se asientan, como incorpóreas, las siluetas movedizas de los últimos bañistas cuyos perfiles relumbran en la luz ausente y cintilante. Cuando Elisa se retira de la ventana, entornándola, el azul de la playa ya está ganando el espacio entero. En el fondo de la casa, los eucaliptos negros se recortan contra una mancha de un rojo amarillento. Al atravesar las habitaciones, Elisa ha oído el ruido de la ducha, en el cuarto de baño, y ahora, instalada en la perezosa, en la penumbra azul de la galería, lo ve llegara, recién bañado y afeitado, con un vaso de vino blanco en la mano. Durante un buen rato intercambian, en el anochecer, hasta que se hace noche cerrada, un diálogo desgano, interferido por silencios sin fin, que

interrumpen para ir a comer. Elisa saca, de la heladera, un bloque de carne roja y fría que se pone a cortar en pedacitos y que cocina en la sartén: el vino blanco va subiéndoles, gradual, a la cabeza, pero están demasiado habituados a él como para que el efecto, en lugar de la euforia, pase de un delirio ligero, casi imperceptible, como un bordoneo lejano o un empañamiento levísimo de la visión. Durante la comida se distraen oyendo, imaginando, el ruido de un motor de auto que va aproximándose desde el centro del pueblo hacia la costa, y que se detiene en la playa; oyen las voces y las risas de una pareja que baja del auto y se esfuma en la oscuridad y en el silencio de la playa. Después erran, durante un buen rato, olvidado uno del otro, por la casa, saliendo al exterior por el frente, hacia la playa o a la galería, toqueteando, observando o cambiando de lugar aquí y allá, algún objeto, hasta que por fin se juntan en la galería y haciendo chasquear los yuyos al atravesar el fondo, se paran unos momentos, bajo los eucaliptos, cerca del bayo amarillo que, como viene haciéndolo desde que está en la casa, se inmoviliza y se pone en tensión ante la proximidad humana. La vida oscura y confusa que emana del caballo, como una especie de torbellino cálido, pero al mismo tiempo blando y apagado, forma un aura a su alrededor que recula con él cuando el animal recula y que se inmoviliza si permanece inmóvil. Cuando Elisa está desvestiéndose para acostarse, el Gato entra en el dormitorio a buscar el libro que Pichón ha mandado de Francia. Viniendo por detrás, el Gato se pega a su cuerpo desnudo y comienza a murmurarle obscenidades en el oído; Elisa las oye, remota, sin dejar de desplegar su vestido blanco sobre el respaldo de la cama, como quien oye llover. Antes de salir del dormitorio, el Gato le señala dos manchitas de sangre impresas en el centro de la sábana: de sangre eres, salmodia, y en sangre te convertirás. Después sale. Antes de acostarse, Elisa pone en marcha el ventilador, enciende una espiral. En la oscuridad, contra el fondo monótono del zumbido del ventilador, echada boca arriba, desnuda sobre la sábana húmeda, oye, viniendo desde la cocina, el portazo de la heladera, un tintineo de botellas, el ruido de una silla que se desplaza sobre las baldosas. El Gato ha de estar, con el vaso de vino blanco al alcance de su mano, inclinado hacia el libro abierto que reposa sobre la mesa de la cocina, mientras el humo de su cigarrillo azul, sube, disgregándose, hacia la lámpara a cuyo alrededor vienen a revolotear las mariposas nocturnas que se destrozan chocando, enceguecidas, contra la mesa o contra las paredes. Ha de estar ignorando lo que lo rodea, sosteniendo, él solo, en la noche de verano, el libro que sin él, sin su abandono, hubiese sido un objeto más, inerte y mudo, sobre la mesa de luz, olvidado y sin vida entre el ventilador que zumba continuo y la punta incandescente de la espiral. Elisa se lleva, de un modo instintivo, el pulgar de la mano izquierda a la boca y empieza a chupárselo; la succión forma un remolino de saliva alrededor del dedo, y el ruido peculiar de las chupadas resuena en la oscuridad del dormitorio. Sin ninguna transición, de un modo brusco, como si la oscuridad que ocupa la mente durante el sueño fuese producida por un interruptor mecánico de efecto instantáneo, Elisa se queda dormida. Dos horas más tarde — Elisa no sabe que han transcurrido dos horas— se despierta durante unos



segundos, se incorpora un poco, y echa una mirada embrutecida a su alrededor: la luz está encendida y el Gato, la espalda apoyada contra la almohada doblada en dos, está echado a su lado en la cama, leyendo. Elisa se olvida, casi en el mismo instante en que la percibe, de la escena que tiene ante sus ojos, y se vuelve a dormir. Un trino enloquecido de pájaros la saca de su sueño: por la ventana entreabierta, la luz de la mañana agrisa la oscuridad del dormitorio. El Gato duerme con la cara aplastada contra la almohada doblada en dos, la boca abierta y torcida, las nalgas, más blancas que el resto del cuerpo, ligeramente combadas, el brazo derecho estirado a lo largo del cuerpo, de modo tal que la mano se apoya en el arranque de la muñeca, con la palma hacia arriba y los dedos encogidos, como una garra. Con suavidad, para no despertarlo, Elisa sale de la cama y se dirige al cuarto de baño. En el mismo momento en que atraviesa el hueco de la puerta, oye el motor de un auto –sin duda el que han oído la noche anterior– que sube lento el declive de la playa y empieza a alejarse en dirección al centro del pueblo. Elisa se contempla, durante unos segundos, de un modo mecánico, en el espejo, y después se sienta a defecar. Permanece rígida, plácida, las manos colgando blandas entre los muslos desnudos sobre los que se apoyan sus antebrazos, en la claridad gris que deja pasar el ventanuco alto que da a la galería. Como ya se ha habituado al trino excitado que mandan los pájaros desde los árboles de la vereda, ha dejado de oírlo. También se ha olvidado del motor del automóvil que podría oír sin embargo si prestara atención, llegando desde un punto impreciso del pueblo. Las detonaciones que siguen suenan demasiado lejos como para sobresaltarla: tiros aislados de revólver o de carabina y tableteos de ametralladora. Duran varios segundos, entrecortadas de silencios, nítidas y vagas a la vez, como si, debido al espacio que han recorrido para llegar hasta sus oídos, se hubiesen transformado en sombra de detonaciones, o como si hubiesen sonado en la imaginación o en el recuerdo.

XI. El Caballero, con toda seguridad, debía preguntarse, ya que los demás le eran exteriores, si lo mismo que le pasaba a él le pasaba a ellos, es decir: que cada vez que los miembros del grupo –su hermana la señora de San Ángel, el pederasta Dolmancé, Eugenia de Mistival, cuya educación en materia de libertinaje había sido el pretexto para la orgía, Agustín, el jardinero de la señora de San Ángel y, desde luego, el propio Caballero de Mirval– se acomodaban en una nueva posición que al principio tenía algo de escultórico, y se ponía en marcha el nuevo acto común, al final experimentaba la sensación de no haber avanzado nada y de encontrarse, como antes del comienzo, en el mismo lugar. En la ostentación excesiva que todos hacían de su amor por el libertinaje debía haber algo de sospechoso: llamaba la atención, sobre todo, el océano verbal en el que sumergían sus copulaciones y, en especial, la rutina de sus expresiones. Se hubiese dicho, a juzgar por la repetición invariable de sus exclamaciones, que la aspiración al goce

infinito y siempre renovado no pasaba de ser una simple propuesta programática y que, en la práctica sudorosa, la realidad imponía sus leyes rigurosas, condenando a los participantes a una monotonía ajena a toda contingencia, y al regreso periódico y sistemático de las mismas sensaciones. En la proximidad del orgasmo, las frases hechas salían de sus bocas tan sólidas y redondas, como si hubiesen estado escupiendo los dientes, cuya forma regular y universal podía reconocerse de inmediato: éste era un molar, éste un premolar, éste un canino. Para ocultar el rubor del fiasco, los participantes se ponían a hablar, teorizando: si habían pasado la tarde entera a inundarse de esperma, a introducir un tremendo miembro en el culo del vecino y a saborear los excrementos de esas damas encantadoras, era para no destruir el equilibrio de la naturaleza y para ayudar a las revoluciones sociales a realizarse hasta sus últimas consecuencias. Generalizaciones y discursos pedagógicos, destinados a instruir a Eugenia, menudeaban después de cada orgasmo colectivo. El Caballero debía esperarlos con impaciencia y escucharlos con alivio: eran minutos de tranquilidad descontados de la noria carnal. La naturaleza, las costumbres, la religión, cían el tema predilecto de las conversaciones, aparte del estudio minucioso de diferentes técnicas y prácticas sexuales, destinadas a perfeccionar los momentos de placer. El Caballero, que al final debía terminar exaltando los sentimientos puros y confesando que se prestaba a las manipulaciones de sus amigos por simple simpatía y buena educación, mostrando de ese modo que se había mantenido todo el tiempo un poco aparte del grupo, no podía plantearse el problema tal como saltaba a la vista: en el elogio gradual que iba de la cópula al asesinato, pasando por la masturbación, la succión, la sodomía, la coprografía, el masoquismo y el sadismo, su hermana la señora de San Ángel y el bufarrón Dolmancé, que eran los teóricos entusiastas de esas actividades, confesaban de un modo implícito su fracaso, ya que al último estado de voluptuosidad, el asesinato, se llegaba justamente a causa de la imposibilidad de obtener un goce pleno en los estadios inferiores. Se comían los excrementos del vecino porque retirarlos de su culo con el miembro y con los dedos no proporcionaba suficiente placer. Se le chupaba el miembro porque friccionárselo con la mano se transformaba en seguida en un acto mecánico. Se golpeaban las nalgas de Eugenia de Mistival hasta hacérselas sangrar porque Eugenia se mostraba demasiado bien dispuesta a dejarse penetrar por adelante y por atrás, lo cual la volvía, paradójicamente, más impenetrable y más evasiva, porque una vez que se la había penetrado por adelante y por atrás, se comprobaba que no se había obtenido ningún resultado decisivo y que sin embargo ya no quedaba nada que penetrar. Se llegaba al asesinato por desesperación y sobre todo, para salir de la esfera de la sexualidad que, como lo probaban las diferentes prácticas, no daba ninguna satisfacción. Había que recomenzar siempre, no para repetir un placer ya experimentado, como se pretendía teorizar, sino para ver si se lo experimentaba de una buena vez. La pruebas de que no se trataba de repetir un placer ya experimentado era que había habido una primera vez de realización del acto y que esa primera vez carecía de todo tipo de referencia empírica. Tampoco debía

experimentarse mucho placer con el asesinato ya que se trataba de una simple sustitución. El asesinato durante el acto, del que se hubiese podido decir que consistía en una forma compleja de sexualidad, era en realidad un gesto de impaciencia: como no se podía sacar nada sólido de ese cuerpo gesticulante y sudoroso, se lo suprimía. Con los mismos argumentos hubiese podido hacerse la apología del suicidio. La incapacidad de satisfacción no se debía menos al propio cuerpo que al ajeno. En realidad, el Caballero debía plantearse todos esos problemas para refutar la incontinencia teórica de sus amigos, y nada más que por eso. Si por él hubiese sido, nada le hubiese impedido fornicar de vez en cuando como Dios manda, con una mujer joven y agradable dispuesta a ser la madre de sus hijos, sin teorizar demasiado y sin esperar la obtención de un placer memorable. Dolmancé y la hermana del Caballero, en cambio, eran enemigos declarados de la procreación. El Caballero debía compartir sus opiniones por esnobismo, es decir, por carencia de opiniones propias. En general, todo hacía suponer que el Caballero se resignaba a esas fantasías por falta de carácter o por pura cortesía, rasgos que suelen acompañar al esnobismo. Que el esnobismo —un esnobismo trágico, en algunos casos, desde luego— podía ser el móvil de sus amigos era una posibilidad no del todo descartable. Pero en general podía decirse, debía pensar el Caballero, que se trataba de una intensa fobia del sexo y de las actividades sexuales. Si hubiese sido de otro modo, la señora de San Ángel no hubiese tenido todo el tiempo la convicción de estar corrompiendo a Eugenia. El empeño que ponían en corromperse unos a otros demostraba que de un modo natural adscribían la sexualidad a la esfera del mal. Si el maricón de Dolmancé en lugar de hacerse el pedante citando vagos ejemplos históricos y antropológicos para fundamentar sus teorías, hubiese estado al tanto de cómo ciertas sectas taoístas y tántricas concebían la sexualidad, le habría resultado fácil, si era capaz de hacer abstracción durante unos momentos de los culos de los muchachones que lo rodeaban, darse cuenta de que sus prácticas sexuales no eran elegidas por él, sino que estaban dirigidas desde fuera por la sociedad entera, la misma sociedad cuyos principios pretendía pisotear. Pero eso el Caballero no hubiese podido pensarlo por sí solo. El tiempo de ver las cosas desde ese punto de vista no había llegado todavía. La fobia de la sexualidad se veía patente en muchos detalles: primero de todo, estaban las disgresiones, que en el peor de los casos eran simples pretextos, de lo más groseros, para librarse de la obligación de fornicar, y en el mejor, la prueba de que la fornicación no era más que una simple ejemplificación parcial de una teoría general de la naturaleza. Ciertas perversiones eran de un modo evidente una forma de dar algún colorido a la actividad sexual propiamente dicha: por ejemplo, el marido de la señora de San Ángel se aburre a tal punto mientras su esposa le chupa el miembro, que para distraerse se hace cagar en la boca. La tesis de Dolmancé contra la procreación era también absurda desde el punto de vista de la sexualidad. Si se trata de fornicar la mayor cantidad de veces posibles con la mayor cantidad posible de sujetos, era evidente que si se calcula la cantidad de nuevas generaciones de sujetos que pueden ofrecérsele a un gran fornicador, la

pretensión de detener la procreación e impedir el nacimiento de nuevas generaciones de objetos sexuales es una forma teórica de limitar las posibilidades de goce sexual. El odio hacia el puritanismo se podía también interpretar desde ese punto de vista: si los libertinos martirizan a la madre de Eugenia, debía ser por envidia, ya que su castidad la eximía de la obligación de tener que fornicar de la mañana a la noche. En ese punto de su lectura y de sus reflexiones, el Gato alza la cabeza del libro y se queda inmóvil, con la vista clavada en la cortina de lona azul que separa la cocina de la galería: de a poco, las imágenes de su lectura van disolviéndose, y la conciencia de estar despierto, solo en la cocina iluminada, sentado frente al libro, junto a su vaso de vino blanco, en la noche de verano, lo gana, gradual, hasta que es consciente de todo, tan consciente que se diría que lo es un poco más de lo que puede soportar, porque si en un primer momento experimenta, durante unos segundos, la sensación de estar entre las cosas, de reconocerlas una a una y de poder palparlas sin mediaciones en su consistencia real, de acceder a su verdadera materia, esa sensación desaparece casi de inmediato y es sustituida por la impresión penosa de estar abandonado en un fragmento cualquiera de un espacio y un tiempo infinitos, sin tener la menor idea del trayecto que ha debido cumplir para llegar hasta allí ni de qué modo deberá comportarse para salir. Durante los segundos que siguen, le parece que la cocina iluminada, como una plancha decorada, endeble, que flota en un vacío negro y sin límites, es el único ser frágil engarzado en una nada oscura, hasta que, de un modo súbito, sin transición, las paredes blancas, la puerta abierta y la cortina azul, el mantel a cuadros blancos y azules sobre el que reposan el vaso de vino, el libro abierto, el cenicero, los cigarrillos y los fósforos, las sillas vacías, se transforman a su vez en abismo, en presencia sin fondo cuya serenidad superficial retiene a duras penas el torbellino incesante que se agolpa en su reverso. Perplejo, el Gato pasea lenta su mirada por el recinto iluminado, como si esperase ver, de un momento a otro, las paredes blancas ondular, las líneas rectas de los respaldos de las sillas y de la puerta volverse sinuosas, el cuarto entero perder cohesión y empezar a desintegrarse. Un mosquito, uno solo, un puntito agrisado que ulula bajo, y que se pone a girar ante sus ojos buscando sin duda el punto de su cuerpo en el que ha de asentarse, lo saca de su ensueño y lo induce a sacudir dos o tres veces, de un modo mecánico, a la altura de su cara, la mano que baja después hacia el vaso de vino, lo recoge de sobre el mantel a cuadros blancos y azules, y lo dirige hacia la boca. El vaso, que estaba sin embargo casi lleno cuando la mano lo ha recogido, regresa vacío a la mesa.

Los otros le eran exteriores: era difícil percibir con exactitud sus verdaderos deseos, sus verdaderos estados subjetivos, para poder compararlos con los propios determinando de ese modo el carácter universal o privado de la propia subjetividad. Si lo que le pasaba por dentro a él le pasaba también a los otros: tal era el problema que debía plantearse el Caballero de Mirval. Dolmancé iba formando, con sus cuerpos, las distintas posiciones, y cuando acababa de

componerlas se intercalaba a su vez, en el lugar que se había asignado, entre dos muchachones. Los cuerpos ajenos eran para Dolmancé los elementos de una construcción personal: los iba poniendo, uno a uno, como un chico sus cubos de colores, en el lugar de su fantasía. Pretendía ir ordenando el mundo según su propia locura, hasta que llegaba un punto en el que el mundo se borraba y no existía más que la locura. Pero como el Caballero no era más que un simple cubo de colores en la construcción, le daba lo mismo quién disponía las formas y que el destino se confundiera con la locura de Dolmancé. Naturaleza, destino, locura: todo debía mezclarse en la cabeza del Caballero, en quien el deseo, del que deseo era un nombre convencional, borraba, subiendo hacia la piel, los límites. Debía serle difícil sin duda saber si deseaba porque sus objetos eran dignos de deseo, o si porque ante la convención universal de que esos objetos eran deseables no le quedaba otra alternativa que desear. ¿Por qué deseaba? ¿Por qué el vientre de Eugenia de Mistival, moviéndose con un ritmo regular gracias al impulso que le imprimían las caderas, despertaba en él el deseo? ¿Por qué ese cuerpo que se movía lo hacía desear? Podía ser, por ejemplo, que de ese movimiento calificado en general como obsceno, el Caballero dedujese el deseo subjetivo de Eugenia, lo que le hacía creer, a él que lo veía desde afuera, en la existencia universal del deseo, y por lo tanto en su propio deseo, pero también era posible que Eugenia, sin desear al principio nada en particular, adoptara actitudes consideradas obscenas porque, partiendo del principio de que el deseo existía ya en el Caballero y en los demás como una tendencia universal de la que no quería verse excluida, dedujese a su vez su propio deseo y actuase como si hubiese un deseo que motivara sus acciones. De todos modos, el deseo, del que deseo era un nombre convencional ya que se llamaba deseo a una serie indefinida de pulsiones y de representaciones que debían variar con cada individuo —Elisa, que duerme desnuda a su lado, se incorpora de un modo brusco, echando una mirada lenta y pesada a su alrededor, sin ser consciente del todo de lo que ve, y vuelve a aplastarse contra la sábana húmeda, durmiéndose de inmediato—, el deseo no debía hacerlo avanzar demasiado, en rigor de verdad nada en absoluto, ya que sin duda cada vez que se ponía en movimiento, que hacía crecer en él la excitación que lo llevaba hasta la trepidación del orgasmo, el Caballero debía admitir que cuando todo terminaba lo único que le quedaba era la sensación desagradable de no haber progresado nada y de encontrarse en el mismo lugar del que había partido. Ni un milímetro más adelante. Nada. Ni siquiera, como a Dolmancé o como a su hermana o como a la putita de Eugenia, le quedaba el consuelo de haber pisoteado, como parecía gustarle a sus amigos, la moral y la religión, porque el Caballero no daba la impresión de ser de esas personas que tuviesen que pisotear algo para poder sentirse a sus anchas en la vida o, por tratarse de un verdadero libertino, tal vez ya se había desembarazado de todo lo que otros trataban de pisotear. Nada. A cada nuevo recomenzar, el deseo de tocar un punto definitivo, un punto que lo cambiaría para siempre, a partir del cual se sentiría otro, diferente de lo que había sido .mies de llegar hasta allí, era sustituido después del orgasmo por la cenestesia

familiar, las titilaciones ya conocidas, sin abismos insondables y sin exaltación particular, que lo acompañaban de la mañana a la noche y de la que el acto sexual, con todas sus variantes posibles, que por otra parte eran muy limitadas, era una interrupción momentánea y superficial. Apenas el acto había pasado, el zumbido monótono volvía a instalarse. Podía decirse que el deseo del Caballero era infundado, y rebajarlo de la categoría de deseo a la de simple pretensión. En todo caso, lo hacía girar en círculo, buscando una liberación cuyo sabor ignoraba, ya que nunca la había experimentado. Era víctima de un error de óptica; su recomenzar perpetuo – como si hubiese alguna ventaja probada en el acto de recomenzar – lo ponía en camino de buscar una meta que desconocía, lo cual era bastante absurdo ya que si ignoraba cuál era en realidad su meta, se hallaba descalificado para saber si se encontraba o no en el buen camino. La fuerza que lo hacía recomenzar – sobre cuyo origen no sabía nada y a la que le resultaba imposible controlar – se emparentaba en secreto con ese sentimiento nefasto que había inducido al conde Ugolino a comerse a sus hijos: la esperanza. Enceguecido por esa cosa sin nombre a la que llamaba su deseo, chapoteando sin fin en un sueño monótono, sin progresar ni un milímetro, el Caballero de Mirval debía estar enterrado hasta el cuello en la masa chirle de la esperanza.

El Gato cierra el libro y lo deposita en el suelo, junto a sus alpargatas descoloridas. Por unos momentos permanece en ese estado de ensoñación que durante la lectura se ha llenado de imágenes y que ahora es como un limbo incoloro que refleja, sin ser consciente de estar haciéndolo, la pieza iluminada en la que los dos cuerpos desnudos yacen inmóviles sobre la cama y en la que no se oye más que el zumbido monótono del ventilador. El Gato hace girar el interruptor y el sonido, junto con el movimiento que impulsa las dos paletas, se extingue de a poco, de modo tal que las paletas, que eran una mancha difusa y bordoneante que mandaba, regular, ráfagas de aire tibio, van recuperando, con la lentitud que aumenta, la forma de paletas metálicas – dos láminas que se ensanchan en los extremos, unidas en el centro del aparato por la caja del motor que les da impulso y protegidas por un armazón circular de varillas de metal – hasta que se detienen por completo. La espiral, sobre el soporte de lata que reposa a su vez sobre un platito blanco, se ha consumido entera, dejado sobre el platito fragmentos regulares de ceniza que conservan la forma chata de la materia que ha ardido. El Gato apaga la luz. Durante unos segundos su retina conserva la forma vaga, color violeta, de la lámpara que sus ojos han contemplado antes de accionar la llave de la luz. La mancha violeta, con la forma vaga de una lámpara, va astillándose, contaminándose de la negrura que la rodea, empalideciendo, hasta que desaparece del todo. Ya no hay diferencia entre tener los ojos cerrados o abiertos; una oscuridad fluida, interna o externa, que el Gato experimenta, a la que es sensible y de la que es consciente, ha ganado, sin fisuras, todo lo conocido. El Gato se inmoviliza, arropado por pliegues sin límite de oscuridad.

XII. No hay, al principio, nada. Nada. El río liso, dorado, sin una sola arruga, y detrás, baja, polvorienta, en el sol de las nueve, su barranca cayendo suave, medio comida por el agua, la isla.

En el diario de la noche anterior, el bañero, que alza de vez en cuando la cabeza para dirigir una mirada distraída hacia la playa todavía desierta en razón de la hora temprana —son apenas las nueve—, lee con detenimiento las noticias de policía: el caballo blanco que él sabía ver a veces cuando el cuidador salía a varearlo, había sido nomás hallado sin vida en el patio, todo tajeado y con un tiro en la cabeza, el día antes a la mañana, tal como se lo había contado el peón del criadero.

Era un hermoso caballo, casi translúcido de tan blanco. El bañero sabía verlo trotar nervioso, bordeando el agua, cuando el cuidador salía a varearlo. Era uno de los mejores caballos de la zona: lo preparaban para las carreras, no en Las Flores, sino en Palermo o en La Plata sin duda. El bañero alza la cabeza del diario y sus ojos se fijan en la playa vacía y, más allá, en la casa blanca cuyas ventanas negras están todavía cerradas.

A ese hermoso caballo blanco, que él había sabido ver paseándose orgulloso al trote por el borde del agua, montado por el cuidador, o que había cruzado otras veces en el pueblo, a la mañana, al bajar del colectivo en la plaza cuando venía para la playa, lo habían encontrado el viernes a la mañana, con un tiro en la cabeza y el cuerpo todo tajeado. El bañero baja la cabeza hacia el diario, extendido sobre sus rodillas, y la casa blanca que había estado contemplando, casi sin verla, una fracción de segundo antes, se desvanece como una visión.

Como es sábado, la playa se llenará más que de costumbre, aunque febrero, el mes irreal, ha vaciado casi del todo la ciudad y el número de bañistas, comparado con el de los que vienen de noviembre a enero, es bastante reducido: pero a ese caballo blanco, que él sabía ver montado por el cuidador, atravesando el pueblo o bordeando el agua, lo habían matado de un tiro en la cabeza, y después lo habían tajeado con saña, el jueves a la noche, tal como el día antes a la siesta se lo había contado el peón del criadero.

Al ver, en el sol de las diez, bajar los primeros bañistas —una mujer rubia con un chico de seis o siete años— el declive que lleva de la calle a la playa, el bañero dobla el diario en dos y lo acomoda sobre el resto de sus pertenencias: el bolso azul, las sandalias, dos revistas de historietas y el pantalón doblado con minucia entre el bolso azul y las revistas. Se para: gordo, tostado, con su casquete blanco en la cabeza y el pito reglamentario que cuelga de un hilo grueso alrededor de su

cuello, las piernas relativamente flacas en relación con el volumen del cuerpo. La llegada de los primeros bañistas es como la señal de partida de su trabajo; su actitud exterior se modifica un poco, adquiriendo cierta solemnidad. El árbol ralo bajo el que deja sus cosas es como su centro de operaciones, su círculo mágico materializado, su territorio animal de cuya función no es consciente, pero al que va y viene a lo largo del día, cuando la ausencia de bañistas se lo permite o cuando quiere echar una ojeada de conjunto a la playa y a los bañistas que debe proteger. A veces, cuando está paseándose entre los bañistas en medio de la playa sabe echar, sin darse cuenta, miradas disimuladas y un poco ansiosas, cuando algún bañista –un chico que corre tras una mariposa o un adulto en busca de sombra– se acerca demasiado al árbol ralo o permanece bajo su sombra exigua demasiado tiempo. Otras veces, de un modo instintivo, vuelve sobre sus pasos, lento, y acercándose al intruso, sin decirle nada, le da a entender, con gestos que no son ni bruscos ni hostiles, que ese territorio es el suyo y que todo el espacio alrededor está lleno de lugares sin nombre, desocupados, a los que debe dirigirse en busca de sombra. Sin haberlo pensado nunca, el bañero presiente sin embargo que a medida que va alejándose del lugar en el que se encuentra su cuerpo, el espacio va perdiendo precisión, y que el horizonte lleno de cosas completas y nítidas que lo rodea, ha de ir sin duda transformándose, con la distancia, en una materia cada vez más blanda e indefinida, hasta llegar a ser una masa incolora y viscosa.

La mujer rubia y el chico de seis o siete años se han sacado la ropa liviana que los cubría y la han acomodado cerca del agua. Ahora la mujer se tiende boca abajo sobre la toalla verde que ha desplegado en la arena y el chico se encamina hacia la orilla, a dos o tres metros de distancia. Al mismo tiempo, otros bañistas bajan, indolentes, el declive que conduce a la playa. Son dos parejas jóvenes; los varones llegan con el torso desnudo y el pantalón puesto, llevando la camisa hecha una pelota en la mano. Las mujeres, que usan vestidos livianos sobre las mallas de dos piezas, balancean con suavidad sus bolsos de paja, mientras bajan, detrás de los varones, el declive hacia la playa. El bañero observa, parado en medio de la playa vacía, alternadamente, sin prestarles demasiada atención, a la mujer y al chico instalados cerca del agua y a las dos parejas que vienen bajando por el declive en dirección a la extensión amarilla: alguien sale, es evidente, de noche, por la costa, a matar caballos, pegándoles un tiro en la sien y poniéndose después a tajarlos de un modo salvaje; como habían hecho el jueves a la noche con ese hermoso caballo blanco que él había sabido ver a veces, montado por el cuidador, recorriendo al trote la orilla del agua. En el cielo azul, sin una sola nube, el sol centellea, despidiendo astillas incandescentes a su alrededor, de modo tal que resulta imposible mirarlo de frente. El agua está llena de reflejos y de manchas luminosas que cabrillean. Las dos parejas dejan atrás el declive y comienzan a marchar sobre la playa, al mismo tiempo que los pies del chico, bajo la mirada distraída de su madre, echada boca abajo sobre la toalla verde, con la cabeza hacia el río, tocan el agua cabrillante.



Lleva una bolsita de plástico transparente en la mano, llena sin duda de cubitos de hielo. El bañero lo ve bajar el declive, alejarse en línea oblicua de la playa propiamente dicha, ir acercándose a la canoa verde. Ya lo ha visto pasar, media hora antes, con los fardos cúbicos de forraje. Ahora, habiéndose liberado de su peso en el patio trasero de los Garay, su cuerpo no ha ganado casi en desenvoltura: la cabeza, protegida por el sombrero de paja de ala redonda, se hunde entre los hombros torcidos y el cuerpo parece inexistente dentro de la camisa y el pantalón demasiado amplios y de un color indefinible. El bañero se acuclilla junto a su bolso y, con gran cuidado, para no arrugar ni llenar de arena su pantalón doblado ni desacomodar el diario y las revistas, saca su casquete blanco de bañero y se lo calza en la cabeza mientras se incorpora, jadeando un poco. Cuando se da vuelta, el bañero comprueba que el Ladeado ya ha entrado en la canoa y que, terminando de sentarse, comienza a maniobrar con los remos para alejarse de la orilla. Primero retrocede un poco manejando los dos remos, y cuando se ha separado unos metros de la orilla, se pone a maniobrar con uno solo para enderezar la proa río abajo hasta que lo logra y recomienza a remar con los dos. Hasta el bañero llega, apagado, el chapoteo de los remos en el agua, más próximo sin embargo que el tumulto que viene desde la playa.

Ha venido alejándose en línea oblicua desde la playa, contra el fondo de los bañistas dispersos sobre la arena en distintas posiciones, cuyo tumulto llega hasta los oídos del bañero. Mientras el bañero se acuclillaba para sacar su casquete blanco del bolso, ha llegado hasta la canoa y, sentándose en el medio, de espaldas al centro del río, se ha puesto a remar con los dos remos para alejarse de la orilla, con uno solo en seguida, para enderezar la proa río abajo, y de nuevo con los dos cuando ha obtenido la posición buscada. Ahora rema con ritmo regular aguas abajo, por el centro del río.

Cuando se da vuelta y empieza a caminar, lento, hacia la playa, el bañero trae consigo, nítida todavía, la imagen de la canoa verde alejándose a sus espaldas aguas abajo por el centro del río, con su tripulante que se inclina, rítmico, hacia adelante y hacia atrás, maniobrando con los remos, de espaldas a la dirección que lleva, mientras la canoa va dejando una estela lisa que se ensancha y sobre la que la luz del sol cercano del cénit reverbera. Cuando ya en medio de la playa, paseándose entre los bañistas, la vuelve a ver, el tamaño de la canoa se ha reducido de un modo considerable, y ya apenas si se distinguen los detalles. Es una embarcación chiquita, que se aleja río abajo —y el hecho de que esté alejándose en realidad lo sabe, en vez de percibirlo— como suspendida y sin peso en la luz desmesurada. El bañero se queda inmóvil unos segundos, contemplándola. Después, dirigiendo la mirada hacia la casa blanca, ve al Gato Garay, cuyo torso desnudo asoma por la ventana. En el espacio abierto frente a la casa, cubierto de pasto ralo, dos chicos se revuelcan en el suelo, luchando y vociferando, por puro

juego, a causa de la pelota multicolor que rueda ahora hacia la playa, pasa junto al bañero y se detiene a los pies de la mujer rubia, en bikini celeste, que ha visto hace unos segundos salir del agua y que está secándose, parada junto a sus bolsos y a su gran toalla verde extendida en el suelo, con una toalla blanca.

A la hora de la siesta, cuando los bañistas no se atreven a quedarse bajo el sol, el bañero acostumbra a darse un chapuzón rápido y a regresar bajo el árbol, instalándose a la sombra para almorzar. Ahora que ha terminado su sandwich y que está enroscando el vaso—capuchón de su termo lleno de cerveza helada, el bañero echa miradas fugaces hacia el gran espacio abierto en el que reverberan la arena amarilla, la casa blanca, el río color caramelo y la luz amarilla y árida. Cuando ha guardado el termo en el bolso azul, apoya la espalda en el tronco del árbol y permanece inmóvil durante unos segundos. ¿Cómo es posible que alguien haya podido ensañarse con ese hermoso caballo blanco? El ha sabido verlo venir al trote lento por la orilla del agua, cuando el cuidador lo sacaba a varenar. El bañero abre los ojos y contempla el gran espacio abierto que parece flotar en la luz ardua. Su cara tostada y sudorosa tiene una expresión sombría. Como para verificar que no se equivoca, tiende la mano hacia el diario y lo abre sobre sus piernas gruesas y desnudas, en la sección policiales. Las hojas del diario crujen nítidas en el silencio de la siesta. El bañero fija la vista en el titular de la noticia, cierra los ojos y su cabeza cae, pesada, sobre su pecho.

Un chico, uno solo, atraviesa la playa desierta, sobre la que el cielo es menos brillante y más bajo. El chico acaba de salir, como una aparición, del agua, y viene atravesando, en línea oblicua la playa en dirección al árbol contra el que él está sentado. Pero el chico no camina: viene saltando, el pie izquierdo adelante y el derecho atrás apoyándose en la punta de los dedos para tomar envión, el brazo izquierdo plegado a la altura del pecho, con los dedos encogidos, y el derecho pendiendo detrás de modo que la mano va dándose palmadas en la nalga derecha para incitar el cuerpo a la marcha que en realidad es un trote. El chico avanza, siempre al trote, por la playa desierta y silenciosa, en la que no se oye más que el ruido rítmico de sus palmadas, y una pedorrera entrecortada, semejante a la de los caballos, que produce con la boca. Cuando está a unos pocos metros, el bañero reconoce a su hijo menor, que tiene nueve años. El chico continúa trotando pero sigue fijo en su lugar, sin avanzar. Su trote se vuelve cada vez más frenético y su pedorrera bucal más intensa, de modo que de entre sus labios, comienzan a salir gotas de saliva espumosa. El bañero, que al principio, a pesar de cierta inquietud sorda que experimenta, ha tratado de ver el lado divertido de la cuestión, comienza a exigir del chico que termine su juego. Pero cuanto más le habla, mayor es el frenesí con que el chico continúa su trote y su pedorrera. El bañero se dice: "Está enfermo de bestialidad".

Ahora el chico ha desaparecido. El bañero sigue sentado contra el árbol. El espacio frente a sí ha perdido su virulencia amarilla, y está como bañado en una

luz parda. La casa es más vaga, más lejana; de los árboles, no se sabe si están o no; el río sigue corriendo, pero en otra parte. Esa luz pardusca es justamente como un río translúcido en cuyo fondo, al que no llega ningún ruido, él estuviese depositado. *Transcurre un instante en el que ningún instante transcurre.* "No es posible", se dice el bañero. "No es posible que no transcurra nada. Algo tiene que transcurrir." Y sin embargo sabe, percibe que no transcurre nada. Se siente como si estuviese mirando el instante con una lupa enorme, que produce un aumento de tales proporciones que el punto del instante que él está contemplando, por estar tan alejado de los bordes que continúan transcurriendo, permanece inmóvil y sin transcurrir. El bañero no quiere que transcurra porque sabe que cuando el devenir alcance el punto inmóvil, él comenzará a deslizarse, a la vez, y de un modo paradójico, hacia arriba y hacia abajo, hacia adelante y hacia atrás, hacia la derecha y hacia la izquierda, descuartizado. Al mismo tiempo en los dos sentidos opuestos: no en uno o en otro, sino en los dos a la vez. El terror oscuro da paso, casi en seguida, a la maravilla: el bañero, ahora, percibe que se hunde, pero ¿cómo es posible?, a la vez, hacia adelante y hacia atrás, que el instante que ha estado contemplando inmóvil y que es uno, uno solo, fluye en los dos sentidos a la vez, al mismo tiempo. En esa luz parda que borra un poco los contornos de las cosas — pero ya no sabe muy bien dónde está, y la convicción de que está sentado contra el árbol y que tiene frente a sí el gran espacio abierto, con la casa y el río, y unos árboles vagos en el fondo, lo abandona. Ahora tiene más bien la impresión de que no está en ninguna parte conocida, o, lisa y llanamente, en ninguna parte.

De un modo brusco, el bañero alza la cabeza, sobresaltado, y abre los ojos. El diario abierto cruje, nítido, sobre sus rodillas. Durante unos pocos segundos, la somnolencia que lo asalta de un modo invariable después de comer, se ha convertido en un sueño rápido, livianísimo, del que ha salido casi en el momento mismo en que cayó. Pero en el gran espacio abierto, inundado de luz amarilla, que se abre ante sus ojos, no hay en realidad ningún signo perceptible que pueda darle alguna idea precisa de la duración de su sueño. No sabe que no ha durado más que unos pocos segundos; la perplejidad que lo gana se convierte, poco a poco, en desinterés. La fachada blanca, al fondo, reverbera en la luz cruda, implacable, de febrero, el mes irreal, que viene para poner, como una cifra del tiempo entero, en el tapete, la evidencia. A pesar del sudor que atraviesa su cara y su cuello, dejando rastros atormentados, el bañero se siente, después de su sueño de duración incalculable, un poco más fresco que cuando ha terminado de comer, y con ganas de continuar la lectura de su diario que ha debido interrumpir, esa mañana, con la llegada de los primeros bañistas. Por empezar, el bañero relee, en la sección policiales, la crónica que narra el asesinato del caballo blanco en Rincón, el jueves a la noche. Ayer el peón del criadero se lo ha contado: el más hermoso caballo de toda la zona, que estaban preparando para Las Flores y para colmo asegurado. El dueño, que es un ricachón, estuvo yendo y viniendo, ayer a la mañana, de su casa a la comisaría. La crónica del diario es más escueta, más circunspecta: por décima

vez en varios meses, el asesino de caballos ha salido a operar la noche anterior, en la región de la costa. ¿Es un demente?, ¿se trata de una venganza disimulada? ¿Hay un solo asesino o varios? El diario anuncia, para la edición del sábado, es decir para esta noche (se dice el bañero formulándose al mismo tiempo el proyecto de leerla), una nota especial de uno de sus redactores, Carlos Tomatis. El bañero termina la lectura de la crónica policial, y después busca, dando vuelta las hojas y haciéndolas crujir, la sección deportes. Durante media hora lee, una a una, las diferentes noticias; el nuevo equipo local comienza los preparativos para el próximo campeonato. Hay una entrevista, con una gran fotografía, del director técnico; trata, dice, de inculcar a sus jugadores que el fútbol es, antes que nada, armonía y combate. También en marzo se reanudarán, como dice el titular, "las justas hípicas". Pero el interés del bañero es atraído sobre todo por la crónica de natación; una muchacha de Paraná ha ganado los cincuenta metros mariposa, categoría cadetes, en Gimnasia y Esgrima; su performance no ha sido excepcional: se trata de una competición secundaria; un rafaelino se prepara para unir a nado Rosario y Buenos Aires; ¿Un rafaelino? El bañero se encoge de hombros y sonrío, con desdén: si en Rafaela no hay río. Por fin, el bañero da vuelta la página, y echa una ojeada rápida a las historietas, que ya ha leído a la mañana.

La fiebre no disminuye al atardecer: se materializa. Hasta más o menos las cinco, se ha tratado de una envoltura de luz amarilla, árida, cristalizada y encendida, envolviendo las cosas y sometiéndolas a una inmovilidad ardiente, de diamante, en la que todo está inerte y nítido, seco y cruel – presencia que centellea, cegadora, y que por su propia intensidad anula lo de adentro con sus aristas transparentes y austeras. Con el sol que declina la transparencia se enturbia; un nimbo empañado circunda, en la luz ambigua, las cosas; sobre la arena que se pone a blanquear se proyectan sombras azules y, con la rigidez que disminuye, una semiintimidación engañosa se abre paso. La fiebre es la consecuencia de ese abandono: en la crueldad seca de la siesta lo de adentro permanecía compacto y opaco, mientras que la fluencia que se insinúa al atardecer crea la impresión errónea de que algo, después de todo, es posible. Para colmo, la playa se ha llenado de bañistas, instalados en la orilla, desde la que penetran, por momentos, en el río violáceo, levantando sonidos acuáticos y profundos. Por un momento, se experimenta hasta la impresión de pertenencia, de identidad. Todos esos cuerpos parecen tener en común algo más que la forma, la fisiología y las costumbres, más que las imágenes superficiales y mecánicas de la sociabilidad – algo, ni sustancia ni idea, común a todos en una dimensión más amplia que la materia y la animalidad, llamita idéntica en cada uno de un mismo fuego solidario. El bañero se pasea entre sus bañistas con una dicha precaria, de la que no es consciente, sin la estupefacción confusa de la hora de la siesta, pero sin ninguna clase de esperanza tampoco. Un chico sale, tostado y feliz, chorreando agua, del río tibio. Un grupo de muchachas conversa, de pie, en círculo, en medio del declive de arena: se peinarán así o asá, irán a un baile esa noche. El bañero, distraído, las oye con una

semisonrisa; sus sombras azules se entrecruzan, largas, sobre la arena blanquecina, casi paralelas al río. Estirada en el suelo, hay una gran toalla a rayas verticales verdes y amarillas; su propietario ha de estar en ese momento retozando en el agua; el bañero contempla las listas alternadas y paralelas que parecen emitir radiaciones discretas y cálidas. En el Oeste, en dirección a la ciudad, el cielo tiene un tinte verdoso; del horizonte irregular interceptado por la vegetación casi enana sube una especie de vaho imperceptible que empaña la luz y la dulcifica. El bañero continúa su paseo indolente entre los cuerpos semidesnudos y socarrados por el sol del verano, sin prestar atención al tumulto de voces y de ruido que sube desde la playa y que lo rodea, seguro y familiar. De pronto, en el declive pronunciado que conduce de la calle arbolada a la playa, ve aparecer al Gato Garay montado sobre el bayo amarillo. Baja, al paso, el declive, acomodándose todavía en la silla, vestido con la misma indumentaria con que el bañero ha venido viéndolo desde el principio del verano: el short de un blanco irreconocible a causa de sucesivas manchas y lavadas, las alpargatas descoloridas. Entre sus piernas, el bayo amarillo avanza por el declive con cautela y nerviosidad. Del conjunto de hombre y caballo se desprende, sin que el bañero pueda representárselo con precisión, una atmósfera de desorden. Y sin embargo avanzan, uno sobre el otro, al paso, por el declive que lleva hacia la playa, contra el fondo oscuro de los árboles coposos y polvorientos. Cuando las patas del caballo dejan atrás el declive, un tirón o golpe de las riendas dado por el jinete induce al caballo, no sin varios sacudimientos de confusión o disconformidad, a ponerse a trotar; por un momento avanza paralelo a la playa —al punto de la playa en que se encuentran el bañero y los bañistas— como si tuviese la intención de internarse en el río, hasta que una nueva orden transmitida por las riendas lo hace aminorar su trote y doblar en dirección opuesta a la playa y recomenzar el trote que va haciéndose cada vez más rápido, en línea recta, por la orilla del agua, hacia el sol declinante. El bañero tiene la impresión de que el trote del caballo, realizado en tres movimientos, consiste en una serie de saltos discontinuos que lo suspenden durante una fracción de segundo en el aire y de los que rebota contra el suelo para volverse a elevar.

XIII. El trabajo del Caballo, había dicho Tomatis, consistía en hacer *cantar*. La nariz ganchuda, los ojos grandes, un poco redondos, separados entre sí y casi paralelos, como los de una ballena, recién bañado y afeitado, el pelo negro y enrulado cayendo en montón sobre la frente y las sienes, más cerca que nunca de los noventa kilos, con sus mocasines blancos, con una camisa blanca y un pantalón blanco immaculados, recién planchados —¿por su madre?, ¿por su hermana?, ¿por su ex mujer?, ¿por alguna de sus amistades femeninas ocasionales?, ¿por el japonés de alguna tintorería?—, había caído a eso de las once en un Falcon amarillo de *La Región*, con un cigarro largo y fino, recién encendido, entre los dedos de la mano izquierda, separada con prudencia del cuerpo para no quemar o manchar de

ceniza la camisa immaculada. Parado en la galería, junto a su bolso de provisiones, en la sombra tibia, después de haberse despedido del chofer y del cronista de policiales que pasarían a buscarlo a las cuatro, contra la mañana luminosa y seca que fluía sobre el patio trasero en cuyo fondo el bayo amarillo tascaba tranquilo bajo los árboles, Tomatis, bronceado y limpio, parecía haber tenido esa mañana la solidez ya inmodificable de una piedra calcinada. Después había ido al interior a cambiarse, y había vuelto a la galería con su pantalón de baño puesto, acomodándose sin falsa modestia ni falso pudor los genitales. Habían sacado la mesa de la cocina, las perezosas, las sillas y las provisiones –vino tinto, carne y achuras para un asado– transportando todo al fondo, bajo los árboles, cerca del bayo amarillo. El follaje dejaba pasar rayos luminosos que se imprimían sobre el cuerpo velludo de Tomatis, cambiando de lugar a cada movimiento del cuerpo y volviendo a su posición inicial cuando el cuerpo se inmovilizaba otra vez: y, había dicho entonces Tomatis, su función era ésa, hacer cantar. Le traían, de noche, detenidos ilegales, para que los sometiese al tratamiento. Era un profesional, un técnico, incapaz sin duda de determinar el justo valor de las informaciones que obtenía. Casi un artista, un *naif*, había dicho Tomatis, capaz de extraer los sonidos más inaccesibles de un instrumento, pero privado de la facultad de insertarlos en un sistema. Se decía, incluso, que había una salita equipada en la comisaría, una sala de conciertos, a prueba de filtraciones, dotada de los últimos adelantos técnicos. Que había, o que la estaban por construir. Por el momento, había dicho Tomatis, había que despedirse de esa modernización: esa mañana, los muchachos le habían encajado nueve chumbos, tres de los cuales en el melón. Ahí debía estar todavía, tirado boca abajo en la vereda. El lo acababa de ver, casi intacto, a no ser por la cabeza, un poco deshecha, sobre un charco de sangre que había desbordado hacia la cuneta desde la vereda alta, de ladrillos: a ese hombre le sobraba salud. Había un enjambre de policías y de enfermeros, pero el ejército había tomado la cosa en mano; operación de rastrillo en toda la provincia; el pueblo, aislado del universo. Ellos, Elisa y el Gato, ¿no habían visto por casualidad un grupo de individuos, vestidos como Fidel Castro, con una ametralladora en la mano? Si los llegaban a ver, no debían dejar de avisar lo más pronto posible al Comando Operativo. Tomatis se había echado a reír de su propia ocurrencia, y después había continuado. El camino de asfalto estaba bloqueado a un kilómetro del pueblo, en los dos sentidos. Nadie podía pasar. Ese domingo, nadie vendría a la playa. En efecto: Elisa, un rato antes de la llegada de Tomatis había comprobado, no sin extrañeza, que la playa estaba desierta. No estaba ni siquiera el bañero, pero no se le había ocurrido relacionar esa ausencia con las detonaciones que había escuchado a la mañana. Y el Gato no había visto ningún helicóptero, pero, mientras tomaba unos mates en la ventana de enfrente, había oído el ruido del motor y había visto su sombra, con la sombra nítida de las paletas que giraban, deslizándose sobre la playa vacía. ¿Ha visto?, había exclamado Tomatis: patrullaban la zona entera, en auto y en helicóptero, pero los muchachos no habían dejado ni rastro. Al parecer, un grupo había pasado la noche en la playa. El otro había venido desde el Norte;

desde Leyes, tal vez. Por medio de walkies-talkies habían ido dándose las posiciones respectivas. El Caballo que, como buen funcionario, llegaba todos los días puntual a su trabajo, no había tenido ni siquiera tiempo de entrar en la comisaría; había bajado del jeep colorado, había subido la alcantarilla de cemento que da acceso a la vereda, pero no había tenido tiempo de entrar en la comisaría. El Falcon blanco de la playa había llegado despacio, sin apuro, y, casi sin detener la marcha, había procedido, con toda calma, a la ejecución. Había habido un tiroteo rápido con dos agentes —uno de los cuales había recibido una bala en la pierna— y, después, todo había vuelto a la tranquilidad. Los coches parecían haber desaparecido de la costra terrestre. La tesis de los militares, había dicho Tomatis, era que, tal vez, como el dios de Patmos, estaban cerca pero eran difíciles de asir. Por eso rastrellaban meticulosos la región: casa por casa, cuadra por cuadra, manzana por manzana. Justo en ese momento, habían oído ruido de motores y habían visto llegar un jeep y un camión del ejército, cargados de soldados. Los vehículos, envueltos en una nube de polvo blanquecino, se habían detenido en medio de la calle abovedada y los soldados habían comenzado a bajar, dirigidos por los gritos de un oficial. Los soldados, con las ametralladoras en la mano, habían mirado con desconfianza el coche negro estacionado en la cuneta. Después se habían dividido en dos grupos, uno de los cuales había desaparecido por la calle abovedada en dirección a la playa y el otro, encabezado por el oficial, se había aproximado al portón verde. Al verlos llegar, Tomatis se había parado y les había salido al encuentro; al parecer, conocía al oficial y después de dos o tres minutos de conversación jovial lo había hecho desistir de registrar la casa. El oficial no había parecido tampoco loco de entusiasmo ante la posibilidad de un examen minucioso; debía tener sin duda su propia teoría relativa a los autos que buscaban; o tal vez mucho calor, lo cual se justificaba, porque ahí estaba, en traje de fajina, sosteniendo su ametralladora, en el sol que subía hacia el cenit, guiñando somnoliento los ojos hacia Tomatis que, de este lado del portón verde, muy por el contrario, parecía fresco y cómodo en su pantaloncito de baño blanco que dejaba ver su cuerpo velludo y bronceado. El militar parecía chico y débil, a pesar de su ametralladora y de su contingente de soldados armados, comparado con el civil voluminoso y semidesnudo que fumaba su cigarrillo orondo y desenvuelto. Durante unos minutos, hasta que volvió la patrulla de la playa, las voces de Tomatis y del oficial habían ido llegando hasta el punto en el que estaban él y Elisa, de pie junto a las perezosas y dispuestos a aproximarse al primer llamado bajo los árboles, cerca del bayo amarillo que parecía indiferente —¿o se le ocurría ahora?— ante la presencia de los militares, sin que él o Elisa percibiesen de un modo nítido el sentido de las palabras o incluso el sentido global de la conversación. Por fin el oficial había decidido retirarse, haciendo incluso un saludo breve, cordial, en dirección a los árboles del fondo. Tomatis había esperado en el sol cerca del portón que los soldados subieran al camión y al jeep, en el que el oficial se había instalado, en el asiento delantero, junto al conductor, y que los vehículos se pusieran en marcha, reculando lentos y levantando una nube de polvo blanco —él había podido verlos,

alejándose marcha atrás, a través del cerco de ligustros que separa el fondo del patio de la vereda. Tomatis había vuelto con el mismo paso desarticulado con que se había dirigido hacia el portón; como estaba descalzo, iba apoyando los pies con cautela, para no hacerse mal con las espinas, las ramitas, y los pedacitos de ladrillo que pululaban en el suelo de tierra; si por si acaso la planta del pie se apoyaba contra un cascotito de bordes demasiado agudos, todo su cuerpo se ponía a hacer contorsiones, y una vez hasta había debido detenerse, haciendo una mueca de dolor y más contorsiones que nunca y, cruzando la pantorrilla derecha contra la rodilla izquierda, se había arrancado una espinita clavada en el talón. Después había llegado caminando en puntas de pie y, volviendo a sentarse en la perezosa, había seguido inspeccionando la planta de su pie derecho para limpiarla de cuerpos extraños. Después había agarrado el mate que él le tendía y se había puesto a chuparlo: el oficial ese venía siempre al diario a pedir favores, porque formaba parte de la comisión de un club de remo y le gustaba la publicidad. Lo había encontrado un rato antes en la comisaría y el oficial, llamándolo aparte, a dos metros del cuerpo del Caballo, le había reprochado que en *La Región* salían muchas más noticias de un club rival que del suyo, y que la semana siguiente iría a verlo para que Tomatis hiciese publicar dos o tres artículos sobre las actividades de su club. Tomatis, al devolverle el mate, había hecho un gesto de desdén inconmensurable: no me asombra que después tiren al montón, había dicho. Casi en seguida se había puesto a explicar las razones de su presencia en el pueblo. El director lo había llamado a las ocho y media de la mañana — "A las ocho y media de la mañana, ¿te das cuenta?", había repetido Tomatis, haciendo girar el índice de la mano izquierda alrededor de la sien— para decirle que la primera nota le había parecido una maravilla. Y justo en ese momento, por el otro teléfono, le habían comunicado al director la ejecución del comisario. El director le había pedido entonces que viniese al pueblo con el cronista de policiales para ver qué pasaba. El sin vacilar un segundo había aceptado, ya que había visto la ocasión de matar dos pájaros de un tiro; por un lado, la nota sobre la ejecución; por el otro, un asadito en lo del Gato. Había ido a buscar la carne hasta María Selva, en un mercadito de la calle Pedro Centeno al que se le podía tener confianza. El Caballo no había muerto en vano — Tomatis había acompañado esta última declaración de una risita rápida y un fruncimiento rítmico y repetido de la frente bronceada. Por desgracia, existía también la parte negativa de las cosas; a las cuatro pasarían a buscarlo para llevárselo de vuelta al diario, ya que debía ir a cerrar la página literaria dominical. Al terminar la mateada habían ido los tres a darse un chapuzón en el río. Habían salido a la vereda, pasando junto al coche negro estacionado casi de punta contra la cuneta, cubierto de polvo blanco del mismo modo que los árboles coposos que lo protegían del sol, habían descendido el declive que lleva a la playa, habían atravesado la extensión amarilla, y se habían detenido un momento al borde del agua. Durante varios minutos, en la playa desierta que se calcinaba en el horno luminoso de mediodía, habían resonado los gritos, las risas, y los ruidos espesos y acuáticos de los chapuzones y de las brazadas. Al salir del agua, se habían sentado



un rato en la orilla a secarse y a fumar. No soplabla la más mínima brisa, nada. Había habido ese aire inmóvil, caliente, de mediodía que ahora, echado en la cama, recuerda casi con pánico: Tomatis y Elisa, sentados en frente, en la arena, se recortaban contra ese aire mineral, y el humo de los cigarillos subía, lento y terrible, hacia el sol cuya luz ocupaba, árida, ardiente y metálica, todo el cielo. Secos, sacudiéndose la arena de los trajes de baño habían vuelto, lentos, al patio trasero. Tomatis había extendido la carne cruda sobre los papeles que la envolvían, en la mesa despejada, y se había puesto a salar las vísceras, las costillas, la grasa. En un determinado momento había alzado un riñón partido en dos, y se había puesto a declamar, paródico y lento, como si estuviese improvisando, aunque se trataba, otra vez, de su estrofa satírica preferida después de varios meses: *Antes que nada o mejor dicho primero / cantemos en honor del capitán Fontana / que transformó este mundo en un matadero / defendiendo la causa vegetariana*. Sobre los pedazos de carne cruda dos o tres moscas verdes, enormes, se venían a asentar de tanto en tanto, indiferentes a los sacudones de mano rápidos y violentos que Tomatis daba para espantarlas. Él había encendido el fuego, en la franja limpia del patio, entre los árboles del fondo bajo los que tascaba incesante el bayo amarillo y los yuyos resecos que se extendían casi hasta el borde de la galería y entre los que yacían, al sol centelleante, las baterías y las cubiertas fuera de uso, semienterradas y manchadas de barro reseco, y los dos tambores de aceite acanalados, oxidados, uno vertical y el otro acostado. Había ido a buscar leña al fondo del patio, detrás de los árboles, de la pila amontonada contra el tejido de alambre, oculto y doblado por el peso de la madreselva, que marca el límite del terreno. Ahora piensa en la madreselva, en el olor de la madreselva que le viene a la memoria, y que se representa de un modo tan nítido que es como si estuviera oliéndolo, aunque está echado en la cama, en la semipenumbra verdosa que irradia el sol de las cinco pasando a través de los árboles de la vereda. Durante unos segundos, la fuerza y la nitidez del olor son tan grandes que se pregunta si por casualidad Elisa no ha puesto un ramo de madreselvas en la pieza, y lo verifica echando una mirada rápida a su alrededor, hasta que, absorto y como maravillado por la presencia, en sus sentidos, de esa consecuencia sin causa, no advierte, sin embargo, que está oliendo de un modo tan intenso que todo él desaparece o se transforma, más bien, en el olor. Después eso pasa y se deja llevar, otra vez, por el ritmo, primario, de la memoria. Las imágenes que se representa son de nitidez relativa y diversa; se le imponen sin cohesión, fragmentarias: Tomatis, vestido de blanco, les hace un saludo con la mano y se instala en el asiento delantero del auto amarillo, junto al chofer que comienza a maniobrar para hacer girar el coche y ponerlo en dirección contraria a la playa, retomando el camino hacia la ciudad. Ahora está sentado frente a él, del otro lado de la mesa; las tres o cuatro copas de vino que ha tomado desde que ha comenzado a asar lo han puesto sudoroso y excitado. Mastica los primeros bocados de carne gorda con rapidez, llevándoselos uno tras otro a la boca, hablando sin parar: es tal vez ahora que le dice que el lunes a la noche habrá una partida clandestina de punto y banca y que, si quiere, lo puede acompañar. El

responde que lo decidirá al día siguiente —que irá, sin duda, si hace menos calor y si va con Elisa a la ciudad. La solidez seca de Tomatis se ha ido ajando con el cansancio, el vino, la proximidad del fuego; el vello de su pecho está todo pegoteado, entre sus tetillas abultadas, contra la piel, del mismo modo que el pelo negro contra las sienes, a causa del sudor que le brota de la frente, del labio superior, del cuello, y que se desliza por su piel tostada dejando rastros oscuros. Ahora, con sus dedos manchados por la grasa negra de la parrilla, agarra un hueso y comienza a tironearlo con los dientes para arrancarle los últimos filamentos de carne, de tejidos chamuscados y crocantes, de grasa y de cartílagos. Cuando deja el vaso vacío sobre la mesa, puede verse la marca de sus digitales impresa en la superficie transparente. Ahora el Gato observa, frente a sí, más allá de la punta de la cama, la parte superior de la pared de enfrente cuya blancura es atenuada por la semipenumbra verdosa que dejan pasar los árboles de la vereda. Está echado boca arriba, desnudo, sudoroso, en medio de un silencio tan desmesurado que se mueve un poco en la cama para abolirlo pero los chirridos del elástico y de los resortes del colchón resuenan cortos y nítidos y se esfuman de inmediato, tragados por ese silencio intenso y homogéneo. Después de varios segundos, los chirridos del elástico vuelven a resonar, cuando el Gato se inclina hacia el borde de la cama y recoge de sobre las baldosas coloradas el diario de la víspera que Tomatis le ha dado esa mañana; el diario, doblado en cuatro, trae el artículo a cuatro columnas —el primero de una serie de tres— que Tomatis dedica a los asesinatos de caballos. En la primera parte, Tomatis habla de Ajax y los Atridas; leyéndolo, el Gato sonrío y sacude la cabeza: Tomatis, parecen querer significar esa sonrisa, tierna y experta, y esos sacudimientos de cabeza, ha debido decirse que la mezcla de prosa artística y de erudición impresionaría al director del diario poniéndolo en el estado de ánimo adecuado para la concesión de un doble aguinaldo o de un aumento de sueldo, o reforzarían en él la dependencia beata respecto de la facilidad olímpica de Tomatis para el empleo de la fraseología periodística; de los Atridas, Tomatis pasa a los ritos del chivo emisario: la dosis común de agresividad —aquí el Gato interrumpe su lectura para encender un cigarrillo sacándolo de un paquete semivacío que vuelve a dejar sobre la mesa de luz, operación que repite con la caja de fósforos— se libera endosándose a un individuo, o a una especie, o a un grupo, o a una raza que cargan con lo negativo de todos y contribuyen a disminuir de ese modo la tensión social; otra explicación, continúa diciendo el artículo de Tomatis, sería la del crimen ritual; alguna secta había decidido de la noche a la mañana adoptar el caballo como animal de sacrificio; en otras épocas y otros lugares, otros animales habían cumplido esa función: toros, corderos, venados, etc. No había por qué asombrarse de que esta vez le tocara a los caballos: en otros países, la consideración para con los caballos no existía; en Francia, por ejemplo, había carnicerías especiales donde no se vendía más que carne de caballo —¡en Francia, la patria de Descartes y de Voltaire! En ese punto de la lectura, la sonrisa del Gato se transforma en una risa queda y entrecortada, abstraída, que de pronto cristaliza en una mueca de asombro: según Tomatis, ciertas tribus nihilistas de

Oceanía se ponen a matar, en ciertas épocas del año, un número indefinido de animales de una misma especie, para figurar de un modo simbólico el exterminio general de todas las especies vivientes; un etnólogo irlandés, el profesor Leopold Bloom, dice el artículo en la última parte, ha dado a esa ceremonia el nombre de sinécdoque ritual. La mueca fija de asombro en la cara del Gato fluye en una carcajada ruidosa, el diario doblado en cuatro cae junto al short agrisado que yace sobre las baldosas coloradas, al lado de la cama, mientras el cuerpo desnudo del Gato se convulsiona sobre la sábana húmeda y sus carcajadas resuenan en la habitación enturbiada por la semipenumbra verdosa que dejan pasar, a través de la ventana, los árboles de la vereda. Durante por lo menos un minuto, las carcajadas del Gato resuenan en el dormitorio vacío hasta que, de un modo gradual, las convulsiones de su cuerpo desnudo van haciéndose más espaciadas, menos intensas, y por fin dejan de recomenzar. La habitación está otra vez en pleno silencio, desde hace unos segundos, cuando Elisa, que ha llegado desde alguna otra pieza sin hacer ruido, como si ni siquiera sus pies desnudos se hubiesen estado posando sobre las baldosas coloradas, aparece en el hueco rectangular de la puerta abierta. No tiene puesta más que la bikini y un pañuelo multicolor bien ceñido a su cráneo que recoge y oculta su cabello negro. Su cara lavada, sin maquillaje, es oval, llena, un poco blanda, y el tinte de la piel en todo su cuerpo tiene más que nunca la textura y el brillo del bronce amarillento, contra el que resalta la tela elástica de su bikini, de un naranja vivo atravesado de rayas negras, oblicuas. La expresión interrogante de Elisa muestra que ha oído las carcajadas del Gato y que ha venido hasta el dormitorio para averiguar su causa. El Gato le explica antes de que Elisa abra la boca: "Tomatis", dice. "¿No leíste el artículo?" Sí, ya lo leyó; y ¿no había visto que estaba lleno de invenciones disparatadas? no... tal vez; sí... tal vez. En fin, no; no estaba segura. ¿Y eso era lo que le había hecho tanta gracia? A su vez, Elisa sacude la cabeza y sonrío. Avanza a través de la habitación envuelta en la semipenumbra verdosa, y se sienta en el borde de la cama, casi a los pies del Gato. Dejando de sonreír y parando sus sacudimientos de cabeza, el Gato la contempla; las palabras que acaba de pronunciar, sus movimientos y su respiración, son los únicos signos que emanan, fugaces, del cuerpo plegado sobre el borde de la cama: de sus ojos oscuros parece salir también un brillo, algo indefinible, ubicuo y sin materia, al que es imposible acordar una significación precisa y que es también, como las palabras o el movimiento, una señal de vida. Casta y espesa, ahora que lo mira, la carne de bronce parece sostenida por esa emanación indefinible que flota a la altura de los ojos. Para probar su realidad, el Gato desplaza el pie y toca, con dedos inadecuados para el tacto, el muslo aplastado contra la sábana; los dedos, las uñas, recorren la piel que permite adivinar la tensión de los músculos, el conglomerado de nervios, venas, arterias, tejidos, arremolinados en torno al hueso impasible. En la rodilla pueden verse las costras diseminadas como un archipiélago oscuro, de una herida seca; el dedo gordo las acaricia y la uña, deliberada, las raspa un poco. Pero la carne de bronce permanece inmóvil; ahora que Elisa ha bajado los ojos para seguir los movimientos

del pie que la roza, los párpados, bajando a su vez, interceptan la emanación húmeda, llena de brillos intermitentes, y el cuerpo parece cerrarse sobre sí mismo, macizo, externo y definitivo, hasta tal punto que el Gato, retirando el pie, cierra también los ojos y se inmoviliza.

XIV. Como en un planeta desierto, como en un desierto, no se oye nada. La playa está vacía. Por alguna razón desconocida, los bañistas dominicales no se han presentado. Nadie se ha extendido sobre toallas de colores a tomar sol, nadie se pasea por la playa, nadie se humedece los pies en la orilla, nadie nada. Ni siquiera el bañero, que sabe estar ya en su puesto desde las nueve, e incluso desde más temprano los domingos, parece haber venido esta mañana. En frente, la isla baja, polvorienta, con su declive que viene, suave, hacia el agua, se calcina al sol de las diez, el sol único, terrible, de febrero, que desnuda todo con su luz cruda, árida, móvil y sin fondo como un maelstrom amarillo. Ante mí, más allá del espacio abierto de la playa, del río, que parece inmóvil, está la isla baja y polvorienta — es la isla baja, polvorienta, que se calcina al sol de febrero, contra un cielo sin nubes, liso, del que no es azul más que la parte cercana al horizonte, porque el resto parece hendido hasta el infinito por esas astillas arduas y centelleantes. Es esa isla baja y polvorienta en el silencio de esto que llamo la mañana.

La pava de aluminio está apoyada en el reborde de la ventana, la mitad interna de la pared que el marco negro divide en dos. La levanto y lleno, despacio, el mate tibio que sostengo en la palma ahuecada de la otra mano. Cuando la espuma verde y tornasolada llega a ras del orificio del mate, deposito la pava sobre el reborde de la ventana, me pongo la bombilla entre los labios, y empiezo a chupar. El sabor, amargo, del mate me llena la boca y el líquido, caliente, que me hace sudar y va como barriendo los restos de sueño, pasa por mi garganta, hasta que las últimas chupadas, que hacen subir por la bombilla a la boca cada vez menos líquido, terminan produciendo, en el fondo del mate, un murmullo ronco y apagado.

Ante mí, más allá del espacio abierto de la playa, del río, que parece inmóvil, está la isla baja y polvorienta — es isla baja, polvorienta que se calcina al sol de febrero, contra un cielo sin nubes, liso, del que no es azul más que la parte cercana al horizonte, porque el resto parece hendido hasta el infinito por esas astillas arduas y centelleantes. Es esa isla baja y polvorienta en el silencio de esto que llamo la mañana.

La pava de aluminio está apoyada en el reborde de la ventana, la mitad interna de la pared que el marco negro divide en dos. La levanto y lleno, despacio, el mate tibio que sostengo en la palma ahuecada de la otra mano. Cuando la espuma verde y tornasolada llega a ras del orificio del mate, deposito la pava sobre el reborde de la ventana, me pongo la bombilla entre los labios, y empiezo a chupar. El sabor, amargo, del mate me llena la boca, y el líquido caliente, que me

hace sudar y que va como barriendo los restos de sueño, pasa por mi garganta, hasta que las últimas chupadas, que hacen subir por la bombilla a la boca cada vez menos líquido, terminan produciendo, en el fondo del mate, un murmullo ronco y apagado.

El motor de un helicóptero, casi inaudible primero, nítido después, y cada vez más cercano, comienza a escucharse en la mañana vacía. La pava de aluminio, que acabo de recoger del reborde de la ventana, aferrada por el asa, queda suspendida en el aire, con el pico inclinado hacia el orificio del mate que sostengo en la palma ahuecada de la otra mano, pero el agua no brota del pico ya que detengo mi gesto a mitad de camino, inmovilizándome para escuchar mejor, y precisar la dirección de la que proviene el ruido del helicóptero. Por fin puedo percibirlo: viene desde el oeste, desde la ciudad, y ha de estar ya sobrevolando el pueblo. Por el ruido que crece, me doy cuenta de que viene acercándose y de que debe volar muy bajo, casi a ras de los techos y de los árboles. De golpe, me doy cuenta de que está casi encima de mi cabeza, porque el ruido, que ya es estruendo, se descompone en una serie compleja de sonidos mecánicos. Me inclino hacia afuera por la ventana y levanto la cabeza para verlo pasar, pero no hay ningún helicóptero en el cielo incandescente. Únicamente, como un signo mudo, veo pasar, sobre la arena amarilla, deslizándose paralela al río, su sombra negra, ligeramente cambiante a causa de los accidentes suaves del terreno, tan nítida que desde la ventana puedo ver incluso la sombra giratoria de las paletas, cuyo movimiento se pone en evidencia a causa de un cambio rítmico de matiz en la negrura de la forma impresa en el suelo.

Ante mí, más allá del espacio abierto de la playa, del río, que parece inmóvil, está la isla baja y polvorienta que se calcina al sol de febrero, contra un cielo sin nubes, liso, del que no es azul más que la parte cercana al horizonte, porque el resto parece hendido hasta el infinito por esas astillas arduas y centelleantes. Es una isla baja y polvorienta en el silencio de esto que llamo la mañana.

La pava de aluminio está apoyada sobre el reborde de la ventana, la mitad interna de la pared que el marco negro divide en dos. La levanto y lleno, despacio, el mate tibio que sostengo en la palma ahuecada de la otra mano. Cuando la infusión aguachenta en la que nadan dos o tres palitos exangües de yerba llega a ras del orificio, deposito la pava sobre el reborde de la ventana, me pongo la bombilla entre los labios y empiezo a chupar. El sabor, más insípido que amargo, del mate me llena la boca, y el líquido tibio, que me hace sudar, pasa por mi garganta, hasta que las últimas chupadas, que hacen subir por la bombilla a la boca cada vez menos líquido, terminan produciendo, en el fondo del mate, un murmullo ronco y apagado.

Los del coche claro que han pasado la noche en la playa –Tomatis no lo sabe– han llevado a cabo el atentado. ¿Los otros han quizá dirigido la operación

con walkies-talkies, han informado a los ejecutantes de los desplazamientos del Caballo, han ido adelante para ir guiando al coche claro en su retirada? Es difícil asegurarlo. ¿Ha habido tal vez un solo coche, el que los agentes han visto y con cuyos ocupantes ha tenido lugar el tiroteo? Algunos testigos vieron dos coches claros, siguiéndose a poca distancia, en el camino de asfalto, en dirección a la ciudad. Pero la tesis que sostiene el ejército consiste en afirmar que el o los coches no pueden haber ido demasiado lejos —que, como el dios de Patmos, dice Tomatis, están cerca pero son difíciles de asir. El Caballo, ha dicho Tomatis hace un momento, había tenido tiempo de subir por la alcantarilla hasta la vereda alta de ladrillos, pero no de entrar en la comisaría. Ahí está ahora, ha dicho, boca abajo, empapado en su propia sangre, sobre los ladrillos.

Parados en el borde del agua, Elisa y Tomatis se recortan, dando la espalda a la casa, contra la isla baja y polvorienta y el azul ceniciento del cielo. Miran el agua, tibia, dorada o caramelo, que pasa, casi imperceptible, hacia el sur. Detrás está el semicírculo de la playa, con la casa blanca que refulge al sol y que ya no proyecta, sobre la extensión de pasto ralo que precede a la playa propiamente dicha, ninguna franja de sombra. El aire parece como enturbiado, de a ratos, por una bruma cenicienta, y el contraste entre el azul del cielo y la luz amarilla crea una especie de transparencia verdosa. Mientras hemos atravesado la extensión amarilla de la playa, la arena ha venido quemándonos la planta de los pies. Hemos debido caminar como rebotando, para disminuir la presión de los pies sobre el suelo caliente. Ahora Elisa y Tomatis se recortan, dándome la espalda, mientras acomodo en el suelo los cigarrillos y los fósforos, contra la isla baja y polvorienta y el azul ceniciento del cielo, atravesado de reflejos verdosos. De golpe, Tomatis se acuclilla y se pone a observar la franja de tierra húmeda y blanda que separa la playa del agua. "Miren", dice. "Huellas." Nos acuclillamos junto a él: en la franja lisa y húmeda un pajarito ha dejado, nítida, repetida varias veces en una línea irregular, la huella de sus patas: un ángulo agudo dividido por una bisectriz, un esqueletito frágil de abanico, un signo. Tomatis se ríe, lento y breve, abstraído, mirando fijo, un poco jadeante por la posición incómoda de su cuerpo, las huellas diminutas.

Río arriba, en la orilla del vado, una buena porción de suelo está desfigurada por huellas de caballos; pozos reseco y superpuestos, como de tierra pisoteada a propósito, y de un modo constante, por patas innumerables, forman una superficie atormentada por una escritura menos limpia y sutil que la de los pájaros de la playa, un idioma arcaico y desesperado que tartajea el pánico y la confusión.

Desde la orilla del vado, río arriba, veo a Elisa y a Tomatis entrar, lentos, en el agua. Tomatis la precede, dando pasos cada vez más trabajosos a medida que la profundidad aumenta la resistencia del agua.

Salimos chorreando agua, jadeando y riéndonos. El gran espacio vacío y calcinado se llena del sonido de nuestras voces y del tumulto acuático que levantan nuestras piernas, tumulto que va haciéndose cada vez menos profundo y sonoro a medida que vamos aproximándonos a la orilla. Cuando dejamos atrás el agua, nuestros pies descalzos rozan rápidos la arena, y nuestros trajes de baño, rígidos y pesados a causa del agua, crujen ásperos cuando nos sentamos, en círculo, a fumar.

La sombra de los últimos eucaliptos, en el fondo del terreno, ha defendido a la madreSelva, entre cuyas hojas medio se desploma y desaparece el tejido de alambre que separa el terreno del baldío vecino. Todo este sector del patio huele a madreSelva. Las florcitas, amarillas y blancas, extenuadas, salpican la fronda polvorienta. Traigo, con la leña que he recogido, mientras me alejo del fondo haciendo crujir las hojas secas de eucaliptos, en dirección al lugar en el que hemos instalado la mesa y los sillones, el olor de la madreSelva, no sé si en la nariz o en la memoria, única fresca endeble en el mediodía centelleante que rodea, hasta el infinito, la zona estrecha de sombra en que estamos pertrechados. El motor de la bomba trabaja al sol. El agua rebalsa del balde de plástico rojo, cuya cara exterior deja transparentar las nervaduras luminosas y móviles que refleja el agua translúcida. Los chorros que rebalsan lavan constantes la cara exterior del balde, interceptando las nervaduras luminosas y haciéndolas ondular. Sin apagar el motor ni cerrar la canilla, dejando que un chorro blanco y poderoso se estrelle contra el suelo llenando el aire de gotas que rebotan y producen reflejos fugaces y tornasolados, me dirijo hacia el bayo amarillo que comienza a mover, impaciente pero digno, las patas delanteras y la cabeza. El olor de la carne asándose sobre la parrilla, alrededor de la cual Tomatis va y viene, con un cuchillo y un tenedor en la mano, parece no penetrar en el aura cálida del caballo en la que hasta el calor mismo de febrero se dulcifica y cambia. Después de atravesar la columna de humo que se levanta, oblicua, desde la parrilla y que va a perderse entre los árboles, Tomatis, guiñando sin parar los ojos que lagrimean y frotándose la frente con el dorso de la mano para no mancharse de grasa, se detiene un momento, contemplándonos: "Si Elisa no te lleva", dice "podes ir a caballo mañana a la noche". Sin siquiera esperar que festeje su broma, vuelve a inclinarse sobre la parrilla, pinchando un pedazo de carne con el tenedor. Cuando deposito el balde colorado en el suelo, el bayo amarillo inclina el cuello largo y se pone, ruidoso, a vaciarlo, hundiendo el hocico en el agua fresca.

Con sus dedos manchados por la grasa negra proveniente de la parrilla, Tomatis saca un cigarro de su caja, lo enciende con parsimonia y arroja el fósforo, después de sacudirlo varias veces para que se apague, sobre su plato lleno de huesos pelados y de restos de grasa y ensalada. Después recoge la botella de vino tinto, con el cigarro largo y fino humeando entre sus labios, y llena los vasos. Después se apoya otra vez en el respaldo de la silla y fuma, en silencio. Su cara bronceada carece ahora de la solidez olímpica de la mañana. Alrededor de sus ojos,

demasiado abiertos, la piel está llena de arrugas y el sudor, que brota continuo de su frente, corre por su cara y su cuello dejando estelas sucias. Su respiración se ha vuelto más ruidosa, y su vientre se ha hinchado un poco, a causa del vino y la comida. Se nota que detrás de su frente los pensamientos pasan rápidos, inesperados, incomprensibles, como bestias en estampida. De un modo inconsciente chupa y mordisquea sin parar, hasta dejarla toda deshecha, la punta de su cigarro, escupiendo a un costado de tanto en tanto los pedacitos de tabaco que quedan adheridos a los labios o a la lengua. Las manchas de luz que se cuelan a través del follaje vuelven a su lugar, sobre la piel, obstinadas, cada vez que, después de un movimiento nervioso y sin finalidad, el cuerpo socarrado y velludo vuelve a apoyarse contra el respaldo de la silla.

Ya han, sin duda, de habérselo llevado. Ya han de haberlo levantado de la vereda. Un agente, más tarde, cuando todos se hayan retirado, baldeará sin duda los ladrillos desaparejos. Las moscas han debido tener, golosas como son, un verdadero banquete dominical.

El día es desencanto y delirio. Sombras de colores, con su volumen, sus latidos, su textura. Son compactas; no se las atraviesa, con el puño, como al humo; cada una ocupa, nítida, un lugar. Hay transparencia entre ellas. Una luz que cambia —se le dice el sol— las ilumina, cambiando, imperceptible, segundo a segundo. Es el día. A la noche, la luz se apaga. La noche es negra, uniforme, pero no es otra cosa que el día que sigue, la misma luz que se vuelve negra en virtud justamente de su continuidad. Aquí, desde luego, todo es desierto, pero no hay lugares desiertos. Nadie ha visto nunca un lugar vacío. Cuando uno lo mira, ya no está vacío —uno mismo es el que mira, la mirada, el lugar. Sin uno, no hay mirada ni tampoco lugar. El día, lento, recomienza, o sigue, más bien, con la luz que crece, de nuevo, desde las sombras que conservan, constantes, su color, su volumen, sus latidos, su textura. Hay otra vez transparencia, distancia, entre ellas. No mayor que el ojo de una aguja, es decir inconmensurable. Elisa lo interrumpe; Tomatis gira brusco la cabeza y la contempla, esperando. Antes de ayer a la siesta, comienza Elisa, sin ir más lejos, justo antes de ayer, mientras se disponía a cruzar la calle en la esquina del Mercado Central... pero, no, no, para qué, no vale la pena, dice, callándose, moviendo los hombros y la cabeza, acariciándose, distraída, absorta en sus propios pensamientos, con la yema de la mano izquierda, el hombro derecho cuya piel reluce, lisa y bronceada. Sus recuerdos, impenetrables, la tiran hacia adentro como un peso muerto, la hacen fruncir, inmovilizándose, la frente, así como los suyos a Tomatis lo obligan a balancear la cabeza, abrir la boca, fijar la vista en el vacío, desmenuzar el resto de su cigarro apagado con dedos distraídos y salvajes.

Hay, entre nosotros, formas, volúmenes, colores, movimiento y luz, transparencia y desierto.



El auto amarillo acelera en dirección a la ciudad, levantando un chorro de polvo blanco con las ruedas traseras. Escucho el ruido del motor y lo veo alejarse fragmentario, a través de los huecos del cerco de ligustros secos y polvorientos que separa el patio de la vereda. Frente a mí están, ahora que he hecho girar un poco mi cuerpo, entre los yuyos parduscos, calcinados, las viejas baterías, las cubiertas semipodridas y semienterradas, manchadas de barro seco, los tambores de aceite, acanalados y oxidados, uno vertical, el otro acostado, en el sol irreal de las cuatro que alarga mi sombra azulada —y más allá, vuelto puro latido y atención, atrincherado en su aura cálida hecha de pasto masticado, de excremento, de vida, el bayo amarillo que, ya casi familiar, aunque sin condescendencia ni desdén, dejando un momento de masticar, con la boca entreabierta, la mandíbula inferior un poco desplazada respecto de la superior, lento, parsimonioso, me contempla.

—Paso primero a ver a mi madre —digo—, y después nos encontramos para cenar juntos. En el bar de la galería, ¿de acuerdo? De todos modos, la partida, según Tomatis, no empieza hasta las once.

—De acuerdo —dice Elisa.

La lluvia endurece la calle arenosa y Elisa conduce con cuidado, tratando de no aproximarse demasiado a la cuneta. El limpiaparabrisas arrasa, con ritmo regular, el agua que cae a torrentes sobre el parabrisas. Doblamos hacia la plaza. Pasamos frente a la comisaría; no hay ningún signo visible de la ejecución de ayer; no se ve a nadie, las grandes puertas están abiertas, y hay una camioneta del ejército estacionada junto a la alcantarilla que conduce a la vereda alta de ladrillos, pero en los últimos tiempos los vehículos del ejército se ven con frecuencia por la calle. El pueblo está desierto. En la plaza, la lluvia golpea las flores rosas, amarillas y blancas de los palos borrachos, desprendiendo muchas y diseminándolas en el suelo. Avanzamos lentos, en segunda, por la calle principal, entre los laureles que lava al fin, después de tantos meses, minuciosa, la lluvia. Las cosas parecen, bajo el agua, en la luz gris, más próximas o más porosas.

—¿Estás seguro de que Simone va a darte un adelanto? —dice Elisa. Al final de la calle principal pasa, perpendicular, el camino de asfalto. El auto vacila un poco en el terraplén, gana terreno con dificultad y llega al camino. Elisa acelera.

XV. No hay, al principio, nada. Nada. En la luz de tormenta, en la inminencia del aguacero —el primero, después de varios meses—, las cosas ganan realidad, una realidad relativa sin duda, que pertenece más al que las describe o contempla que a las cosas propiamente dichas: la casa blanca, con los árboles enormes que hunden en la sombra su fachada lateral, el espacio abierto de la playa, los árboles ralos río abajo, las parrillas, el declive que sube hacia la vereda, la isla baja cuya barranca,

suave, viene, toda comida en el borde, hacia el agua, el río liso, sin una sola arruga, acerado y pulido como una lámina inmóvil que refleja el cielo de acero.

Cada cosa ocupa su lugar en el interior de la transparencia benévola que acaba, abrupta, en el cielo bajo, negruzco, y que se vuelve lívida y verdosa, de un modo fugaz, a cada relámpago. Hay una excitación vegetal, discreta pero firme, ante la inminencia del agua. Se presiente un estado de alerta general en el pasto, en los arbustos, en los árboles, crujidos de hojas, erección lenta de briznas, desentumecimiento de raíces y de ramas.

En el fondo del patio, bajo los árboles, el bayo amarillo, inmóvil, junto al balde de plástico rojo volcado entre sus patas delanteras, espera el próximo relámpago y el trueno, largo y múltiple, que lo sucederá. Cuando el relámpago llega, súbito y cercano, haciendo empalidecer el aire y dándole al mismo tiempo una tonalidad verdosa, fugaz, el caballo hace algunos movimientos rígidos con la cabeza como inspeccionando, sin atreverse demasiado, los alrededores. Y cuando el trueno comienza a bajar, remoto primero, cada vez más intenso a medida que se acerca, el animal solitario empieza a mover las patas, golpeando los vasos contra el suelo, sin cambiar de lugar, aumentando la rapidez y la fuerza de su pataleo a medida que el trueno se aproxima, hasta que el ruido se desvanece y sus movimientos se apaciguan, tendiendo, graduales, a recobrar el estado anterior de expectativa tensa y de inmovilidad.

Parado en la orilla, el bañero ve aproximarse, lenta, la canoa, sobre la superficie pulida y luminosa del río: una estela, más ancha cuanto más lejana de su popa, la sucede o parece, más bien, una sustancia segregada por la canoa en su desplazamiento, como el rastro de una babosa sobre un espejo.

Cuando la canoa verde toca la orilla y se detiene, el rastro de la estela que va ensanchándose es todavía visible lejos, río abajo. El Ladeado, de espaldas a la orilla, se pone de pie, trabajoso, y recoge, demorándose, los dos fardos cúbicos de forraje que lo hacen oscilar al principio, y que se equilibran cuando baja, con un saltito, de la proa, no sin antes obligarlo a flexionar las piernas para no trastabillar. Cuando se yergue —si ese cuerpo torcido como un raigón puede en realidad erguirse—, el Ladeado comienza a avanzar, cruzando el espacio vacío en diagonal, hacia la casa blanca.

Un relámpago empalidece el aire ennegrecido, pero no por eso menos transparente, por la inminencia del agua. Después de unos segundos de silencio, un trueno lo sigue. Primero es un punto de ruido, lejano, arriba, entre las nubes bajas, aceradas y oscuras, y a medida que se acerca va ganando violencia y anchura, desplegándose, endureciéndose y retumbando con tanta fuerza que las cosas, asentadas de un modo frágil sobre la costra terrestre, se ponen, al unísono, a

vibrar.

Elisa juzga que, a pesar de la tormenta que se avecina, no ha refrescado todavía lo suficiente y, sin embargo, no deja de experimentar cierto bienestar. La taza de café, humeante todavía, que sostiene en la mano, manda hasta su nariz un olor denso, real, mezclado al humo blanquecino que sube hasta su rostro y que sin embargo parece menos visible. El cabello limpio, renegrido y húmedo, estirado hacia atrás, le ciñe el cráneo, valorizando, en la luz gris, su rostro de bronce, la frente amplia, los labios gruesos y reconcentrados, los ojos agrandados por los efectos diestros del maquillaje, las orejas apenas separadas de la cabeza, el cuello que presenta dos huecos verticales entre los tendones salientes a causa de la posición erguida y un poco rígida de la cabeza. La rigidez de su expresión, que parece la consecuencia de una autosatisfacción distraída, se prolonga en la rigidez immaculada del vestido blanco que deja descubiertos los brazos a partir de los hombros y las piernas desde la mitad inferior de los muslos. Las correas de sus sandalias se cruzan varias veces en sus pantorrillas, formando triángulos y rombos y manteniendo tensas, sobre los empeines, las argollas de bronce de las que parten a su vez dos cortas correas firmes y bien estiradas que van a perderse entre los dedos del pie. El miedo a ensuciarse los pies en el patio polvoriento y una aprensión vaga ante los relámpagos la inducen, negligente, a permanecer parada en la galería, con la taza humeante en la mano, sin mirar a ninguna parte, sin siquiera advertir los sobresaltos entrecortados del bayo amarillo que recomienzan con cada trueno y parecen apaciguarse con el silencio transitorio que lo sucede.

Se mueve lento, regular, exterior, en el aire ennegrecido, toda su figura nimbada de una cintilación gris contra el cielo bajo, color humo. Un refucilo empalidece, durante una fracción de segundo, el aire oscuro. De alguna parte, dos pájaros, persiguiéndose con enviones irregulares, siempre a la misma distancia como si fuesen las partes fijas de un conjunto inmodificable y se desplazaran por obra de un mecanismo único, cruzan el cielo frente a la mirada del Ladeado que los sigue en su trayectoria y van a hundirse en los árboles que se inclinan sobre la pared lateral de la casa blanca, desapareciendo entre las hojas. Al avanzar, el cuerpo del Ladeado va dejando vacío, y cada vez más extenso, el espacio que separa su cuerpo de la canoa verde, el espacio vacío lleno de una luz pesada y uniforme y de una transparencia acuosa. El espacio que separa su cuerpo de la canoa va estirándose, de un modo gradual: exterior a la exterioridad quieta del conjunto, opaco y rugoso, formando parte de las masas rugosas y opacas — árboles, el bañero, parrillas, la canoa, la casa blanca — diseminadas como al azar y sin orden entre el cielo bajo, color humo, y la tierra amarillenta, en el aire transparente, como por milagro, el cuerpo del Ladeado, a cada movimiento, no queda impreso en ese aire, multiplicándose al infinito en una infinitud de poses inmóviles, a todo lo largo de su trayectoria. Ahora la hierba rala, ligeramente erecta por la inminencia del agua, chasquea bajo las alpargatas rotas, y la extensión que separa al

Ladeado de la casa es de un verde pálido que contrasta con el amarillo ceniciento de la playa. Un trueno, el eco del sonido de un fogonazo de luz pálida que ha iluminado unos segundos antes el aire ennegrecido, hace estremecerse, por un instante, el espacio entero: un temblor ligero hace vibrar, durante una fracción de segundo, las pupilas del Ladeado que aumenta, con decisión, la rapidez de su marcha: bajo los árboles, el coche negro, puesto casi de punta contra la cuneta y oblicuo a causa de la inclinación de la calle abovedada, aumenta poco a poco de volumen, de un modo discontinuo, a medida que el Ladeado se aproxima a la casa. Ahora las alpargatas chasquean sobre la vereda dura y el Ladeado, bajo las enormes copas de los árboles que oscurecen el aire, pasa junto a las dos ventanas negras que se abren en la pared lateral de la casa. Un refucilo empalidece, durante una fracción de segundo, el aire. El Ladeado pasa junto al coche negro y lo deja atrás: cuando desemboca, rígido, exterior, a paso regular, en el portón, un trueno empieza, remoto, a bajar.

La cara del Gato, rasurada con minucia, se refleja en el espejo del baño, y el Gato contempla, palpándose las mejillas tostadas, la piel bajo el mentón, a la luz eléctrica que ha debido encender para bañarse y afeitarse, ya que la claridad matinal que entra por la ventana alta, atravesando primero un cielo de tormenta reconcentrado y oscuro, sería insuficiente para iluminar el cuarto de baño. El Gato apaga la luz y sale. En el cuarto principal, doblados sobre el respaldo de una silla, a cuyos pies están sus mocasines marrones bien lustrados, se encuentran su pantalón blanco, de tela basta, lavado y planchado, y su remera azul marino. El Gato pasa los brazos y la cabeza por las mangas y el cuello de la remera y, levantando un poco sus calzoncillos blancos que le llegan hasta la mitad de los muslos, se pone por encima de ellos el pantalón. El Gato empuja el borde de la remera azul marino bajo la cintura del pantalón, acomoda un poco, con la punta de los dedos estirados y juntos, el apelotonamiento de los bordes de la remera y de los pliegues del calzoncillo, y en seguida, elevando el cierre relámpago de su bragueta, abrocha el botón de metal que reúne los dos extremos de la cintura y ajusta el cinturón de cuero, pasándolo primero por el pasa-cinto de cuero y después por el primer pasacinto de tela blanca del pantalón. En los pies limpios y sin medias el Gato se calza, de parado y pensando en otra cosa, los mocasines marrones; su atención es atraída, de un modo fugaz, por la guía telefónica abierta en las primeras páginas, sobre la mesa, y por los dos montones de sobres a cada lado de la guía. A la izquierda, el montón de sobres en blanco; a la derecha, los sobres en los que, la noche anterior, ha escrito, casi hasta las dos de la mañana, por orden alfabético, el nombre y la dirección de varias centenas de desconocidos. El fogonazo de un relámpago, verdoso y lívido, llega, a través de las ventanas y de las puertas abiertas, hasta la habitación principal. Después de unos segundos de silencio un trueno empieza, remoto, a bajar. Parece el ruido de una piedra irregular rodando sobre un declive de tablones. Cuando el sonido alcanza su paroxismo y el máximo de proximidad, muebles, vidrios, paredes, vasos y sillas se ponen a vibrar, hasta

que el silencio se instala otra vez y las vibraciones se detienen. El Gato, recogiendo los cigarrillos y los fósforos de sobre la mesa, se los mete en el bolsillo del pantalón y, dejando atrás la habitación principal, atraviesa el marco negro de la puerta abierta y penetra en la cocina. El olor del café, diseminado en toda la casa, y que ha estado percibiendo sin darse cuenta, es tan fuerte y peculiar en la cocina, que el Gato, por el puro placer de olerlo, se detiene junto a la mesa en la que la cafetera, llena de café hirviendo, apoyada sobre un platito blanco para no quemar el mantel a cuadros blancos y azules despide, por el pico en S, una columnita de vapor blancuzco y deshilachado.

El día antes se había visto obligado a pegar la vuelta desde el camino, a uno o dos kilómetros del pueblo. La entrada al pueblo estaba bloqueada. Unos minutos antes, a la altura de La Guardia, ya había visto, desde la ventanilla del colectivo, varios coches y camiones del ejército pasar a toda velocidad junto al colectivo. Sin siquiera detenerse en el control caminero, la caravana se había dividido: una parte había seguido derecho en dirección al pueblo, al norte, por el camino de la costa, y la otra había tomado el empalme de Colastiné Sur y de Paraná. Al llegar cerca del pueblo, en el colectivo que se había visto obligado a pegar la vuelta desde ahí mismo, el bañero había reconocido en los camiones que bloqueaban la ruta, rodeados de soldados armados con ametralladoras, algunos de los vehículos que se habían adelantado al colectivo cerca de La Guardia. Los habían hecho volver a la ciudad sin ninguna explicación: él había tratado de decirles que debía hacerse cargo de su trabajo, en la playa, que si había algún accidente con los bañistas la responsabilidad recaería sobre su persona, pero los soldados, bruscos, casi amenazadores, le habían ordenado volverse al colectivo. Únicamente dejaban pasar a los que vivían en el pueblo, palpándolos de armas primero y poniéndolos a esperar en la banquina, cerca de los camiones verde oliva atravesados en el camino. El bañero había comprendido la razón de todo ese despliegue al escuchar por radio el informativo de mediodía: un grupo de guerrilleros había matado al Caballo Leyva esa mañana. La misma noticia, con más detalles, la habían dado en el noticiero de la televisión local, a las ocho de la noche; mostraban el cadáver, tirado boca abajo, sobre un charco de sangre, en la vereda alta de ladrillos de la comisaría. Y, antes de dormirse, el bañero había leído la noticia en *La Región*, donde había también una fotografía, bastante borrosa, del cuerpo del Caballo. Esa mañana, recuerda el bañero viendo al Ladeado saltar de la canoa, trastabillando un poco, con dos fardos cúbicos de forraje sostenidos uno en cada mano por el entre – cruzamiento del alambre, esa mañana ha venido preguntándose en el colectivo si lo dejarían pasar, pero al llegar, cerca del pueblo, al punto en el que había debido pegar la vuelta el día anterior, había podido comprobar que los camiones ya no bloqueaban el camino, y después de bajar del colectivo en la plaza, bastante desierta, era verdad, al pasar cerca de la comisaría, por la vereda de enfrente, por las dudas, no había notado nada fuera de lo habitual, salvo quizá la camioneta verde oliva del ejército estacionada junto a la alcantarilla. Un relámpago nimba,

con su destello súbito y verdoso, la silueta del Ladeado que avanza, firme y lento, a través del espacio vacío de la playa, en equilibrio perfecto a causa de los cubos de forraje, de peso idéntico, que transporta, uno en cada mano, aferrándolos por el entrecruzamiento del alambre. En un determinado punto de la trayectoria el Ladeado hace un gesto con la cabeza, en signo de saludo, al que él responde alzando la mano a la altura del hombro, con los dedos separados y la palma hacia el exterior, y sacudiéndola tres o cuatro veces. El Ladeado va alejándose, despacio, en dirección a la casa blanca, al declive pronunciado que conduce a la vereda. El bañero lo ve alejarse, nítido, solitario, en el espacio vacío, entre los fogonazos de los relámpagos y el estruendo de los truenos, presencia irrefutable y cerrada en la luz de tormenta, y cuando ya los separa una docena de metros, el bañero, sin proponérselo, se pone a caminar detrás de él, con el ritmo exacto de su marcha, de tal modo que la distancia que los separa en la extensión vacía no aumenta ni disminuye ni siquiera un milímetro. El Ladeado continúa su marcha sin advertir que él viene detrás, lo cual no es extraño, ya que ni siquiera el propio bañero es consciente de que está rehaciendo, en la playa amarillenta, el mismo itinerario que el Ladeado realiza unos pocos metros más adelante, y que la velocidad de su marcha es idéntica a la del otro, como si los dos obedecieran a un compás inaudible. El Ladeado deja atrás la playa y comienza a subir el terraplén que desemboca en la vereda; cuando llega a la cima, parece inmovilizarse durante una fracción de segundo y después continúa desapareciendo en la vereda ennegrecida por la sombra de los árboles. El bañero sigue caminando, sin modificar el ritmo de su marcha, y sus pies desnudos sienten la hierba rala, un poco dura, que crece en la porción de terreno que separa el terraplén de la playa propiamente dicha. En pocos segundos la deja atrás y empieza a subir, trabajoso, el terraplén, a la luz fugaz de los relámpagos que van haciéndose cada vez más intensos y menos espaciados, produciendo una reacción en cadena de truenos que resuenan diseminados por todo el cielo bajo, negruzco, y cuyo sonido llega, interminable, hasta las copas de los árboles haciéndolos temblar. Dos pájaros que ha visto entrar, unos segundos antes, entre las ramas, vuelven a salir, excitados, después de haber gorjeado y aleteado, invisibles, entre el follaje y, pasando por encima de su cabeza, uno al lado del otro, avanzan casi en zig-zag, como bailarinas o patinadores, en dirección al río. El bañero llega a la cima del terraplén, donde comienza la vereda; la fachada lateral de la casa, con sus ventanas negras que dan a la vereda, cintila un poco, en la sombra espesa de los árboles. Más allá del túnel de sombra, en la claridad gris que sigue y continúa en toda la cuadra, y hasta podría decirse que en toda la calle, hacia el centro del pueblo, el Ladeado, a la altura del portón, acaba de dejar los fardos en el suelo, uno a cada lado de su cuerpo, y está irguiéndose otra vez, de cara al patio. En el mismo momento en que ve al Ladeado, el bañero siente la primera gota de lluvia que le golpea, deshaciéndose, la mejilla.

Con la palma de la mano libre, Elisa toca la taza y retira la mano de inmediato; el café está todavía demasiado caliente. El Gato sale, detrás suyo, de la

cocina a la galería. Elisa le echa una mirada rápida por encima de su hombro, justo para ver la cortina de lona azul sacudirse, rígida, a espaldas del Gato que pasa junto a Elisa, en silencio, y va a pararse en el borde de la galería, con las manos en los bolsillos del pantalón, mirando el cielo bajo y lleno de estruendo. Con sus mocasines marrones bien lustrados, su pantalón blanco de tela basta, su remera azul marino, recién bañado y afeitado, el Gato tiene, a los ojos de Elisa, el aire tranquilo y vacuo de quien ignora su propia elegancia y hasta su propio cuerpo, pero que se halla demasiado abstraído como para ser consciente de su bienestar. Es un simple olvido, un abandono, piensa Elisa, sin nada parecido a palabras, del que la inminencia de la lluvia y de la escapada a la ciudad que proyecta para la tarde no son sin duda ajenas. Elisa se olvida a su vez del Gato, vuelve a tocar la taza con la palma de la mano libre, y, como el calor de la superficie lisa ya es un poco más tolerable, deja la mano apoyada contra ella, sin embargo decidirse a tomar el primer trago de café cuyo olor, casi más visible y más denso que el humo, y sin duda más presente y más intenso, sube hasta su nariz.

El bayo amarillo, en el fondo del patio, bajo los árboles, se sobresalta a cada trueno, moviendo las patas y desplazando, en semicírculo, la parte delantera de su cuerpo, sacudiendo la cabeza que se inmoviliza a la expectativa, en la cesura, cada vez más corta, que separa trueno y trueno.

Más allá de los arbustos resecos, de los tambores de aceite acanalados y oxidados, uno vertical, el otro acostado, de las viejas baterías semienterradas y de las viejas cubiertas podridas y manchadas de barro seco, el Gato ve, desde el borde de la galería en el que está parado, con las manos en los bolsillos del pantalón, al bayo amarillo que se estremece entero a cada trueno, pateando el suelo en su lugar, sacudiendo la cabeza, esperando, inquieto y confuso, a cada silencio, el próximo trueno. El Gato baja al patio y comienza a atravesarlo; para no ensuciarse los pantalones, hace un rodeo, sorteando la maleza reseca y polvorienta, y, pasando junto al motor, por el trecho endurecido y sin una sola mata de pasto que han limpiado, tiempo atrás, y sin mucha coherencia, con Tomatis, va aproximándose, sin apuro, al caballo que lo contempla. Cuando entra en su aura —ha sabido, antes de llegar, que entraría en ella, en el aura de calor animal, de excremento, de pasto masticado, de sudor, de vida espesa—, el caballo, alerta, se inmoviliza, y cuando el Gato, sintiendo el pelo tibio y húmedo al contacto de su mano, comienza a acariciarle el cuello, algo en la tensión de los músculos, de los órganos, de la piel y de la mente, arcaica y sombría, se abandona a la mano, diminuta en relación al tamaño del cuello, que recorre el pelo amarillento.

Elisa, en la galería, se lleva la taza a los labios y toma, saboreándolo, el primer trago de café. Las primeras gotas de lluvia comienzan a atravesar, oblicuas, destellando apagadas y fugaces, la transparencia gris del aire, para venir a estrellarse contra el suelo que las absorbe de inmediato. El gusto del café, único y

corpóreo aunque indescriptible, se demora en su boca, caliente y dulce, mientras Elisa contempla, en el fondo del patio, al Gato y al caballo, próximo uno del otro, el Gato acariciando el cuello amarillento que se abandona un poco, con la cabeza hacia el costado opuesto al Gato, para dejar mucho espacio a la mano suave que lo recorre. El Gato siente, al mismo tiempo, un estremecimiento de piel, nervios y músculos, de pelo y de sudor, en la punta de los dedos y en las protuberancias sensibles de su palma. El Ladeado que, observado, sin advertirlo, desde la punta de la vereda por el bañero que por puro ocio lo ha seguido hasta ahí, acaba de dejar los fardos cúbicos de forraje en el suelo, a los costados de su cuerpo, se incorpora despacio, alzando al mismo tiempo las manos para golpearlas y llamar de ese modo la atención a los ocupantes de la casa. Las manos, sin embargo, vacilan un momento y quedan suspendidas en el aire; una de ellas, la izquierda, recibe una gota de lluvia, la primera, en el índice que protege los otros dedos debido a la posición vertical de la mano, enfrentada a la derecha que reproduce, invertida, la misma posición; en esa actitud, por encima de los listones verdes del portón de madera, el Ladeado ve cómo el Gato, de pie junto al bayo amarillo, acaricia, con dulzura, el cuello largo del animal que inclina la cabeza hacia el otro lado, con una tiesura delicada en la que se concentran los últimos vestigios de desconfianza. Un relámpago ilumina, con su luz lívida y verdosa, los contornos de los árboles, de los cuerpos, de las cosas. Gotas de lluvia rayan, oblicuas, la transparencia gris del aire. Durante un lapso incalculable, al que ninguna medida se adecuaría, todo permanece, subsiste, aislado y simultáneo, el pelo suave y sudoroso, la mano, la confianza, el alivio, la mirada, el gusto del café, el café, la transparencia gris del aire que envuelve, casi con resplandores a pesar del cielo bajo y negruzco, los cuerpos que laten monótonos y el vacío que los separa, rayado por las gotas intermitentes y oblicuas, cada vez más numerosas, que vienen a estrellarse contra el suelo. Cuando las manos chocan, por fin, una contra la otra, resonando, el bañero se da vuelta y comienza a bajar hacia la playa, el Gato alza la cabeza, mirando hacia el portón, el segundo trago de café se empasta contra el primero en la garganta de Elisa, el bayo amarillo comienza a sacudir la cabeza bajo el chaparrón, y el lapso incalculable, *tan ancho como largo es el tiempo entero*, que hubiese parecido querer, a su manera, persistir, se hunde, al mismo tiempo, paradójico, en el pasado y en el futuro, y naufraga, como el resto, o arrastrándolo consigo, inenarrable, en la nada universal.